OBRAS COMPLETAS

DEL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

Jenio del Cristianismo.

Tomo primero.

VALENCIA:

Imprenta de Don M. de Cabrerizo,

EDITOR PROPIETARIO.

1843.

BA: 14.472/PC

OBRAS COMPLETAS

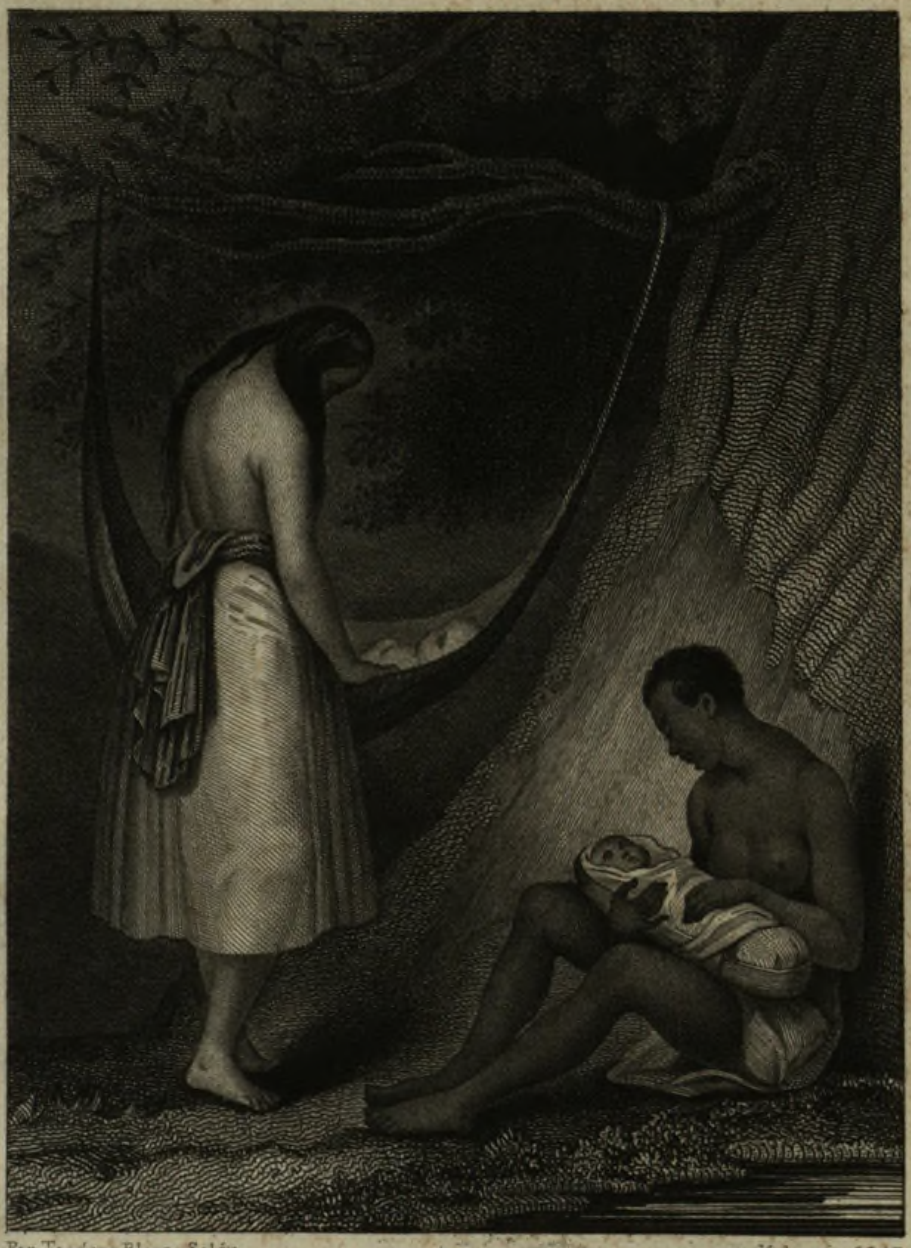
DEL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

TOMO III.

CEU
Biblioteca
B. Díez del Corral

Es propiedad de la casa DE CABRERIZO.



Por Teodoro Blasco Selér en Valencia 1843

GENIO DEL CRISTIANISMO

La una llevaba el hijo muerto
la otra el hijo vivo.

Estampada por Fenollera

BA 14472-DC NA 576624
ADJ
DC
821
cit.
V.1

JENIO

DEL

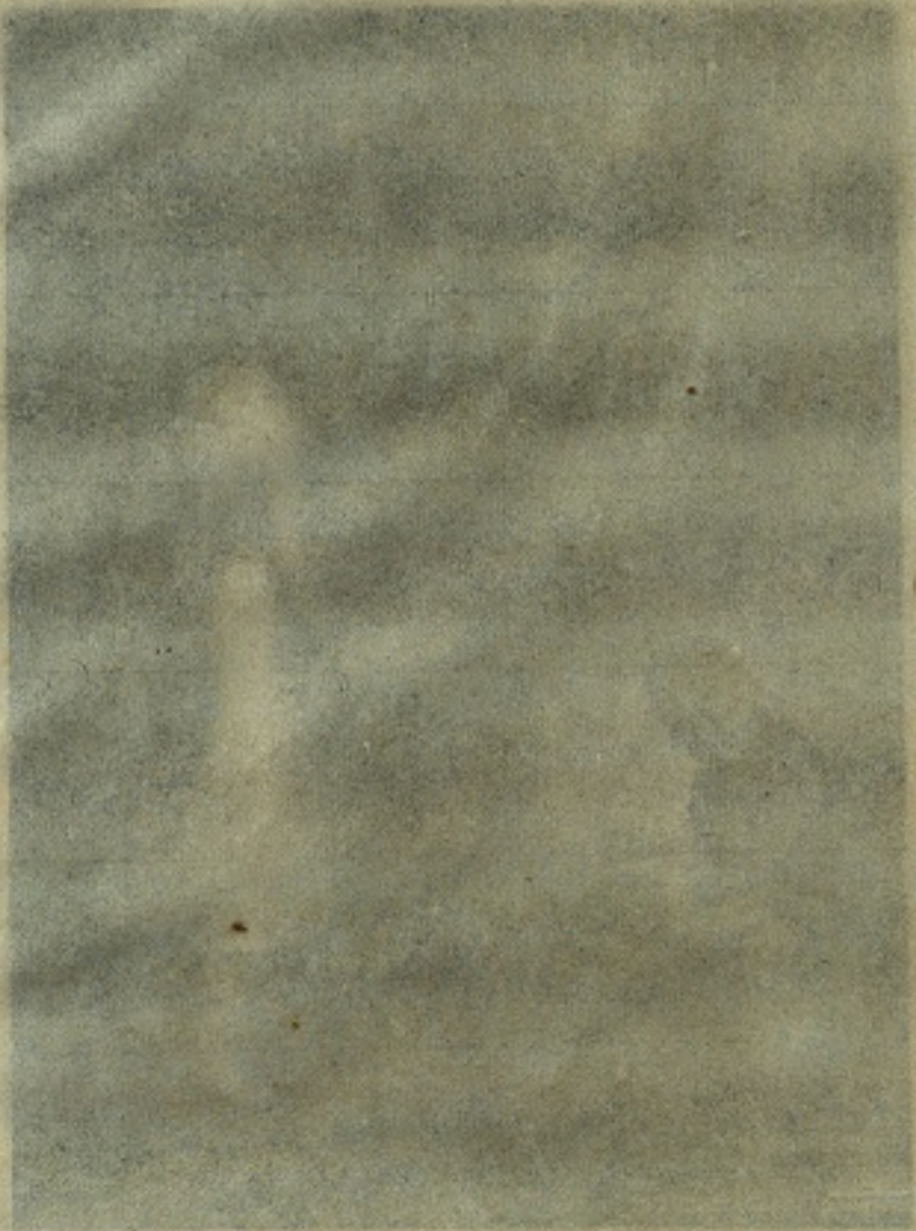
CRISTIANISMO,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

Tomo primero.

VALENCIA:
IMPRENTA DE CARMERIZO.
(Editor.)
1843.



BA 14472-DC NA 576624

AD1

CDC
821
CHA.
V.1

JENIO

DEL

CRISTIANISMO,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

Tomo primero.

VALENCIA:

IMPRENTA DE CABRERIZO.

(Editor.)

1843.

PREFACION.

Cuando publiqué el Jenio del Cristianismo, *se hallaba la Francia en un caos revolucionario, en el que se habian confundido todos los elementos de la sociedad: la mano poderosa que comenzaba á separarlos, no habia aun concluido su obra; todavía el despotismo y la gloria no habian podido producir el órden.*

Rodeado, pues, por decirlo asi, de los escombros de nuestros templos, publiqué el Jenio del Cristianismo, *para volver, si me era posible, la pompa del culto á nuestros templos, los sacerdotes á su altar. Abandonado yacia San Dionisio; ni recordado habia Bonaparte que le era preciso buscar un sepulcro: porque hubiérale sido dificil prever el lugar en donde la Providencia habia señalado el suyo. Dó quiera se veian restos de las iglesias y de los monasterios acabados de demoler: mas aun, era una especie de insulto ir á pasear por aquellas ruinas.*

Si los críticos de la época, los periódicos y los

folletos no manifestasen el efecto que produjo el Jenio del Cristianismo, *no seria oportuno que yo entrase en polémica; pero como jamás he hecho cosa alguna por adular mi amor propio, y como nunca me he considerado mas que con mis relaciones jenerales con los destinos de mi pais, estoy obligado á sostener los hechos que ninguno ha podido contestar: hechos que han sido juzgados bajo diferentes aspectos; pero cuya existencia no es por eso menos indisputable.*

La literatura se ha bañado en parte con los coloridos del Jenio del Cristianismo: *ha habido escritores que me han hecho el obsequio de imitar el lenguaje del* René *y de la* Atala, *asi como en el templo se ha oido y se oye todos los dias repetir lo que yo he dicho acerca de las ceremonias, de las misiones, y de los beneficios del cristianismo.*

Los fieles creyeron encontrar un áncora de salvacion en la aparicion de un libro que tan bien correspondia á sus disposiciones interiores; porque se esperimentaba entonces una necesidad de fe y un ansia de percibir aquellos consuelos relijiosos de que se hallaban privados hacia tanto tiempo. ¡Cuanta fuerza sobrenatural era menester, para haber sufrido tanto cúmulo de adversidades! ¡Cuantas familias huérfanas volaban á buscar á los pies del Padre de los hombres los hijos que habian perdido! ¡Cuantos corazones lacerados, cuantas almas viudas y solita-

rias invocaban una mano divina para que las curase! Llenábase la casa de Dios, y apiñábase allí la multitud, como en la puerta de la casa de un médico en los dias de la peste. Las víctimas de nuestras revoluciones (¡y que clases de víctimas!) se acojian al altar, como los náufragos se incrustan en una roca, á la que han confiado su salvacion.

Penetrado de los recuerdos de nuestras antiguas costumbres, de la gloria y de los monumentos de nuestros reyes, respiraba toda entera la atmósfera de la antigua monarquía: el heredero lejítimo se ocultaba, por decirlo asi, en el fondo del santuario, cuyo velo levantaba yo, mientras la corona de San Luis yacia suspendida del altar del Dios de San Luis. Los franceses entonces miraron lo pasado con sentimiento; preparose el camino del porvenir, y reanimose la esperanza que casi habia muerto ya.

Bonaparte, que ansiaba desde luego basar su poder en la piedra angular de la sociedad, y que acababa de concluir sus negociaciones con la córte de Roma, no se opuso á la publicacion de una obra, cuya utilidad popularizaba sus proyectos. Le fue preciso luchar con los hombres que le rodeaban, y con los enemigos pronunciados de todas las concesiones relijiosas; pero defendíale la opinion pública que formaba el Jenio del Cristianismo. *Bien es verdad que se arrepintió mas tarde de esta connivencia, y en el momento de su caida confesó que el* Jenio del

Cristianismo *habia sido la obra que mas habia perjudicado su poder.*

Pero Bonaparte que amaba la gloria, se dejaba facilmente alucinar de lo que parecia llevar la aureola de ella: exaltábale el ruido; y aunque no tardó en estar celoso de toda celebridad, procuraba sin embargo unir á él á cualquier hombre en quien reconocia una fuerza, y he aqui la razon por qué el Instituto, no habiendo comprendido el Jenio del Cristianismo *en el número de las obras que se presentaban en concurso para obtar al premio decenal, recibió la órden de redactar una memoria; y aunque entonces padeció mortalmente el amor propio de Bonaparte, este señor del mundo hablaba todos los dias á Mr. de Fontanes de los empleos que pensaba crear para mí, y de las cosas estraordinarias que reservaba á mi fortuna.*

Pero pasó aquel tiempo, con él han volado ya veinte años, hallándose en escena otras nuevas jeneraciones, y habiendo entrado en Francia el mundo viejo que vagaba por defuera.

Este mundo ha venido á disfrutar el producto de aquellos trabajos que concluyeron otros, y no ha conocido cuanto debieron costar: ha encontrado, destruido y disipado el velo ridículo con que Voltaire habia cubierto la relijion; á los jóvenes atreviéndose á ir á misa; á los sacerdotes respetados en memoria de su martirio, y sin embargo ha creido ese mun-

do viejo que todo esto habia sucedido por azar, sin que ninguno hubiera puesto la mano en esta obra.

Muy pronto se sintió cierto desvío hácia el que habia abierto las puertas de los templos, predicando la moderacion evanjélica; el que habia querido hacer amar el cristianismo por la belleza de su culto, por el jenio de sus oradores, por la ciencia de sus doctores, y por las virtudes de sus apóstoles y discípulos. Si era preciso avanzar mas, confieso en mi conciencia que yo no podia mas.

De veinticinco años acá mi vida no ha sido mas que una lucha continuada entre lo que me ha parecido falso en relijion, en filosofía y en política, entre los crímenes ó los errores de mi siglo, y con los hombres que han abusado del poder para corromper ó encadenar á los pueblos. Jamás he calculado el grado de altura en que se encontraban esos hombres; y desde Bonaparte, que hacia temblar el mundo, pero que sin embargo no me hizo temblar á mí, hasta esos oscuros opresores, que no son conocidos mas que por su nulidad, me he atrevido á decirlo todo á los que á todo se atrevian. Dó quiera que he podido, he tendido la mano al infortunio, sin pegarme á la prosperidad, porque siempre estaba dispuesto á sacrificarme á la desgracia, sin que haya sabido jamás servir á las pasiones en su principio.

¿Habrá sido acertado seguir el camino que yo he trazado para volver su influencia saludable á la

relijion? Creo que sí. Comprendiendo el espíritu de nuestras instituciones, penetrándose del conocimiento del siglo, y atemperando las virtudes de la fe con las de la caridad, se ha llegado seguramente al término. Vivimos en una época en que es preciso mucha induljencia y misericordia. Pulula por todas partes una juventud jenerosa, dispuesta á arrojarse en los brazos de cualquiera que la haga comprender los sentimientos nobles que tan propios son de los sublimes preceptos del Evanjelio; pero huye la sumision servil, y en el ansia de instruirse que la arrebata, tiene ya un gusto formado por la razon, muy superior ciertamente á su edad.

El Jenio del Cristianismo *aparece ahora, pues, sin que le rodeen algunas circunstancias, á que pudo atribuirse una parte de su éxito. Los altares se han vuelto á levantar, los sacerdotes han vuelto del cautiverio, y los prelados han sido elevados á las primeras dignidades del estado. La especie de disfavor que en jeneral acompaña al poder, deberia naturalmente acompañar tambien á todo lo que ha favorecido el restablecimiento de ese mismo poder: todos se hallan conmovidos por el combate, y miran con poco interes la victoria.*

El nombre del autor, quizá entre ciertas jentes, podrá perjudicar ahora á su propia obra. Ignoro por qué fatalidad hayan merecido rara vez los servicios que he hecho una prueba de estimacion de

parte de los mismos á quienes los he consagrado; mientras, por el contrario, los hombres á quienes he impugnado, han manifestado siempre una inclinacion decidida á mis escritos y á mi persona: no son ciertamente mis enemigos los que me han calumniado. ¿Habrá acaso en las opiniones que yo he apoyado, y que bajo muchos conceptos son las mias? ¿Habrá, digo, algun fondo de ingratitud natural? No, sin duda; y tal vez la falta está solo en mí.

Por diversas consideraciones de tiempo, de lugares y de personas, me veo precisado á sacar en consecuencia, que si el Jenio del Cristianismo *continúa en encontrar lectores, no se pueden buscar en los motivos en los que apoyaron su éxito primero: la misma suerte que le favorecia en otro tiempo, le es hoy contraria tal vez. Pero sin embargo, supuesto que se reimprime esta obra, á pesar de la multitud de las antiguas ediciones, la miraré siempre como mi primer título á la benevolencia del público.*

JENIO

DEL CRISTIANISMO.

PRIMERA PARTE.

DOGMAS Y DOCTRINA.

LIBRO PRIMERO.

Misterios y Sacramentos.

CAPITULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Desde que apareció el cristianismo sobre la tierra, le han combatido constantemente tres clases de enemigos: los heresiarcas, los sofistas y esos hombres frívolos en apariencia, que todo lo destruyen con la sátira y la mofa. A sus sutilezas y mentiras respondieron victoriosamente muchos apolojistas; mas no fueron tan felices contra la burla y el sar-

casmo. San Ignacio de Antioquía (1), San Ireneo, obispo de Leon (2), y Tertuliano en su tratado de prescripciones, que Bossuet llama *divino*, combatieron á los novadores, cuyas orgullosas interpretaciones corrompian la sencillez de la fe.

Los filósofos atenienses Cuadrato y Arístides fueron los que rechazaron primero *la calumnia*; pero no hay noticia alguna de sus apolojías, á escepcion de un fragmento de la primera conservado por Eusebio. San Jerónimo y el obispo de Cesaréa hacen mencion de la segunda, como de una obra majistral (3).

Los paganos imputaban á los fieles el ateismo, el incesto y ciertos convites abominables, en que se debia comer la carne de un niño recien nacido. Despues de Cuadrato y Arístides, defendió San Justino la causa de los cristianos, con estilo sencillo, y las actas de su martirio manifiestan, que derramó la sangre por la relijion con tanta sencillez como escribió en favor suyo (4). Mostró Atenagoras mas sabiduría en su defensa; pero no el tono orijinal de Justino, ni la impetuosidad del autor del *Apolojético*. Tertuliano es un Bossuet, aunque africano y bárbaro. Teófilo, en sus tres libros á su amigo Autoloquio, descubre una imajinacion viva y una profunda sabiduría; y el *Octavio* de Minucio Felix, nos presenta á la vista el hermoso retrato

(1) Ignat. in Part. apost. Epist. ad Smyrn. n. I.
(2) In Hæres. lib. VI.
(3) Eus. lib. IV. 3.; Hieronym. Epist. 80. Fleury. Hist. Eccl. tom. I; Tillemont. Mem. pour l'Hist. Eccl. tom. II.
(4) Just.

de un cristiano y dos idólatras, que paseándose por las orillas del mar, conferencian acerca de la relijion, y de la naturaleza de Dios (1).

El retórico Arnobio, Lactancio, Eusebio y San Cipriano defendieron tambien el cristianismo, mas no tanto se dedicaron á realzar su hermosura, como á patentizar y poner en claro lo absurdo de la idolatría.

Tambien Oríjenes combatió á los sofistas, y manifiesta que escedia á su contrario Celso, tanto en erudicion como en raciocinio y en estilo. Aunque el lenguaje griego de Oríjenes es sumamente dulce, se notan en él algunos hebraismos, y frases estranjeras, defecto de que adolecen comunmente los escritores que poseen muchas lenguas.

En tiempo del emperador Juliano sufrió la iglesia una persecucion de un carácter sin duda mas peligroso, cual fue el de afectar cierto desprecio á los cristianos sin violentarlos. Comenzó Juliano por despojar las iglesias, y en seguida prohibió á los fieles que enseñasen y estudiasen las letras (2): mas conociendo despues las ventajas de los establecimientos del cristianismo, quiso imitarlos al mismo tiempo que los abolió: fundó hospitales y monasterios, y trató de reunir, á semejanza del culto evanjélico, la moral á la relijion, ordenando que se hiciesen una especie de pláticas en los templos (3).

(1) Véanse ademas de los autores arriba citados Dupin, Dom Cellier, y la elegante traduccion de los antiguos Apolojistas por el señor abate de Gourcy

(2) Soc. 3. c. XII: Greg. Naz. 3. p. 51. 97. etc.

(3) Véase Fleury, Hist. Eccl.

Los sofistas que rodeaban á Juliano, queriendo imitar á su señor, se desenfrenaron contra el cristianismo, y hasta el mismo emperador no se desdeñaba de competir con los *galileos*. No ha llegado á nosotros la obra que escribió contra ellos; pero San Cirilo, patriarca de Alejandría, cita varios fragmentos en la refutacion que hizo de ella, y que aun se conservan en el dia. Cuando escribe Juliano con seriedad, se manifiesta San Cirilo mas fuerte; pero siempre que el emperador se vale de la ironía, el patriarca pierde la ventaja. El estilo del primero es vivo, animado y claro; el segundo se enardece, y es desigual, oscuro y prolijo.

Desde Juliano hasta Lutero, fuerte ya la iglesia, no tuvo necesidad de apolojistas; mas luego que apareció el cisma de Occidente, se presentaron tambien con los nuevos enemigos nuevos defensores. Preciso es convenir en que la superioridad estuvo por el pronto de parte de los protestantes, á lo menos en la apariencia, segun lo manifiesta Montesquieu: el mismo Erasmo fue débil contra Lutero, y Teodoro de Beza tenia una lijereza y gracia de estilo, que faltó con mucha frecuencia á sus enemigos.

Mas luego que Bossuet saltó á la arena, estuvo poco tiempo indicisa la victoria, y la hidra de la herejía fue abatida de nuevo. La *Historia de las variaciones, y el tratado de la doctrina cristiana* son dos obras clásicas, que pasarán á la posteridad.

Es natural que el cisma conduzca á la incredulidad, y que el ateismo siga á la herejía. Presentá-

ronse Bayle y Espinosa despues de Calvino; pero encontraron en Clarke y en Leibnitz dos jenios capaces de refutar sus sofismas. Escribió Abadía en favor de la relijion una apolojía interesante por su método y su razonamiento; mas su estilo es débil por desgracia, á pesar de cierto brillo que se nota en sus pensamientos. *Si los filósofos antiguos*, dice Abadía, *adoraban las virtudes, tampoco era esto* mas que una hermosa idolatría.

Pero todavía triunfaba la iglesia, cuando Voltaire trabajaba ya en resucitar la persecucion del emperador Juliano. En medio de un pueblo amable y caprichoso, poseia Voltaire el arte funesto de hacer *moda* su incredulidad, y alistando en esta liga insensata el amor propio de todos, atacó la relijion por cuantos medios son imajinables, desde el libro mas pequeño hasta el mas grande, desde la sátira hasta el sofisma. Salia á luz un libro relijioso, al momento se ridiculizaba al autor, al paso que se ensalzaban hasta las nubes unas obras, de las cuales Voltaire era el primero que se burlaba con sus amigos: era tan superior á sus discípulos, que á veces no podia dejar de mofarse él mismo al ver su entusiasmo irrelijioso. En tanto, sin embargo, iba cundiendo por la Francia el sistema destructor: se establecia con presteza en las academias de las provincias, que han sido otros tantos focos de mal gusto y de facciones. Señoras de distincion y gravísimos filósofos, tenian cátedra de incredulidad. En fin, *quedó decidido* que el cristianismo era únicamente un sistema bárbaro, cuya ruina no podia ve-

rificarse tan presto como fuera necesario para la libertad de los hombres, los progresos de las luces, las dulzuras de la vida, y la elegancia y la gracia de las artes.

Sin hacer mencion del abismo en que nos sumerjieron estos principios, las inmediatas consecuencias de este odio al Evanjelio, fueron un deseo, aunque mas finjido que sincero, de volver al culto de aquellas divinidades de Roma y Grecia, á las cuales se atribuyen todos los milagros de la antigüedad (1). No causó vergüenza el despreciar aquella infame relijion, que hacia del jénero humano un vil agregado de insensatos, impúdicos ó bestias feroces. Era preciso que desde alli se pasase al desprecio de los escritores del siglo de Luis XIV, los cuales solo llegaron á una perfeccion tan alta, porque fueron relijiosos. Viendo que ya no podian acometerlos cara á cara, á causa de la autoridad de su alta reputacion, los atacaron de mil modos indirectos. Imputóseles que habian sido *secretamente* incrédulos, ó que á lo menos hubieran sido mucho mas grandes hombres, si *hubiesen vivido en nuestros tiempos*. Cada autor bendice su destino porque le sacó á luz en el hermoso siglo de Diderot y Helvecio; hablo de aquel siglo, en que toda la sabiduría humana estaba arreglada por órden alfabético en la Enciclopedia, que era la Babilonia de las ciencias y de la razon (2).

(1) El siglo de Luis XIV apreciaba y conocia la antigüedad mucho mejor que nosotros, y sin embargo era cristiano.

(2) Véase la nota A, al fin del volúmen.

Algunos hombres de grande doctrina y de talento distinguido, hicieron tentativas para oponerse á este torrente; mas su resistencia fue inútil, porque su voz se confundió entre la muchedumbre, y su victoria fue ignorada de una jente insustancial, que á pesar de esto dirijia á la Francia, y por cuya razon era necesario interesar á ésta (1).

La fatalidad que hizo triunfar á los sofistas, bajo el imperio de Juliano, se declaró tambien por ellos en nuestro siglo. Los defensores de los cristianos incurrieron en una falta, que antes fue su perdicion: no atendieron á que no se trataba ya de disputar sobre tal ó tal dogma, sino que se negaban absolutamente los fundamentos. Suponiendo la mision de Jesucristo, y pasando de consecuencia en consecuencia, establecian sin duda alguna, y con mucha solidez, las verdades de la fe: mas este modo de argumentar (bueno solamente en el siglo XVII, en que no se negaba el fundamento) no sirve de nada en nuestros tiempos. Era, pues, preciso echar por el camino opuesto: es decir, pasar desde el efecto al principio, y no probar que el cristianismo es escelente porque viene de Dios, sino que viene de Dios porque es escelente.

Erraron igualmente en dedicarse á responder con seriedad á unos sofistas, especie de hombres, á los cuales no es posible convencer, porque siempre andan vagando de error en error. Olvidaban que

(1) Las *cartas de algunos judios portugueses* consiguieron un momento favorable; pero desaparecieron bien pronto en el huracan anti-relijioso.

estos jamás buscan de buena fe la verdad, y que no están adictos ni aun á su mismo sistema, sino por el ruido que hace, dispuestos á mudar mañana, en el momento en que se muda la opinion.

Por falta de esta reflexion se ha perdido mucho tiempo y trabajo. Porque no era á los sofistas á quienes se debia reconciliar con la relijion, y sí al pueblo á quien ellos seducian, diciéndole que el cristianismo era un culto nacido en el seno de la barbarie, absurdo en sus dogmas, ridículo en sus ceremonias, enemigo de las artes y de las letras, de la razon y de la hermosura; un culto en fin, que no habia hecho mas que derramar sangre, encadenar y esclavizar á los hombres, y retardar la felicidad y las luces del jénero humano.

Debia mas bien haberse probado que la relijion cristiana es la mas poética de todas, la mas hermosa, la mas favorable á la libertad, á las artes y á las letras; que el mundo moderno se lo debe todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas, desde los hospicios para los desgraciados, hasta los templos edificados por los Miguel Anjel, y adornados por los Rafaeles: debia patentizarse que no hay cosa mas divina que su moral, mas amable y majestuosa que sus dogmas, su doctrina y su culto; debia decirse que favorece al espíritu, perfecciona el gusto, desarrolla las pasiones virtuosas, da vigor al pensamiento, ofrece ideas nobles al escritor, y modelos perfectos al artista: que de ningun modo era vergonzoso el creer con Newton, Bossuet, Pascal y Racine; y por último, era preciso llamar todos

los encantos de la imajinacion y los intereses del corazon al socorro de esta misma relijion, contra la cual se les habia armado.

Al llegar aqui ya el lector está viendo mi obra. Agotados están ya todos los demas jéneros de apolojía, y acaso serian hoy inútiles. Porque ¿quien habrá que lea en el dia una obra teolójica? Unicamente algunos hombres piadosos que no estén en el caso de ser convencidos, y algunos verdaderos cristianos, que se hallan ya persuadidos. Pero ¿no podrá haber algun peligro en considerar á la relijion bajo un aspecto puramente humano? y ¿por que? ¿Teme por ventura nuestra relijion presentarse á la luz? La prueba mayor de su celestial oríjen es, que sufre sin miedo el exámen mas prolijo y severo de la razon. ¿Se pretende que se nos eche continuamente en cara que ocultamos nuestros dogmas bajo el velo de una noche santa, por temor de que sea descubierta su falsedad? ¿Será acaso el cristianismo menos verdadero cuando parezca mas hermoso? Desterremos, pues, un miedo pusilánime. No dejemos que perezca la relijion por un esceso de relijion. No estamos ya en aquel tiempo en que convenia decir: *creed* sin exámen; en el dia le sufrirá á pesar nuestro; y si guardásemos un silencio tímido, aumentaríamos el triunfo de los incrédulos y disminuiríamos el número de los fieles.

En fin, ya es tiempo de que se sepa á qué se reducen todas estas imprecaciones de *necedades*, *groserías*, *bajezas* y simplezas, con que todos los dias se vitupera al cristianismo: llegó el caso de

manifestar, que lejos de achicar y apocar el pensamiento, se acomoda maravillosamente á los vuelos mas sublimes del alma, y que puede embelesar el espíritu tan divinamente como todos los dioses de Virjilio y de Homero. A lo menos nuestras razones tendrán la ventaja de que podrá comprenderlas todo el mundo, y que bastará el buen sentido para juzgar de ellas. Acaso no se atiende bastante en las obras de esta clase, á usar del lenguaje ordinario y comun del lector; pero es preciso ser doctor con el doctor, y poeta con el poeta. Dios no nos prohibe los caminos sembrados de flores, cuando nos sirven para dirijirnos y volver á él; y no son siempre los ásperos y mas elevados senderos de los montes los que pisa la oveja descarriada, cuando vuelve á su aprisco.

Estamos persuadidos que este modo de mirar el cristianismo, presenta relaciones poco conocidas: sublime por la antigüedad de sus recuerdos, que alcanzan hasta la cuna del mundo, inefable en sus misterios, adorable en sus sacramentos, interesante en su historia, celestial en su moral, rico y encantador en sus adornos; el cristianismo reclama toda suerte de pinturas. Si se quiere seguirle en la poesía, el Tasso, Milton, Corneille, Racine, y hasta Voltaire, pintan y ensalzan sus milagros. En las bellas letras, en la elocuencia, en la historia y en la filosofía, encontramos á Bossuet, Fenelon, Masillon, Bourdaloue, Bacon, Pascal, Euler, Newton y Leibnitz. Si en las artes ¡ó que obras tan acabadas! si se le examina en su culto, ¡que cosas

no nos dicen sus antiguas iglesias góticas, sus admirables oraciones, y sus majestuosas ceremonias! Si entre su clerecía, mirad todos esos hombres que os han transmitido el idioma, y las obras de Roma y de la Grecia; mirad todos los solitarios de la Tebaida; todos los lugares de refujio para los desgraciados; todos los misioneros de la China, del Canadá y del Paraguay, sin omitir las órdenes militares, que son el oríjen de la caballería. Las costumbres de nuestros antepasados, la pintura de los tiempos antiguos, la poesía, y hasta los mismos romances, y las cosas secretas de la vida, todo lo hemos interesado en nuestra causa. Hemos pedido alegrías á la cuna y lágrimas al sepulcro: unas veces hemos habitado con el monje Maronita las cimas del Carmelo y del Líbano; otras con las hermanas de la Caridad hemos velado á la cabecera del enfermo; aquí dos esposos americanos nos han llamado á lo profundo de sus desiertos; allí hemos oido llorar á una vírjen en la soledad de un claustro: Homero se ha venido á colocar junto á Milton, y Virjilio se ha puesto al lado del Tasso. Las ruinas de Memfis y de Aténas han contrastado con las ruinas de los monumentos cristianos; los sepulcros de Osian con nuestros cementerios del campo: en San Dionisio hemos visto las cenizas de los reyes; y siempre que nuestro asunto nos ha obligado á hablar del dogma de la existencia de Dios, únicamente alegamos las maravillas de la naturaleza: finalmente, hemos procurado mover el corazon del incrédulo por cuantos medios son posibles; pero no podemos lisonjearnos

de poseer aquella maravillosa vara de la relijion, que hace brotar de la peña los manantiales de agua viva.

Cuatro partes componen nuestra obra, y cada una de estas se divide en seis libros. La *primera* trata de los dogmas y de la doctrina.

La *segunda* y la *tercera* comprenden la poética del cristianismo, ó sean las relaciones de esta relijion con la poesía, la literatura y las artes.

La *cuarta* contiene el culto; esto es, todo lo que corresponde á las ceremonias de la iglesia, y cuanto pertenece al clero secular y regular.

Por lo demas, frecuentemente hemos comparado los dogmas, la doctrina y el culto de otras relijiones, á los dogmas, doctrina y culto evanjélico; y á fin de satisfacer á toda clase de lectores, no hemos olvidado tocar oportunamente la parte histórica y mística de la relijion. En la intelijencia, pues, de que el lector ha visto el plan jeneral de la obra, vamos á entrar en el exámen de los *dogmas* y de la *doctrina*, y antes de pasar á los misterios cristianos, daremos principio investigando la naturaleza de las cosas misteriosas.

CAPITULO II.

De la naturaleza del misterio.

Nada hay en la vida tan bello, tan grato y tan grande como las cosas misteriosas. Los sentimientos mas maravillosos son los que mas nos ajitan,

aunque oscura y confusamente: el pudor, el amor casto y la amistad virtuosa están llenos de secretos, como si los corazones que se aman se entendiesen á media palabra, y estuviesen como entreabiertos. La inocencia, que no es otra cosa que una santa ignorancia, ¿quien negará que es el mas inefable de los misterios? La infancia es feliz, porque todo lo ignora, y la vejez miserable, porque todo lo sabe; mas por fortuna suya, cuando fenecen los misterios de la vida, comienzan los de la muerte.

Y si esto sucede con los sentimientos, lo mismo se verifica con las virtudes. Las mas anjelicales, como la caridad, son las que dimanando inmediatamente de Dios, se complacen en ocultarse á la vista como su mismo oríjen.

Pasando á las cosas del espíritu, hallamos que los placeres del pensamiento son tambien unos verdaderos secretos. Es el secreto de una naturaleza tan divina, que los primeros hombres del Asia solo hablaban por símbolos. ¿A que ciencia recurrimos continuamente sino á aquella que siempre deja algo que adivinar, y fija nuestra vista sobre una perspectiva infinita? Si nos estraviamos en el desierto, una especie de instinto nos hace apartar de las llanuras, donde todo se presenta al primer golpe de vista; nos dirijimos á esos bosques y á esas selvas (cunas de la relijion), cuya sombra, cuyo ruido y silencio están llenos de prodijios; á esas soledades donde los cuervos y las abejas alimentaban á los primeros padres de la iglesia, y en cuyos parajes decian aquellos hombres santos al gustar tantas de-

licias : *¡Basta, Señor; moriré á fuerza de dulzuras si vos no moderais mi alegría!* En fin, no nos detenemos al pie de un monumento moderno, cuyo orí-jen es conocido y como de ayer; pero si por casualidad hallamos de repente en medio del Océano una isla desierta, una estátua de bronce, cuyo brazo estendido señala las rejiones donde el sol se pone, y cuyo pedestal lleno de jeroglíficos se halla consumido por el mar y el tiempo. ¡Oh que manantial de meditaciones se presenta entonces á la vista del viajero! Todo está oculto, todo es desconocido en el universo, y hasta el hombre mismo es un misterio estraño. ¿De donde dimana el relámpago, al cual nosotros llamamos existencia, y en qué noche va á fenecer? El Eterno ha colocado el nacimiento y la muerte bajo la figura de dos espectros, misteriosos y sombríos á los dos estremos de nuestra carrera; el uno produce el prodijioso momento de la vida, que el otro intenta destruir y derrocar. Nada tiene, pues, de estraño en vista de la inclinacion que el hombre tiene á los misterios, que las relijiones de todos los paises hayan tenido sus cosas impenetrables. Los celtas estudiaban las palabras prodijiosas de las palomas de Dodona. La India, la Persia, la Etiopia, la Escitia, las Galias, la Escandinavia, tenian sus cuevas, sus montañas santas, y sus encinas sagradas, donde el bracman, el mago, el jimnosofista y el druida, pronunciaban el inesplicable oráculo de los inmortales.

No permita Dios que nosotros comparemos estos misterios con los de la verdadera relijion; ni

las inmutables profundidades del Soberano que está en el cielo, con las frájiles oscuridades de *aquellos dioses que son hechuras de las manos de los hombres* (1).

Solo hemos querido hacer observar que no hay relijion sin misterios; estos son los que con el *sacrificio* constituyen la esencia del culto. El mismo Dios es el gran secreto de la naturaleza; la divinidad estaba cubierta con un velo en Ejipto, y el Esfinje colocado sobre el umbral de sus templos.

CAPITULO III.

DE LOS MISTERIOS CRISTIANOS.

De la Trinidad.

En la parte de los misterios se descubre á primera vista una gran ventaja de la relijion cristiana sobre las relijiones de la antigüedad. Los misterios de estas no tenian relacion alguna con el hombre, y cuando mas, únicamente ofrecian un motivo de reflexiones para el filósofo, ó de canciones para el poeta. Pero los nuestros, por el contrario, se dirijen á nosotros mismos, y contienen los secretos de nuestro ser; porque no se trata de una inútil colocacion y juego de números, sino de la salud y felicidad del jénero humano. Hombre, ¡tú que conoces tan bien cada dia tu ignorancia y tu flaqueza,

(1) Sab. cap. 13, t. 10.

no desprecies los misterios de Jesucristo! ¡Estos misterios son la esperanza de los desgraciados!

La Trinidad, primer misterio de los cristianos, presenta una inmensa carrera de estudios filosóficos, ora se la considere en los atributos de Dios, ora se busquen las huellas de este dogma esparcido en el antiguo Oriente. Despreciar lo que no se puede comprender, es mal modo de discurrir. Fácil seria probar que nada sabemos, si prestásemos un poco de atencion á las cosas mas simples y triviales de la vida, y no obstante, ¡pretendemos penetrar los arcanos de la sabiduría!

La Trinidad fue quizás conocida de los ejipcios: en la inscripcion griega del grande obelisco del *Circo mayor* de Roma se leia: *el gran Dios, el enjendrado de Dios y el Todo-resplandeciente* (Apolo, el Espíritu).

Heráclides de Ponto y Porfirio citan un famoso oráculo de Serapis que decia: *Todo es Dios en su oríjen; despues el Verbo y el Espíritu: tres Dioses co-enjendrados juntos, y que se reunen en uno solo.*

Los magos tenian una especie de Trinidad en sus Oromasis, Mitris y Araminis, ó Mitra, Oromazo, Metris y Arimanes.

Platon parece que habla de este dogma en muchos lugares de sus obras. No solamente, dice Dacier, se pretende que conoció el Verbo, hijo eterno de Dios, sino que conoció el Espíritu Santo, y de este modo tuvo alguna idea de la Santísima Trinidad; porque escribió al jóven Dionisio lo siguiente: »*Es preciso que yo declare á Arquédemo lo que*

»*es mucho mas precioso y mas divino, y teneis tanta* »*gana de saber, pues que me lo habeis enviado es-* »*presamente; porque segun lo que me ha dicho, no* »*creeis os haya yo esplicado suficientemente lo que* »*pienso acerca de la naturaleza del primer principio.* »*Es preciso escribíroslo en enigmas, á fin de que si* »*se intercepta mi carta en la tierra ó en el mar, no* »*pueda entenderla el que la lea. Todas las cosas es-* »*tán alrededor de su rey; están por causa de él, y* »*él solo es la causa de las cosas buenas; el segundo* »*para las segundas, y el tercero para las terce-* »*ras* (1).

»En el *Epinomis* y otras partes sienta por prin- »cipios al primer bien, al Verbo ó al entendimien- »to, y al alma. El primer bien es Dios . . . . . »el Verbo ó el entendimiento es el hijo de este pri- »mer bien, que le ha enjendrado semejante é él; y »el alma, que es el término entre el Padre y el Hi- »jo, es el Espíritu Santo (2).”

Platon habia tomado esta doctrina de la Trinidad de Timéo de Locres, que la sacó tambien de la escuela itálica. Marsilo Fisino en una de sus observaciones sobre Platon muestra, citando á Yámblico, Porfirio, Platon y Máximo de Tiro, que los Pitagóricos conocian tambien la escelencia del *Ternario*. Pitágoras la manifestó tambien en este símbolo:

(1) Dacier cita al parecer el tomo 3, carta 2, p. 312 del Platon de Serranus; pero no todos los Platones de Serranus y de Ficiu, de la biblioteca real, señalan el mismo tomo, la misma pájina ni la propia carta.

(2) Les œuvres de Platon, trad. por Dacier, tom. I, p. 294.

Honorato in primis habitum, tribunal et Triobolum.

En las Indias es conocida la Trinidad.

»Lo mas marcado y admirable que he visto en este jénero, dice el P. Calmette (1), es un texto sacado del *Lamaastambam*, uno de sus libros.....: comienza asi: El Señor, el bien, el gran Dios, en su boca está la palabra. (El término de que se valen la personifica). Habla en seguida del Espíritu Santo en estos términos: *Ventus seu spiritus perfectus*, y acaba por la creacion, atribuyéndola á un solo Dios."

En el Tibet. »He aqui lo que pude adquirir de la relijion del Tibet. Los naturales llaman á Dios Konciosa, y manifiestan tener alguna idea de la adorable Trinidad; porque unas veces la llaman Koncikocik, Dios uno, y otras Koncioksum, Dios trino. Se sirven de una especie de rosario, sobre el cual pronuncian estas palabras: *om, ha, hum*. Cuando se les pide la esplicacion de esto responden, que *om* significa intelijencia ó brazo, es decir, poder; que *ha* es la palabra; que *hum* es el corazon, ó el amor, y que estas tres palabras significan Dios (2).

Los misioneros ingleses de Otaiti han hallado algunos vestijios de la Trinidad entre los dogmas relijiosos de los habitantes de aquella isla.

En la misma naturaleza nos parece que divisamos una especie de prueba física de la Trinidad. Ella es el arquetypo del universo, ó si se quiere,

(1) Cartas edif. tom. XIV paj. 9.
(2) Cartas edif. tom. XII. paj. 437.

su divino diseño ó su obra. ¿No seria, pues, posible que la forma esterior y material participase de la arcada interior y espiritual que la sostiene, al modo que Platon (1) representaba todas las cosas corporales, como la sombra de los pensamientos de Dios? El número *tres* parece que es en la naturaleza el término por escelencia.

El *tres* no es enjendrado y enjendra las otras fracciones, de aqui es que Pitágoras le solia llamar el número sin madre (2).

En las mismas fábulas del Politeismo se encuentra alguna tradicion oscura de la Trinidad. Tomáronla las Gracias por término, la conocia el Tártaro por la vida y la muerte del hombre, y por la venganza celestial, y tres dioses hermanos en fin componian reunidos el poder total del universo.

Los filósofos dividian en tres partes al hombre *moral;* y los padres de la iglesia han creido encontrar en el alma del hombre la imájen de la Trinidad espiritual.

»Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice Bossuet, y nos encerramos por algun tiempo en el

(1) In Rep.

(2) Hier. Com. in Pit. El tres, simple por sí mismo, es el único número que se compone de simples, y el que hace un número simple cuando se descompone: vosotros no podeis componer un número complexo sin el tres, como no sea el dos. Las jeneraciones del tres son magníficas y necesarias á esta poderosa unidad, que es el primer eslabon de la cadena de los números, y que llena el universo. Los antiguos hacian un gran uso de los números tomados metafísicamente, y no se puede decir que Pitágoras, Platon y los sacerdotes ejipcios, de los cuales heredaron esta ciencia, fuesen locos ó imbéciles.

interior de nuestra alma; es decir, en aquella parte en que se deja comprender la verdad, alli veremos alguna imájen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento que sentimos nacer, siendo como la semilla de nuestro espíritu, y el hijo de nuestra intelijencia, nos dá una idea del Hijo de Dios, concebido desde la eternidad en la intelijencia del Padre celestial. De aqui es que el Hijo de Dios toma el nombre de Verbo para que entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, y sí como nace en nuestra alma la palabra interior que en ella sentimos, cuando contemplamos la verdad.

»Mas la fecundidad de nuestro espíritu no se limita á esta palabra interna, á esta idea intelectual, ni á la imájen de la verdad que se forma en nosotros. Amamos ora esta palabra interior, ora el espíritu de donde procede; y amándola esperimentamos en nosotros mismos una cosa no menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento, fruto de uno y otro: ella del mismo modo que les une, se une á ellos, y con ellos compone una misma vida.

»De este modo, y en tanto que pueda existir una relacion entre Dios y el hombre, se produce en Dios el amor eterno, que sale del padre que piensa, y del hijo que es su pensamiento, y hace con ambas personas una misma naturaleza igualmente feliz y perfecta (1).

(1) Boss. Hist. Univ. Sect. I. páj. 167 y 168, tom. II.

Aqui tenies un hermoso comentario de una sola palabra del Jénesis: *Hagamos al hombre.*

Tertuliano en su *Apolojético* se esplica en los términos siguientes con respecto al gran misterio de nuestra relijion:

»Dios crió el mundo con sola su palabra, su razon y su poder. Vuestros mismos filósofos convienen en que *logos*, que es el verbo y la razon, es el criador del universo. Los cristianos solamente añaden que la propia sustancia del *verbo* y la razon, es decir, aquella sustancia mediante la cual Dios lo ha producido todo, es *espíritu*; que este verbo, ó esta palabra ha debido ser pronunciada por Dios, habiéndola pronunciado, la enjendró; y que de consiguiente es *Hijo* de Dios, y *Dios* á causa de la unidad de su sustancia. Aunque prolongue el sol un rayo, lejos de separar su sustancia, se estiende. De este modo el *verbo es espíritu* de un espíritu, y *Dios* de Dios, como una luz encendida con otra. Asi, lo que procede de Dios es *Dios*, y los dos con su espíritu no componen mas que uno, se diferencian en propiedad, no en número; se distinguen en órden, no en naturaleza; el Hijo ha salido de su principio sin dejarle. Este rayo de Dios bajó al seno de una vírjen; revistiose de carne; hízose hombre unido á Dios. Esta carne sostenida del espíritu, se alimenta, crece, habla, enseña y obra: *este es Cristo.....*"

Esta demostracion de la Trinidad puede comprenderla el entendimiento mas limitado. Preciso es tener presente que Tertuliano hablaba á unos

hombres que perseguian á Jesucristo, y que nada hubieran apreciado tanto como hallar modo de atacar la doctrina y aun la persona de sus defensores. No aumentaremos estas pruebas; las dejaremos á cargo de aquellos que han estudiado la secta Itálica y la alta teolojía cristiana.

Por lo que hace á las imájenes, por las cuales se acomoda á la debilidad de nuestros sentidos el mas admirable de los misterios, apenas podemos concebir que pueda parecer ridículo en la poesía el formidable triángulo de fuego que se imprime en la nube oscura. Tomando el Padre la figura de un anciano majestuoso ascendiente de los tiempos ó representando como una efusion de luz, no nos parece una pintura tan inferior á las de mitolojía. ¿Y no es una cosa bien maravillosa el ver al Espíritu Santo, al espíritu sublime de Jehovah, significado por el emblema de la dulzura, del amor y de la inocencia? Si Dios se siente como movido de la necesidad de sembrar su palabra, el espíritu no es ya aquella Paloma que cubria á los hombres con sus alas de paz; vuelve á tomar su fuego abrasador, y este es un Verbo visible; una lengua de fuego que habla todos los dialectos de la tierra, y cuya elocuencia exalta ó abate los imperios, y confunde á los impíos.

Para pintar al Hijo divino, nos bastará tomar las palabras de aquel que le contempló en su gloria: »Estaba sentado sobre un trono, dice el Apóstol: su rostro resplandecia como el sol en su mayor fuerza, y sus pies como el cobre fundido en la fra-

gua: sus ojos eran dos llamas. Salia de su boca una espada de dos filos: tenia en la mano derecha siete estrellas, y en la izquierda un libro sellado con siete sellos. Veíase delante de sus labios un rio de luz. Los siete espíritus de Dios brillaban en su presencia como siete lámparas, y salian de su escabel relámpagos, voces y rayos (1)."

CAPITULO IV.

De la Redencion.

Asi como la Trinidad encierra los secretos del órden metafísico, asi tambien contiene la Redencion las maravillas del hombre y la historia de sus fines y de su corazon. ¡Con que profundo espanto, si nos detuviésemos un momento en tan altas mediciones, veríamos llegar estos dos grandes misterios que ocultan bajo sus sombras las primeras intentaciones de Dios y el sistema del universo! La Trinidad confunde nuestra pequeñez, abate nuestros sentidos con su gloria, y nos retiramos como anonadados delante de ella; pero la interesante Redencion, anegando en lágrimas los ojos, les impide que se deslumbren, y les permite que se fijen por un momento sobre la cruz.

Desde luego se ve salir de este misterio la doctrina del pecado orijinal, que esplica cuanto es el hombre. Si no admitimos esta verdad, conocida por

(1) Apoc. cap. I y IV.

la tradicion de todos los pueblos, nos hallaremos cubiertos de una noche impenetrable; porque sin esta mancha primera, ¿como podríamos dar una razon suficiente de la inclinacion viciosa de nuestra naturaleza, combatida siempre por una voz secreta que nos dice haber sido formados para la virtud? ¿Como podríamos esplicar la aptitud que tiene el hombre para el dolor? ¿Como aquellos sudores que fertilizan un surco terrible? ¿De que modo las lágrimas, los disgustos y las desdichas del justo? ¿De que manera los triunfos y los impunes delitos del malvado? ¿Y como se podrá esplicar en fin todo esto sin admitir una caida primitiva? A causa de no haber conocido esta dejeneracion los filósofos de la antigüedad, incurrieron en tan grandes errores, é inventaron el dogma de la reminiscencia. ¡Ah! para convencernos de la verdad fatal de donde nace el misterio que nos rescata, no necesitamos mas pruebas, que aquella maldicion pronunciada contra Eva, que cada dia se cumple á nuestra vista. ¡Que nos dicen esos dolores agudísimos del parto, al mismo tiempo que esa dicha de la maternidad! ¡Que misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino, predicho á un mismo tiempo por el dolor y la alegría de la mujer que le dá á luz! ¿Podríamos equivocarnos acerca de los designios del Altísimo, cuando descubrimos claramente los dos grandes fines del hombre en el parto de su madre, ni menos dejar de reconocer á un Dios hasta en una maldicion?

Fuera de esto, cada dia vemos castigado á un

hijo por las culpas de su padre, y á un descendiente virtuoso por el crímen de un perverso ascendiente suyo; y esto prueba demasiadamente la doctrina del pecado orijinal. Pero un Dios todo bondad é indulgencia, sabiendo que perecíamos todos por esta caida, vino á salvarnos: no preguntemos, pues, hombres frájiles y culpables, á nuestro espíritu, sino á nuestro corazon, cómo puede morir un Dios. Si este perfecto modelo de un buen hijo; este ejemplo de amigos fieles; si la retirada al monte Olivete; el caliz de amargura; el sudor de sangre; aquella dulzura de alma; aquella sublimidad de espíritu; la cruz, el velo rasgado, la peña hendida, las tinieblas de la naturaleza, y por último, si este Dios espirando por los hombres, no puede arrebatar nuestro corazon, ni inflamar nuestros pensamientos, es de temer que jamás se encuentren en nuestras obras, como en las del poeta, »milagros de tanto bulto, *speciosa miracula.*"

Tal vez se me dirá que las imájenes no son razones, y que estamos en un siglo ilustrado que nada admite sin pruebas. No falta quien ponga en duda esa pretendida ilustracion del siglo; pero sin embargo nada estraño será que se nos haga la objecion precedente. Cuando se ha pretendido impugnar seriamente el cristianismo, los Oríjenes, los Clarke y los Bossuet le han defendido victoriosamente; de modo, que viéndose los sofistas atacados por tan terribles adversarios, se valen de subterfujios, echando en cara al cristianismo las mismas disputas metafísicas en que ahora quieren meter-

nos. Dicen como Arrio, Celso y Porfirio, que nuestra relijion es un tejido de sutilezas, que nada ofrece á la imajinacion ni al corazon, y que únicamente tiene por sectarios á *locos é imbéciles* (1). Si se presenta alguno que respondiendo á estos últimos cargos procura demostrar, que el culto evanjélico es el mismo que el del poeta y el del alma tierna, no se dejerá de gritar contra él: ¡ah! esto solo prueba que vos sabeis poco mas ó menos trazar un buen cuadro! Mas si quereis pintar y conmover, se os pedirán *axiomas y corolarios*. Si quereis razonar, en este caso solo se os exijen *sentimientos é imájenes*. Es muy dificil alcanzar á unos enemigos tan lijeros, y que jamás se presentan en el campo adonde os desafian. Aventuraremos, pues, algunas reflexiones acerca de la Redencion, á fin de manifestar que la teolojía del cristianismo no es tan absurda como se quiere suponer.

La tradicion universal nos hace ver que el hombre fue criado en un estado mas perfecto que el en que se halla al presente, y del cual cayó despues. Esta tradicion se justifica con la opinion de los filósofos de todos los tiempos y paises, que jamás pudieron formarse una idea exacta del hombre moral, sin suponer un primitivo estado de perfeccion, de la cual ha caido la naturaleza humana por su culpa (2).

(1) Oríj. c. Cel. lib. III, p. 144. Arrio llama *débiles* á los cristianos. Arr. Antouin. Ap. Tertul. at. scap. c. 5. lib. in Roh. Malela chronic. Porfirio da á la relijion el epiteto de *bárbara audacia*. Porfi. ap. Eus: Hist. Eccles. VI, c. IX.

(1) *Vid.* Plat. Arist. Sen. los santos PP. Pascal Grot. Arn. etc., etc.

Si el hombre fue criado, seguramente lo fue para algun fin; siendo pues criado perfecto, el fin á que habia sido destinado, tampoco podia dejar de serlo.

Pero ¿acaso fue alterada la causa final del hombre por su caida? No, porque el hombre no fue criado de nuevo, ni tampoco aniquilada la especie humana para que otra la sustituyese; y de consiguiente, hecho el hombre mortal é imperfecto por su desobediencia, ha quedado no obstante con unos fines inmutables y perfectos. Mas ¿como era posible que llegase á estos fines en su actual estado de imperfeccion? Ciertamente no podia conseguirlo con sus propias fuerzas, asi como un hombre enfermo que no puede elevar sus pensamientos á la misma altura que un hombre sano. Entre la fuerza y la cosa que con ella se ha de levantar, hay alguna desproporcion; y aqui se deja ya conocer la necesidad de una ayuda ó de una redencion.

Se dirá tal vez que este razonamiento seria muy á propósito para el primer hombre; pero que nosotros no somos capaces de nuestros fines. ¡Que injusticia y que necedad es la de pensar que todos hemos de sufrir castigo por la culpa de nuestro primer padre! Sin decidir aqui si Dios tuvo ó no razon para mancomunarnos á todos, sabemos únicamente que existe esta ley, y nos basta con esto. Nos consta que por todas partes sufre un hijo inocente el castigo que merecia el delito de su padre; que esta ley está ligada de tal modo á los principios de las cosas, que se repite hasta en el órden físico.

Cuando nace un niño todo gangrenado por causa de los escesos de su padre, ¿por que nadie acusa entonces la naturaleza? Porque al fin, ¿que es lo que ha hecho este niño inocente para cargar sobre él la pena de los vicios ajenos? Pues bien, las enfermedades del alma se perpetúan como las del cuerpo, y el hombre se halla castigado en su última posteridad por la culpa que le hizo partícipe de la primer levadura del delito.

Roconocida asi esta caida por la tradicion jeneral y por la trasmision ó jeneracion del mal moral y físico, y permaneciendo por otra parte los fines del hombre tan perfectos como antes de la desobediencia, aun cuando el hombre haya dejenerado, se sigue, que una redencion ú otro cualquier medio de hacerle capaz de sus fines, es una consecuencia natural del estado en que ha caido la naturaleza humana.

Admitida la necesidad de una redencion, es preciso buscar el órden en donde podamos hallarla. Este órden puede tomarse, ó en el hombre, ó sobre el hombre.

1.° En el hombre: para suponer una redencion, es necesario que el precio sea cuando menos proporcionado á la cosa redimida. ¿Como puede suponerse pues, que siendo el hombre imperfecto y mortal, se pudiese ofrecer á sí mismo para ganar de nuevo un fin perfecto é inmortal? ¿Ni como tampoco la culpa primitiva podia ser suficiente á satisfacer, no solo la porcion del pecado que le correspondiese, sino tambien la perteneciente á todo

el resto del jénero humano? ¿Por ventura no era necesario para semejante oferta un amor y una virtud superiores á la naturaleza? Parece que el cielo quiso dejar pasar 4000 años desde la caida hasta el restablecimiento, á fin de dar tiempo á los hombres para que reflexionasen cuan insuficientes eran sus virtudes, degradadas por el pecado, para semejante sacrificio.

Nos resta, pues, tan solo el segundo supuesto; á saber: que la redencion debia emanar de una condicion superior al hombre. Veamos si podia provenir de unos seres intermedios entre Dios y él.

A Milton le ocurrió una idea feliz cuando confiesa que despues del pecado del hombre, preguntó el Eterno Padre á los consternados espíritus del cielo, si habria en él alguna potestad que quisiese ofrecerse por la salud del hombre. Todas las jeneraciones divinas permanecieron mudas, y no obstante tantos serafines, tronos, querubines, dominaciones, ánjeles y arcánjeles, ninguno de ellos se sintió con fuerzas bastantes para ofrecerse á tan gran sacrificio: este pensamiento del poeta es una rigurosa verdad en la teolojía; porque ¿adonde habian de ir los ánjeles á proveerse en favor del hombre de un amor tan inmenso como el que supone el misterio de la cruz? Por otra parte debemos confesar, que la mas sublime de las potestades criadas, no tendria fuerza bastante para cumplirlo. En efecto, ninguna sustancia anjélica podia, á causa de la debilidad de su esencia, tomar sobre sí aquellos dolores, que segun Masillon, reunieron sobre la ca-

beza de Jesucristo todas las *agonías físicas* que podia suponer el castigo de cuantos pecados se habian cometido desde el principio del mundo, ni tampoco de todas las *penas morales y los remordimientos* que debian sufrir los pecadores al cometer el delito. Si el mismo Hijo del Hombre halló el cáliz amargo, ¿como era posible que un ánjel pudiera aplicar á él los labios? Sin duda no le hubiera sido posible beber las heces; y de consiguiente quedaria sin consumarse el sacrificio.

Nosotros, pues, no podíamos tener por redentor sino á una de las tres personas divinas que existian desde la eternidad; y entre las cuales se ve que solo el Hijo por su misma naturaleza habia de obrar nuestra redencion; porque solo podia reconciliar á Dios con el hombre un amor que enlaza todas las partes del universo; un medio que reune los estremos, y un principio vivificante de la naturaleza. Vino efectivamente este nuevo Adan, hecho hombre segun la carne por María, hombre segun la moral por el Evanjelio, y hombre segun Dios por su esencia. Nació de una Vírjen, por no participar de la culpa orijinal, y para ser una víctima sin mancha, y nació en un establo, en el grado inferior de las condiciones humanas, porque nuestra caida habia procedido de la soberbia. Aqui empieza la profundidad del misterio; el hombre se turba y se corre el velo.

De este modo el término á que podíamos llegar antes de la desobediencia, se nos propone nuevamente por los méritos de la sangre de Jesucristo;

pero el camino para llegar á él es distinto. En tanto que Adan fue inocente, podia haberlo conseguido por caminos deliciosos; mas despues de su pecado, no podia subir ya sino atravesando precipicios. La naturaleza se mudó, y sufrió una gran quiebra por la culpa de nuestro primer padre, y la redencion no tuvo por objeto hacer una nueva creacion, sino el hallar un remedio y salud final para la primera. Todo, pues, ha dejenerado con el hombre, y este rey temporal del universo, que por haber sido criado inmortal debiera elevarse, sin que mudase su existencia, á la felicidad de las potestades celestiales, ya no puede gozar jamás de la presencia de Dios, sin pasar primero por los *desiertos del sepulcro*, segun la espresion de San Juan Crisóstomo. Su alma se ha salvado de la destruccion final mediante la redencion; pero su cuerpo, juntando la impureza natural de la materia con la mancha del pecado, incurrió en todo su rigor en la sentencia primitiva: cae, se hunde, y se disuelve. Asi Dios, despues de la caida de nuestros primeros padres, cediendo á los ruegos de su hijo, y no queriendo destruir todo el hombre, inventó la muerte como una semi-nada, á fin de que el pecador sintiese el horror de aquella nada entera á que estaba destinado, á no ser por los prodijios del amor celestial.

Nos atrevemos á presumir, que si en la metafísica hay algo de claro, lo es la cadena de este discurso: aqui no se hallan palabras traidas violentamente, no hay divisiones ni subdivisiones, ni frases oscuras ni bárbaras. De nada de esto se compo-

ne el cristianismo, segun nos lo quieren persuadir los incrédulos con sus burlas. El Evanjelio se predicó al pobre de espíritu, y le entendió: este es el libro mas claro de cuantos existen. Su doctrina no tiene su trono en la cabeza, sino en el corazon, y no enseña á disputar, sino á vivir bien. Sin embargo, no carece de secretos, y no hay cosa mas inefable en el Evanjelio, que la contínua mezcla de los mas profundos misterios con la mayor sencillez: estos dos caractéres son el manantial de donde nace lo tierno y lo sublime. No hay que estrañar que hable con tanta elegancia la obra de Jesucristo. Las verdades de nuestra relijion son tales, á pesar de su poco aparato científico, que admitido un solo principio, os pone en la necesidad de admitir todos los demas. Aun hay mas: si esperais evadiros negando el fundamento, como, por ejemplo, el pecado orijinal, estrechados entonces de consecuencia en consecuencia, os vereis en la precision de perderos en el ateismo. Desde el mismo punto en que admitais un Dios, entra á pesar vuestro la relijion cristiana, como lo han notado Clarke y Pascal, y aqui teneis á nuestro juicio una de las mas fuertes pruebas en favor del cristianismo.

Por lo demas, nada tiene de estraño que el mismo que hace jirar sobre nuestras cabezas esos millones de astros sin confundirse, haya puesto tanta armonía en los principios de un culto que él ha establecido; ni menos que haga aparecer los encantos y las grandezas de sus misterios en el círculo de una lójica inevitable, asi como hace volver el sol de

un punto al otro para traernos ó ya las flores, ó ya las tempestades de las estaciones. Apenas puede concibirse la cólera de este siglo contra el cristianismo. Si es constante que las relijiones son necesarias á los hombres, como lo han creido hasta aqui todos los filósofos, ¿con que culto querrán reemplazar el de nuestros padres? Recordarán sin duda por mucho tiempo aquellos dias en que unos hombres sanguinarios pretendieron erijir altares á las virtudes sobre las ruinas del cristianismo; aquellos dias en que con una mano levantaban patíbulos, y con otra aseguraban á Dios la *eternidad* y al hombre la *muerte* sobre la fachada de nuestros templos; y en fin, aquellos dias en que estos mismos templos, en que antiguamente se veia al Dios conocido del universo, y á aquellas imájenes de la Vírjen, consuelo de tantos aflijidos, estaban dedicados á la *Verdad*, que ningun hombre conoce, y á la *Razon*, que jamás ha enjugado una lágrima.

CAPITULO V.

DE LA ENCARNACION.

La Encarnacion nos presenta en un aprisco al Soberano de los cielos, *al que lanza el rayo y el trueno ceñido con fajas de lino, y encerrado en el vientre de una mujer al que no cabe en el mundo.* ¡Mucho partido hubiera sacado la antigüedad de esta maravilla! ¡que pinturas nos hubieran ofrecido Virjilio y Homero del nacimiento de un Dios en un

pesebre; de los pastores que corrieron á adorarle; de los Magos guiados por las estrellas; de los ánjeles que bajaban al desierto; de una Vírjen madre adorando á su recien nacido; en fin, de todo aquel conjunto de inocencia, grandeza y encanto!

Dejando aparte cuanto tienen de directo y de sagrado nuestros misterios, aun pudiéramos hallar bajo su velo las verdades mas interesantes de la naturaleza. Estos secretos del cielo, ademas de sus partes inesplicables y místicas, son tal vez el tipo de las leyes morales y físicas del mundo. Esto es muy digno de la gloria de Dios; pues se ve por qué ha querido manifestarse en estos misterios con preferencia á otros que hubiera podido elejir. Jesucristo, por ejemplo, ó el mundo moral, naciendo del seno de una Vírjen, nos enseña el prodijio de la creacion física, y nos manifiesta el universo, formándose en el seno del amor celestial. Las parábolas y las figuras de este misterio se hallan en consecuencia grabadas en cada objeto alrededor de nosotros. Por todas partes en efecto, nace la fuerza de la gracia; el rio sale de la fuente; el leon se alimenta con una leche semejante á la que mama el cordero; y entre los hombres, en fin, ha permitido Dios la gloria celestial á los que practicasen las mas humildes virtudes.

Los que no pudieron descubrir en la casta Reina de los ánjeles otra cosa que misterios de oscuridad, son muy dignos de compasion. ¡Que cosa mas admirable puede haber que una mujer mortal hecha madre inmortal de un Dios redentor! Una ma-

dre que es á un mismo tiempo vírjen y madre, estados que son los mas divinos de la mujer; una jóven hija del antiguo Jacob, que acude á socorrer las miserias humanas, y sacrifica un hijo por salvar la raza de sus padres; una tierna mediadora entre Dios y el hombre, que siendo el mejor modelo de la dulce virtud de su sexo, abre un corazon sumamente compasivo á nuestras tristes confidencias, y desarma á un Dios justamente irritado. ¡O dogma encantador, tú dulcificas el terror de un Dios, interponiendo la hermosura entre nuestra nada y la majestad divina!

Los cánticos de la iglesia nos pintan á la bienaventurada María sentada sobre un trono de candor mas blanco que la nieve, en el cual brilla como una *rosa mística* (1) ó cual la *estrella de la mañana* (2), *precursora del sol de gracia;* sírvenla los mas hermosos ánjeles, formando en su presencia un dulce concierto de arpas y voces celestiales: reconócese en esta hija de los hombres el *refujio de los pecadores* (3) *y el consuelo de los aflijidos* (4); ella no conoció jamás las santas cóleras del Señor, y ella es todo bondad, todo compasion, todo induljencia.

María es la divinidad de la inocencia, de la flaqueza y de la desgracia. La multitud de sus adoradores en nuestras iglesias se compone de pobres marineros á quienes ha salvado del naufrajio; de

(1) Rosa mystica.
(2) Stella matutina.
(2) Refugium peccatorum.
(4) Consolatrix afflictorum.

viejos inválidos á quienes en las batallas ha sacado de entre los brazos de la muerte y de bajo de la espada de los enemigos de su pais; y en fin, de jóvenes mujeres, cuyos dolores ha calmado. Estas presentan delante de su imájen á sus tiernos hijos, y el corazon del recien nacido, que aun no llega á comprender el Dios del cielo, y conoce ya á esa madre celestial que se representa con un niño en sus brazos.

CAPITULO VI.

LOS SACRAMENTOS.

El bautismo y la confesion.

Si los misterios abruman el entendimiento por su grandeza, esperiméntase otra especie de admiracion, aunque no tal vez tan profunda, al contemplar los sacramentos de la iglesia. El conocimiento del hombre civil y moral se contiene y se cifra todo entero en estas instituciones.

El bautismo, el primer sacramento que la relijion confiere al hombre, segun las palabras del Apóstol, *le reviste de Jesucristo*. Este sacramento nos recuerda la corrupcion que hemos contraido al nacer, las entrañas dolorosas que nos llevaron en su seno, y las tribulaciones que nos esperan en este mundo; él nos dice que nuestras culpas pasarán y recaerán en nuestros hijos, y que se nos imputarán á todos en comun; verdad terrible, que bien me-

ditada, bastaria por sí sola á hacer reinar la virtud entre los hombres.

Contemplad al neófito en pie en medio de las aguas del Jordan: el solitario del desierto le echa la agua lustral sobre su cabeza; el rio de los patriarcas, los camellos de sus riberas, el templo de Jerusalen y los cedros del Líbano están como atentos á esta ceremonia, ó miran mas bien á ese tierno niño sobre la sagrada fuente. Hállase circundado de una familia que rebosa de gozo, que renuncia en su nombre al pecado, y le pone el nombre de su abuelo, que se hace como inmortal en este renacimiento, perpetuado por el amor de jeneracion en jeneracion. Ya el padre se da priesa á tomarle en sus brazos para ponerle en los de su impaciente esposa, que está contando bajo de sus cortinas todos los golpes de la campana bautismal. Todos rodean la cama de la madre, y por las mejillas de los circunstantes corren lágrimas de una relijiosa ternura; el nuevo nombre del hermoso infante, el antiguo de su antepasado, pasa de boca en boca, y mezclando cada uno la memoria de lo pasado con la alegría presente, creen todos que reconocen al buen viejo en el infante que hace revivir su memoria. Tales son los cuadros que presenta el sacramento del Bautismo; pero la relijion siempre moral y siempre séria, aun cuando se manifiesta mas risueña, nos presenta al mismo tiempo los hijos de los reyes con su púrpura, renunciando las grandezas de Satanás en la misma piscina en que el hijo de un pobre andrajoso acaba de abjurar las pompas,

á que sin embargo no debe verse condenado.

San Ambrosio nos hace una descripcion muy curiosa del modo con que se administraba el sacramento del Bautismo en los primitivos siglos de la iglesia (1). El dia señalado para esta ceremonia era el sábado santo. Principiaba tocando las narices del infante ó catecúmeno, abriéndole las orejas y pronunciando la palabra *efeta*, que quiere decir *abrios*. Le llevaban luego al *Sancta Sanctorum*, y en presencia del diácono, del sacerdote y del obispo renunciaba á las obras del domonio. Se le volvia hácia el Occidente, que es imájen de las tinieblas, para abjurar el mundo, y tambien hácia el Oriente, símbolo de la luz, para manifestar su alianza con Jesucristo. El obispo bendecia entonces el baño, cuyas aguas, segun San Ambrosio, indican todos los misterios de la Escritura; esto es, la creacion, el diluvio, el paso del mar Rojo, la nube, las aguas de Mara, y finalmente, á Naaman y al paralítico de la piscina. Santificadas asi las aguas con la señal de la cruz, se sumerjia en ellas por tres veces el catecúmeno, en honor de la Santísima Trinidad, dándole asi á entender que son tres cosas las que sirven de testimonio en el bautismo; esto es, el agua, la sangre y el espíritu.

Al salir del *Sancta Sanctorum*, el obispo unjia

(1) *Ambros. de Myst.* Tertuliano, Orijenes, San Jerónimo y San Agustin hablan tambien del bautismo, aunque no tan circunstanciadamente como San Ambrosio. En los seis libros de Sacramentos, atribuidos falsamente á este Santo Padre, se ve la circunstancia de las tres inmersiones y del *tocamiento* de narices, de que aqui hacemos mérito.

en la cabeza al hombre nuevo, á fin de consagrarle en la raza escojida, y en la nacion sacerdotal del Señor. Lavábanle despues los pies, y le vestian de blanco en señal de su inocencia, y en seguida recibia en el sacramento de la Confirmacion el espíritu de temor de Dios, el de la sabiduría, intelijencia, consejo, fortaleza, doctrina y piedad. Pronunciaba despues el obispo en voz alta las palabras del Apóstol: *Dios Padre os ha marcado con su sello. Jesucristo nuestro Señor os ha confirmado y dado á vuestro corazon las arras del Espíritu Santo.*

En seguida se dirijia el nuevo cristiano al altar para recibir alli el pan de los ánjeles, diciendo: *Entraré en el altar del Señor, de aquel Dios que alegra mi juventud.* A la vista del altar cubierto de vasos de oro y de plata, luces, flores y telas de seda, decia el neófito con el Profeta: *Vos Señor, habeis preparado una mesa delante de mí; el Señor es el que me alimenta, nada me faltará; él me ha colocado en un lugar abundante de pastos:* entonces se concluia la ceremonia con el sacrificio de la misa. Precisamente seria una fiesta muy augusta, ver á un San Ambrosio en la mesa del Señor, dando á un pobre inocente el lugar que negaba á un emperador culpado.

Si no se echa de ver en este primer acto de la vida cristiana una mezcla divina de teolojía y de moral, de misterio y de una santa sencillez, jamás habrá cosa divina en la relijion.

Pero considerado el bautismo en una esfera mas elevada, y como imájen del remedio de nuestra re-

dencion, es un baño que restituye al alma su vigor primitivo. No es posible recordar sin pena la felicidad de los tiempos pasados, cuando los bosques no eran harto silenciosos, ni las cuevas tenian suficiente capacidad para los fieles que iban á ellas á meditar los santos misterios. Aquellos primitivos cristianos, testigos de la renovacion del mundo, estaban poseidos de pensamientos muy diferentes de los que en el dia nos agobian hácia la tierra; todos somos cristianos, pero sin amor; envejecidos en el siglo, pero no en la fe. La sabiduría tenia en aquellos felices tiempos su cátedra sobre los peñascos, y su habitacion con los leones en las entrañas de los montes, donde iban los reyes á consultar al solitario. ¡Con que velocidad han pasado aquellos tiempos! Ya no hay un San Juan en el desierto, ni el feliz catecúmeno volverá á sentir sobre sí las aguas del Jordan, que arrastraban á los mares todas sus manchas.

Al bautismo se sigue la confesion, y la iglesia con una prudencia de que ella sola es capaz, fijó la época de la confesion en la edad en que puede comprenderse la idea del delito. Es indudable que á los siete años tiene ya el niño las nociones suficientes del bien y del mal. Todos los hombres, hasta los mismos filósofos, cualesquiera que hayan sido por otra parte sus opiniones, han mirado el sacramento de la penitencia como una de las mas fuertes barreras contra el vicio, y como la obra maestra de la sabiduría. »¡Cuantas restituciones, cuantas reparaciones, dice Rousseau, no ha hecho hacer la con-

fesion entre los católicos! (1)." — »La confesion, dice Voltaire, es una cosa escelente, es un freno del crímen, inventado en la mas remota antigüedad. Los antiguos se confesaban en la celebracion de todos los misterios. Nosotros hemos imitado y santificado esta santa costumbre, que es muy buena para inclinar al perdon á los corazones ulcerados por el odio (2)."

Sin esta institucion saludable, el criminal vendria á caer en la desesperacion. ¿A que seno iria un delincuente á descargar el peso de su corazon? ¿Iria á caso al de un amigo? ¡Ah! ¡quien puede contar con la amistad de los hombres! ¿Podrá fiarse para esto de los desiertos? Los desiertos, sabedores de un delito, resuenan siempre con el ruido de aquellas trompetas que el parricida Neron creia oir alrededor del sepulcro de su madre (3). Cuando falta la compasion á la naturaleza y á los hombres, nada hay mas tierno ni interesante que hallar un Dios dispuesto á perdonar; solo á la relijion cristiana correspondia haber hecho dos hermanas de la *inocencia* y del *arrepentimiento*.

(1) *Emilio*, tomo III, paj. 201, en la nota.
(2) *Cuestiones inciclopédicas*, tomo III, paj. 234, articulo *Cura de aldea*.
(3) Tácit. *Histor.*

CAPITULO VII.

De la comunion.

A los doce años de su edad, y en la estacion de la primavera, es cuando el jóven se une á su Criador. Despues de haber llorado con las montañas de Sion la muerte del Redentor del mundo, y recordado las tinieblas que cubrieron la tierra, el cristianismo olvida su dolor; reviven las campanas; se descubren los santos, y los gritos de regocijo; el antiguo *aleluya* de Abraham y de Jacob resuenan en las bóvedas de las iglesias. Por un camino sembrado de las primeras flores del año se dirijen al templo unas jóvenes vestidas de blanco, y unos muchachos adornados de guirnaldas, repitiendo nuevos cánticos y siguiéndoles sus padres enajenados de gozo. Al instante baja Cristo al altar para estas almas delicadas. El pan de los ánjeles se pone sobre la lengua veraz, no manchada aun por ninguna mentira, en tanto que el sacerdote bebe la sangre meritoria del cordero. Todos los corazones están poseidos de un recojimiento interior en esta solemnidad, en que Dios recuerda un sacrificio sangriento bajo las especies mas apacibles. A las alturas incomprensibles de estos misterios, se unen los recuerdos de unas escenas las mas placenteras. Parece que la naturaleza resucita con su Criador, y que el ánjel de la primavera le abre las puertas del sepulcro, como el espíritu de luz que levantó la losa

de su glorioso monumento. La edad de los que comulgan, y la estacion del año que empieza, confunden sus juventudes, sus armonías y sus inocencias. El pan y el vino anuncian los dones que ofrecen los campos, prontos á madurar, recordando los cuadros de la agricultura. Finalmente, baja Dios á las almas de los jóvenes para fecundarlas; asi como baja en esta estacion al seno de la tierra, para hacerla producir flores y riquezas.

Pero ¿que significa, se me dirá tal vez, esta comunion mística en que la *razon* se ve precisada á someterse á un *absurdo*, sin provecho alguno para las costumbres? Permítasenos por de pronto contestar en jeneral á favor de todos los ritos cristianos; esto es, permítasenos decir, que son *de la mas alta moralidad*, por solo el motivo *de haberlos practicado nuestros padres;* por sola la causa de haber sido *cristianas nuestras madres* en nuestras cunas; y en fin, porque la relijion ha empleado sus cánticos alrededor del túmulo de nuestros abuelos, y deseado la paz á sus cenizas.

Aun suponiendo que la comunion fuese una ceremonia meramente pueril, es suma ceguedad el no ver que una solemnidad precedida de una confesion austera, y que solamente se verifica despues de una larga série de acciones virtuosas, por su esencia misma es muy favorable á las costumbres. En efecto, lo es en tal grado, que con solo llegarse el hombre dignamente al sacramento de la Eucaristía una vez tan sola al mes, seria precisamente el mas virtuoso de la tierra. Trasládese ahora este razona-

miento de lo individual á lo colectivo, de un hombre á un pueblo, y se verá que la comunion es una lejislacion toda entera.

»Ved, pues, aqui á unos hombres, dice Voltaire, cuya autoridad no será sospechosa; á unos hombres que reciben á Dios en su pecho, en medio de una ceremonia augusta, y á la claridad de cien luces, despues de una música que ha enajenado sus sentidos, y al pie de un altar radiante de oro. Su imajinacion está como subyugada; su alma embargada y enternecida; apenas se respira; el hombre se ha desprendido ya de todos los bienes terrenos, y está unido con Dios, que está en nuestra carne y en nuestra sangre. Despues de esto, ¿quien se atreverá ó podrá cometer, ni aun de pensamiento, una sola culpa? Imposible fuera imajinar un misterio que contuviese mas fuertemente á los hombres en la virtud (1)."

Si yo me espresase con esta enerjía, me tratarian de fanático.

La Eucaristía tuvo su oríjen en la noche de la cena; y aqui convidamos á los pintores á que vean aquel hermoso cuadro en que se representa Jesucristo pronunciando estas palabras: *Hoc est corpus meum*. Cuatro cosas hay que notar aqui.

1.ª En el pan y el vino *materiales* se ve la consagracion del alimento de los hombres, que viene de Dios y le recibimos de su munificencia. Aun cuando no hubiese en la comunion otra cosa que

(1) *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, tomo IV. edicion de Jinebra.

esta ofrenda de las riquezas de la tierra, hecha al mismo que nos las dispensa, bastaria para compararla á las mas bellas costumbres relijiosas de la Grecia.

2.ª La Eucaristía nos recuerda la Pascua de los israelitas, que se remonta hasta el tiempo de los faraones; anuncia la abolicion de los sacrificios sangrientos, y es al mismo tiempo la imájen de la vocacion de Abraham y de la primera alianza de Dios con el hombre. Cuanto hay de grande en la antigüedad, en la historia y en la lejislacion, todo se halla, digámoslo asi, en la comunion del cristiano.

3.ª La Eucaristía anuncia la reunion de los hombres en una dilatada familia de hermanos; enseña el fin de las enemistades, la igualdad natural y el principio de una nueva ley, que no discernirá entre judíos ni jentiles, y convidará á una misma mesa á todos los descendientes de Adan.

En fin, la cuarta cosa que se descubre tambien en la Eucaristía es el misterio directo, y la real presencia de Dios en el pan consagrado. Aqui es preciso que el alma se eleve por un momento hácia aquel mundo intelectual, que le estuvo abierto antes de su caida.

Cuando el Omnipotente crió al hombre á su imájen, y lo animó con el soplo de la vida, hizo alianza con él. Dios y Adan conversaban juntos en la soledad; mas esta alianza quedó luego disuelta por derecho á causa de la desobediencia, y desde entonces ni el Dios Eterno podia comunicar con la muerte ni la espiritualidad con la materia. Entre

dos cosas de propiedades diferentes no era posible que se verificase un punto de contacto, sino por un medio. El primer esfuerzo que hizo el amor divino para acercarse á nosotros, fue la vocacion de Abraham, y el establecimiento de los sacrificios; figuras que anunciaban al mundo la venida del Mesías. Restableciéndonos el Salvador en nuestros fines, como hemos manifestado ya en el capítulo de la Redencion, debió tambien reintegrarnos en nuestras prerogativas, la mayor de las cuales sin duda era la de comunicar con el Criador. Mas esta comunicacion no podia tener lugar inmediatamente como en el Paraiso terrenal: lo primero, porque nuestro oríjen quedó manchado; y lo segundo, porque nuestro cuerpo, sujeto al sepulcro, quedó muy débil para comunicar directamente con Dios sin morir. Era, pues, necesario un medio mediato, cual es el que nos proporcionó su Hijo divino. Este es el que se dá al hombre en la Eucaristía, y el camino sublime por donde nos reunimos de nuevo á aquel de quien dimana nuestra alma.

Pero si el Hijo hubiese quedado en su esencia primitiva, es tambien evidente que en la tierra hubiera existido la misma separacion entre Dios y el hombre, puesto que no puede haber union entre la pureza y el delito, ni entre la realidad eterna y el sueño de nuestra vida. El Verbo divino entrando en el seno de una doncella, se hizo semejante á nosotros: por un lado toca á su Padre por su espiritualidad, y por otro se une á la carne por la efijie humana. Él mismo viene á ser aquella apro-

ximacion que se busca entre el hijo culpable y el padre misericordioso. Ocultándose bajo los accidentes de pan, queda convertido en un objeto sensible á los ojos corporales, y un objeto intelectual para los ojos del alma. Si escojió el pan para ocultarse, fue porque el trigo es un emblema noble y puro del alimento divino.

Si esta alta y misteriosa teolojía, de la cual nos contentamos con presentar algunos rasgos, espanta á nuestros lectores, tengan presente cuanto mas luminosa es esta metafísica, comparada con la de Pitágoras, Platon, Timeo, Aristóteles, Carnéades y Epicuro. En ella no se halla ninguna de esas ideas abstractas, para cuya intelijencia es preciso crear un lenguaje incomprensible al comun de los hombres.

Reasumiendo ahora lo que dejamos dicho con respecto á la comunion, advertimos que á primera vista presenta una pompa embelesadora; que enseña la moral, por la pureza que se requiere para acercarse á ella; que es la ofrenda de los dones de la tierra hecha al Criador, y que recuerda la sublime é interesante historia del Hijo del Hombre. Unida al recuerdo de la Pascua y de la primera alianza, va á perderse en la noche de los tiempos: conviene igualmente con las ideas primeras relativas á la naturaleza del hombre relijioso y político, y espresa la antigua igualdad del jénero humano; abraza finalmente la historia mística de la familia de Adan, su caida, sus fines, su restablecimiento, y su reunion con Dios.

CAPITULO VIII.

LA CONFIRMACION, EL ÓRDEN Y EL MATRIMONIO.

Exámen del voto de castidad bajo sus relaciones morales.

No podemos menos de admirarnos cuando reflexionamos la época de la vida en que ha fijado la relijion el grande himeneo del hombre y de su Criador. El momento mismo en que el corazon se inflama con el fuego de las pasiones, es precisamente aquel en que puede comprender al Ser supremo. Dios, pues, es el inmenso espíritu de quien el jóven se siente repentinamente ajitado, y el que llena las facultades de su alma inquieta y engrandecida; mas el peligro se aumenta, y este viajero sin esperiencia, espuesto en el camino del mundo, necesita nuevos ausilios. No le abandonará la relijion: tiene de reserva un apoyo para su alma indecisa. La confirmacion viene á sostener sus trémulos pasos, lo mismo que el báculo en las manos de un viejo, y los cetros que de raza en raza pasaban de unos á otros entre los antiguos reyes, sobre los cuales se apoyaban los Evandros y Néstores, pastores de los hombres, cuando juzgaban á los pueblos. Observemos que la moral entera de la vida está cifrada en el sacramento de la Confirmacion; todo aquel que se halle con fuerza para confesar á Dios, practicará la virtud; quien comete un delito, reniega del Criador.

El propio espíritu de sabiduría colocó inmediatamente despues del sacramento de la Confirmacion, el del Orden y el del Matrimonio. Cuando el niño ha llegado á la edad viril, la relijion, que nunca le pierde de vista en el estado de la naturaleza, le considera todavía en sus relaciones con la sociedad. Admirad aqui la profundidad de los designios del Lejislador de los cristianos. Estableció únicamente dos sacramentos sociales, si asi podemos hablar; y en efecto, dos son los estados de la vida, el del celibato y el del matrimonio. De este modo el cristianismo, sin embarazarse con todas las distinciones civiles inventadas por nuestra limitada razon, divide la sociedad en solas dos clases, á las cuales no impone leyes políticas, sino morales, en todo aquello que se halla conforme con toda la antigüedad. Los antiguos sábios del Oriente, que dejaron tanta fama, no reunian hombres escojidos al acaso para meditar impracticables leyes y constituciones. Aquellos lejisladores eran unos venerables solitarios que viajaron largo tiempo, y cantaban á sus dioses con la lira en la mano. Cargados de las riquezas de la sabiduría que habian adquirido en las naciones estranjeras, y aun mucho mas ricos con los dones de una vida santa, con el laud en la mano, ceñida de una corona de oro su cabeza, y sentados bajo un plátano aquellos poetas divinos, dictaban sus sábias lecciones á todo un pueblo embelesado. Pero aquellas instituciones de Amfion, de Cadmo y Orfeo, no eran otra cosa que una sonora música, cuyas palabras contenian la ley, unos bai-

les relijiosos, unos cánticos, unas encinas consagradas, unos ancianos que conducian por la mano la infancia, un himeneo celebrado junto á un sepulcro, y en todo la relijion y la idea de Dios. Y ved aqui lo propio que ha hecho el cristianismo, aunque de un modo mucho mas admirable.

Pero los hombres nunca están de acuerdo con los principios, y hasta las instituciones mas sábias han tenido sus calumniadores. En estos últimos tiempos se ha levantado el grito contra el voto de la castidad, anejo al sacramento del Orden. Los unos buscando por todas partes armas contra la relijion, han creido que podrian hallarlas en la relijion misma, pretendiendo renovar la antigua disciplina de la iglesia, que, segun ellos, permitia el matrimonio al sacerdote; los otros se han contentado con hacer á la castidad cristiana el objeto de sus burlas. Contestemos primeramente á los espíritus serios y á las objeciones morales.

Es efectivamente cierto que el canon séptimo del segundo concilio de Letran, celebrado en el año de 1139, fija sin rodeos el celibato del clero católico á una época mucho mas antigua: pueden citarse algunas disposiciones del concilio Lateranense, celebrado en el año 1123 (1), del Tiburense (2), celebrado en 895; del de Froisi (3), en el de 909; del de Toledo (4), en el de 633; y

(1) Can. 21.
(2) Cap. 28.
(3) Cap. 8.
(4) Can. 52.

del de Calcedonia (1), en el de 451. Baronio prueba, que en el siglo sexto (2) era jeneral en el clero el voto de castidad. Un canon del primer concilio de Tours escomulga á todo presbítero, diácono ó subdiácono que hubiese conservado su mujer despues de haber recibido las órdenes. »Si se encon»trase, dice, algun presbítero con su *presbítera*, »ó un diácono con su *diaconisa*, ó un subdiácono »con su *subdiaconisa*, quede escomulgado por un »año entero (3)." La virjinidad era mirada desde el tiempo de San Pablo mismo como el estado mas perfecto de un cristiano.

Mas, aun concediendo por un momento que el matrimonio de los clérigos hubiese sido tolerado en la primitiva iglesia, cosa que no pudiera probarse ni sostenerse, ni histórica ni canónicamente, no se seguiria de aqui que debiera permitirse aun hoy dia. Las costumbres modernas se oponen á esta innovacion, que destruiria completamente la disciplina de la iglesia.

En los antiguos tiempos de la relijion, tiempos de combates y de triunfos, los cristianos en corto número, y adornados de toda suerte de virtudes, vivian juntos como hermanos, gustaban de los mismos placeres, y participaban de las mismas tribulaciones en la mesa del Señor. El pastor podia en

(1) Can. 16.
(2) Baron. *an.* 88. *n.* 18.
(3) Can. 20. *Si inventus fuerit presbyter cum sua* presbytera, *aut diaconus cum sua* diaconissa, *aut subdiaconus cum sua* subdiaconissa, *annum integrum excommunicatus habeatur.*

rigor tener entonces una familia en medio de esta santa sociedad, que era ya su familia: sus propios hijos no le hubiesen apartado del cuidado de sus otras ovejas, por cuanto hubiesen sido parte de su rebaño: tampoco hubiera podido revelar, á causa de ellos, el secreto de la confesion, porque no habia pecados que ocultar: ademas de que las confesiones se hacian en voz alta, en aquellas *basílicas de la muerte* (1), en donde se juntaban los fieles para orar sobre las cenizas de los mártires. Aquellos cristianos habian recibido del cielo un sacerdocio, que nosotros hemos perdido. Aquella reunion no era tanto una asamblea del pueblo, como una comunidad de levitas y de relijiosos: el bautismo los habia hecho á todos sacerdotes y confesores de Jesucristo.

San Justino el filósofo hace en su primera *Apolojía* una admirable pintura de la vida de los fieles de aquellos tiempos. »Se nos acusa, dice, de que turbamos la tranquilidad del estado, sin embargo de que uno de los principales dogmas de nuestra fe es, que nada se oculta á los ojos de Dios, y que un dia nos juzgará severamente segun nuestras buenas ó malas obras. Pero ¡oh poderoso emperador! las mismas penas que nos imponeis solo sirven para afirmarnos mas en nuestro culto, porque todas estas persecuciones nos las ha predicho nuestro Señor, hijo de Dios soberano, padre y señor del universo.

(1) San Jerón.

»El dia del sol (el domingo) todos los que viven en la ciudad y en el campo se juntan en un lugar determinado. Se leen las Santas Escrituras, y luego un *anciano* (1) exorta al pueblo á la imitacion de tan buenos ejemplos. Se levantan, vuelven á orar, se presenta agua, pan y vino; dá las gracias el prelado, y responden amen los asistentes. Despues se distribuye una parte de las cosas consagradas, y los diáconos llevan lo restante á los ausentes. Se pide á todos, y los ricos dan lo que quieren. El prelado guarda estas limosnas para socorrer á las viudas, á los huérfanos, á los enfermos, á los encarcelados, á los pobres, á los estranjeros, y por último á todos los necesitados, de quienes con especialidad se halla el prelado encargado. El reunirnos en el dia del sol, es porque Dios crió el mundo en semejante dia, y porque su Hijo resucitó en otro igual, para confirmar á sus discípulos en la doctrina que acabamos de esponeros.

»Si os parece buena, respetadla; si la juzgais digna de desprecio, desechadla: mas no sirva esto de motivo para que pongais en manos de los verdugos á unos hombres que no han hecho mal ninguno; porque nos atrevemos á deciros, que no evitareis el juicio de Dios si continuais en la injusticia. En cuanto á lo demas, cualquiera que sea nuestra suerte, hágase en todo la voluntad divina. Bien pudiéramos haber reclamado vuestra equidad en virtud de la carta de vuestro padre César Adriano,

(1) Un sacerdote.

de ilustre y gloriosa memoria; mas preferimos á todo la confianza que tenemos en la justicia de nuestra causa (1)."

La *Apolojía* de Justino no podia dejar de sorprender á la tierra, pues acababa de revelar una edad de oro en medio de la corrupcion, y de descubrir un pueblo nuevo en los subterráneos de un antiguo imperio. Estas costumbres debieron parecer tanto mas bellas, cuanto no se semejaban á las de aquellos primeros dias del mundo, en perfecta armonía con la naturaleza y las leyes, y que por el contrario formaban un contraste notable con todo aquello que las rodeaba. Pero sobre todo, lo que hacia la vida de estos fieles mas interesante que la de aquellos hombres perfectos tan decantados por los poetas, es que estos se nos representan siempre felices, al paso que los otros se nos muestran solo entre los encantos de la desgracia. No es bajo el ramaje de los bosques, ni en los céspedes de las fuentes, donde la virtud se presenta con su mayor poder: preciso es mirarla en la oscuridad de las prisiones y entre arroyos de sangre y de lágrimas. ¡Ah! ¡cuan divina parece la relijion cuando en lo profundo de un subterráneo, y el silencio y la noche de los sepulcros, un sacerdote rodeado de peligros, celebra á la escasa luz de una lámpara, y en presencia de un corto número de fieles, los misterios de un Dios perseguido!

Era preciso establecer sólidamente esta inocen-

(1) Just. *Apol.* Edit. Marc. fol. 1742. Véase la nota B, al fin del volúmen.

cia de los primitivos cristianos para demostrar, que si á pesar de tan acendrada pureza se encontraron inconvenientes en permitir el matrimonio de los clérigos, en la actualidad seria ya imposible su admision.

En efecto, cuando se multiplicaron los cristianos, y cuando la corrupcion se estendió con los hombres, ¿como hubiera podido dedicarse el sacerdote á un mismo tiempo al cuidado de su familia y al de su rebaño? ¿Como fuera posible que permaneciese casto con una esposa que hubiese dejado de serlo? Si se nos objeta lo que se observa en los paises protestantes, responderemos que en ellos ha sido preciso abolir casi todo el culto esterior; que sus ministros solo se presentan en el templo dos ó tres veces en la semana; que casi han cesado todas las relaciones que debia haber entre el pastor y el rebaño, y que aquel comunmente no es otra cosa que un hombre mundano, que dispone bailes y festines para divertir á su familia. Con respecto á esas otras sectas lúgubres que afectan una sencillez evanjélica, y quieren una *relijion sin culto*, creemos que no nos las opondrán. Finalmente, en aquellos paises donde se halla establecido el matrimonio entre los sacerdotes, ha cesado y debido cesar al instante la confesion, que es la mas bella de todas las instituciones morales. Es muy natural que el pecador no se atreva á comunicar sus secretos á un hombre, que ha hecho á una mujer depositaria de los suyos propios; se teme y con razon, el fiarse de un hombre que ha quebrantado su con-

trato de fidelidad con Dios, y repudiado al Criador por casarse con una criatura.

Unicamente nos falta responder á la objecion que se saca de la ley jeneral de la poblacion.

Nos parece, pues, que la ley que favorecia á la poblacion mas allá de ciertos límites, es una de las primeras leyes naturales que ha debido abolirse en la nueva alianza. Hay mucha diferencia de tiempo entre Jesucristo y Abraham. Nació éste cuando reinaba la inocencia, y la tierra estaba escasa de habitantes; Jesucristo, por el contrario, vino en medio de la corrupcion de los hombres, y cuando el mundo estaba ya poblado. El pudor puede ya, pues, hoy cerrar el seno de las mujeres; la segunda Eva, curando los males con que fue herida la primera, ha hecho bajar del cielo la virjinidad, para darnos una idea de aquel estado de inocencia y de placer que precedió á los antiguos dolores de la madre.

El lejislador de los cristianos nació de una vírjen y murió tambien vírjen. ¿Quien duda que con esto quiso enseñarnos, con respecto á las relaciones políticas y naturales, que la tierra habia llegado ya á su complemento de habitantes, y que lejos de multiplicar las jeneraciones, era ya necesario el disminuirlas? En apoyo de esta opinion se nota que los estados no perecen por falta de hombres, sino por el escesivo número de ellos. Una poblacion escesiva es el azote de los imperios. Los bárbaros del Norte asolaron el globo, cuando se vieron llenos de hombres sus bosques: la Suiza se veia precisa-

da á echar á dominios estraños á muchos de sus industriosos habitantes, del mismo modo que las aguas de sus fecundos rios; y en nuestros dias se han notado, que en el momento mismo en que la Francia perdió un número tan considerable de labradores, se halla mas floreciente la agricultura. ¡Ah! ¡que insectos tan miserables somos! Divirtiéndonos en torno de una copa de absinto, en que por casualidad han caido algunas gotas de miel, nos devoramos unos á otros al momento en que falta espacio á nuestra muchedumbre! Por una fatalidad aun mucho mayor, cuanto mas nos multiplicamos, tanto mas espacio falta á nuestros deseos. De este terreno que se disminuye cada dia, y de las pasiones que continuamente se aumentan, deben resultar tarde ó temprano terribles revoluciones (1).

Por lo demas, delante de los hechos todos los sistemas desaparecen. ¿Acaso se halla desierta la Europa, sin embargo de habitar en ella una clerecía católica que hace voto de castidad? Los monasterios mismos son favorables á la sociedad, porque consumiendo los relijiosos sus rentas en los lugares donde residen, esparcen la abundancia en la cabaña del pobre. ¿Donde se veian en Francia paisanos tan bien vestidos, ni labradores cuyo aspecto anunciase mas la abundancia y la alegría, sino en la jurisdiccion de una abadía rica? Las grandes propiedades no producen siempre este efecto; pero ¿eran acaso las abadías otra cosa que unos dominios don-

(1) Véase la nota C, al fin del volúmen.

de tenian su residencia los propietarios? Mas como esto nos distrae del asunto principal, volveremos á tocarle cuando tratemos de las órdenes monacales. Sin embargo, es oportuno decir, que la clerecía aun á la poblacion es favorable, ya predicando la concordia y la union que debe reinar sobre los casados, ya deteniendo los progresos del libertinaje, ya dirijiendo todos los rayos de la iglesia contra el sistema del corto número de hijos; resultado de las costumbres del pueblo de las ciudades.

En fin, en el dia está ya casi demostrado lo convenientes que son en un grande estado unos hombres, que separados del bullicio del mundo, y revestidos de un carácter augusto, puedan sin hijos, sin mujeres, y sin los embarazos del siglo, trabajar en los progresos de las ciencias, en la perfeccion de la moral, y en alivio del desgraciado.

¡Véanse los milagros que han obrado nuestros sacerdotes y relijiosos bajo estos tres puntos de vista en la sociedad! Si tuviesen una familia propia, todos sus estudios, toda la caridad que ahora emplean en beneficio de la patria, la emplearian sin duda entonces en el de su parentela, y aun seria una fortuna, si estas mismas virtudes no los transformasen en vicios.

Esto teníamos que responder á los moralistas, en cuanto al celibato de los sacerdotes. Veamos ahora si para los poetas encontraremos tambien algo que decir. Aqui necesitamos otras razones, otras autoridades y otro estilo.

CAPITULO IX.

Continuacion del precedente acerca del sacramento del Orden.

La mayor parte de los sábios de la antigüedad vivieron en el celibato: bien notorio es lo mucho que apreciaron la castidad los jimnosofistas, los bracmanes y los druidas. Hasta los mismos salvajes la miran como una virtud celestial, porque los pueblos de todos los tiempos y de todos los paises estuvieron acordes acerca de la escelencia de la virjinidad. Entre los antiguos, debian vivir en soledad los sacerdotes y las sacerdotisas, que con especialidad se reputan estar encargados de tratar íntimamente con el cielo: la menor falta que cometian contra sus votos se castigaba con un rigor terrible. Solo ofrecian á sus dioses terneras que no hubiesen parido, y la virjinidad poseia todo lo mas sublime y dulce que se hallaba en las fábulas. Con ella honraban á Vénus, Urania y á Minerva, diosas del injenio y de la sabiduría, pintaban la Amistad como una jóven, y la misma Virjinidad, simbolizada en la Luna, paseaba su misteriosa continencia en los frescos espacios de la noche.

Ni es menos amable la virjinidad, si la consideramos bajo otros aspectos; porque es el manantial de las gracias y la perfeccion de la hermosura en los tres reinos de la naturaleza. Los poetas, á quienes principalmente queremos convencer aqui, nos pres-

tarán armas contra ellos mismos. ¿No gustan ellos de reproducir por dó quiera la idea de la virjinidad, como un encanto de sus descripciones y pinturas? Ellos la encuentran no menos en las campiñas, en las rosas de la primavera, ó en las nieves del invierno: y de este modo la hacen brillar tambien en las dos estremidades de la vida; esto es, en los labios del niño, y en las canas del viejo. Mézclanla tambien en los misterios del sepulcro, y nos hablan de los antiguos que consagraban á sus manes árboles sin semilla; ó bien porque la muerte es esteril, ó porque en la otra vida son desconocidos los sexos, y el alma es una vírjen inmortal. Finalmente, nos dicen ellos, que entre los animales, aquellos están dedicados á la castidad, que mas se acercan á nuestra intelijencia. ¿No nos parece reconocer en la colmena de las abejas el modelo de esos monasterios, dó las jóvenes vestales fabrican una miel celestial con la flor de sus virtudes? La virjinidad forma tambien el encanto de las bellas artes, y las musas la son deudoras de su eterna juventud. Pero sobre todo, donde la virjinidad manifiesta mas bien su escelencia, es en el hombre. San Ambrosio compuso tres tratados acerca de esta virtud, en los cuales apuró su elocuencia: él mismo se disculpa diciendo, que lo hizo asi, con el objeto de ganar el corazon de las vírjenes con la dulzura de sus palabras (1). Este santo llama á la virjinidad exencion de toda mancha (2): hace ver cuan preferible es su

(1) *De Virjinit.* lib. II, cap. I, núm. 4.
(2) *Ibid.* lib. I, cap. 5.

tranquilidad á los cuidados del matrimonio, y dice hablando con las vírjenes: »*Encendiendo vuestras* »*mejillas el pudor*, os hace en estremo hermosas. »Apartadas de la vista de los hombres, como rosas »solitarias, vuestras gracias no están sometidas á »sus falsos juicios; sin embargo, bajais tambien á la »palestra, á fin de disputar el precio de la hermosu- »ra, no la del cuerpo, y sí la de la virtud; hermosu- »ra que ninguna enfermedad la altera, ninguna edad »la marchita, y ni la misma muerte puede arrebatar- »la. Dios es el único juez de esta lucha de las vír- »jenes, porque ama las almas bellas, aunque habi- »ten en cuerpos feos..... Una vírjen no conoce las »penalidades de un embarazo, ni los dolores de un »parto..... Es el don del cielo y la alegría de sus »parientes: en la casa paterna ejerce el sacerdocio »de la castidad, y es una víctima que diariamente »se sacrifica por su madre."

En el hombre toma la virjinidad un carácter sublime. Turbada por todas las tempestades del corazon, se hace celestial, si ella las resiste. »Una »alma casta, dice San Bernardo, llega á ser por la »virtud, lo que es el ánjel por naturaleza. En la »castidad del ánjel hay mas felicidad, pero en la del »hombre mucho mas valor." En los relijiosos se transforma en humanidad; testigos de ello esos *Padres de la Redencion de cautivos* y esas *órdenes hospitalarias* consagradas al alivio de nuestras dolencias. En la casa del sábio se convierte en estudio, y en la cueva del solitario en meditacion. Es en tanto grado el carácter esencial del alma y de la

fuerza mental, que no hay hombre que no conozca su ventaja para entregarse á los trabajos del espíritu. Si la virjinidad da, pues, nuevo vigor al alma, ¿no será tambien la primera de sus calidades, cuando el alma es la parte mas bella de nosotros mismos?

Pero si en alguna parte es necesaria esta virtud, lo es con preferencia en el servicio de la Divinidad. »Dios, dice Platon, es la verdadera medida »de las cosas, y nosotros debemos emplear todos »nuestros esfuerzos para imitarle (1). El hombre »dedicado á sus altares está mas obligado que otro »alguno. No se trata aqui, dice San Crisóstomo, »de gobernar un imperio ó mandar un ejército, sí »de una funcion que exije una virtud anjelical. El »alma de un sacerdote debe estar mas limpia que el »sol (2). El ministro cristiano, dice tambien San »Jerónimo, es el intérprete entre Dios y el hom»bre." Es preciso, pues, que el sacerdote sea un personaje divino, y que reinen alrededor de él la virtud y el misterio. Retirado en las santas tinieblas del templo se le ha de oir sin ser visto: su voz solemne, grave y relijiosa, debe ser el conducto de las palabras proféticas, de los himnos de paz y de las profundidades secretas del tabernáculo; conviene que no se presente delante de los hombres, ni se deje ver en medio del siglo, como no sea para socorrer á los miserables, único medio por el cual se granjeará el respeto y la confianza; pero ambas

(1) *Rep.*
(2) Lib. VI, *de Sacerd.*

cosas perderá bien pronto, si le ven á la puerta de los grandes, ó embarazado con una esposa, ó bien si da lugar á que se familiaricen con él, ó si aparece manchado con los mismos vicios de que adolece el mundo, y si se puede sospechar de él por un solo momento, que no es mas que un hombre igual á los demas.

En fin, un casto anciano es una especie de divinidad. Príamo, tan viejo como el monte Ida, y tan canoso como la encina del Gárgaro; Príamo, repito, presenta en su palacio, y en medio de sus cincuenta hijos, el espectáculo mas augusto de la paternidad. Pero un Platon vírjen, sentado al pie de un templo en la punta de un cabo batido de las olas; un Platon con los ojos fijos en la mar, enseñando la existencia de Dios á sus discípulos, es un ser mucho mas celestial. No corresponde á la tierra, y parece que pertenece á aquellos *jenios* ó intelijencias superiores, de que él mismo nos habla en sus escritos.

Subiendo asi la virjinidad desde el último eslabon de la cadena de los seres hasta el hombre, pasa desde éste á los ánjeles, y desde los ánjeles á Dios, donde se pierde. En los espacios de la eternidad resplandece Dios único como el sol, que es su imájen en el tiempo.

Concluyamos, pues, diciendo que ni los poétas ni los hombres de mas delicado gusto pueden oponer cosa alguna al celibato del sacerdocio, puesto que la virjinidad forma parte de la memoria de las cosas antiguas, de los embelesos en la amistad, del

misterio en el sepulcro, de la inocencia en la cuna, de las gracias en la juventud, de la humanidad en el relijioso, de la santidad en el sacerdote y en el anciano, y de la divinidad en los ánjeles y en el mismo Dios.

CAPITULO X.

CONTINUACION DE LOS PRECEDENTES.

El matrimonio.

La Europa debe ademas á la iglesia las pocas leyes buenas que posee. Acaso no hay circunstancia alguna en materia civil, que no haya sido prevista por el derecho canónico, fruto de la esperiencia de quince siglos, y de la penetracion de los Inocencios y Gregorios. Los reyes y emperadores mas sábios, como Carlomagno y Alfredo el Grande, creyeron que no podian hacer cosa mas acertada que adoptar en su código civil una parte del código eclesiástico, donde vienen á refundirse la ley levítica, el Evanjelio y el derecho romano. ¿Que edificio hay comparable con esta iglesia? ¡cuan vasto! ¡cuan milagroso es!

Elevando el matrimonio á la dignidad de sacramento, nos manifestó Jesucristo la grande figura de su union con la iglesia. Cuando se reflexiona que el matrimonio es el quicio sobre el cual jira toda la economía de la sociedad, es imposible suponer que sea sobrado santo, ni puede admirarse bas-

tantemente la sabiduría de aquel que lo ha marcado con el sello de la relijion.

La iglesia ha multiplicado sus cuidados para un acto tan principal de la vida, y ha determinado los grados de parentesco en que se permite la union de dos esposos. Reconociendo el derecho canónico las jeneraciones simples cuando salen de su tronco, prohibió hasta la cuarta el matrimonio (1), que el derecho civil, contando las ramas dobles, prefijó á la segunda: asi lo prevenia la ley de Arcadio inserta en las Institutas de Justiniano (2).

Pero la iglesia con su acostumbrada sabiduría, siguió en este reglamento la variacion progresiva de costumbres (3), y se ve que en los primitivos siglos del cristianismo se estendia la prohibicion del matrimonio hasta el séptimo grado; y aun algunos concilios, tal como el de Toledo (4) en el siglo sexto, prohibian sin limitacion alguna, toda union entre los miembros de una misma familia.

El espíritu que dictó estas leyes es digno de la pureza de nuestra relijion. Nunca pudieron llegar las paganas á esta caridad cristiana. En Roma estaba permitido el matrimonio entre primos hermanos; y el emperador Claudio, para casarse con Agripina, hizo promulgar una ley, mediante la cual

(1) *Concil. Later.* an. 1205.
(2) *Inst.* Just. *de Nupt.* tit. x.
(3) *Concil. Duziac.* an. 814. La ley canónica debió variar segun las costumbres de los pueblos godos, vándalos, ingleses, franceses y borgoñones, que sucesivamente entraban en el seno de la iglesia.
(4) *Concil. Tol.* cap. v.

el tio podia casarse con la sobrina (1). Solon permitió que el hermano pudiese casarse con su hermana uterina (2).

La iglesia no ha limitado á esto solo sus precauciones, sino que despues de haber seguido al Levítico por algun tiempo en lo concerniente á los afines, concluyó declarando por impedimentos *dirimentes* del matrimonio todos los grados de afinidad, correspondientes á los de consanguinidad en que está prohibido (3). Finalmente previó un caso que no previó ningun jurisconsulto, y es el de un hombre que ha tenido trato ilícito con una mujer. Este declara la iglesia, que no puede casarse con mujer alguna de su familia mas arriba del segundo grado (4). Esta ley admitida antiguamente en la iglesia (5), y fijada por el concilio de Trento, pareció tan conforme, que el código frances, sin embargo de haber rechazado el concilio en su totalidad, no dejó de admitir este cánon.

(1) Suet. *in Claud.* Ciertamente esta ley no fue estendida segun se nota en los fragmentos de Ulpiano, tit. 5 y 6, y fue abrogada por el código de Teodosio, lo mismo que la que hablaba de los primos hermanos. Observemos que en el cristianismo tiene el papa derecho á dispensar de la ley canónica, segun lo pidan las circunstancias. Como una ley no puede ser jamás tan jeneral que abrace todos los casos, se meditó con mucha prudencia el recurso de las dispensas ó escepciones. En cuanto á lo demas, los matrimonios contraidos en el Antiguo Testamento entre hermanos y hermanas, se dirijian á la ley jeneral de la poblacion, que se abolió, como dejamos dicho, en la venida de Jesucristo, cuando ya habia abundancia de razas.

(2) Plut. *in Sol.*

(3) *Conc. Lat.*

(4) *Ib.* cap. IV, sess. 24.

(5) *Conc. Anc.* cap. últ., an. 304.

En cuanto á lo demas, los impedimentos del matrimonio de pariente á pariente, tan multiplicados por la iglesia, ademas de sus razones morales y espirituales, en el órden político se dirije á dividir las propiedades, é impedir que aun en los tiempos mas remotos se lleguen á juntar únicamente en algunos sugetos todos los bienes del estado.

La iglesia ha conservado los esponsales de futuro, que suben hasta una antigüedad prodijiosa. Sabemos por Aulo-Jelio qne fueron conocidos por los pueblos del Lacio (1); que los adoptaron los romanos (2) y los siguieron los griegos; eran honrados en el antiguo Testamento, y en el nuevo, fue José prometido á María. La intencion de esta costumbre es dejar á los dos futuros esposos tiempo suficiente para conocerse antes de unirse (3).

En nuestros campos se mostraban aun los esponsales con sus gracias antiguas. Un jóven aldeano iba en una mañana serena del mes de Agosto á buscar su pretendida á la quinta de su futuro suegro. Dos músicos, recordando nuestras antiguas diversiones, rompian la marcha tocando en el violin los romances de la antigua caballería ó las canciones de los peregrinos. Parecia que los siglos antiguos, salidos de sus góticos sepulcros, acompañaban á esta juventud con sus antiguas costumbres

(1) *Noct. Att.* lib. IV, cap. IV.

(2) L. 2, ff. *de Spons.*

(3) San Agustin nos da sobre este particular una razon escelente: *Constitutum est, ut jam pactæ esponsæ non statim tradantur, ne vilem habeat maritus datam, quam non suspiraverit sponsus dilatam.*

y sus memorias venerables. La novia recibia del cura la bendicion nupcial, y ponia sobre el altar una rueca guarnecida de cintas. Despues volvian á la quinta; los señores territoriales, el cura y el juez del pueblo se sentaban con los futuros esposos; los labradores y las matronas se ponian alrededor de una mesa, donde se les servian el verraco de Euméo y las gordas terneras de los Patriarcas. Terminaba la fiesta con un paseo á la granja vecina, y la señorita del castillo bailaba con el novio al son de una gaita, mientras el acompañamiento estaba sentado sobre las haces de trigo nuevo, con los recuerdos de las hijas de Jetró, de los segadores de Boóz, y de los esponsales de Jacob y Raquel.

A los esponsales seguia la publicacion de las proclamas. Esta escelente costumbre ignorada de la antigüedad, se debe enteramente á la iglesia, y es preciso buscar su oríjen mas allá del siglo XIV, por cuanto se hace mencion de ella en una decretal del papa Inocencio III, cuyo pontífice la sancionó por regla jeneral en el concilio Lateranense; renovola el de Trento, y está vijente en Francia por la ordenanza de Blois. El espíritu de esta ley es evitar las uniones clandestinas, y tener conocimiento de los impedimentos que puede haber entre las partes contratantes. Por último, pasando adelante, el matrimonio cristiano se avanza y presenta con mucho mayor aparato que los esponsales; su paso es grave y solemne, y su pompa silenciosa y augusta: se le advierte al hombre que comienza una nueva carrera. Las palabras de la bendicion nupcial, (palabras

que pronunció el mismo Dios en el primer matrimonio del mundo), llenando al marido de un gran respeto, le dicen que va á desempeñar el acto mas importante de la vida; que como Adan va á ser cabeza de una familia, y finalmente que carga sobre sí todo el peso de la condicion humana. La mujer por su parte queda igualmente instruida: desaparece de sus ojos la imájen de los placeres á vista de sus obligaciones, parécele que oye una voz que sale del medio del altar y la dice: »¡O Eva! ¿sabes bien lo que haces? ¿Sabes que no hay para ti mas libertad que la del sepulcro? ¿Sabes lo que es llevar en tus entrañas mortales á un hombre inmortal y hecho á la imájen de Dios?" Entre los antiguos solo era el himeneo una ceremonia llena de escándalo y alegría, y que nada enseñaba de los graves pensamientos que inspira el matrimonio; pero el cristianismo le ha reintegrado en su dignidad.

Esta misma relijion, conociendo antes que la filosofía, la proporcion en que nacen los dos sexos, estableció que el hombre solamente pudiese tener una esposa, á la cual debia cuidar hasta la muerte. El divorcio no es conocido en la iglesia católica, esceptuados algunos cortos pueblos de la Iliria, sujetos en otro tiempo al estado de Venecia, y que siguen el rito griego (1). Si las pasiones de los hombres se resisten á esta ley, si no han conocido el desórden que ocasiona el divorcio, turbando las sucesiones en el seno de las familias, desna-

(1) *Véase* Fra-Paolo, sobre el concilio de Trento.

turalizando los afectos paternales, corrompiendo el corazon, y haciendo del matrimonio una prostitucion civil, no nos podemos prometer atencion á algunas palabras que sobre esto se nos ofrecen decir. Sin entrar en la profundidad de esta materia, observaremos únicamente, que si se piensa hacer felices á los esposos por medio del divorcio (este es el grande argumento del dia) se incurre en un error grosero. El que no ha cooperado á la felicidad de la primera mujer; aquel que no se ha aficionado para siempre á su esposa por su virjinidad ó por su maternidad primera; quien no ha podido sujetar sus pasiones al yugo de la familia; y por último, el que no ha podido encerrar su corazon en su lecho nupcial; este jamás coadyuvará á la felicidad de la segunda esposa, en vano podeis contar conl é sobre este artículo. Ni aun él mismo ganará cosa alguna con estas mudanzas: lo que llama diferencia de jenios entre él y la mujer á que está unido, es únicamente la inclinacion de su inconstancia y al afan de sus deseos. La costumbre y el transcurso del tiempo son mas necesarios de lo que se piensa para fijar la felicidad, y aun el amor. No es posible que el hombre sea feliz en el objeto de su pasion, hasta despues de haber vivido muchos dias, y sobre todo, muchos dias malos con él. Preciso es que se conozcan hasta lo interior del alma, es necesario que el misterioso velo con que se cubrian los dos esposos en la iglesia primitiva, se levante para ellos con todos sus pliegues, mientras queda impenetrable á todos los demas. ¿Seria acaso justo que por

el menor capricho he de temer yo verme privado de mi compañera y de mis hijos, sin esperanza de pasar mi vejez con ellos? Ni se diga que este temor me obligará á ser mejor esposo: no, porque ninguno se aficiona sino á un bien de que está seguro; una propiedad que se puede perder, no se ama.

No demos al himeneo las alas del amor; ni hagamos de una santa realidad un fantasma voluble. Una cosa destruirá aun la felicidad en vuestros lazos momentáneos: en ellos sereis perseguidos por vuestros remordimientos; compararéis contínuamente una esposa con otra, la que habeis perdido y la que habeis hallado; y no os engañeis, la balanza se inclinará siempre en favor de las cosas pasadas: asi hizo Dios el corazon del hombre; esta distraccion de un sentimiento por el antiguo emponzoñará todos vuestros goces. ¿Acariciareis á vuestro nuevo hijo? Mas pensareis siempre en aquel que habeis abandonado. ¿Abrazareis á vuestra mujer estrechándola sobre vuestro corazon? Él os dirá que no es este el seno de la primera. Cuanto hay en el hombre se dirije todo á la unidad: si llega á dividirse, no puede ser feliz; y semejente á Dios, que le hizo á su imájen, su alma procura contínuamente retener y concentrar en un punto lo pasado, lo presente y lo futuro (1).

(1) Se puede consultar el libro de *Mr. Bonald* sobre el divorcio, una de las mejores obras que se han publicado de muchos años á esta parte.

Esto hemos creido oportuno decir acerca de los sacramentos del Orden y del Matrimonio. Por lo repectivo á las imájenes que ellos mismos nos recuerdan, seria ocioso describirlas. ¿Que imajinacion necesitará de ayuda para representarse, ó al sacerdote renunciando á los placeres de la vida, para consagrarse al socorro de los desgraciados, ó á la jóven sacrificándose al silencio de las soledades para encontrar el del corazon, ó á los esposos al pie de los altares prometiendo amarse? La esposa de un cristiano no es una simple mortal; es, sí, un ser estraordinario, misterioso y anjélico; es la misma carne de la carne de su esposo, y la sangre de su sangre. Cuando se une á ella, no hace mas que tomar una parte de su sustancia. Su alma, y lo mismo su cuerpo, son incompletos sin la mujer: en él reside la fuerza, en ella la hermosura; él combate al enemigo y cultiva los campos de la patria, pero no está instruido en el gobierno doméstico; le es necesaria la mujer para disponer la comida y su cama; si se halla rodeado de disgustos, la compañera de sus noches procura dulcificarlos, y aunque sus dias sean malos y turbulentos, encuentra brazos castos en su lecho, y al momento olvida todos sus males. El hombre sin la mujer seria tosco, grosero y solitario. La mujer cuelga en torno de él los placeres de la vida, semejantes á las hiedras de los bosques que adornan el tronco de las encinas con sus perfumadas guirnaldas. Finalmente, el esposo cristiano y su esposa viven, renacen y mueren juntos; crian juntos los frutos de su union, juntos se

convierten en polvo, y juntos vuelven á hallarse mas allá de los límites del sepulcro.

CAPITULO XI.

La Estrema-Uncion.

Mas á la vista de este mismo sepulcro, pórtico silencioso del otro mundo, es cuando el cristianismo manifiesta toda su sublimidad: la mayor parte de los cultos antiguos consagraron las cenizas de los muertos; pero no pensaron en preparar el alma para aquellas riberas desconocidas de donde nunca se vuelve.

Llegaos ahora y vereis el mas hermoso espectáculo que puede presentar la tierra; llegaos y vereis morir al cristiano. Este no es ya el hombre del mundo, no es ya individuo de su pais, cesaron ya para él todas las relaciones que tenia con la sociedad. Se acabó ya para él el cómputo del tiempo; ya no tiene otra fecha que la grande era de la eternidad. Un sacerdote sentado á su cabecera le consuela. Este ministro santo trata con el moribundo acerca de la inmortalidad de su alma, y aquella sublime escena que la antigüedad no presentó mas que una vez en la muerte del primero de los filósofos, se renueva diariamente en la humilde cama del mas ínfimo cristiano que va á espirar. Se acerca en fin el último momento; y asi como un sacramento abrió á este justo las puertas del mundo, asi tambien las va á cerrar otro; la relijion se ha compla-

cido en mecerle en la cuna de la vida; sus hermosos cánticos y su mano maternal le adormecerán tambien en la cuna de la muerte. La relijion misma preparó igualmente el bautismo de este segundo nacimiento, para el cual no hace uso del agua, y sí del aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El sacramento libertador rompe poco á poco los lazos del cristiano, y su alma casi separada del cuerpo, está como visible en su rostro. Ya escucha los conciertos de los serafines; ya se halla dispuesta á volar lejos del mundo, hácia aquellas rejiones á que la convida esta esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. El ánjel de paz, bajando en tanto sobre este justo, toca con su cetro de oro en sus ojos fatigados, y los cierra deliciosamente á la luz. Muere finalmente sin oirse apenas su último suspiro; muere, y sus amigos guardan silencio por largo tiempo alrededor de su cama, porque piensan que está dormido; tal es la dulzura con que salió del mundo este cristiano.

LIBRO SEGUNDO.

Virtudes y leyes morales.

CAPITULO PRIMERO.

Vicios y virtudes segun la relijion.

Casi todos los filósofos antiguos hicieron la division de las virtudes y los vicios; pero aun en esto es la sabiduría de la relijion muy superior á la de los hombres.

Fijémonos ahora en la soberbia, de que ha formado la iglesia el primero de los vicios. Este fue el pecado de Satanás, y el primero del mundo. Con efecto, la soberbia es de tal modo la raiz del mal, que se halla mezclada en todas las dolencias del alma: se la ve entre las sonrisas de la envidia; brilla en los escesos del libertinaje; cuenta el oro del avaro; centellea en los ojos de la cólera, y sigue las gracias mismas de la molicie.

La soberbia es la que ocasionó la caida de Adan, armó á Cain de su maza fratricida, levantó la torre de Babel, y echó por tierra la ciudad de Babilonia. Por la soberbia se perdió Aténas con la Grecia; ca-

yó el trono de Ciro; dividiose el imperio de Alejandro, y cayó Roma en fin bajo el peso del universo.

En las circunstancias particulares de la vida, la misma soberbia trae consigo y produce unos efectos mucho mas funestos, porque se atreve hasta contra Dios mismo.

Cuando buscamos las causas del ateismo, ocurre naturalmente al pensamiento la triste observacion de que la mayor parte de los que se revelan contra el cielo, tienen algo por qué quejarse de la sociedad ó de la naturaleza, á escepcion de algunos jóvenes seducidos per el mundo, ó de aquellos escritores que solo se proponen hacer ruido. Pero ¿como es posible que los que se hallan privados de unas ventajas pueriles que proporciona ó quita la fortuna segun su capricho, no acierten á encontrar el remedio de esta leve desgracia acercándose á la Divinidad? Esta es el verdadero manantial de las gracias. Dios es en tal grado la hermosura por escelencia, que con solo pronunciar su nombre con amor, basta para comunicar algo de divino al hombre menos favorecido de la naturaleza, como ya se notó en Sócrates. Dejemos el ateismo á aquellos que careciendo del vigor necesario para hacerse superiores á los caprichos de la suerte, manifiestan en todas sus blasfemias el primer vicio del hombre tocado en su parte mas sensible.

Y si la iglesia dió el primer lugar á la soberbia en la escala de las degradaciones humanas, no con menos habilidad colocó los otros seis pecados capitales; porque no debemos persuadirnos que sea ar-

bitrario el órden con que los vemos colocados: basta examinarle de paso para conocer que la relijion pasa con admirable oportunidad de los vicios que atacan la sociedad en jeneral, á los delitos que solo recaen sobre el culpable. De este modo, si la envidia, por ejemplo, la lujuria, la avaricia y la cólera siguen inmediatamente á la soberbia, es porque estos son unos vicios que se ejercitan en un sugeto estraño, y que viven únicamente en medio de los hombres; al paso que la gula y la pereza son unas inclinaciones vergonzosas y sedentarias, que en sí mismas encuentran sus principales deleites.

Ni se encuentra menos conocimiento de la naturaleza en las virtudes que prefiere el cristianismo, y en el lugar que él las asigna. Antes de la venida de Jesucristo, el alma del hombre era un caos; pero dejose oir el Verbo divino, y al instante se puso en claro todo en el mundo intelectual, asi como en virtud de la misma palabra quedó antiguamente todo ordenado en el mundo físico: esta fue la creacion moral del universo. Subieron las virtudes á los cielos como unas llamas puras; las unas, cual soles resplandecientes, llamaron la atencion de todos á causa de su luz brillante; pero las otras, cual modestas estrellas, buscaron el pudor de las sombras, en las cuales, sin embargo, no pudieron ocultarse. Desde entonces se ve establecida una admirable balanza entre las fuerzas y las debilidades; la relijion dirijió todos sus rayos contra la soberbia, como vicio que se alimenta de virtudes; descubriola hasta en los mas recónditos pliegues del corazon

humano, y la persiguió en todas sus transformaciones. Dirijiéronse contra ella los sacramentos cual un ejército santo, y la humildad vestida de un saco, ceñida con una cuerda, descalza, la cabeza cubierta de ceniza, y bajos y anegados en lágrimas los ojos, fue una de las principales virtudes del cristiano.

CAPITULO II.

De la fe.

Y ¿que virtudes eran las que tanto recomendaban los sábios de la Grecia? La fuerza, la templanza y la prudencia. ¡Solo Jesucristo podia enseñar al mundo que la fe, la esperanza y la caridad, son las virtudes que convienen asi á la ignorancia como á la miseria del hombre!

Es sin duda una razon muy prodijiosa la que nos ha mostrado en la fe el manantial de todas las virtudes. No hay poder sino en la conviccion: si se halla fuerza en un razonamiento, divinidad en un poema, y belleza en una pintura, es porque el espíritu ó la vista que juzgan de ellas, se hallan convencidos de cierta verdad que está como escondida en aquel razonamiento, en aquel poema y en aquel cuadro. ¿Que prodijios no son capaces de hacer un corto número de soldados persuadidos de la habilidad de su jeneral? Treinta y cinco mil griegos siguen á Alejandro á la conquista del mundo; Lacedemonia depositó su confianza en Licurgo, y llegó á ser la mas sábia de las ciudades; Babilonia

presume que fue erijida para las grandezas, y las grandezas se prostituyen á esta fe mundana; un oráculo ofrece la tierra á los romanos, y la conquistan casi toda: solo Colon entre todos los hombres del universo se obstina en creer que existe un nuevo mundo; y efectivamente, sale de las ondas este nuevo mundo. La amistad, el patriotismo, el amor, en una palabra, todos los sentimientos jenerosos son tambien una especie de fe. Los Codros, los Pilades, los Régulos y los Arrios hicieron prodijios, porque *creyeron*; y esta es la razon por qué los corazones que nada *creen*, tratan de ilusiones todas las afecciones del alma, de locura todas las bellas acciones, y miran con lástima la imajinacion y la ternura del espíritu; semejantes hombres no son capaces de cosas grandes ni jenerosas, únicamente tienen fe en la materia y en la muerte, con la cual llegan á quedar tan insensibles como la una, y tan helados como la otra. En el antiguo idioma caballeresco, la espresion *dar ó empeñar su fe*, era sinónima de todos los prodijios del honor. Orlando, Du Guesclin y Bayardo eran unos leales caballeros, y los campos de Roncesvalles, de Auray y de Bresa, como tambien los descendientes de los moros, de los ingleses y de los lombardos, aun nos dicen hoy dia qué hombres eran aquellos que prestaban *fe y homenaje á su* Dios, *á su* dama, *y á su* rey. ¿Y será necesario citar los mártires, aquellos héroes que, segun la espresion de San Ambrosio, sin ejércitos ni lejiones, vencieron á los tiranos, domesticaron los leones, quitaron al fuego su violencia y á la es-

pada su corte? (1). La misma fe es bajo este aspecto una fuerza tan terrible, que trastornaria el mundo entero si se aplicase á malos fines. No hay cosa imposible para el hombre arrastrado por una persuasion íntima, y que somete su razon, sin restriccion alguna, á la de otro hombre. Esto nos convence de que las virtudes mas eminentes están muy cercanas á los vicios, cuando están separadas de Dios, y se las mira en sus simples ralaciones morales. Si los filósofos hubieran hecho esta observacion, no hubieran trabajado tanto para fijar los límites del bien y del mal. Ninguna necesidad ha tenido el cristianismo de inventar, como lo hizo Aristóteles, una escala para colocar en ella injeniosamente una virtud entre dos vicios; ha vencido la dificultad de un modo seguro, mostrándonos que las virtudes dejan de serlo cuando no se dirijen hácia su principio, es decir, hácia Dios.

Esta verdad nos resultará indubitable, si aplicamos la fe á los mismos negocios humanos, y mucho mas haciéndola concurrir por interposicion de las ideas relijiosas. Todas las virtudes de la sociedad provienen de la fe, siendo constante, segun el unánime consentimiento de los sábios, que el dogma que enseña á creer en Dios remunerador y vengador, es el apoyo mas firme de la moral y de la política.

En fin, si se hace de la fe el uso que debe hacerse (2), si se la dirije enteramente hácia el Cria-

(1) Ambros., *de Off.*, cap. 35.
(2) Véase la nota D al fin del volúmen.

dor, si se hace de ella el ojo intelectual con el cual se descubren las maravillas de la ciudad santa y el imperio de las existencias reales; en fin, si presta alas á nuestra alma para elevarnos sobre las penas de la vida, conoceremos que la escritura no ensalzó en demasía esta virtud, cuando habló de los prodijios que con ella pueden hacerse. ¡O fe celestial! ¡Fe consoladora! ¡Aun haces mas que trasportar los montes, pues tú alivias las pesadas cargas que abruman el corazon del hombre!

CAPITULO III.

De la esperanza y de la caridad.

La esperanza, segunda virtud teologal, tiene casi igual fuerza que la fe; porque el deseo es el padre del poder, y cualquiera que desea con vehemencia, llega á conseguir. »Buscad, dijo Jesucristo, y encontrareis; llamad á la puerta, y os abrirán." Pitágoras decia en el mismo sentido: *el poder habita cerca de la necesidad*, porque la necesidad envuelve en sí la privacion; y esta camina con el deseo. Oríjen del poder, el deseo ó la esperanza es una especie de jenio; tiene aquella virilidad que enjendra, y aquella sed que jamás se apaga. Si á un hombre se le frustran sus proyectos, es por no haber deseado con vehemencia, ni estar inspirado de aquel amor que llega á poseer tarde ó temprano el objeto á que aspira, aquel amor que en la Divinidad lo abraza todo, y goza de todos los mundos

por una inmensa esperanza, siempre satisfecha y siempre renaciente.

Sin embargo, existe una diferencia esencial entre la fe y la esperanza considerada como fuerza; porque la fe tiene su foco y orijen fuera de nosotros, y no nos viene sino de un objeto estraño; y le esperanza, por el contrario, nace dentro de nosotros mismos, y propende á salir á fuera. Se nos prescribe la primera, al paso que nuestro propio deseo hace nacer la segunda. Por consecuencia la iglesia ha dado el primer lugar á la fe, porque enjendra mas fácilmente las otras virtudes; desciende directamente de Dios, y siendo por consiguiente una emanacion del Ser supremo, es mas hermosa que la esperanza.

Pero la esperanza presenta en sí misma un carácter particular que la pone en relacion con nuestras miserias. ¡Sin duda el cielo nos ha revelado esta relijion que hace de la esperanza una virtud! Nodriza de los desgraciados, puesta al lado del hombre como una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende de su abundante pecho, y le alimenta con una leche que calma todos sus dolores. Vela á su cabecera solitaria, y le adormece con canciones encantadoras. ¡Oh que sorpresa causa ver la esperanza, que es tan dulce conservar, y que pareciendo un movimiento natural del alma, se transforma para el cristiano en una virtud rigurosamente exijida! Por manera, que con cualquier cosa que haga se le obliga á beber con abundancia esta preciosa copa, en la cual tantos

miserables tendrian á gran dicha humedecer sus labios por un instante. Aun hay mas (y en esto consiste la maravilla), el cristiano tendrá la recompensa por *haber esperado*, es decir, *por haber hecho su propia felicidad*. Al fiel siempre militante en esta vida, y siempre en guerra con el enemigo, se le trata por la relijion en su derrota, como aquellos jenerales vencidos, á quienes el senado romano recibia en triunfo, por sola la razon de no haber desesperado jamás de su salud final. Pero si los antiguos tenian por tan maravilloso al hombre que conservaba la esperanza, ¿que concepto hubieran formado del cristiano que en su admirable lenguaje no dice ya *mantener*, sino *practicar* la esperanza? La caridad, hija de Jesucristo, en sentido riguroso significa gracia y alegría. La relijion, queriendo reformar el corazon humano, y dirijir hácia la virtud nuestras afecciones, inventó una nueva *pasion*; mas para designarla, considerando cuan espuestos están á culpa los lazos humanos, no se valió de la palabra *amor*, por no ser bastante exacta, ni de la voz *amistad*, que se pierde en el sepulcro, ni del término *compasion*, que es demasiadamente personal, y muy espuesto al orgullo; mas encontró la espresion caridad, que comprende las tres primeras, y tiene al mismo tiempo algunos visos de celestial. De esta manera dirijió nuestras inclinaciones hácia el cielo, purificándolas y encaminándolas al Criador; por esta misma razon nos enseña aquella maravillosa verdad, de que los hombres deben amarse por Dios, que espiritualiza su amor, y solo deja

de él la esencia inmortal que sirve de paso hasta él mismo.

Mas al paso que la caridad es una virtud totalmente cristiana, emanada del Todopoderoso y de su divino Verbo, es tambien una estrecha alianza con la naturaleza. El encanto de la verdadera relijion se conoce en esta contínua armonía del cielo y de la tierra, de Dios y de la humanidad. Las instituciones morales y políticas de la antigüedad están á cada instante en contradiccion directa con los sentimientos del alma. El cristianismo, al contrario, siempre de acuerdo con los corazones, no prescribe virtudes abstractas y solitarias, y sí virtudes sacadas de nuestras mismas necesidades, y útiles á todos. Puso la caridad como un pozo de abundancia en los desiertos de la vida. »La caridad es paciente »y dulce; no procura sobreponerse á nadie, ni obra »con temeridad, ni se engrie.

»Tampoco es ambiciosa, ni sigue sus intereses; »no se irrita ni piensa mal.

»No se alegra en la injusticia, sino que antes »bien se complace en la verdad. Todo lo tolera, to»do lo cree, todo lo espera, todo lo sufre (1)."

CAPITULO IV.

De las leyes morales ó del Decálogo.

Es muy humillante por nuestro orgullo considerar que todas las máximas de la sabiduría huma-

(1) San Pablo á los Corint., cap. 13, v. 4 y siguientes.

na pueden encerrarse en pocas pájinas; pero en estas pocas pájinas se ven errores sin número : las leyes de Minos y de Licurgo solo quedaron en pie, despues de la caida de los pueblos para quienes se habian establecido, como las pirámides de los desiertos, que no son sino inmortales palacios de la muerte.

Leyes del segundo Zoroastres.

El tiempo sin límites é increado es el criador de todo. La palabra fue su hija, y de ésta nació *Orsmus*, dios del bien, y *Arimanes*, dios del mal.

Invoca al toro celestial, padre de la yerba y del hombre.

La obra mas meritoria es cultivar bien su campo.

Ora con pureza de pensamiento, de palabra y de accion (1).

Enseña el bien y el mal á tu hijo de edad de cinco años (2).

Castigue la ley al ingrato (3).

Que muera el hijo que haya desobedecido á su padre por tres veces.

La ley declara impura á la mujer que pase á segundas nupcias.

Azota con varas al falsario.

Desprecia al mentiroso.

(1) *Zend-Avesta.*
(2) Xenoph. *Cyr.*; Plat., *de Leg.*, lib. II.
(3) Xenoph. *ib.*

Al principio y fin del año guarda diez dias de fiesta.

Leyes de los indios.

El universo es Wichnou.

Todo lo que ha sido, es él; todo lo que es, es él; todo lo que será, es él.

Hombres, sed iguales.

Ama la virtud por sí misma: renuncia al fruto de tus obras.

Mortal, sé sábio, y serás tan fuerte como diez mil elefantes.

El alma es Dios.

Confiesa las faltas de tus hijos al sol y á los hombres, y purifícate en el agua del Ganjes (1).

Leyes de los ejipcios.

Chef, dios universal, tinieblas desconocidas, oscuridad impenetrable.

Osiris es el dios bueno, Tifon el dios malo.

Honra á tus padres.

Sigue la profesion de tu padre.

Sé virtuoso; los jueces del lago pronunciarán despues de tu muerte acerca de tus obras.

Lava tu cuerpo dos veces al dia y otras dos por la noche.

Mantente con poco.

No reveles los misterios (2).

(1) *Pr. des Br. Hist. of. Ind.* Diod. Sic. etc.
(2) Herod., lib. II; Plat., *de Leg.* Plut., *de Is. et Os.*

Leyes de Minos.

No jures por los dioses.

Hombre jóven, no examines la ley.

La ley declara infame á cualquiera que no tenga un amigo.

Sea coronada de lana, y vendida la mujer adúltera.

Sean públicas vuestras comidas, vuestra vida frugal, y vuestros bailes guerreros (1).

(No pondremos aqui las leyes de Licurgo, porque en parte no son mas que la repeticion de las de Minos).

Leyes de Solon.

Muera el hijo que no cuida de enterrar á su padre, y asimismo el que no le defiende.

Que se prohiba al adúltero la entrada en el templo.

Que el majistrado borracho beba la cicuta.

Que muera el soldado cobarde.

La ley permite matar al ciudadano que se mantenga neutral en las disenciones civiles.

El que quiera morir, dígalo al Arconte, y muera.

Que muera el sacrílego.

Esposa, guia á tu esposo ciego.

(1) Arist., *Pol.*; Plat., *de Leg.*

El hombre sin costumbres no podrá gobernar (1).

Leyes primitivas de Roma.

Honra la modesta fortuna.

El hombre sea labrador y guerrero.

Reserva el vino para los viejos.

Condena á muerte al labrador que coma el buey (2).

Leyes de los galos ó de los druidas.

El universo es eterno, el alma inmortal.

Ora á la naturaleza.

Defended á vuestra madre, á vuestra patria y á la tierra.

Admite la mujer á tus consejos.

Honra al estranjero, y pon aparte su porcion en la siega.

El infame sea sepultado en el cieno.

No levantes templo, y no confies la historia de lo pasado sino á tu memoria.

Hombre, tú eres libre; sé sin propiedad.

Honra al viejo, y que el jóven no pueda deponer contra él.

El valiente será recompensado despues de su muerte, y el cobarde castigado (3).

(1) Plut., *in Vit. Sol.* Tit. Liv.
(2) Plut., *in Num.* Tit. Liv.
(3) Tac., *de Mor. Germ.*; Strab. Cæs., *Com. Edda*, etc.

Leyes de Pitágoras.

Honra á los dioses inmortales, segun están establecidos por la ley.

Honra á tus padres.

Haz lo que no aflija tu memoria.

No admitas el sueño en tus ojos, hasta que hayas examinado tres veces en tu alma las obras del dia.

Pregúntate á ti mismo ¿donde has estado, qué has hecho y qué debias hacer?

De esta modo despues de una vida santa, y que tu cuerpo haya vuelto á los elementos, te harás inmortal é incorruptible, sin poder jamás morir (1).

Esto es en corta diferencia lo que nos ha quedado de aquella sabiduría tan famosa de los tiempos antiguos. Alli se representaba á Dios como una oscuridad profunda: y asi en efecto era; mas á fuerza de luz, como aquellas tinieblas que cubren la vista, cuando se quieren fijar los ojos en el sol. Al hombre sin amigo se le declara aqui infame; y por esta regla ha declarado infame el lejislador á todos los

(1) Pudiera añadirse á estas tablas un estracto de la *república* de Platon, ó por mejor decir los doce libros de sus leyes, que son á nuestro parecer, sus mejores obras, no solo por la hermosa pintura de tres viejos que discurren yendo á la fuente, sino por la razon que reina en su diálogo. Pero como estos preceptos no se han puesto en práctica, tampoco hablaremos de ellos.

En cuanto al Coran, cuanto en él se encuentra que sea santo y justo, se ha sacado palabra por palabra de nuestros libros sagrados; todo lo demas es una mala compilacion rabínica.

desgraciados. Mas allá el suicidio se eleva al grado de una ley. Finalmente, algunos de aquellos sábios manifiestan que olvidan enteramente un ser supremo. ¿Y cuantas cosas vagas, incoherentes y comunes no se hallan en la mayor parte de sus sentencias? Los sábios del pórtico y de la academia anuncian sucesivamente unas máximas tan contradictorias, que por el mismo libro se puede probar que el autor creia y no creia en Dios; que reconocia y no reconocia una virtud positiva; que la libertad es el primero de los bienes, y el despotismo el mejor de los gobiernos.

Si en medio de tantas incertidumbres apareciese un código de leyes morales, breve, claro, sin contradicciones ni errores; que fijase nuestras dudas, nos enseñase lo que debemos creer de Dios; y finalmente, cuáles eran nuestras verdaderas relaciones con los hombres, y si este código se anunciase con un tono firme y un lenguaje sincero, ¿no seria preciso convenir en que sus leyes solo podian dimanar de Dios? En efecto, es asi; tenemos estos preceptos divinos; ¡y que preceptos para un sábio! ¡Y que cuadro para un poeta! Fijad sino la atencion en aquel hombre que baja de esas alturas abrasadas, y que sostiene con sus manos una tabla de piedra, apoyada en su pecho; su frente se mira adornada de dos rayos de fuego; su rostro resplandece con las glorias del Señor, y el terror de Jehováh le precede: al horizonte se descubre la cadena del monte Líbano con sus perpétuas nieves y sus altos cedros, que parece llegan al cielo. La posteridad de Jacob

postrada al pie de la montaña, se cubre el rostro, temiendo ver á Dios y morir. Cesan no obstante los truenos, y se oye una voz que dice:

Escuchad, ó Israel, á mi Jehováh, *tus Dioses* (1) que te he sacado de la tierra de Mitzraim, de la casa de esclavitud.

1 No tendrás otros dioses delante de mi cara.

2 No harás ídolos con tus manos, ni imájen alguna de lo que hay en las *espantosas aguas superiores*, ni sobre la tierra abajo, ni en las aguas bajo la tierra. No te inclinarás delante de las imájenes, ni las servirás; porque yo soy Jehováh, *tus Dioses*, el Dios fuerte, el Dios celoso, que castigo el pecado de los padres, y la maldad de los que me aborrecen, hasta los hijos de la tercera y cuarta jeneracion, y colmo de gracias infinitas á los que aman y guardan mis mandamientos.

3 No tomarás en vano el nombre de Jehováh, *tus Dioses;* porque no declarará inocente al que tome su nombre en vano.

4 Acuérdate del sábado para santificarle. Trabajarás seis dias haciendo tus labores, y en el séptimo de Jehováh, *tus Dioses*, no harás obra alguna tú ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado,

(1) Traducimos el Decalogo directamente del hebreo, y palabra por palabra, á causa de esta espresion *tus Dioses*, que no se halla en ninguna version. Véase la nota E al fin del tomo.

ni tu criada, ni tu camello, ni tu huésped, *delante de tus puertas*. Porque en seis dias Jehováh hizo las *maravillosas aguas superiores* (1), como la tierra, el mar, y todo lo que hay en ellas, y descansó en el séptimo; Jehováh, pues, le bendijo y le santificó.

5 Honra á tu padre y á tu madre, para que tus dias sean largos sobre la tierra, y mas allá de la tierra que Jehováh, *tus Dioses*, te ha dado.

6 No matarás.

7 No serás adúltero.

8 No hurtarás.

9 No levantarás contra tu vecino ningun falso testimonio.

10 No codiciarás las cosas de tu vecino, ni la mujer de tu vecino, ni su criado, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que sea suya.

Tales son las leyes que el Eterno grabó no solamente en los mármoles del monte Sinaí, sino tambien en el corazon de los hombres: lo que mas sorprende al pronto es el carácter de universalidad que distingue á esta tabla divina de todas las humanas que la precedieron. Esta es la ley de todos los

(1) Esta traduccion se halla muy distante de dar una idea de la magnificencia del texto. *Shamajin* es una especie de grito de admiracion, como la voz de todo un pueblo que mirando al firmamento dijese en alta voz: *¡Mirad esas aguas milagrosas detenidas á manera de bóvedas sobre nuestras cabezas! ¡Esas bóvedas de cristal y de diamante!* ¿Como es posible en la traduccion de una ley poner en nuestra lengua esta poesia que espresa una sola palabra?

pueblos, de todos los climas y de todos los tiempos. Pitágoras y Zoroastres se dirijen á los griegos y á los medos; pero Jehováh habla á todos los hombres. Se conoce que este lejislador omnipotente, que vela sobre todas las partes de la creacion, deja caer igualmente de su benéfica mano el grano de trigo que alimenta al insecto, y el sol que le alumbra.

Nada es por lo demas tan admirable por su sencillez llena de justicia, como las leyes morales de los hebreos. Los paganos mandaron que se honrase á los autores de nuestra vida, y Solon decretó la muerte contra el mal hijo. Pero ¿que hace Dios? Promete la vida á la piedad filial. Este mandamiento se tomó del manantial mismo de la naturaleza. Dios hizo un precepto del amor filial y no le hizo del amor paternal; porque sabia muy bien que el hijo, en quien vienen á reunirse todos los recuerdos, y las esperanzas del padre, comunmente era amado de él hasta el esceso; pero manda al hijo que ame, porque conocia la inconstancia y el orgullo de la juventud.

A la fuerza del sentido interior del Decálogo se junta la majestad y la gracia de las formas, como en todas las demas obras del Todopoderoso. El bracman espresa lentamente las tres presencias de Dios; el nombre de *Jehováh* las manifiesta en una sola palabra; estos son los tres tiempos del verbo *ser*, unidos con una combinacion sublime; *havah*, él fue; *havah, siendo*, ó él és, y *yo*, que cuando se halla colocado delante de las tres letras radicales de un

verbo, indica lo futuro, y quiere decir en hebreo, *él será*.

En fin, los lejisladores antiguos señalaron en sus códigos las épocas de las fiestas nacionales. Mas el dia del descanso de Israel es el mismo del descanso de Dios. El hebreo y el jentil su heredero, tienen presente, en las horas de su trabajo oscuro, nada menos que la creacion sucesiva del universo. No obstante, la Grecia tan poética, ¿pensó jamás en referir los cuidados del labrador ó del artesano á aquellos famosos instantes en que Dios crió la luz, trazó el curso del sol, y animó el corazon humano?

Leyes de Dios, ¡cuan poco os pareceis á las de los hombres! Eternas como el principio de donde dimanais, en vano pasan los siglos sobre vosotras: os resistis á los siglos, á la persecucion y á la corrupcion misma de las costumbres. Esta lejislacion relijiosa organizada en el seno de las lejislaciones políticas, y sin embargo independiente de su triste suerte, es un gran prodijio. Mientras que las formas de las monarquías pasan y se modifican, y en tanto que el poder va de mano en mano, á merced de la fortuna, algunos cristianos que se han mantenido fieles en medio de la adversidad, continúan adorando al mismo Dios, y sometidos á sus mismas leyes, sin creerse dispensados de sus obligaciones por las revoluciones, las desgracias y el ejemplo. ¿Que relijion no perdió en la antigüedad su influencia moral, cuando perdió sus sacerdotes y sus sacrificios? ¿Donde están los misterios de la gruta

de Trofonio, y los secretos de Ceres-Eleusina? ¿No cayó enteramente Apolo con Delfos, Baal con Babilonia, Serapis con Thebas, y Júpiter con el Capitolio? Solo el cristianismo ha visto caer muchas veces los edificios en que se celebraban sus pompas, sin trastornarse por su caida. Jesucristo no siempre ha tenido templos; pero todo sirve de templo al Dios vivo: la mansion de los muertos, las cavernas de las montañas, y sobre todo el corazon del justo; no siempre tuvo altares de pórfido, cátedras de cedro ni de marfil, ni hombres felices por siervos; pero una piedra en el desierto fue bastante para celebrar alli sus misterios, un árbol para predicar alli sus leyes, y una cama de espinas para practicar sus virtudes.

LIBRO TERCERO.

Verdades de la Escritura y caida del hombre.

CAPITULO PRIMERO.

Superioridad de la tradicion de Moisés sobre todas las demas cosmogonías.

Existen algunas verdades de las que nadie puede dudar, sin embargo de que no se puedan presentar pruebas inmediatas acerca de ellas. De este jénero son la rebelion y la caida del espíritu de soberbia, la creacion del mundo, la felicidad primitiva, y el pecado del hombre. Es imposible creer que una mentira absurda llegue á ser una tradicion universal. Abrid los libros del segundo Zoroastres, los diálogos de Platon y los de Luciano, los tratados morales de Plutarco, los fastos de los chinos, la Biblia de los hebreos, los eddas de los escandinavos; consultad los negros de Africa (1) ó los sabios sacerdotes de la India, y vereis como todos os refieren los delitos del dios del mal, y os pintan muy

(1) Véase la nota F, al fin del volúmen.

corto el tiempo de la felicidad del hombre, y muy largas las calamidades que siguieron á la pérdida de su inocencia.

Voltaire dice en alguna parte de sus obras, que nosotros tenemos la peor *copia* de todas las *tradiciones* acerca del oríjen del mundo, y de los elementos físicos y morales que le componen. ¿Prefiere él por ventura la cosmogonía de los ejipcios, ó el grande huevo con alas de los sacerdotes de Thebas (1)? He aqui lo que refiere con mucha gravedad el mas antiguo de los historiadores despues de Moisés.

»El principio del universo era un aire oscuro y tempestuoso, ó un viento compuesto de un aire oscuro y de un caos turbulento. Este principio no reconocia términos, ni tampoco habia tenido por largo tiempo límites ni figura. Pero cuando dicho viento se enamoró de sus propios principios, resultó de aqui un misto, que se llamó deseo ú amor.

»Cuando estuvo este misto completo, llegó á ser el principio de todas las cosas; mas el viento no conocia su propia obra, que era el misto. Éste enjendró sucesivamente con su padre el viento, la *palabra* ó el *barro*, y de esta salieron todas las jeneraciones del mundo (2)."

Si pasamos á los filósofos griegos, observamos que Tales, fundador de la secta Yónica, admitia el agua como un principio universal (3). Platon pre-

(1) Herod., lib. II. Diod. Sic.
(2) Sanch. ap. Euseb. *Præpar. Evang.*, lib. I, cap. 10.
(3) Cic., *de Nat. Deor.* lib. I, n.° 25.

tende que la Divinidad arregló el mundo; pero que no pudo criarle (1). Dios, dice, formó el universo conforme el modelo que eternamente existia en sí mismo (2). Los objetos visibles no son mas que las sombras de las ideas de Dios, que son solamente las verdaderas sustancias (3). Ademas, inspiró Dios un soplo de su vida á las cosas, y de esta manera compuso un tercer principio, que es á la vez espíritu y materia, y se llamó el *alma del mundo* (4).

Aunque Aristóteles discurria como Platon acerca del oríjen del mundo, imajinó el bello sistema de la cadena de los seres, y subiendo de accion en accion, probó que existe en alguna parte un primer móvil (5).

Zenon sostenia que el mundo se arregló por su propia enerjía; que la naturaleza es este mismo todo que todo lo comprende; que se compone de dos principios, uno activo y otro pasivo, no separados, sino unidos, y sujetos á otro tercero, que es la *fatalidad*; que Dios, la materia y la fatalidad no son mas que uno; que estos componen á la vez las ruedas, el movimiento, las leyes de la máquina, y obedecen como partes á las leyes que dictan como un todo (6).

(1) Tim., paj. 28; Diog. Laert., lib. III, Plut. *de Gen. Anim.* páj. 78.

(2) Plat., *Tim.* páj. 29.

(3) *Id. Rep.* lib. VII, páj. 516.

(4) *Id. Tim.*, páj. 34.

(5) Arist., *de Gen. An.*, lib. II, cap. 3; *Met.*, lib. XI, cap, 5, *de Cœl.*, lib. XI, cap. 3, etc.

(6) Laert., lib. V. Stob. *Eccl. Phys.*, cap. XIV. Senec., *Consul.*, cap. XXIX.; Cic., *de Nat. Deor.*, Anton., lib. VII.

Segun la filosofía de Epicuro, el mundo existe desde la eternidad. No hay mas que dos cosas en la naturaleza, el cuerpo y el vacío (1).

Los cuerpos se componen de la agregacion de partes de materia infinitamente pequeñas, ó átomos que tienen un movimiento interno, que es la gravedad. Su revolucion se haria en el plano vertical, si por una ley particular no describiesen en el vacío una elipse (2). Supuso Epicuro este movimiento de declinacion, para evitar el sistema de los fatalistas, que se reproduciria por fuerza por el movimiento perpendicular del átomo. Pero la hipótesi es absurda; porque si la declinacion del átomo es una ley, eslo por necesidad; y ¿como fuera posible que una causa necesaria produzca un efecto libre?

La tierra, el cielo, los planetas, las estrellas, las plantas, los minerales y los animales, incluso el hombre, nacieron del concurso fortuito de los átomos; y cuando se evaporó la virtud productiva del globo, entonces se perpetuaron las razas vivientes por medio de la jeneracion (3).

Los miembros de los animales formados al acaso, no tenian destino ninguno particular. La oreja cóncava no se habia ahuecado para oir, ni el ojo convexo se redondeó para ver; mas siendo propios estos órganos para estos usos diferentes, se sirvieron

(1) Lucret., lib. II; Laert., lib. X.
(2) *Loc. cit.*
(3) Lucret., lib. X - V; Cic., *de Nat. Deor.*, lib. I, cap. 8, 9.

de ellos los animales maquinalmente y con preferencia á otro sentido (1).

Despues de esponer las cosmogonías filosóficas, seria inútil hablar de las de los poetas. ¿Quien no conoce á Deucalion y Pirrha, la edad de oro, y la de hierro? En cuanto á las tradiciones esparcidas entre los demas pueblos de la tierra, en la India sostiene el globo un elefante; el soi lo hizo todo en el Perú; en el Canadá es la gran liebre el padre del mundo; en Groelandia salió el hombre de un pescado de concha (2); y finalmente, la Escandinavia vió nacer á Askus y á Emla, Odin les dió el alma, Henero la razon, y Ledur la sangre y la hermosura.

Askum et Emlam, omni conatu destitutos,
Animam nec possidebant, rationem nec habebant,
Nec sanguinem, nec sermonem, nec faciem venustam:
Animam dedit Odinus, rationem dedit Hœnerus;
Lœdur sanguinem addidit et faciem venustam (3).

Bajo este concepto, entre las diversas cosmogonías, solo propias de cuentos de niños, y entre las abstracciones de los filósofos, menos malo seria preferir las primeras, si uno se viera precisado á elejir.

Para distinguir el orijinal de una pintura en

(1) Lucret., lib. IV - V.

(2) *Vid.*, Hesiod.; Ovid., *Hist. of Hindost.*; Herrera, *Hist. de las Indias*; Charlevoix, *Hist. de la Nouv. France*; P. Lafit., *Mœurs des Indiens*; *Travel in Greeland by a Mission.*

(4) Bartol., *Ant. Dan.*

medio de un millon de copias, es preciso buscar aquella, cuya unidad y armónica perfeccion de sus partes nos descubre la sabiduría del primer artífice. Esto es lo que hallamos en el Jénesis, verdadero orijinal de todas estas pinturas, reproducidas en las tradiciones de los pueblos. ¿Hay cosa tan natural, y tan magnífica al mismo tiempo, ni cosa mas fácil de concebir, ni mas acorde con la razon del hombre, que el Criador, descendiendo en el seno de la antigua noche para crear la luz con una sola palabra? A su voz el sol aparece como suspendido en el centro de los cielos y de esa inmensa bóveda azulada; con sus invisibles redes atrae los planetas, y los retiene alrededor de su grande órbita como su presa; los mares y los bosques comienzan á bambolearse sobre el globo, y óyense al fin las primeras voces que anuncian al universo entero ese como matrimonio, del cual será Dios el sacerdote, la tierra el lecho nupcial, y el jénero humano la posteridad (1).

(1) Las memorias de la sociedad de Calcuta confirman absolutamente las verdades del Jénesis. Ellas nos muestran la mitolojia dividida en tres ramas, una de las cuales se estendia á las Indias, otra á la Grecia, y la tercera á los salvajes de la América septentrional, viniendo al fin esta mitolojia á parar y conformarse con una tradicion mas antigua, que es la misma de Moisès. Los viajeros modernos de las Indias hallan por todas partes varias señales de los hechos que se narran en la Escritura; y despues de haberse disputado su autenticidad por largo tiempo, se ve la precision de reconocerla.

CAPITULO II.

Caida del hombre, la serpiente, y una palabra hebrea.

Quedamos sobrecojidos de admiracion al contemplar aquella otra verdad que enseña la Escritura: *el hombre muere por haberse envenenado con el fruto de vida.* ¡El hombre perdido por haber gustado el fruto del árbol de la ciencia; por haber sabido conocer demasiadamente el bien y el mal, y por haber dejado de parecerse al niño del Evanjelio! Supóngase otra cualquiera prohibicion de Dios, relativa á otra inclinacion del alma: ¿como conoceríamos la sabiduría y la profundidad del órden del Omnipotente? Seria mas bien un capricho indigno de la Divinidad, al paso que no resultaria moralidad alguna de la desobediencia de Adan. Pero nótese cual dimana de ley impuesta á nuestro primer padre toda la historia del mundo. Dios puso la ciencia á su alcance: no podia negársela, por cuanto criára al hombre intelijente y libre; pero le predijo, que si queria saber demasiado, *el conocimiento mismo de las cosas* seria su muerte y la de su posteridad. El secreto de la existencia política y moral de los pueblos de todos los tiempos y paises, y los misterios del corazon humano, están encerrados en la tradicion de aquel árbol admirable y funesto.

Véase, pues, ahora la consecuencia maravillosa de aquella prohibicion de la sabiduría: cae el hom-

bre, y el espíritu de soberbia ocasiona su ruina. La soberbia se vale de la voz del amor para seducirle, y Adan procura igualarse á Dios por medio de una mujer: ¡profundo descubrimiento de las primeras pasiones del corazon humano, el orgullo y el amor!

Bossuet en sus *elevaciones á Dios*, donde se encuentra con frecuencia al autor de las *oraciones fúnebres*, dice hablando del misterio de la serpiente: »Los ánjeles conversaban con el hombre en la forma que Dios permitia, y bajo la figura de animales. Eva, pues, no estrañó oir hablar á la serpiente, asi como no la causó admiracion ver al mismo Dios aparecerse bajo una figura sensible. Pero ¿por que permitió Dios al ánjel soberbio, añade el mismo Bossuet, que se apareciese bajo esta forma, con preferencia á toda otra? Aunque no necesitemos saberlo, sin embargo la Escritura nos lo insinúa, diciendo que la serpiente era el mas astuto de todos los animales; es decir, el que representaba mejor al demonio en su malicia, en sus asechanzas, y últimamente, en su castigo.

Nuestro siglo rechaza con altivez todo lo que se tiene por milagro; mas la serpiente ha sido con frecuencia el objeto de nuestras observaciones; y nos atrevemos á decir, que si nos hemos persuadido reconocer en ella cierto espíritu pernicioso, y la doblez de que habla la Escritura, es porque en este incomprensible reptil todo es misterioso, todo oculto, todo asombroso. Sus movimientos se diferencian de los demas animales; no se sabria decir cual es el principio de su movilidad, porque no tiene

aletas, ni pies, ni alas, y sin embargo huye como una sombra, desaparece májicamente, vuelve á aparecer, y desaparece otra vez, semejante á un vapor azul, ó al fugaz reflejo de una espada en medio de las tinieblas. Unas veces se replega en círculo, y vibra una lengua de fuego; otras se pone derecha sobre la estremidad de su cola, y camina en una actitud perpendicular como una especie de encanto; se lanza como una bala, se levanta y enrosca en figura espiral; arrolla y desarrolla sus anillos con la facilidad de las ondas, se encarama á las ramas de los árboles, ó bien se desliza bajo la yerba de los prados, ó por la superficie de las aguas. Sus colores son tan indeterminados como su movimiento; se cambian segun los aspectos de la luz, y tienen aquel falso brillo y aquellas variedades engañosas propias de la seduccion.

Mas admirable es aun en lo restante de sus costumbres: sabe echar á un lado su piel manchada en sangre por temor de ser conocida, asi como el hombre manchado con la sangre de un asesinato. Por una estraña facultad hace entrar de nuevo en su seno á los monstruos pequeñuelos que el amor hizo salir de él. Duerme meses enteros, frecuenta los sepulcros, y habita lugares desconocidos; compone venenos, que ora hielan, ora abrasan ó manchan el cuerpo de su víctima con los mismos colores de que ella está marcada; en una parte levanta dos cabezas amenazadoras, en otra hace sonar un cascabel; silba como el águila del monte, y brama como el toro. La idea de la serpiente se une naturalmente á

las de la moral ó de la relijion, como una consecuencia del influjo que tuvo en los destinos del hombre; objeto ya de horror ó ya de adoracion, ó bien la profesan los hombres un aborrecimiento implacable, ó bien se prosternan delante de su estátua. La mentira la invoca; la prudencia la reclama; la envidia la introduce en su corazon, y la elocuencia la ostenta en su caduceo: en los infiernos arma los látigos de las furias, y en el cielo es el símbolo de la eternidad. Posee aun el arte de seducir á la inocencia; sus miradas encantan y atraen á los pájaros que vagan por el aire, y bajo el helecho del pesebre sabe chupar la leche de la oveja. Se deja no obstante embelesar y amansar por un sonido dulce, y para domarla no necesita el pastor mas que de su flauta.

En el mes de Junio de 1791 viajaba yo por el alto Canadá con algunas familias salvajes de la nacion de los Onontaguas. Un dia que estábamos detenidos en una gran llanura, á la orilla del rio Jenesio, se introdujo en nuestro campo una culebra de cascabel. Habia entre nosotros un canadiense que tocaba la flauta; quiso divertirnos, y se avanzó hácia la serpiente con su arma de nueva especie. Lo mismo fue verle el reptil, que se arrolla en figura espiral, aplana su cabeza, infla sus mejillas, comprime sus labios, descubre sus dientes emponzoñados, y su boca ensangrentada; vibraba sus dos lenguas como dos llamas; sus ojos parecian dos carbones encendidos; su cuerpo hinchado de rabia se bajaba y se levantaba como los fuelles de una fra-

gua; su piel dilatada quedó sin lustre y escamosa, y su cola que hacia un ruido espantoso, se movia con tal rapidez, que parecia un lijero vapor.

Empezó el canadiense á tocar la flauta. La serpiente hizo un movimiento de sorpresa, y retiró atras la cabeza; al paso que se hallaba como embelesada por el efecto májico del instrumento, perdian su sangrienta aspereza los ojos, se disminuian las vibraciones de su cola, se minoraba y estinguia insensiblemente el sonido del cascabel, y quedando sus roscas menos perpendiculares sobre la línea espiral, se dilataban por grados, y venian sucesivamente á ponerse sobre la tierra en círculos concéntricos. Los matices de azul, verde, blanco y dorado, volvieron á manifestar su esplendor en su piel trémula, y tornando lijeramente la cabeza, quedó inmóvil, indicando la atencion y el placer que esperimentaba.

Entonces el canadiense dió algunos pasos, y haciendo con su flauta unos sonidos lentos y monótonos, el reptil bajó el cuello, se abrió camino con la cabeza por la menuda yerba del prado, y siguió las huellas del músico que la arrastraba, deteniéndose cuando él se paraba, y siguiéndole cuando echaba á andar. De este modo la sacó de nuestro campo en medio de un gran concurso de espectadores, tanto salvajes como europeos, que apenas creian esta maravilla de la melodía, aunque la estaban mirando: todos convinieron en que no se persiguiese á aquella maravillosa serpiente.

A esta especie de induccion sacada de las cos-

tumbres de la serpiente en favor de las verdades de la Escritura, añadiremos otra sacada de una palabra hebrea. ¿No es cosa á la verdad estraordinaria, y al mismo tiempo bien filosófica, que el nombre jenérico de hombre, signifique en hebreo la *calentura* ó *el dolor? Enosh, hombre*, viene por su raiz del verbo *anash*, que significa *estar peligrosamente enfermo*. Dios no dió este nombre á nuestro primer padre, sino que le llamó simplemente Adan, que significa tierra *roja ó barro*. Solamente despues del pecado tomó la posteridad de Adan el nombre de *Enosh* ó de *hombre*, que convenia tan perfectamente á sus miserias, y recordaba de un modo elocuente, no solo su culpa, sino tambien su castigo. Tal vez Adan, siendo testigo del trabajoso parto de su esposa, en virtud de un movimiento hijo de la congoja, y teniendo en sus brazos á su hijo mayor Cain, le levantaria hácia el cielo, diciendo: ¡Enosh! ¡ó dolor! Esclamacion triste, por la cual se designó en adelante á la especie humana.

CAPITULO III.

Constitucion primitiva del hombre, y nueva prueba del pecado orijinal.

En el capítulo del Bautismo y de la Redencion hemos dado algunas pruebas morales del pecado orijinal. No conviene caminar con precipitacion en una materia tan importante. »El nudo de nuestra condicion, dice Pascal, toma sus vueltas y plie-

gues en este abismo; de suerte que el hombre es mas incomprensible sin este misterio, que lo es este misterio al hombre (1)."

Nos parece en efecto, que del órden del universo se puede sacar una nueva prueba de nuestra primitiva dejeneracion.

Si echamos una mirada sobre el mundo, se advertirá que por una ley jeneral, y particular al mismo tiempo, todas las partes integrantes, todos los movimientos, asi internos como esternos, y todas las calidades de los seres, se hallan entre sí en una perfecta armonía. De este modo terminan sus revoluciones los cuerpos celestes en una admirable unidad; y cada uno en particular, sin oponerse á sí mismo, describe la curva que le es propia. Un solo globo nos comunica la luz y el calor; estos dos accidentes no están divididos entre dos esferas; el sol los reune en su órbita, como Dios, de quien es imájen, une el principio que fecunda el principio que ilumina.

La misma ley se observa en los animales: sus *ideas*, si puede dárseles este nombre, están siempre acordes con sus *sentimientos*, y su *razon* con sus *pasiones*. Por esta razon no hay en ellos aumento ni diminucion de intelijencia. Será fácil seguir esta regla de las conformidades en las plantas y minerales.

¿Por que destino incomprensible es el hombre el único que se esceptúa de esta ley tan necesaria pa-

(1) *Pensamientos de Pascal*, cap. 3. pens. 8.

ra el órden, la conservacion, paz y la felicidad de los seres? Cuanto mas visible es la armonía de las calidades y movimientos en el resto de la naturaleza, tanto mas estraña es su desunion en el hombre, entre su entendimiento y su deseo, entre su razon y su corazon. Cuando llega al mas alto grado de civilizacion, se halla en el último escalon de la moral; si es libre, permanece grosero; si pule sus costumbres, se forja sus cadenas; si llega á brillar por las ciencias, su imajinacion se debilita. Si se hace poeta, se le amortigua el entendimiento; su corazon gana á espensas de su espíritu, y este á espensas de aquel. Se halla pobre de ideas al paso que se mira rico de sentimientos, y se limita en sentimientos, al paso que se estiende en ideas. La fuerza le hace duro é intratable, mientras que la debilidad le hace mas interesante y amable. Ordinariamente en él una virtud lleva en pos de sí algun vicio, al paso que al desaparecer éste, le arrebata siempre alguna virtud. Las mismas vicisitudes presentan las naciones consideradas en comun; pierden, y vuelven á encontrar sucesivamente la luz. El espíritu del hombre parece que vuela sin cesar alrededor del globo, con un farol en la mano, en medio de la noche que nos cubre; se muestra sucesivamente á las cuatro partes de la tierra, como ese astro nocturno, que creciendo y menguando continuamente, disminuye á cada paso en un pais la claridad que aumenta en otro.

¿No es, pues, muy conforme á la razon creer que el hombre en su primitiva constitucion se pa-

reciese á las demas criaturas, y que esta constitucion consistiese en la perfecta uniformidad del sentir y del pensar, de la imajinacion y del entendimiento? Puede ser que nos convenzamos, si observamos que aun hoy dia es necesaria esta reunion, para gustar siquiera un resto de aquella felicidad que hemos perdido. De este modo, por sola la induccion del razonamiento y de las probabilidades de la analojía, se encuentra el pecado orijinal, por cuanto el hombre, segun le vemos, no es verosimilmente el hombre primitivo. El hombre contradice á la naturaleza; se halla desarreglado cuando todo está en el mejor órden; es un compuesto doble, cuando todo en ella es simple; misterioso, mudable é inesplicable, se halla visiblemente en el estado de una cosa á quien ha trastornado un accidente; es un palacio arruinado y reedificado con sus propios escombros: en él se ven partes sublimes y disformes, magníficas pilastras sin objeto, altos pórticos y bajas bóvedas, fuertes luces y profundas tinieblas; en una palabra, por todas partes reina en él la confusion y el desórden, en el santuario, ó en el corazon sobre todo.

Luego, si consistia la constitucion primitiva del hombre en las conformidades recíprocas, del mismo modo que se hallan establecidas en los demas seres, para destruir un estado cuya naturaleza era la armonía, bastará alterar en él el contrapeso. La facultad amante y la pensativa, formarian en nosotros esta balanza preciosa. Al mismo tiempo que Adan era el mas despejado y el mejor de los

hombres, era tambien el mas poderoso en pensamiento y en amor. Mas todo lo criado tiene por necesidad una marcha progresiva. En vez de esperar Adan con la revolucion de los siglos algunos nuevos *conocimientos*, que no hubiera recibido sino con nuevos *sentimientos*, quiso conocerlo todo á un tiempo. Y nótese aqui una cosa importante: el hombre podia destruir de dos maneras la armonía de su ser; ó queriendo *amar*, ó queriendo saber demasiado, y solamente pecó por la segunda. En efecto, mas orgulloso es el saber que el amar; este último hubiera sido mas digno de lástima que de castigo; y si Adan se hubiera hecho culpable por haber querido *sentir*, mas bien que por *saber* demasiado, tal vez hubiera podido el hombre rescatarse á sí mismo, y el hijo del Padre Eterno no se hubiera visto en la precision de sacrificarse por redimirnos. Adan procuró comprender el universo, no con el sentimiento, y sí con el pensamiento; y tocando al árbol de la ciencia, percibió en su espíritu un rayo de luz en estremo fuerte. Faltó al instante el equilibrio, y se apoderó del hombre la confusion. En vez de la claridad que él se habia prometido, halló su vista cubierta de espesas nubes; su pecado se estendió como un velo entre él y el universo. Toda su alma se turbó y se sublevó; las pasiones combatieron al entendimiento, este procuró aniquilarlas; y en tan terrible tempestad, el escollo de la muerte vió con alegría el primer naufrajio.

Tal fue el accidente que mudó la armoniosa é

inmortal constitucion del hombre. Desde aquel dia, todos los elementos de su ser quedaron separados y sin poderse mas reunir. La costumbre (casi podíamos decir el amor al sepulcro) que ha contraido la materia, destruye todo proyecto de rehabilitacion en este mundo, porque no es tan larga nuestra vida, que dé tiempo á que nuestros esfuerzos hácia la primera perfeccion, puedan jamás hacernos llegar hasta ella (1).

Mas ¿como era posible que cupiesen en el mundo todas las razas, si estas no estuviesen sujetas á la muerte? Esto no pasa de un asunto de imajinacion; es pedir á Dios cuenta de sus medios que son infinitos. ¿Quien sabe si entonces estarian los hombres tan multiplicados como lo están ahora? ¿Ni quien puede saber tampoco si hubiera podido permanecer vírjen la mayor parte de las jeneraciones (2), ó si esos millones de astros que jiran sobre

(1) En esto consiste que el sistema de *perfectibilidad* es enteramente defectuoso. No se advierte que si el espíritu adelantase siempre en luz, y el corazon creciese siempre en sentimientos ó en virtudes morales, el hombre en un tiempo dado, volviéndose á encontrar en el punto de donde salió, seria necesariamente inmortal; porque llegando á faltar en él todo principio de *division*, cesaria todo principio de muerte. La vida larga de los patriarcas, y el don de profecía entre los hebréos, pueden atribuirse á un restablecimiento mas ó menos grande de los equilibrios de la naturaleza humana. Asi es que los materialistas que sostienen el sistema de perfectibilidad, no se entienden entre ellos, porque en efecto, esta doctrina, lejos de ser la del *materialismo*, conduce á las ideas mas místicas de la *espiritualidad*.

(2) Esta es la opinion de San Juan Crisóstomo, quien pretende que Dios hubiera hallado para la jeneracion ciertos medios, que nos son desconocidos. Hay, añade, ante el trono divino una multitud de ánjeles, que no han nacido del mismo modo que los hombres. De Virjinit. lib. 2.

nuestras cabezas, no nos hubieran sido reservados como unos retiros deliciosos, á los cuales nos transportáran los ánjeles? Aun se puede adelantar mas la imajinacion: imposible es calcular hasta qué altura de artes y ciencias pudiera haber llegado el hombre perfecto y siempre vivo en la tierra. Si ha mucho tiempo que domina en tres elementos; si á pesar de las mayores dificultades, disputa hoy el imperio de los aires á las aves, ¿cuanto no hubiera podido tentar en su carrera inmortal? La naturaleza del aire, que forma en el dia un obstáculo invencible á la mudanza de nuestro planeta, seria tal vez diferente antes del diluvio. Sea lo que fuere, no es cosa indigna del poder divino ni de la grandeza del hombre, suponer que la raza de Adan fuese destinada á correr los espacios, y animar todos los soles, que privados de sus habitantes por el pecado, no son de hoy mas que unas soledades resplandecientes.

LIBRO CUARTO.

Continuacion de las verdades de la Escritura.

OBJECIONES CONTRA EL SISTEMA DE MOISES.

CAPITULO PRIMERO.

Cronolojía.

Desde que algunos sábios se aventuraron á decir que la historia del hombre y la de la naturaleza suponian en el mundo mayor antigüedad de la que le dá la Biblia, se ha citado en confirmacion á Sanconiaton, á Porfirio, y á los libros de la lengua sanscrita ó de la India, &c.; pero los que alegan estas autoridades, ¿las han consultado acaso en sus orijinales?

Desde luego tiene algo de temerario el querernos persuadir que Oríjenes, Eusebio, Bossuet, Pascal, Fenelon, Bacon, Newton, Leibnitz, Huet, y tantos otros, eran unos ignorantes ó simples, ó unos perversos, que hablaban contra aquello mismo que les dictaba la razon. Lo cierto es que ellos creyeron verdadera la historia de Moisés, y no se

puede negar á estos hombres una ciencia, en comparacion de la cual vale muy poco nuestra erudicion.

Comenzando por la cronolojía, ¿han superado los sábios modernos, asi como por un juego, las invencibles dificultades que hicieron temblar á Escalíjero, Petavio, Husero y Grocio? Ciertamente se burlarian de nuestra ignorancia si les preguntásemos, ¿cuando tuvieron principio las olimpiadas; cómo se acuerdan estas con los modos de contar por arcontes, eforos, ediles, cónsules, por reinados, juegos píticos, nemeos y seculares? ¿Como se reunen todos los calendarios de las naciones? ¿De que medio nos valdremos para que el antiguo año de Rómulo, de diez meses, ó trecientos cincuenta y cuatro dias, coincida con el Numa, que es de trecientos cincuenta y cinco, con el de Julio César de trecientos sesenta y cinco? ¿De que modo se evitarán los errores, refiriendo estos mismos años al año comun ático de trecientos cincuenta y cuatro dias, y al embolismal de trecientos ochenta y cuatro?

Pues no son estas las únicas dudas acerca de los años. El año antiguo de los judíos no escedia de trecientos cincuenta y cuatro dias; se añadian algunas veces doce dias al fin del año, y otras veces un mes de treinta dias despues del mes de *Adar*, con el fin de tener el año solar. El año judío moderno se compone de doce meses, y toma siete años de trece meses en el espacio de diezinueve años. El año siriaco varia igualmente, y consta de trecientos sesenta dias. El año turco ú árabe reconoce tre-

cientos cincuenta y cuatro dias, y cuenta once meses intercales en el espacio de veintinueve años. El ejipcio se divide en doce meses de treinta dias, y añade cinco al último; y el año persiano, llamado *yezdejerdic*, se parece al precedente (1).

Fuera de estos mil modos de medir los tiempos, ni tienen todos estos años los mismos principios, ni las mismas horas, ni los mismos dias, ni las mismas divisiones. El año civil de los judíos (y lo mismo el de todos los orientales) principia en la luna nueva de Setiembre, y el eclesiástico en la de Marzo. Los griegos cuentan el primer mes de su año desde la luna nueva que sigue al solsticio del estío. El mes primero del año de los persas corresponde á nuestro mes de Junio; y los chinos é indios le toman de la primera luna de Marzo. A continuacion vemos meses astronómicos y civiles subdivididos en lunares y solares, en sinódicos y periódicos; tambien vemos secciones de meses en kalendas, idus, décadas y semanas, é igualmente dos especies de dias artificiales y naturales, de los cuales los segundos comienzan al amanecer, como entre los antiguos babilonios, sirios y persas, y los primeros al anochecer, como los chinos y la Italia moderna, que era lo que justamente sucedia en la antigüedad entre los atenienses, judíos y bárbaros del Norte. Los árabes

(1) El segundo año persiano, llamado *gabalcaui*, que principió en el año del mundo 1089, es el mas exacto de los años civiles, porque reduce los solsticios y los equinoccios con precision á los mismos dias, y concuerda por medio de una intercalacion repetida seis ó siete veces en cuatro años, y despues una vez en cada cinco.

comienzan sus dias al medio dia; la Francia actual á media noche; lo mismo los ingleses, alemanes, españoles y portugueses. Finalmente, hasta en las mismas horas está discorde la cronolojía, distinguiéndose en babilónicas, italianas y astronómicas; y si se mira bien la cosa, no veremos contar sesenta minutos en una hora europea, sino mil ochenta escrúpulos en la hora caldea y árabe.

Se ha dicho que la cronolojía es la antorcha de la historia (1). ¡Ojalá no tuviésemos otra para certificarnos de los delitos de los hombres! Y aun ¿que seria si para colmo de las dudas nos metiésemos en los períodos, eras y épocas? El período victoriano, que comprende 532 años, se forma de la multiplicacion de los ciclos del sol y de la luna. Los mismos ciclos, multiplicados por el de la indiccion, producen los 7980 años del período juliano. El de Constantinopla comprende un número de años igual al del período juliano, aunque no comienza en igual época. Por lo respectivo á las eras, se cuenta en una parte por el año de la creacion (2), y en otras por olimpiadas (3), por la fundacion de Roma (4), por el nacimiento de Jesucristo, y por la época de Eusebio, por la de los Seleucidas (5), por la de Nabonasar (6) y la de los mártires (7). Los turcos

(1) Véase la nota G, al fin del volúmen.
(2) Esta época se subdivide en griega, judía, alejandrina, etc.
(3) Los historiadores griegos.
(4) Los historiadores latinos.
(5) Seguida por el historiador Josefo.
(6) Seguida por Ptolomeo y otros.
(7) Seguida por los primeros cristianos hasta el año 532.

tienen su éjira (1); los persas su yerdejerdic (2). Se computa tambien por las eras juliana, jeorjiana, iberiana (3) y actiana (4). Y no hablaremos de los mármoles de Arundel, ni de las medallas y monumentos de todas especies, que introducen nuevos desórdenes en la cronolojía. ¿Habrá hombre de buena fe, que con solo echar la vista sobre estas pájinas, no convenga en que tanta variedad en órden á computar los tiempos, es motivo suficiente para hacer de la historia un espantoso caos? Los anales de los judíos, segun el unánime parecer de los sábios, son los únicos cuya cronolojía es sencilla, regular y luminosa. ¿A que fin, pues, por un ardiente celo de impiedad, se ha de molestar el espíritu con sutilezas de tiempos tan áridos como indescifrables, cuando tenemos un hilo tan seguro, que nos sirve de guía en la historia? Esta es una nueva evidencia en favor de la Escritura.

CAPITULO II.

Logografía y hechos históricos.

Tras las observaciones cronolójicas contra la Biblia, siguen las que pretenden sacarse de los

A. D., y en nuestros tiempos por los cristianos de Abisinia y Etiopia.

(1) Los orientales no la colocan como nosotros.

(2) Nombre de un rey de Persia muerto en una batalla contra los sarracenos, en el año 632 de nuestra era.

(3) Seguida en los concilios y en los antiguos monumentos de España.

(4) Derívase su nombre de la batalla de Actium, y de ella se ha servido Ptolomeo, Josefo, Eusebio y Censorino.

mismos hechos de la historia. Se cita la tradicion de los sacerdotes de Tebas, que daba 18000 años de duracion al reino de Ejipto, y la lista de las dinastías de los reyes, que aun existe.

Plutarco, á quien no se recusará por cristiano, se encargará en parte de responder á esta objecion. Este pues, hablando de los ejipcios, dice: »Que »su año era de cuatro meses, y segun algunos au»tores se componia de uno solo, y únicamente »comprendia el concurso de una sola luna. De este »modo, no constando su año mas que de un mes, »es suficiente motivo para que parezca tan largo »el tiempo que ha pasado desde su oríjen, y se le »tenga por los mas antiguos de los pueblos, aunque »sean unos nuevos habitantes de aquel pais (1).«

Sabemos tambien por Herodoto (2), Diodoro Siculo (3), Justino (4), Jablonquy (5), Estrabon (6), que los ejipcios ponian su vanidad en ocultar su oríjen en los tiempos, ó por decirlo asi, en esconder su cuna bajo la oscuridad de los siglos.

El número de sus dinastías no puede servirnos de embarazo alguno. Sabido es que las ejipcias se componen de reyes contemporáneos: por otra parte, una misma palabra en las lenguas orientales, se lee de cinco ó seis modos diferentes, y nuestra ignorancia hizo con frecuencia de una sola persona

(1) Plut., *in Num.*, 30.
(2) Herodot., lib. II.
(3) Diod., lib. I.
(4) Just., lib. I.
(5) Jablonsk., *Panth. Egypt.*, lib. II.
(6) Strab., lib. XVII.

cinco ó seis distintas (1). Esto ha sucedido en las traducciones de un solo nombre; el *Athoth* de los ejipcios se traduce en Eratósthenes por Ερμογενής, que significa en griego *letrado*, asi como lo significa *Athoth* en ejipcio, y no han dejado de hacer dos reyes de *Athoth* y de *Hermés ó Hermójenes*; pero el Athoth de Manethon aun se multiplica; se llama Foth en Platon, y el texto de Sanconiathon prueba en efecto que este es su nombre primitivo. La letra A es una de las que se quitan y añaden segun parece en las lenguas orientales: asi el historiador Josefo traduce por *Apachnás* el nombre de la misma persona á quien Africano llama *Pachnas*. Y véase aqui de estas cinco palabras *Thoth*, *Athoth*, *Hermés ó Hermójenes*, ó *Mercurio*, otros tantos hombres famosos, que ocupan, segun ellos, cerca de dos siglos, y sin embargo estos *cinco* reyes eran un *solo* ejipcio, que acaso no vivió 60 años (2).

(1) Citaremos un ejemplo entre muchos: el monógrama de Fo-hi, divinidad de los chinos, es exactamente el mismo que el de Menés, divinidad de los ejipcios; ademas que se halla suficientemente probado que los caractéres orientales no son mas que unos signos jenerales de ideas, que cada cual traduce diferentemente en su lengua, como la cifra árabe entre nosotros. A este modo, por ejemplo, el mismo número que el italiano pronuncia duodécimo, lo espresa el ingles con la palabra *twelve*, y el frances con la de *douze*.

(2) Personas que podian por otra parte estar muy instruidas, han acusado á los judíos de haber corrompido los nombres históricos. Pero ¿como ignoran que los griegos han sido quienes desfiguraron todos los nombres de las personas y lugares, y en particular los de Oriente (*)? Asi en esto como en otras muchas cosas se parecian los griegos, y no poco, á los

(*) *Vid.* Boch., Grog., Sac., Cumb. ou Sanch.; Sour., *sur la Bible*; Danet, Bayle, etc., etc.

Y que necesidad hay sobre todo de molestarse en sostener disputas logográficas, cuando basta abrir la historia para convencerse del oríjen moderno de los nombres. Por mas delirios que se agolpen con siglos *inventados* á placer, que no son hijos del tiempo; por mas muertes que se *supongan* y multipliquen, y cuyo resultado no es mas que

franceses. ¿Se creeria que si *Livio* volviese al mundo seria conocido con el nombre de Tito-Livio? Aun hay mas: *Tito* conserva todavía entre los orientales el nombre de *Asur*, de *Sour*, ó de *Sur*. Pero los mismos atenienses debian pronunciar *Tur* ó *Tour*, por cuanto esta letra que queremos llamar *y griega*, y hacerla sonar como una *i*, no es mas que el *upsilon* ó la u minúscula de los griegos.

Tampoco es dificil de encontrar á *Dario* en *Asuero*. La *A* inicial, como dejamos dicho, es únicamente una de las letras movibles, unas veces suscritas, otras suprimidas. Resta, pues, *Suerus*. Ademas, el *delta*, ó la D mayúscula de los griegos se parece mucho al *Samerck* ó S mayúscula de los hebreos. El primero es un triángulo, el segundo un paralelogramo obtusángulo, y á veces un paralelogramo curvilíneo con base rectilínea. El *delta* en los antiguos manuscritos, en las medallas y monumentos, casi nunca está cerrado en sus ángulos. La S hebrea se ha transformado en D entre los griegos, y esta mudanza de letras es muy comun en toda la antigüedad.

Si se añaden á estos errores de figuras los de pronunciacion, se aumentará mucho la probabilidad. Supongamos que un frances oyendo la palabra *through (á travers)* en la boca de un ingles, quisiese pronunciarla y escribirla sin conocer su fuerza y forma del Th. Escribiria necesariamente *zrou*, ó *disrou*, ó simplemente *trou*: lo mismo sucede con el *zerou*, ó *disou*, ó simplemente trou; lo mismo con el *Semech* ó la S en hebreo. El sonido de esta letra siguiendo los puntos masoreúcticos, es mista y participa mucho de la D. Los griegos que tenian el Th como los ingleses, pero no la S como los israelitas, debieron pronunciar y escribir *duerus* en lugar de *suerus*. De *duerus* á *darius* es facil la conversion, pues se sabe que las vocales no sirven en la etimolojia, porque es constante que cada pueblo varia con ellas los sonidos hasta el infinito. Cuando uno quiere divertirse á costa de las naciones y de la felicidad jeneral de los hombres, seria muy conveniente que antes de entregarse á una alegría tan funesta, estuviese seguro á lo menos de no incurrir en grandes equivocaciones.

sombras; nada de esto impide que el jénero humano sea de ayer: los nombres de los inventores de las artes son tan conocidos, como los de un hermano ó un abuelo. *Hipsuranio* fue el primero que construyó cabañas cubiertas de cañas, en las cuales habitó la primitiva inocencia. *Usaos* cubrió su desnudez con pieles de bestias, y en un tronco de un árbol arrostró los peligros de la mar (1). Tubalcain puso el hierro en mano de los hombres (2). Noé ó Baco plantó las viñas. Cain ó Triptolemo inventó el arado. Agrotes (3) ó Céres recojió la primera cosecha. No son mas antiguas en el mundo la historia, la medicina, la jeometría, las bellas artes y las leyes, de las cuales somos deudores á Herodoto, Hipócrates, Táles, Homero, Dédalo y Minos. En cuanto al orijen de los reyes y de las ciudades, Moisés, Platon, Justino, y otros varios, nos conservaron su historia, y tambien sabemos cuándo y por qué razon se establecieron entre los pueblos las diversas formas de gobierno (4).

Si á pesar de todo eso, causase admiracion hallar tanta grandeza y magnificencia en las primeras ciudades del Asia, esta dificultad se desvanecerá fácilmente con una sola observacion, sacada del jenio ó gusto de los orientales. Estos pueblos han construido asi en todas las edades, sin que de esto pueda inferirse consecuencia alguna á favor de su ma-

(1) Sanch., *ap.* Eus,, *Præparat. Evang.*, lib. 1, cap. 10.
(2) *Gen.*, cap. 4.
(3) Sanch., *loc. cit.*
(4) *Vid.* Moys., *Pent.*; Plat., *de Leg. et Tim.*; Just., lib. II, Herod. Plut., *in Thes. Num., Licurg, Solon, etc., etc.*

yor civilizacion ó antigüedad. El árabe que se libertó de las ardorosas arenas en que se tenia por dichoso de gozar una ó dos toesas de sombra bajo una tienda de pieles de oveja; ese mismo árabe ha edificado, casi á nuestra propia vista, ciudades populosísimas y vastas metrópolis, en las cuales parece que ha pretendido encerrar la soledad este ciudadano de los desiertos. Los chinos, sin embargo de haber adelantado tan poco en las artes, tienen tambien las mas grandes ciudades del globo, con jardines, murallas, palacios, lagos y canales artificiales como los de la antigua Babilonia (1). Y por último, ¿no somos nosotros mismos un ejemplo vivo de la rápidez con que se civilizan los pueblos? Apenas hace doce siglos que nuestros antepasados eran tan bárbaros como los hotentotes; y esto no obstante, escedemos en el dia á la Grecia en lo delicado del gusto, del lujo y de las artes.

La lójica jeneral de las lenguas no puede suministrarnos ninguna razon sólida en favor de la antigüedad de los hombres. Los idiomas del primitivo Oriente, lejos de anunciar unos hombres envejecidos en la sociedad, nos los manifiestan, por el contrario, muy inmediatos á la naturaleza. Su mecanismo es sumamente sencillo: el hipérbole, la imájen, y todas las demas figuras poéticas, se reproducen en ellos sin cesar, al paso que apenas se encuentran palabras para la metafísica de las ideas. Imposible seria espresar claramente en hebreo la

(1) *Vid.* le P. du Hald, *Hist. de la Ch.*; *Lettres edif.*; lord Mac., *Amb. to Ch., etc.*

teolojía de los dogmas cristianos (1). Unicamente se hallan entre los griegos y árabes modernos los términos compuestos, propios al desarrollo de las ideas abstractas. Sabido es de todos que Aristóteles es el primer filósofo que inventó las categorías, adonde vienen por fuerza á ordenarse y clasificarse las ideas de cualquier clase ó naturaleza que sean (2).

Se afirma en fin que antes que los ejipcios hubiesen edificado sus templos, de los cuales subsisten tan hermosas ruinas, los pueblos pastores guardaban ya sus rebaños en otras ruinas que quedaron de una nacion desconocida; lo cual debia suponer una antigüedad muy remota.

Para decidir esta cuestion seria preciso saber con exactitud quiénes eran y de dónde provenian los pueblos pastores. Mr. Bruce, que todo lo atribuia á la Etiopia, los hace oriundos de este pais. Los etíopes no obstante, lejos de enviar colonias á paises remotos, formaban en esta época un pueblo nuevamente establecido. *Ætiopes*, dice Eusebio, *ab Indo flumine consurgentes juxta Ægyptum conse-*

(1) Se puede asegurar esto leyendo los Padres que han escrito en siriaco, y entre ellos Efren, diácono de Edesa.

(2) Si es cierto que las lenguas piden tanto tiempo para su entera formacion, ¿como es que los salvajes del Canadá tienen dialectos tan sutiles y complicados? En los verbos de la lengua hurona se notan las mismas inflexiones que en los verbos griegos: se distinguen como los últimos por la característica, el aumento, etc.; igualmente tienen tres modos, tres jéneros, tres números, y sobre todo un cierto desarreglo de letras, que es peculiar de los verbos de las lenguas orientales. Pero lo de mas imperceptible en ellos es un cuarto pronombre, que se coloca entre la segunda y tercera persona del singular y plural. Nada encontramos semejante en las lenguas muertas ó vivas de que tenemos alguna tintura.

derunt. Maneton, en su sexta dinastía, llama á los pastores *fenicios* estranjeros. Eusebio dice que su llegada á Ejipto fue en el reinado de Amenofis; de lo cual se deducen las consecuencias siguientes: Primera, que el Ejipto entonces no era bárbaro, por cuanto el ejipcio Inaco llevó por aquel tiempo la ilustracion á la Grecia. Segunda, que el Ejipto no estaba cubierto de ruinas; porque Tebas estaba edificada, y Amenofis era padre de aquel Sesóstris que ensalzó la gloria de los ejipcios hasta su apojeo. Si consultamos la historia de Josefo, Tetmosis fue quien obligó á los pastores á abandonar enteramente las orillas del Nilo (1).

Pero ¡que nuevos argumentos no se hubieran formado contra la Escritura, si se hubiera conocido otro prodijio histórico que se funda igualmente sobre las ruinas, como toda la historia de los hombres! De algunos años á esta parte se han descubierto en la América septentrional (2) en las orillas del Muskingo, Miami, Wabache, Ohío, y sobre todo del Scioto, varios monumentos estraordinarios, que ocupan un terreno de mas de veinte

(1) Manet. ad Joseph. et Afric.; Hèrod., lib. II. c. 100, Diod., lib. I, ps. 48; Eus, *Chron.*, lib. I, pàj. 13.

En cuanto à lo demas, la invasion de estos pueblos, referida por los autores profanos, nos esplica lo que se lee en el Jénesis acerca de Jacob y de sus hijos· *Ut habitare possitis in terra Gessen, quia detestantur Ægyptii omnes pastores ovium* (Gen., cap. 46, v. 34).

De lo cual se puede tambien adivinar el nombre griego del Faraon, en cuyo reinado entraron los israelitas en Ejipto: y del segundo Faraon, en cuyo tiempo salieron. La Escritura en lugar de contradecir las otras historias las sirve de prueba.

(2) Véase la nota H, al fin del volúmen,

leguas de lonjitud: monumentos que son unas murallas de tierra con sus fosos, esplanadas, lunas y medias lunas, y grandes y elevados conos que sirven de sepulcros. En vano se ha preguntado, qué pueblo dejó estas señales. El hombre se halla como suspendido en el tiempo presente entre lo pasado y lo futuro, como una peña entre dos precipicios; por delante y por detras de él todo es tinieblas; apenas se columbran algunas fantasmas que subiendo de lo profundo de los abismos, nadan por un momento en la superficie, y vuelven á sumerjirse en el hondo para siempre.

Mas cualesquiera que sean las conjeturas que se hagan con respecto á estas ruinas americanas, y aun cuando á esto se añadiesen las visiones de un mundo primitivo y las quimeras de la Atlántida, la nacion civilizada que quizás manejó su arado en la misma llanura en que hoy persiguen los iroqueses á los osos, para consumar sus destinos, no necesitó mas tiempo que el que devoró los imperios de los Ciros, Alejandros y Césares. ¡Dichoso á lo menos aquel pueblo que en la historia no ha dejado nombre, y en cuya herencia solo han sucedido los corzos de los bosques y las palomas del cielo! Nadie vendrá á tales retiros salvajes á blasfemar del Criador, ni á pesar con la balanza en la mano el polvo de los difuntos, á fin de probar la eternidad del linaje humano.

Yo por mi parte, como amante solitario de la naturaleza, y confesor sencillo de la Divinidad, tambien me he sentado sobre estas ruinas. Viajero

sin nombradía, tambien he conversado con estos despojos tan ignorados como mi persona misma. Mezclábase en lo interior de mi alma el recuerdo confuso de los hombres y los vagos delirios del desierto. Estaba la noche en medio de su carrera, y todo guardaba un profundo silencio, la luna, los bosques y los sepulcros. Se oia únicamente por largos intervalos la caida de algun árbol que derribaba el hacha del tiempo en lo mas profundo de las selvas: asi cae y se aniquila todo.

Me creo dispensado de hablar con seriedad de las *cuatro joques* ó edades indianas, la primera de las cuales duró tres millones y doscientos mil años, la segunda un millon de años, la tercera un millon y seiscientos mil, y la cuarta, ó la edad actual, que durará cuatrocientos mil.

Si á todas estas dificultades de cronolojía, logografía y hechos históricos, se añaden los errores que provienen de las pasiones del historiador, ó de los hombres que viven en sus fastos; si se agregan tambien los yerros de los copiantes, y otros mil accidentes de tiempos y lugares, será preciso convenir, en que todas las razones alegadas por la historia en favor de la antigüedad del globo, son tan poco satisfactorias, como inútil su investigacion. No se puede negar ciertamente, que se establece muy mal la duracion del mundo, sentando para ello la base en la vida humana. ¡Seria posible que por la sucesion rápida de unas sombras momentáneas, se intente demostrarnos la permanencia y realidad de las cosas! ¡Se intenta probarnos por medio de es-

combros, una sociedad sin principio ni fin! ¿Se necesitan acaso tantos dias para reunir inmensas ruinas? ¡Cuan viejo seria el mundo, si sus años se contasen por sus destrozos!

CAPITULO III.

Astronomía.

Las segundas pruebas de la antigüedad del mun-mundo, y de los errores de la Escritura se buscan en la historia del firmamento. De este modo, los *cielos que pregonan la gloria del Altísimo*, y cuyo *lenguaje es entendido por todos los pueblos* (1), nada dicen al incrédulo. Afortunadamente no son mudos los astros, sino sordos los ateos.

La astronomía debe su oríjen á los pastores; en los inmensos desiertos de una nueva creacion, veian los primeros hombres esparcirse sus jóvenes familias y sus numerosos rebaños. Dichosos hasta lo interior del alma, no turbaba su felicidad una prevision inútil. En la emigracion de las aves por el otoño no consideraban ellos la huida de los años, y la caida de las hojas nada les advertia mas que la vuelta de las escarchas. Cuando sus ovejas consumian toda la yerba de los montes cercanos, metiéndose con sus hijos y esposos en sus carros cubiertos de pieles, atravesando los bosques iban á buscar algun rio desconocido, donde la frescura de las sombras y

(1) Ps. XVIII, v. 1, 3.

la belleza de las soledades les convidaba á establecerse nuevamente.

Pero necesitaban una brújula que los guiase por aquellos bosques sin caminos, y á lo largo de aquellos rios sin navegantes: confiáronse naturalmente á la esperiencia de los astros, y se dirijieron por su curso. Siendo á un mismo tiempo lejisladores y guías, arreglaron el esquileo de las ovejas, y los viajes lejanos. Cada familia se atenia á los pasos de una constelacion, cada astro de la noche caminaba como al frente de un rebaño, y al mismo tiempo que el pastor se entregaba á estos estudios, descubria nuevas leyes. Parece que Dios se complacia en aquel tiempo en revelar los caminos del sol á los habitantes de las cabañas, y la fábula contó que Apolo habia bajado á morar entre los pastores.

Pequeñas colunas de ladrillo servian para conservar la memoria de las observaciones: nunca tuvo historia mas sencilla el imperio mas dilatado. El pastor grababa en una peña sus descubrimientos inmortales con el mismo instrumento con que habia taladrado su flauta, y junto al mismo altar en que habia sacrificado el cabrito primojénito. En otra parte ponia otros testigos de esta astronomía pastoril: mudaba de anales con el firmamento, y del mismo modo que escribia los fastos de las estrellas entre sus rebaños, escribia tambien los de estos entre las estrellas. Siguiendo el sol su curso, tan solo se detuvo en los apriscos; el toro anunció con sus bramidos el paso del Padre del dia, y el carnero le esperó para saludarle en nombre de su amo;

viéronse en el cielo vírjenes, niños, espigas de trigo, aperos de labranza, corderos, y hasta el perro del pastor; toda la esfera vino á ser como una grande casa rústica, habitada por el Pastor de los hombres.

Mas desaparecieron aquellos hermosos dias, y de ellos solo conservaron los hombres una memoria confusa en las historias de la edad de oro, donde el reino de los astros se encuentra siempre confundido con el de los rebaños. Aun es hoy dia astrónoma y pastoril la India, como antes lo era el Ejipto. Nació sin embargo con la corrupcion la propiedad, y con la propiedad el cálculo, que es la segunda edad de la astronomía. Mas por un destino muy digno de consideracion, los pueblos mas sencillos fueron los que mejor conocieron el sistema celeste. El pastor del Ganjes incurria en menos errores que el sábio de Aténas; y podria decirse que la musa de la astronomía habia conservado alguna inclinacion oculta hácia los pastores, que fueron objeto de sus primeros amores.

Durante las largas calamidades que acompañaron y se siguieron á la caida del imperio romano, las ciencias no tuvieron otro asilo que el santuario de esta misma iglesia que profanan hoy con tanta ingratitud. Acojidas en el silencio de los claustros, se conservaron por el celo de aquellos mismos solitarios que hoy dia aparentan despreciar. El monje Bacon, el obispo Alberto y el cardenal Cusa resucitaban con sus laboriosas vijilias el jenio de los Eudoxios, Timocaris, Hiparcos y Tolomeos. Pro-

tejidas por los papas, que daban ejemplo á los reyes, salieron por último de aquellos lugares sagrados, en que la relijion les dió un abrigo con sus alas, y por todas partes renació la astronomía. Gregorio XIII reformó el calendario: Copérnico restableció el sistema del mundo; Tico-Brae renovó desde lo alto de su torre la memoria de los antiguos observadores babilonios, y Keplero determinó la forma de los órbitas planetarias. Pero Dios confunde la soberbia del hombre, concediendo á los juegos de la inocencia aquello mismo que niega á las investigaciones de la filosofía: el descubrimiento del telescopio que Galileo perfeccionó, se debe á unos muchachos. Desde entonces el injenio del hombre se remontó hasta la altura de los cielos; los caminos de la inmensidad se hicieron transitables acortándose, y los astros descendieron para dejarse medir.

Tantos descubrimientos anunciaban todavía otros mayores, y hallábase el hombre sobrado cerca del santuario de la naturaleza para que pudiera pasar mucho tiempo sin penetrar en él. No se necesitaba ya mas que unos métodos capaces de descargar el entendimiento de aquel fárrago de cálculos con que se hallaba como abrumado. En breve se atrevió Descartes á trasportar al gran Todo las leyes físicas de nuestro globo, y por uno de aquellos rasgos de injenio de que apenas se cuentan cuatro ó cinco en la historia, obligó al áljebra á unirse con la jeometría, como la palabra con el pensamiento. Newton no tuvo ya que hacer sino reunir y

dar forma á aquellos materiales que tantas manos le dejaron preparados; pero lo ejecutó como un artista sublime, y entre los diversos planes sobre que podia levantar el edificio de los globos, tal vez adivinó el diseño del mismo Dios.

Conocido en fin por el entendimiento el órden que la vista admiraba, fuéronle devueltas las balanzas de oro que Homero y las Escrituras confiesan pertenecer al Soberano árbitro; el cometa se somete; el planeta atrae al planeta por medio de una inmensidad; el mar siente la presion de dos grandes seres que flotan á muchos millones de leguas de su superficie, y desde el sol hasta el mas mínimo átomo, todo se ordenó en un admirable equilibrio. Solo el corazon del hombre carece de él en toda la naturaleza.

Mas ¿quien hubiera podido pensarlo? El momento mismo en que se descubrieron tantas nuevas pruebas de la grandeza y sabiduría de la Providencia, fue el momento en que se cerraron mas los ojos á la luz. No porque aquellos hombres inmortales Copérnico, Tico-Brae, Keplero, Leibnitz y Newton fuesen unos ateos, sino porque sus sucesores, por una inesplicable fatalidad, se imajinaron tener como sujeto á Dios en sus crisoles y telescopios, sin mas razon que ver en ellos algunos de los elementos en que la Divina intelijencia ha fundado los mundos. El que ha sido testigo de nuestra atroz revolucion, y reflexiona que todas nuestras desdichas son el triste resultado de la vanidad de saber mas, ¿no se ve casi inclinado á creer que el

hombre ha estado á pique de morir nuevamente por haber alargado segunda vez la mano para tocar al árbol de la ciencia? Campo dilatado nos da para reflexionar acerca del pecado orijinal la siguiente observacion: *los siglos sábios han precedido siempre muy de cerca á los siglos de destruccion.*

De aqui es que tenemos por desgraciado al astrónomo que pasa las noches leyendo en los astros, sin descubrir en ellos el nombre de Dios. ¡Ah! ¿será posible que en tánta variedad de figuras y en tan gran diversidad de caractéres, no haya de poder encontrar las letras de su nombre? ¿Acaso no está resuelto en los misteriosos cálculos de tantos soles el problema de la divinidad? Una áljebra tan brillante, ¿no puede servir para descubrir esta grande *Incógnita*?

La primera objecion astronómica que se opone al sistema de Moisés, se deduce de la esfera celeste. *¿Como es posible*, se dice, *que el mundo sea tan moderno, cuando la composicion de la esfera supone por sí sola millones de años?*

Asi vemos que la astronomía es una de las primeras ciencias que los hombres cultivaron. Mr. Bailly prueba que los patriarcas antes de Noé conocian el período de seiscientos años, y el año de trecientos sesenta y cinco dias, cinco horas, cincuenta y un minutos, y treinta y seis segundos: y finalmente, que nombraron los seis dias de la creacion por el órden planetario (1). Supuesto, pues,

(1) Baill. *Hist. de la Astr. ant.*

que las razas primitivas eran ya tan sábias en la historia del cielo, ¿no es muy probable que los tiempos, desde del diluvio acá, hayan sido mas que suficientes para darnos un sistema astronómico tal como en el dia lo tenemos? Ademas, es imposible determinar con certeza cuanto tiempo se necesita para fundar y perfeccionar una ciencia. Desde Copérnico hasta Newton, hizo la astronomía en menos de un siglo mas progresos, que los que antes habia hecho en el discurso de tres mil años. Las ciencias se pueden comparar con aquellos paises cortados de llanuras y montañas: en las primeras se camina á paso largo; mas luego que se llega á las faldas de las segundas, se gasta mucho tiempo en descubrir los senderos, y llegar á las cumbres, desde las cuales se baja á otra llanura. Tampoco se puede deducir, que en razon de haber estado la astronomía cuatro mil años en su edad media, haya debido estar millones de siglos en su cuna; esto contradice cuanto se sabe con respecto á la historia y los progresos del entendimiento humano.

La segunda objecion se deduce de las épocas históricas unidas á las observaciones astronómicas de los pueblos, y en particular de las de los indios y caldeos.

Con respecto á las primeras contestamos, que se sabe que los setecientos veinte mil años que con tanta vanidad alegaban los babilonios, quedan reducidos únicamente á mil novecientos tres (1).

(1) Las tablas de las observaciones hechas en Babilonia antes de la llegada de Alejandro, fueron enviadas por Calistenes á Aristóteles. V. Bailly.

Acerca de las observaciones de los indios, apoyadas en hechos innegables, su antigüedad no pasa del año 3102 antes de nuestra era. Esta antigüedad es muy grande sin duda alguna; pero finalmente se halla situada entre los límites conocidos. En esta época principió la *cuarta joque*, ó edad indiana. Mr. Bailly simplificando las tres primeras edades, y reuniéndolas á la cuarta, demuestra que toda la cronolojía de los Bramas se encierra en un intervalo de casi sesenta siglos (1), lo cual está conforme con el cómputo de los setenta; y prueba evidentemente que los fastos de los ejipcios, caldeos, chinos, persas é indios, convienen exactamente con las épocas de la Escritura (2). Cito tambien con gusto á Mr. Bailly, por cuanto este apreciable sábio murió víctima de los principios que intentó combatir. Cuando este hombre desgraciado hablando de *Hipatia*, jóven astrónoma, asesinada por los habitantes de Alejandría, escribia *que los modernos á lo menos no atentan á la vida, ya que denigran la reputacion*, ¡cuan distante estaba de pensar que él mismo habia de ser una prueba lamentable de la falsedad de su asercion, y que renovaria la historia de *Hipatia!*

Por lo demas, todos los cálculos infinitos de jeneraciones y de siglos que se encuentran en muchos pueblos, derivan de una libertad muy natural al corazon humano. Los hombres que conocen en su interior un principio de inmortalidad, están como

(1) Véase la nota I, al fin del volúmen.
(2) Baill. *Ast. Ind.* Disc. Prel. part. XI. p. 126, etc.

avergonzados de la brevedad de su existencia; se les figura que el amontonar sepulcros basta para poder ocultar este vicio capital de la naturaleza, que es el de una corta duracion, y que añadiendo la nada á la nada, llegarán á componer una eternidad. ¡Mas ¡ay! cuanto se engañan á sí mismos! ¡Como descubren lo propio que pretenden ocultar! porque cuanto mas alta es la pirámide fúnebre, tanto mas pequeña aparece la estátua viva colocada sobre ella, y aun parece mucho mas corta la vida, cuando la enorme fantasma de la muerte la levanta muy alto en sus brazos.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

Historia natural; diluvio.

No siendo, pues, suficiente la astronomía para destruir á la cronolojía de la Escritura (1), se renueva el ataque por la historia natural. Unos nos hablan de ciertas épocas en que todo el universo se renueva, digámoslo asi, y otros niegan las grandes catástrofes del globo, tal como el diluvio univer-

(1) Se rien de Josué porque manda al sol que se detenga. Estábamos muy distantes de creer que nos veríamos obligados á decir á nuestro siglo, que *el sol no es inmoble* aunque *centro*. Se ha disculpado á Josué diciendo que hablaba espresamente segun el estilo vulgar; pero hubiera sido muy natural decir que hablaba como Newton. Si quereis parar un reloj, no rompais una rueda pequeña, sino el grande resorte, cuya quietud fijará el sistema repentinamente.

sal, y dicen: »Las lluvias no son otra cosa que los »vapores de los mares. Sus aguas todas no bastan »para cubrir la tierra hasta la altura de que hablan »las Escrituras." Bien pudiéramos responderles que semejante modo de discurrir hace poquísimo honor á los vastos conocimientos de que tanto se jactan, porque la química moderna nos enseña que el aire puede convertirse en agua; y en este caso, ¡que diluvio tan espantoso! Pero renuncio de buen grado estas sútiles razones adquiridas de las ciencias, que dando cuenta de todo al entendimiento, no la dan de cosa alguna al corazon. Me contentaré con responder, que para inundar enteramente la parte terrestre del globo, bastaria que el Océano salvase sus orillas, sacando toda el agua de sus abismos. Y en fin, hombres presuntuosos, ¿habeis penetrado vosotros acaso en *los tesoros del granizo*? ¿Conoceis por ventura los depósitos de ese abismo, de donde el Señor hizo brotar la muerte en el terrible dia de sus venganzas?

Ya sea que Dios, levantando el depósito de los mares, vertiese sobre los continentes el Océano alborotado; ya que apartando al sol de su carrera le mandase remontarse hácia el polo con signos mas funestos, es indudable que un espantoso diluvio asoló la tierra.

En esta ocasion quedó casi esterminada la especie humana. Dieron fin todas las disensiones de las naciones, y cesaron todas las revoluciones. Los reyes, los pueblos y los ejércitos enemigos suspendieron sus rencores sanguinarios, y se abrazaron

poseidos de un mortal espanto. Viéronse los templos llenos de suplicantes pálidos, que quizás habian blasfemado de la Divinidad durante su vida; mas la Divinidad los desconoció á su vez, y al instante se divulgó que todo el Océano llegaba ya á la puerta de los templos. En vano las madres se subieron á la cumbre de las montañas mas altas con sus niños; en vano intentó el amante hallar un abrigo para su querida en la misma gruta que le sirvió de asilo para sus deleites; en vano los amigos disputaron á los osos espantados la empinada copa de las encinas; las aves mismas arrojadas de rama en rama por las olas, que iban en aumento, fatigaron inútilmente sus alas en unas llanuras de agua sin orillas. El sol que solo alumbraba la muerte entre nubes cárdenas, se mostraba lívido y amortiguado como un enorme cadáver anegado en los cielos. Apagáronse los volcanes vomitando tumultuosas humaredas, y pereció uno de los cuatro elementos, el fuego con la luz. Cubriose el mundo de horribles sombras, de donde salian espantosos clamores, y entonces fue cuando en medio de las húmedas tinieblas se subieron á la peña mas escarpada del globo el resto de los seres vivientes, el tigre y el cordero, el águila y la paloma, el reptil y el insecto, el hombre y la mujer; pero hasta alli mismo los siguió el Océano, que levantando en torno de ellos su amenazadora inquietud, hizo desaparecer el último punto de la tierra bajo sus tempestuosas soledades.

Cumplida en fin su venganza, mandó Dios á los

mares que volviesen al abismo; la tierra se abrió por todas partes, y tragó las vastas ondas. Pero el Altísimo quiso dejar impresas en el globo unas señales eternas de su cólera: los despojos del elefante de las Indias se amontonaron en las rejiones de la Siberia; las conchas magallánicas vinieron á quedarse sepultadas en las canteras de Francia; bancos enteros de cuerpos marinos se detuvieron en la cumbre de los Alpes, del monte Tauro y de las cordilleras; y estas mismas montañas fueron los monumentos que dejó Dios en los tres mundos, para manifestar su triunfo sobre los impíos, al modo que un monarca planta un trofeo en el campo donde derrotó á sus enemigos.

Mas no contento todavía Dios con estos testimonios jenerales de su cólera pasada, y sabiendo que el hombre se olvidaba muy facilmente de su desgracia, multiplicó los recuerdos en su morada. El sol tuvo únicamente por trono en la mañana, y por cama en la noche, el húmedo elemento donde parece que se apaga todos los dias como en el tiempo del diluvio. Las nubes del cielo imitaron á las olas encrespadas, á las playas ó escollos emblanquecidos. Las peñas se abrieron sobre la tierra en cataratas, y la luz falaz de la luna, y los vapores blancos de la tarde cubrieron frecuentemente los valles, á manera de una lejana estension de agua. Nacieron árboles en los lugares mas áridos, y sus ramas se encorbaron hácia la tierra, como si acabaran de salir mojadas del seno de las ondas. Dos veces cada dia tiene órden el mar de sublevarse sa-

liendo de su centro é invadiendo las playas. Las cuevas de los montes conservaron sordos murmullos y voces lúgubres; la cima solitaria de los bosques presentó la imájen de un mar en movimiento, y el Océano pareció que habia confiado sus bramidos á la profundidad de los bosques.

CAPITULO V.

Juventud y vejez de la tierra.

Hemos llegado á la última objecion, que suele hacerse acerca del oríjen moderno del globo. »La »tierra (dicen) es una nodriza vieja, cuya caduci»dad anuncia todo lo que la forma. Examinad sus »fósiles, sus mármoles, sus granitos y sus lavas, y »en ellos leereis sus innumerables años (1), seña»lados por círculos, capas ó ramos, asi como los de »la serpiente por el cascabel, los del caballo por »sus dientes, ó los del ciervo por sus cuernas."

Cien veces ha sido vencida esta dificultad por esta respuesta: *Dios ha debido criar, y crió sin duda al mundo con todas las señales de antigüedad y complemento que en él vemos.*

Porque es muy verosimil que el autor de la naturaleza formó desde el principio bosques viejos y nuevos planteles; que los animales nacieron, los unos ya de muchos dias, y los otros adornados de las gracias de la infancia. Las encinas, penetrando

(1) Véase la nota K, al fin del volúmen.

el suelo fecundo, sostenian á un mismo tiempo los nidos viejos de los cuervos, y la nueva posteridad de las palomas. Gusano, crisálida y mariposa, el insecto caminó arrastrando por la yerba, suspendió su huevo de oro en las selvas, ó fluctuó en el vacío de los aires. La abeja, á pesar de haber vivido solo un dia, contaba ya su ambrosía por jeneraciones de flores. Debemos creer que la oveja no estaba sin su cordero, ni la curruca sin sus pajarillos, y que el espeso matorral ocultaba á los ruiseñores admirados de cantar sus primeras tonadas, calentando las frájiles esperanzas de sus primeros daleites.

Si el mundo no hubiera sido creado á un mismo tiempo jóven y viejo, lo grande, lo grave y lo moral desaparecerian de la naturaleza, porque lo antiguo constituye la esencia de estos sentimientos. Toda posicion y todo sitio hubieran perdido las maravillas que les son propias. La peña, amenazando ruina, no hubiera estado pendiente sobre el abismo con sus largas gramas: los bosques, sin sus accidentes naturales, no hubieran mostrado aquel admirable desórden de árboles inclinados sobre sus tallos, y de troncos encorvados sobre la corriente de los rios. Los pensamientos inspirados, los ruidos venerables y profundos, las voces encantadoras, y el santo horror de los bosques, hubieran desaparecido con las bóvedas sombrías que les sirven de retiro; y las soledades de la tierra y del cielo hubieran quedado desnudas y desencantadas, perdiendo esas columnas de encinas que las unen. No lo dudemos, en el mismo dia en que el Océano bañó con las pri-

meras olas sus playas, bañó tambien sin duda alguna los escollos ya gastados por las ondas, las orillas sembradas de conchas, y los cabos descarnados que sostenian contra el ímpetu de las aguas las riberas que se desgajan de la tierra.

Sin esta vejez orijinaria, no hubiera habido pompa ni majestad en la obra del Eterno, y en el estado de su inocencia hubiera sido la naturaleza menos bella que en el estado actual de su corrupcion; cosa que no podia suceder. Una insípida infancia de plantas, de animales y elementos, hubiera coronado una tierra sin poesía; mas no dibujó Dios tan mal los bosques de Eden como los incrédulos se lo figuran. El hombre rey nació de edad de treinta años, á fin de concordar por su majestad con las antiguas grandezas de su nuevo imperio, del mismo modo que su compañera contó dieziseis primaveras que no habia vivido, para estar en armonía con las flores y avecillas, con la inocencia, con los amores y con toda la parte jóven del universo.

LIBRO QUINTO.

Existencia de Dios probada por las maravillas de la naturaleza.

CAPITULO PRIMERO.

ASUNTO DE ESTE LIBRO.

Uno de los principales dogmas del cristianismo, que todavía no hemos examinado, es *el estado de las penas y de los premios en la otra vida*. Mas no es posible tratar esta importante materia, sin hablar al mismo tiempo de las dos columnas que sostienen el edificio de todas las relijiones del mundo; esto es, la *existencia de Dios* y la *inmortalidad del alma*.

Oblígame tambien á este gran estudio el desarrollo natural de mi plan; pues únicamente despues de haber seguido la fe aqui abajo, es como puede uno acompañarla en aquellos tabernáculos, adonde se vuela cuando deja la tierra. Siempre fiel á mi designio, separaré de las pruebas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma las ideas abstractas, para emplear únicamente las razones poéticas y de sentimiento; es decir, las ma-

ravillas de la naturaleza y las evidencias morales. Platon y Ciceron entre los antiguos, y Clarke y Leibnitz entre los modernos, han probado metafísica y casi jeométricamente la existencia del Ser supremo (1). Los primeros injenios de todos los siglos han creido en este dogma consolador; y aunque algunos sofistas no le hayan admitido, puede muy bien existir Dios sin el voto de ellos. Unicamente la muerte, á la cual pretenden reducirlo todo los ateos, es la que necesita que se escriba en favor de sus derechos, porque tiene poca realidad para con el hombre. Dejemos, pues, al ateismo sus deplorables partidarios, bajo el concepto de que ni aun ellos mismos se entienden entre sí; porque si los hombres que creen en la Providencia están acordes, ó á lo menos en los puntos principales de su doctrina, aquellos que por lo contrario niegan al Criador, no cesan de disputar entre sí acerca de los fundamentos de su nada. Tienen delante un abismo, y para colmarle, solo necesitan la última piedra; pero no saben de donde tomarla. Ademas, hay en el error cierto vicio de naturaleza, el cual hace que cuando no es particularmente el nuestro, nos choque y escandalice al momento; de aqui resultan las interminables disputas de los ateos.

(1) Véase la nota L, al fin del volúmen.

CAPITULO II.

Espectáculo jeneral del universo.

Existe un Dios, las yerbas de los valles, y los cedros de los montes le bendicen; el insecto susurra sus alabanzas, y el elefante le saluda al salir la aurora; las aves le cantan himnos entre el ramaje; el rayo patentiza su poder, y el Océano declara su inmensidad. Solo el hombre ha dicho: no hay Dios.

¿Pues que el ateo no ha levantado jamás los ojos al cielo en su desgracia, ni bajado la vista en su felicidad hácia la tierra? ¿tan distante se halla de él la naturaleza, que no haya podido contemplarla, ó la cree por ventura un simple resultado del acaso? ¿Pero que casualidad ha podido obligar á una materia desordenada y rebelde á colocarse en un órden tan perfecto?

Pudiera decirse que el hombre es el *pensamiento manifestado de Dios*, y que el universo es su *imajinacion hecha sensible*. Los que han alegado la hermosura de la naturaleza como prueba de una intelijencia superior, deberian haber reflexionado una cosa que engrandece prodijiosamente la esfera de las maravillas; y es, que el movimiento y la inquietud, la luz y las tinieblas, las estaciones y el curso de los astros que varian las decoraciones del mundo, no son sucesivas sino en la apariencia, y permanentes en la realidad. La escena que se esconde á nuestra vista se representa en otro pueblo,

que no es en fin el espectáculo, sino el espectador, el que se muda. Asi ha sabido Dios poner en su obra la duracion *absoluta* y la *progresiva*: la primera se halla colocada en el *tiempo*, y la segunda en la *estension*: por aquella, las bellezas del universo son unas, infinitas, y siempre las mismas; por esta, son multiplicadas, limitadas y renovadas: sin la una no podia haber grandeza en la creacion, y sin la otra hubiera habido en ella monotonía.

Aqui se nos presenta el tiempo bajo un nuevo punto de vista; su menor fraccion viene á ser un *todo completo*, que todo lo comprende, y en el cual se modifican todas las cosas desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo: cada minuto es en sí mismo una pequeña eternidad. Reúnase, pues, con la imajinacion en un mismo momento los mas hermosos accidentes de la naturaleza; supóngase que se ven de una vez todas las horas del dia y todas las estaciones; una mañana de primavera y de otoño, una noche tachonada de estrellas y una noche cubierta de nubes; praderas esmaltadas de flores, bosques despojados de sus galas por las escarchas, y campiñas doradas con las mieses; imajínese asi, digo, y entonces se tendrá una idea exacta del universo. ¿No es en verdad un prodijio, que al mismo tiempo que admirais al sol que se sepulta bajo las bóvedas del occidente, otro observador le vea salir de las rejiones de la aurora? ¿Por que incomprensible májia ese astro viejo, que se duerme fatigado y ardiente en el polvo de la tarde, es aquel mismo jóven astro que se levanta al

propio tiempo humedecido con el rocío y con los blancos velos del alba? A cada momento del dia se alza el sol, brilla en su cénit, y se pone sobre el mundo, ó por mejor decir, nuestros sentidos nos engañan, porque no tiene Oriente, Mediodía ni Occidente verdaderos. Todo se reduce á un punto fijo, desde el cual esta antorcha del dia esparce á un mismo tiempo tres luces en una sola sustancia. Este triple resplandor es tal vez lo que tiene de mas bello la naturaleza; porque al mismo tiempo que nos dá la idea de la perpétua magnificencia y presencia de Dios, nos hace concebir una imájen de su Trinidad gloriosa.

¿Se concibe por ventura lo que seria una escena de la naturaleza, si estuviese abandonada al movimiento solo de la materia? Las nubes, obedeciendo á las leyes de la gravedad, caerian perpendicularmente sobre la tierra, ó como pirámides se remontarian en los aires: un momento despues, ó estaria la atmósfera muy densa, ó muy enrarecida con respecto á los órganos de la respiracion. La luna, estando ó muy cerca ó muy distante de nosotros, quedaria sucesivamente invisible, se mantendria como ensangrentada, llena de enormes manchas, ó cubriendo con sola su sombra toda la bóveda celeste. Arrebatada como de un vértigo ó delirio, ó no caminaria sino de eclipse en eclipse, ó rodando de un lado á otro, llegaria á descubrir aquella faz que la tierra no conoce. El mismo trastorno padecerian las estrellas, pues únicamente presentarian una serie de conjunciones espantosas. Un sig-

no del estío se veria alcanzado de repente por otro del invierno; el boyero conduciria las Pleyades, y el Leon rujiria con Acuario. Allá pasarian los astros tan rápidos como el relámpago, y aqui parecerian muertos ó inmóviles; á veces se agolparian formando grupos, como en la via láctea; y despues, desapareciendo todos á un tiempo, y rompiendo el velo de los mundos, segun la espresion de Tertuliano, dejarian descubiertos los abismos de la eternidad.

No obstante, semejantes espectáculos no espantarán á los hombres, hasta que llegue aquel dia, en que dejando Dios las riendas del universo, no necesite mas para destruirle, que abandonarle.

CAPITULO III.

Organizacion de los animales y de las plantas.

De estas nociones jenereles pasemos ahora á las ideas particulares, y veamos si podemos descubrir en las partes de la obra la misma sabiduría que tan bien se esplica en el todo. Primeramente me valdré del testimonio de una clase de hombres, á quienes las ciencias y la humanidad reclaman igualmente: hablo de los médicos.

El doctor Nieuwentyt, en su *Tratado de la existencia de Dios* (1), se dedicó á demostrar la rea-

(1) En todo lo que cito aqui del tratado de Nieuwentyt, me he tomado la libertad de refundir, y dar un poco de colorido á su discurso. No se le puede negar lo sábio, lo erudito y lo uicioso; pero es un poeta árido. Tambien he añadido algunas observaciones á las suyas.

lidad de las causas finales. Sin seguirle en todas las observaciones, me contentaré con referir algunas de ellas.

Hablando de los cuatro elementos, que considera en armonía con el hombre y la creacion en jeneral, hace ver con respecto al aire, como se conservan milagrosamente nuestros cuerpos bajo una columna atmosférica, igual en su presion á un peso de veinte mil libras, y prueba que la mutacion de una sola calidad que se esperimentára, ya en la rarefaccion, ya en la densidad del elemento que se respira, bastaria para destruir todos los seres vivientes. El aire es el que hace subir los vapores, el aire el que retiene los líquidos en sus vasos; por sus movimientos purifica los cielos, y lleva á los continentes las nubes del mar.

De aqui pasa Nieuwentyt á demostrar la necesidad del agua por una multitud de esperimentos. ¿Quien no admirará el prodijio de este elemento, cuando asciende contra todas las leyes de la gravedad á otro elemento mas lijero que él, á fin de darnos las lluvias y los rocíos? La disposicion de las montañas para hacer circular los rios, la jeografía de estas mismas montañas en las islas y sobre los continentes, las aperturas de los golfos, las bahías, los mediterráneos, y las innumerables utilidades de los mares, nada de esto se oculta á la sagacidad de aquel hombre sábio y virtuoso. De la misma manera demuestra la escelencia de la tierra como elemento, y sus bellas leyes como planeta. Describe las ventajas del fuego, y los socorros que

de él ha sabido sacar la industria humana (1).

Pasando á tratar de los animales, observa que los que nosotros llamamos caseros, nacen precisamente con el grado de instinto necesario para domesticarse, al paso que los que no son útiles al hombre, conservan siempre su natural salvaje. ¿Es acaso la casualidad la que inspira á las bestias mansas y útiles la resolucion de vivir en sociedad en medio de nuestros campos, y á las demas de andar errantes y solitarias en lugares poco concurridos? ¿Como es que no se ven rebaños de tigres conducidos por un pastor al son de su zampoña? ¿Y por que no se ve tampoco una manada de leones retozar y triscar entre los tomillos y el rocío de nuestros parques, como esos lijeros animales que cantó La Fontaine? Jamás han podido las fieras servir mas que para tirar del carro triunfal de un hombre tan cruel como ellas mismas, ó para devorar á los cristianos en un anfiteatro (2); los tigres no se domestican en la escuela de los hombres; estos sí que se hacen alguna vez salvajes en la escuela de los tigres.

¿Y es acaso menos interesante el objeto de observacion que presentan las aves á nuestro naturalista? Sus alas convexas por arriba y huecas por abajo, son unos remos perfectamente trazados para

(1) La física moderna hallará aquí tal vez algunos errores; sin embargo, tan distantes están los progresos de esta ciencia de trastornar las causas finales, que antes bien presentan nuevas pruebas de la bondad de la Providencia.

(2) Bien conocido es aquel famoso grito del populacho romano: *¡Los cristianos á los leones!* V. Tert. Apolog.

el elemento que deben surcar. El reyezuelo que se goza en revolotear por las cercas de zarzales y arbustos, que son para él unas grandes soledades, tiene dobles párpados, á fin de preservar á sus ojos de todo accidente. Pero ¡oh fines de la naturaleza! ese mismo párpado es transparente, y el cantor de las cabañas puede bajar ese velo diáfano, sin dejar de ver por eso. No quiso la Providencia que se estraviara cuando llevase á su nido la gota de agua ó el grano de mijo, ni que bajo de un matorral viviese una reducida familia que se quejara de la misma Providencia.

Y ¿que injeniosos resortes hacen mover los pies del ave? No es el conjunto de músculos que gobierna la voluntad del ave el que la hace tenerse firme en una rama; sus pies están formados de manera, que cuando se hallan comprimidos en el centro ó el talon, sus dedos se aprietan entonces naturalmente sobre el cuerpo que los une (1). De este mecanismo resulta, que las garras del ave se unen mas ó menos al objeto en que descansa, en razon de los movimientos mas ó menos rápidos del objeto mismo. En el balanceo de la rama, sea que ésta forceje contra el pie, ó que éste forceje contra ella, los dedos del ave en ambos casos se comprimen con mas fuerza. Asi tambien cuando á la entrada de una noche de invierno vemos á unos cuervos encaramados en la despojada copa de una encina, nos parece que siempre están vijilantes y alerta, y que no po-

(1) Se puede hacer sobre esto la esperiencia con una ave muerta.

drán sostenerse en ella sino á fuerza de un estraordinario trabajo en medio de los torbellinos y de las nubes; mas no sucede asi. Sin embargo, distantes de tener cuidado alguno por los peligros, y desafiando las mayores tempestades, duermen á todo viento. El aquilon mismo los afirma mas y mas á la rama de donde creíamos que iba á precipitarlos, y como viejos marineros, cuya móvil cama está colgada de los ajitados mástiles de la nave, cuanto mas los mece la tempestad, tanto mas profundamente duermen.

Por lo que mira á la organizacion de los peces, su existencia sola en el elemento del agua, la mudanza relativa de su peso, mediante la cual nadan en una agua lijera con la misma facilidad que en la mas pesada, y bajan desde la superficie del mar hasta lo mas profundo de sus abismos; son unos verdaderos milagros perpétuos, y una verdadera máquina hidrostática, de modo que presenta mil fenómenos, por el sencillo medio de una vejiguilla, que el pez llena ó vacía de aire á su voluntad.

Nieuwentyt examinó tambien curiosamente los prodijios de las flores en las plantas, y el uso de las hojas y raices: sobre lo cual hace la escelente observacion de que las semillas de las plantas están dispuestas de tal modo por sus figuras y su peso, que caen siempre en tierra en aquella disposicion en que deben brotar.

Si todo esto fuese, pues, efecto del acaso, ¿seria posible que no se viesen alteradas alguna vez las causas finales? ¿Por que no habia de haber peces

sin la vejiga que los hace nadar? ¿Por que el aguilucho, que aun no tiene necesidad de garras, no habia de romper el cascaron del huevo con el pico de una paloma? ¡Ah! ¡nunca, nunca se advierte un descuido, un accidente de esta especie en la *ciega* naturaleza! De cualquier modo que tireis los dados, presentarán siempre los mismos puntos. ¡Estraña *fortuna*! sospechamos que antes de sacar los mundos del seno de la eternidad, ella *ordenó ya secretamente sus lotes*.

Sin embargo, hay algunos monstruos en la naturaleza, los cuales no son otra cosa que unos seres privados de algunas de sus causas finales. ¡Pero es digno de atencion que estos entes nos inspiren horror! ¡cuanto mas fuerte es el instinto de un Dios en los hombres, tanto mas espantados se hallan estos, cuando no advierten el sello de la suprema intelijencia! De estos desórdenes se ha tomado motivo para hacer una objecion contra la Providencia divina; pero yo, muy al contrario, los miro como una prueba manifiesta de esta misma Providencia. Me parece que Dios ha permitido tales producciones de la materia, para enseñarnos lo que es la creacion *sin él*. La sombra es la que hace resaltar la luz; esto es, una muestra de esas leyes del acaso que, segun los eteos, deben haber criado el universo.

CAPITULO IV.

Instinto de los animales.

Habiendo ya reconocido en la organizacion de los seres un plan regular, que no puede atribuirse al acaso, y que supone un ordenador; paso á examinar otras causas finales, no menos fecundas y maravillosas que las primeras. Pero en esta parte no seguiré á nadie. Habia yo dedicado á la historia natural unos estudios que jamás hubiera suspendido, si la Providencia no me hubiese llamado á desempeñar otras tareas, y mi ánimo era oponer, si hubiese podido, una *Historia Natural Relijiosa*, á esos libros científicos modernos, en que no se ve otra cosa que materia; y á fin de que no se me hubiese podido echar en cara desdeñosamente mi ignorancia, me propuse viajar, y verlo todo con mis propios ojos. Espondré, pues, algunas de mis observaciones acerca de los instintos de los animales y las plantas, sus costumbres, sus emigraciones y sus amores, etc. El campo de la naturaleza es inagotable, y siempre se hallan en él nuevas cosechas. No es en ninguna casa de fieras donde se hallan encerrados los secretos de Dios, ni donde se aprende á conocer la sabiduría Divina; es preciso haberla descubierto en los desiertos para no dudar de su existencia. Nadie vuelve impío de los reinos de la *soledad. Regna soletudinis.* ¡Infeliz del viajero que habiendo dado vuelta al globo, regresare ateo al hogar paterno!

Yo he visitado en el silencio de la noche el valle solitario habitado por los castores, cubierto de la sombra de los abetos, y en donde reina el mas profundo silencio á presencia de un astro tan apacible como el injenioso pueblo, cuyos trabajos iluminaba. ¡Y seria posible que no hubiese visto en este valle mil señales de la sabiduría Divina! ¿Quien es el que puso la escuadra y el nivel en el ojo de este animal, que sabe construir un dique en declive del lado de las aguas, y perpendicular sobre el lado opuesto? ¿Sabeis por ventura el nombre del físico que enseñó á este singular injeniero las leyes de la hidráulica, y le hizo tan hábil sin otros instrumentos que sus dos dientes incisivos y su aplastada cola?

Jamás pronosticó Reaumur las mudanzas de las estaciones con tanta exactitud como el castor, cuyos almacenes mas ó menos abundantes, manifiestan en el mes de Junio la mayor ó menor duracion de las nieves del invierno. A fuerza de disputar á Dios sus milagros se ha llegado á graduar de estéril la obra entera del Todopoderoso. Los ateos han pretendido encender el fuego de la naturaleza con su helado aliento; pero no han hecho mas que apagarle: y soplando sobre la antorcha de la creacion, han esparcido sobre ella las tinieblas de su creacion funesta.

Ni son menos maravillosos, aunque mas comunes, otros instintos que podemos observar cada dia. La gallina, tan tímida por ejemplo, llega á ser tan valerosa como un águila, cuando ha de defender sus

polluelos; nada hay tan interesante como su desasosiego, cuando engañada por los hijuelos de otra nidada, huye de ella la cria estraña, y corre á juguetear en un charco vecino. La madre asustada da contínuas vueltas alrededor del agua, sacude sus alas, llama á la imprudente pollada, anda con precipitacion, se para, vuelve la cabeza con inquietud, corre hácia aquella parte, y no cesa su ajitacion hasta que ha recojido bajo su manto la familia, mojada y cojeando, que no tarda en volver á aflijirla.

Entre los diversos instintos que el Señor del mundo ha repartido en la naturaleza, sin duda es uno de los mas sorprendentes el que conduce cada año los peces del polo á las templadas latitudes de nuestros climas. Ellos vienen atravesando la inmensa soledad del Océano, sin estraviarse y casi en dia fijo, hasta hallar el rio donde ha de celebrarse su himeneo. La primavera prepara en nuestras costas la pompa nupcial; corona los sauces de verdura, estiende las camas de musgo hasta las grutas, y despliega sobre las ondas las hojas del nenufar, para que sirvan de cortinas á estos lechos cristalinos. Apenas se acaban estos preparativos, cuando se ven llegar las lejiones esmaltadas. Estos navegantes estranjeros animan todas nuestras riberas: los unos como lijeras pompilas de aire suben perpendicularmente desde el fondo de las aguas; los otros se mecen suavemente en las ondas, ó se apartan como de un centro comun, á la manera de innumerables flechas de oro; estos presentan oblicuamente sus

formas cambiantes transparentándose en el fluido azul; y aquellos duermen al rayo del sol que penetra la gasa plateada de las ondas. Todos se estravian, vuelven á juntarse, nadan, se zambullen, circulan, se forman en escuadron, se separan y se reunen de nuevo; y el habitante de los mares, inspirado de aquel soplo de vida, dando saltos, sigue el rastro de fuego que su compañero dejó para él en las ondas.

CAPITULO V.

Canto de las aves; se hizo para recreo del hombre. Ley relativa á los gritos de los animales.

La naturaleza tiene sus épocas de solemnidad, para las cuales convoca músicos de las diferentes rejiones del globo. Vense llegar sábios artistas con sonatas maravillosas, errantes trobadores que no saben entonar sino cantatas con estribillo, y peregrinos que repiten mil veces las coplillas de sus largos cánticos. Silba la oropéndola, arrulla la paloma torcaz, gorjea la golondrina. La primera encaramada en la mas alta rama de un álamo desafía á nuestro mirlo, que en nada cede á este estranjero: la segunda, escondida entre las hojas de una encina, prolonga sus arrullos, semejantes al retumbante son de la bocina en el bosque; y la tercera, al abrigo del hogar hospitalario, hace oir su gorjeo confuso como en los tiempos de Evandro. Al mismo tiempo el pitirrojo repite su cancioncilla sobre la puerta de una granja, donde ha hecho su grande nido de

musgo; pero el ruiseñor se desdeña de confundir su voz en medio de esta sinfonía; espera la hora del recojimiento y del reposo de la noche, y se encarga de aquella parte de la fiesta que debe celebrarse en las sombras.

Cuando los primeros silencios de la noche y los últimos murmullos del dia luchan en las colinas, á orillas de los rios, en los bosques y en los valles; cuando en los bosques va cesando insensiblemente el susurro hasta no sentirse el menor suspiro de las yerbecillas, que la luna resplandece en el cielo, y el oido del hombre está atento, entonces el primer cantor de la creacion entona sus himnos al Eterno. Primeramente hiere el eco con trinos melodiosos que deleitan; no guardan órden sus cantos; salta del grave al agudo, del piano al fuerte; hace pausas; tan pronto es lento como vivo; es un corazon embriagado de gozo, y que palpita bajo el peso del amor. Pero repentinamente decae su voz, y el ave calla. Vuelve á empezar. ¡Oh que acentos tan variados! ¡que tierna melodía! Ya son modulaciones lánguidas, aunque variadas; es un canto algo monótono, parecido al de los antiguos romances franceses, obras clásicas de sencillez y melancolía. El canto es la señal tanto de la tristeza como de la alegría: el ave que ha perdido sus hijuelos aun canta, y repite el mismo himno que entonaba cuando era feliz, porque no sabe mas que uno; mas por un secreto de su arte este músico no hace mas que mudar de clave, y el cántico de placer se convierte ya en sollozos.

Los que tratan de desheredar al hombre, y arrancarle el imperio de la naturaleza, quisieran probar que nada se hizo para él; mas esto es imposible. El canto de las aves, por ejemplo, está ordenado de tal modo para nuestro oido, que por mas que se persiga á los huéspedes de los bosques, por mas que se arrebate sus nidos, por mas que se les moleste con armas y redes, solo se logrará llenarles de dolor, mas no forzarles al silencio. A despecho nuestro es preciso que nos embelesen, preciso es que cumplan la órden de la Providencia: esclavos en nuestras casas multiplican sus cánticos. Alguna armonía debe de haber oculta en la desgracia, porque todos los infelices son inclinados al canto. Finalmente, aunque un pajarero por un esceso de barbarie saque los ojos á un ruiseñor, este conserva su voz con mas melodía: este Homero de las aves gana su vida cantando, y compone sus mas agradables tonadas cuando ha perdido la vista. »Demódoco, dice el poeta de Chio, retratándose á sí propio bajo la figura de cantor de los feacios, era el favorito de la musa; pero ésta habia mezclado para él el bien y el mal, y le habia vuelto ciego, dándole en recompensa la melodía del canto."

Τὸν περὶ μοῦσ' ἐφίλησε, δίδου δ' ἀγαθόν τε, κακόν τε.
Ὀφθαλμῶν μὲν ἄμερσε δίδου δ' ἡδειαν ἀοιδήν.

El ave parece en la tierra el verdadero emblema del cristiano: prefiere, como el fiel, la soledad al mundo, el cielo á la tierra, su voz bendice sin

cesar las maravillas del Criador. Hay algunas leyes relativas á los gritos de los animales, que á mi parecer no han sido observadas hasta ahora, y que merecen serlo. Los diversos lenguajes de los habitantes del desierto me parecen calculados segun la grandeza ó embeleso de los sitios donde viven, ó por las horas del dia en que se dejan ver. El rujido del leon, fuerte, seco y áspero, está acorde con los desiertos abrasados donde se le oye rujir, al paso que el bramido de nuestros bueyes encanta los ecos campestres de nuestros valles. La cabra tiene en su balido algo de trémulo y de salvaje, como los peñascos y ruinas adonde gusta encaramarse; el belicoso caballo imita el sonido agudo del clarin; y como si conociese que no ha sido criado para los afanes rústicos, calla bajo la aguijada del labrador, y relincha tascando el freno del guerrero. La noche alternativamente deliciosa ó funesta, tiene lo mismo al ruiseñor que al buho; el uno canta para el céfiro, las arboledas, la luna y los amantes; el otro para los vientos, las viejas encinas, las tinieblas y los muertos. En fin, casi todos los animales carnívoros tienen un grito particular, que se parece al de sus víctimas; el gavilan chilla como el conejo, y maulla como el gatillo; el mismo gato forma una especie de murmullo parecido al de los pajarillos de nuestros jardines: el lobo bala, brama ó aulla; la zorra cloquea ó grita; el tigre remeda el bramido del toro; y el oso marino forma una especie de resuello espantoso, semejante al ruido que hacen los arrécifes batidos de las olas, donde bus-

can su presa. Es muy asombrosa esta ley, y oculta quizás un secreto terrible. Observemos que los monstruos en la humanidad siguen la ley de las bestias carnívoras. Muchos son los tiranos que han tenido en la cara ó en la voz alguna cosa de sensible y agradable, aparentando en lo esterior el lenguaje de aquellos desgraciados, á quienes interiormente meditaban despedazar. Sin embargo, como la Providencia no ha querido que nos engañasen del todo, á poco que uno los examine de cerca, bajo su finjida mansedumbre y bondad descubre un carácter falso y devorador, mil veces mas horrendo que su furia.

CAPITULO VI.

Nidos de las aves.

Obsérvase en los nidos de las aves una admirable providencia. ¿Quien será capaz de contemplar sin enternecerse aquella divina bondad que da la industria al débil y la prevision al descuidado?

Al momento en que los árboles ostentan las primeras flores, por todas partes comienza sus tareas una infinidad de pequeños operarios. Unos llevan pajas largas al hueco de una pared vieja; otros construyen casillas en las ventanas de una iglesia; otros cojen la cerda de una yegua, ó la bedija de lana que la oveja dejó prendida de una zarza. Hay leñadores que cruzan unas ramillas en la elevada copa de un árbol, y tambien hilanderas que reco-

jen la seda de un cardo. Levántanse mil palacios, y cada palacio es un nido; en cada nido se ven trasformaciones que embelesan: un huevo brillante, y despues un pollito cubierto de vello; pollito que se va cubriendo de pluma, y que su madre le enseña á empinarse en el nido. A poco tiempo se pone en el borde de su cuna, y desde alli echa su primera ojeada sobre la naturaleza. Asustado y absorto de lo que ve, se arroja entre sus hermanos que no han visto aun aquel maravilloso espectáculo; pero llamado otra vez por la voz de sus padres, sale segunda vez de su cuna, y este jóven rey de los aires, que aun lleva ceñida en su cabeza la corona de la infancia, se atreve ya á contemplar el vasto cielo, la orgullosa copa de los pinos, y los abismos de verdor que hay debajo de la encina paternal. Y no obstante, mientras los bosques se regocijan recibiendo su nuevo huésped, una ave vieja, sintiéndose abandonada de sus alas, se deja caer cerca de un arroyo, y alli resignada y solitaria, aguarda tranquilamente la muerte á la orilla del mismo rio donde cantaba sus amores, y cuyos árboles sostienen aun su nido y su armoniosa posteridad.

Aqui podemos reflexionar oportunamente sobre otra ley de la naturaleza. En la clase de las aves pequeñas, los huevos están comunmente matizados de uno de los colores dominantes del macho. El malvís anida en los espinos, groselleros y zarzas de nuestros jardines; sus huevos son de color de pizarra como su lomo. Me acuerdo de haber hallado en cierta mañana uno de sus nidos en un rosal; pare-

cia una concha de nacar que contenia cuatro perlas azules, y sobre él se mecía una rosa salpicada del rocío; el malvís macho estaba inmóvil en un arbusto contiguo como una flor de púrpura y azul. Estos objetos se trasparentaban en el agua de un estanque junto á la sombra de un nogal que servia de fondo á la escena, y detras de esta se veia salir la aurora. Diome Dios en este cuadro una idea de las gracias con que adornó la naturaleza.

Entre los volátiles grandes varia la ley del color de los huevos. Presumo que comunmente es blanco el huevo de las aves cuyo macho tiene muchas hembras, ó de aquellos cuya especie no tiene color fijo en sus plumas. En las clases acuáticas y las de las selvas, de las cuales unas hacen sus nidos en los mares, y las otras en las copas de los árboles, el huevo es comunmente de un verde azulado, ó por mejor decir, teñido de los elementos de que se halla rodeado. Ciertas aves que se fijan en lo alto de las antiguas torres y en los campanarios abandonados, tienen los huevos verdes como la hiedra (1), ó rojos como las paredes viejas en que habitan (2). Puede considerarse, pues, como una ley constante, que el ave manifiesta en su huevo la librea de sus amores, y el símbolo de sus costumbres y su destino. Con solo el aspecto de este frajil monumento se puede decir á qué pueblo ha pertenecido, cuáles eran sus usos, sus costumbres y sus gustos; si pasaba los dias peligrosos sobre los

(1) Asi sucede con la corneja mansa, etc.
(2) Segun se observa en la lechuza grande, etc.

mares, ó si mas dichoso disfrutaba una vida pastoril; si era doméstica ó salvaje, habitante en los montes ó en los valles. El anticuario de los bosques sigue una ciencia menos equívoca que la del anticuario de las ciudades. Una encina deshojada y cubierta de musgo, manifiesta mejor quien la hizo crecer, que una columna arruinada el arquitecto que la construyó. Los sepulcros entre los hombres son las pájinas de la historia; la naturaleza, por el contrario, no graba sino sobre la vida sola; no necesita de granito ni de mármol para eternizar lo que escribe. El tiempo ha consumido los fastos de los reyes de Memfis sobre sus pirámides fúnebres; pero ¿ha podido borrar jamás una sola letra de la historia que el ibis ejipcio trae grabada en la cáscara de su huevo?

CAPITULO VII.

EMIGRACIONES DE LAS AVES.

Aves acuáticas. — Sus costumbres. — Bondad de la Providencia.

Conocidos son aquellos versos de Racine, el hijo, acerca de las emigraciones de las aves:

Las que huyendo el rigor de nuestro invierno
Buscan guarida en clima mas templado,
No dejarán jamás que las sorprenda
De la estacion ingrata la venida.

En un sábio consejo se reunen,
Y de la marcha el dia se concierta:
Llega, parten, y el tierno pajarillo
El nido mira en que nació, y pregunta
Cuando será que á tanto desterrado
Al patrio campo primavera torne.

He conocido algunos desgraciados que al leer los últimos versos no podian contener las lágrimas. Ninguna semejanza tiene los destierros prescritos por la naturaleza con los impuestos por los hombres. Buscando el ave su mayor comodidad, se ausenta únicamente por tiempo determinado: se ausenta con sus vecinos, con sus padres y hermanos; nada se deja atras: lleva consigo todo su corazon. La soledad le ha preparado el alimento y el techado; los bosques no se conjuran contra ella; en fin, vuelve á morir en las orillas en que nació, en ellas encuentra el suelo, el rio, el árbol, el nido y el sol paternal. Pero el mortal arrojado de su hogar, ¿vuelve á entrar jamás en él? ¡Ah! el hombre cuando nace, no puede decir qué rincon del mundo guardará sus cenizas, ni á qué parte las llevará el viento de la adversidad. Aun seria feliz si le dejasen morir tranquilo; pero desde el mismo instante en que empieza á ser desgraciado, todo le persigue, y la injusticia particular de que es objeto, se convierte en injusticia jeneral. No halla como el ave la hospitalidad en el camino; llama á una puerta, y no le abren; para reclinar sus huesos fatigados, solo encuentra el pilar del camino público, ó el solita-

rio mojon de una heredad. Aun se le disputa á veces este lugar de descanso, que colocado entre dos campos, parecia no pertenecer á nadie, y se le obliga á proseguir su camino hácia nuevos desiertos. La sentencia que le ha desterrado fuera de su pais, parece haberle desterrado del mundo. Muere, y no halla quien le dé sepultura; su cuerpo yace abandonado en una pobre cama, de donde el juez se ve precisado á sacarle, no como el cuerpo de un hombre, sino como una inmundicia dañosa á los vivos. Mas dichoso es cuando espira en algun foso al lado de un camino público, y cuando la caridad del samaritano echa al pasar un poco de tierra estraña sobre su cadáver. No confiemos, pues, sino en el cielo, y de este modo no temeremos el destierro: en la relijion hallamos toda una patria.

Mientras una parte de la creacion publica diariamente en los mismos lugares las alabanzas del Criador, otra parte viaja para contar sus maravillas. Unos, cual si fuesen correos, atraviesan los aires, se deslizan en las aguas, salvan los montes, y pasan los valles; estos llegan sobre alas de la primavera, y desapareciendo al punto con los céfiros, siguen de clima en clima su móvil patria; aquellos se paran en la habitacion del hombre, y como viajeros de lejanas tierras reclaman la antigua hospitalidad. Cada uno sigue su inclinacion en la eleccion de huésped: el pitirrojo se dirije á las cabañas; la golondrina acude á los palacios, y esta hija de reyes parece gustar de las grandezas, pero de grandezas tan tristes como su mismo destino; pasa el verano

en las ruinas de Versalles, y en invierno en las de Tébas.

No bien desaparece esta avecilla, cuando se ve llegar con los vientos del Norte una colonia que viene á reemplazar á los viajeros del Mediodía, á fin de que no quede ningun vacío en nuestros campos. En un tiempo encapotado del otoño, cuando el cierzo sopla en las campiñas, y los bosques pierden sus últimas hojas, una numerosa vandada de patos ó ánades silvestres, puestos todos en fila, atraviesa silenciosamente un cielo melancólico. Si descubren desde lo alto de los aires ó columbran algun castillo gótico cercado de estanques y bosques, se preparan á bajar á él: aguardan que entre la noche, haciendo largas evoluciones encima de aquel sitio. Asi que el vapor de la noche entolda el valle, con el cuello tendido y el ala silbando, se dejan caer de repente sobre las aguas, que resuenan con su caida, y luego se levanta de los lagos un grito jeneral, seguido de un profundo silencio. Guiados por una luzecilla, que brilla quizás en la estrecha ventana de una torre, se acercan los viajeros á las paredes, escudados con las cañas y las sombras. Batiendo alli las alas, y gritando por intervalos, saludan la habitacion del hombre, en medio del murmullo de los vientos y de las lluvias.

La polla acuática es uno de los mas hermosos habitantes de estos retiros, y está sujeta igualmente á mudar de patria, aunque son mas cortas sus peregrinaciones. Se deja ver junto á los juncares, piérdese en sus laberintos, vuelve á aparecer y

desaparecer, dando un leve grito salvaje; se pasea por los fosos del castillo, y gusta encaramarse á los escudos de armas esculpidos en las paredes. Cuando está inmóvil en ellos, en vista de su negro plumaje y del sello blanco de la cabeza, parece una ave de blason que ha caido del broquel de un antiguo caballero. Al acercarse la primavera, se retira á un manantial estraviado: una raiz de sauce que las aguas minaron y descubrieron, ofrece asilo á la viajera, y alli se oculta á la vista de todos. Los lirios silvestres, las ovas y los culantrillos cuelgan delante de su nido formando tapices de verdura; el berro y la lenteja la proveen de alimento delicado; en su oido murmura el agua suavemente; los bellos insectos acuáticos llaman su atencion, y las Náyades del arroyo, para ocultar mejor á esta jóven madre, plantan alrededor de ella sus ruecas de caña cargadas de purpúrea lana.

Entre estos pasajeros del aquilon, hay algunos que se habitúan á nuestras costumbres, y se niegan á volver á su patria. Los unos, como los compañeros de Ulises, quedan cautivados de la dulzura de algunos frutos; otros, á imitacion de los desertores del navío de Cook, quedan seducidos por las encantadoras que los detienen en sus islas; pero la mayor parte nos dejan despues de una mansion de pocos meses. Se unen á los vientos y á las tempestades que oscurecen el resplandor de las olas, y les presentan la presa que se les escapara en las aguas trasparentes: gustan de retiros ignorados, y dan vuelta á la tierra volando de soledad en soledad.

Mas estas aves no siempre visitan en vandadas nuestras estaciones. Algunas veces dos hermosos estranjeros tan blancos como la nieve, llegan con las escarchas; se bajan al medio de los matorrales, á un sitio descubierto, adonde nadie puede acercarse sin ser visto, y al cabo de algunas horas de reposo se remontan hasta las nubes. Acudid al sitio donde estuvieron, y como única señal de su viaje, no hallareis mas que alguna que otra pluma dispersadas por el viento. ¡Feliz el predilecto de las Musas, que como el cisne se aparta de la tierra, sin dejar en ella otra reliquia ni memoria que alguna pluma de sus alas!

Determina las diferentes emigraciones de las aves cierta conformidad con las escenas de la naturaleza, ó bien las relaciones de utilidad para el hombre. Las aves que se presentan en los meses tempestuosos, tienen usos tristes y costumbres salvajes, como la estacion que las trae; no vienen para dejarse oir, y sí para escuchar: hay en el sordo bramido de los bosques alguna cosa que encanta los oidos. Los árboles que balancean tristemente sus despojadas ramas, no sostienen sino lejiones negras, que se juntan para pasar el invierno. Estas tienen sus centinelas y guardias avanzadas; muchas veces se ve que una corneja centenaria, antigua sibila del desierto, y que vió ya pasar muchas jeneraciones, se mantiene sola posando sobre una encina, con la cual ha envejecido. En tal postura, y mientras que sus hermanas guardan silencio, inmóvil y como pensativa, abandona á los vien-

tos de cuando en cuando monosílabos proféticos.

Es digno de observacion que las zarcetas, los patos, las ocas, becadas, los chorlitos y el ave fria, que contribuyen á nuestro alimento, lleguen todos cuando la tierra está despojada, al paso que las aves estranjeras que nos vienen en la estacion de los frutos, no tienen con nosotros mas que relaciones de placer, puesto que son como unos músicos enviados para embelesar nuestros banquetes. Preciso es esceptuar algunas, como la codorniz y la paloma zorita, que se cazan despues de la cosecha, y se engordan en nuestros trigos para servir de regalado plato en la mesa.

Asi es que las aves del Norte son el maná de los aquilones, como los ruiseñores son los regalos de los céfiros; de cualquier parte del horizonte que sople el viento, nos trae siempre un presente de la Providencia.

CAPITULO VIII.

AVES MARÍTIMAS; COMO SON UTILES AL HOMBRE.

Las emigraciones de las aves servian antiguamente de calendario á los labradores.

Los gansos, las zarcetas y los ánades, como de raza doméstica, habitan todos los parajes donde puede haber hombres; de manera que los navegantes han encontrado vandadas innumerables de estas aves hasta bajo el polo antártico, y en las costas de la Nueva-Zelandia. Yo mismo he encontrado

tambien millares de ellas desde el golfo de San Lorenzo hasta la punta del itsmo de la Florida. Cierto dia vimos en las Azores una porcion de zarcetillas azules, que rendidas del cansancio se abatieron sobre una higuera silvestre. Este árbol estaba deshojado; pero tenia unos higos rojos, unidos de dos en dos como cristales. Luego que se cubrió de esta nube de pájaros, que dejaban caer sus alas fatigadas, ofreció un espectáculo admirable: los higos parecian de color de púrpura en los sombreados ramos; al paso que el árbol, por una especie de prodijio, parecia que habia brotado de repente un follaje azul.

Las aves marítimas tienen lugares propios en los cuales se reunen, y donde parece que mancomunadas tratan de los negocios de su república; comunmente es un escollo en medio de las ondas. En la isla de San Pedro (1) iba yo con frecuencia á sentarme sobre la costa opuesta á una isleta, llamada por los habitantes el *Palomar*, á causa de su figura, y de que van alli los marineros á buscar huevos en la primavera. En aquel sitio pasaba yo los dias y las noches en estudiar las costumbres de los habitantes de esta peña.

Era tan grande la multitud de las aves que se juntaban en aquel peñon, que ordinariamente distinguíamos sus gritos en medio del bramido de las tempestades. Todas ellas tenian unas voces estraordinarias, como las que salen de los mares. Si el

(1) Isla a la entrada del golfo de San Lázaro en la costa d Terra-Nova.

Océano tiene su Flora, tambien tiene su Filomena; cuando al ponerse el sol silba el chorlito sobre un picacho, y le acompaña el ruido sordo de las ondas, forma una de las armonías mas melancólicas que se pueden oir. Jamás la esposa de Ceix hizo resonar endechas tan dolorosas en las riberas, testigos de sus infortunios.

Reinaba en la república de las aves del *Palomar* una perfecta intelijencia: al punto que nacia un ciudadano, su madre le precipitaba en las ondas, como aquellos pueblos bárbaros que zambullian á sus hijos en los rios, para endurecerlos contra las fatigas de la vida. Continuamente salian de esta Tiro correos con guardias numerosas, los cuales por órden de la Providencia se esparcian por todos los mares, para prestar socorro á los navíos. Los unos se colocan á cuarenta ó cincuenta leguas de distancia de una tierra desconocida, y llegan á ser una señal cierta para el piloto que los descubre flotantes sobre las olas, como las boyas de una áncora; otros se posan en un arrecife, y á manera de centinelas vijilantes, dan por las noches una voz lúgubre, para apartar de alli á los navegantes; y otros en fin, á causa de su blanco plumaje, son unos verdaderos faros sobre los negros riscos. Infiero que por esta misma razon la bondad Divina hizo fosfórica la espuma de las ondas, y siempre mas resplandeciente entre los bajíos, por razon de la violencia de la tempestad. ¡Oh! cuantas naves perecerian durante las tinieblas sin estos milagrosos fanales, encendidos por la Providencia sobre los escollos.

Todos los accidentes del mar, el flujo y reflujo, y las mutaciones de la calma y tempestad, las predicen estas aves. La paviota baja á una playa desierta, encoje su cuello en la pluma, esconde una pata en la borra de su barriga, y manteniéndose inmóvil en la otra, advierte al pescador el instante en que las olas se levantan; la alondra marina que corre á lo largo de las olas, dando un grito suave y triste, le anuncia, por el contrario, el momento del reflujo; las procelarias, en fin, van á establecerse en medio del Océano, siendo fieles compañeras de los marineros, siguen el curso de las naves, y profetizan las tempestades. El marinero les atribuye cierto carácter sagrado, y les da relijiosamente la hospitalidad cuando el viento las echa á bordo. Asi tambien respeta el labrador al pitirrojo, que predice los dias serenos; y por tanto le recibe en su casa de bálago, donde pasa los rigores del invierno. Estos hombres infelices, reducidos á los dos estados mas duros y afanosos de la vida, tienen amigos que la Providencia les depara, y en un ente débil hallan el consejo ó la esperanza, que muchas veces buscarian en vano entre sus semejantes. Esta comunicacion de beneficios entre unas avecillas y unos hombres desgraciados, es uno de aquellos rasgos admirables de que abundan las obras de Dios. Entre el pitirrojo y el labrador, y entre la procelaria y el marinero, hay una tierna semejanza de costumbres y destinos. ¡Oh! ¡cuan estéril se presenta la naturaleza esplicada por los sofistas! ¡Cuan fértil y colmada cuando la esplica un corazon sencillo, que so-

lamente investiga sus maravillas para glorificar al Criador!

Si el tiempo y el lugar lo permitieran, describiria yo otras muchas emigraciones, sin dejar de revelar otros muchos secretos de la Providencia. Hablaria de las grullas de la Florida, cuyas alas hacen un sonido muy armonioso, y viajan por los lagos, las sábanas, las dehesas y los cipreses, las arboledas de naranjos y las palmeras; citaria al pelícano de los bosques, que se detiene únicamente en los cementerios de los indios, y en los montes de las sepulturas; espondria tambien las causas de las emigraciones siempre relativas al hombre; referiria los vientos y las estaciones que elijen las aves para mudar de climas; las aventuras que les pasan, los obstáculos que tienen que vencer, los naufrajios que padecen; cómo llegan algunas veces á costas desconocidas distantes del pais que buscan; cómo perecen al pasar algunos bosques incendiados por el rayo, ó en los llanos á que han pegado fuego los salvajes.

En las primeras edades del mundo, los labradores y los pastores arreglaban sus trabajos por las flores de las plantas, la caida de las hojas, y por los viajes de emigracion y vuelta de las aves. De aqui trae su oríjen el arte divinatorio entre algunos pueblos, suponiendo que los animales que pronosticaban las témporas y las tempestades, no podian dejar de ser los intérpretes de la Divinidad. Los antiguos naturalistas y los poetas (á quienes somos deudores de la poca sencillez que aun nos que-

da), nos patentizan cuán maravilloso era este modo de contar por los fastos de la naturaleza, y cuánto embelesaba la vida. Dios es un secreto profundo, y el hombre criado á su imájen es igualmente incomprensible. Cuan inefable armonía era ver los períodos de los dias arreglados por relojes tan misteriosos como él mismo. La llegada de una ave á las tiendas de Jacob ó de Booz, lo ponia todo en movimiento, y el patriarca daba vuelta á su campo al frente de sus criados armados de hoces. Si se esparcia el rumor de haberse visto revolotear los hijuelos de la olondra, á esta gran novedad todo un pueblo empezaba la siega con alegría, fiado en la fe del Altísimo. Aquellos amables signos que dirijian los cuidados de la estacion presente, tenian tambien la ventaja de pronosticar las variaciones de la inmediata; si los patos y las zarcetas llegaban en gran número, sabido era que el invierno seria largo; si la corneja comenzaba á hacer su nido por Enero, los pastores esperaban en Abril las flores de Mayo. El matrimonio de una doncella celebrado junto á una fuente, tenia cierta relacion con el crecimiento de una planta, y los viejos que comunmente mueren en otoño, caian cuando las bellotas sazonadas y los frutos maduros. Mientras aquel filósofo, truncando ó alargando el año, se paseaba en invierno sobre la alfombra de la primavera, el labrador no temia que le engañase el astrónomo que le venia del cielo; porque sabia que el ruiseñor no equivocaria el mes de las escarchas con el de las flores, ni entonaría en el solsticio del invierno las canciones del

verano. Asi es como estaban escritas todas las estaciones, los juegos y las diversiones del hombre rústico, no en el calendario falible de un sábio, sino en los infalibles cálculos del que trazó su carrera al sol. La voluntad de este supremo ordenador fue que las fiestas de su culto estuviesen sujetas á estas épocas sencillas copiadas de sus obras mismas; y en aquellos dias de inocencia, segun las estaciones y las tareas, la voz del céfiro ó de la tempestad, la del águila ó de la paloma, era la que convocaba al hombre al templo del Dios de la naturaleza. Nuestros aldeanos suelen valerse de estas tablas encantadoras, en las cuales se hallan grabados los tiempos de los trabajos rústicos. Los pueblos de la India hacen igual uso de ellas, y los negros y salvajes americanos conservan este modo de contar: una seminola de la Florida os dice: »la moza se casó cuando vino el *colibri;* murió el niño cuando pelechó la *sin-par*. Esta madre tiene tantos hijos como huevos hay en el nido del *pelícano*."

Los salvajes del Canadá señalan la sexta hora de la tarde por el momento en que las palomas zoritas beben en las fuentes, y los de la Luisiana por aquel en que sale la efímera de las aguas. El paso de varias aves arregla la estacion de las cazas; y ciertos animales que jamás dejan de acudir á la hora del banquete, anuncian el tiempo de la cosecha del maiz, del azúcar, de acebo y de la belluca.

CAPITULO IX.

CONTINUACION DE LAS EMIGRACIONES.

Cuadrúpedos.

Las emigraciones son mas frecuentes en la clase de los peces y de las aves que en la de los cuadrúpedos, en razon del mayor número de los primeros, y de la facilidad con que pueden hacer sus viajes atravesando los dos elementos de que se halla rodeada la tierra. Nada causa tanta admiracion, como el modo con que llegan á los parajes que buscan, sin que nunca se estravien. Fácilmente se concibe que un animal acosado del hambre abandona su pais para ir á buscar en otro el alimento y abrigo: mas ¿se podrá comprender por ventura que sea la *materia* quien les hace ir *aqui* y no *alli*, y la que los guia precisamente con una exactitud milagrosa al sitio donde encuentran aquel alimento y abrigo? ¿Como es que conocen los vientos, las mareas, los equinoccios y los solsticios? Bien persuadido estoy de que si las castas viajeras estuvieran por un solo momento abandonadas á su propio instinto, casi todas perecerian; unas, por pasar á latitudes frias, irian á parar bajo los trópicos, y creyendo ir á la China, se hallarian bajo el polo. Nuestro pitirrojo, en vez de atravesar la Alsacia y la Jermania en busca de insectillos, iria á ser en Africa la presa de algun escarabajo; y el Groelandes oyera salir de sus

peñas un grito doloroso, y veria un pajarito pardusco cantar y morir á un mismo tiempo; la pobre filomena.

Dios no permite semejantes errores. Todo tiene sus concordancias y relaciones en la naturaleza; las flores con los céfiros, los inviernos con las tempestades, y el corazon del hombre con el dolor. Antes equivocará el mas hábil piloto su deseado puerto, que se engañe el pez acerca de la lonjitud del menor escollo del abismo: la Providencia es su estrella polar, y adonde quiera que se dirija, siempre descubre aquel astro que para él no tiene jamás ocaso.

El universo se parece á una gran posada donde todo está en contínuo movimiento, viéndose entrar y salir en él una multitud de viajeros. Quizás no hay cosa mas admirable en las emigraciones de los cuadrúpedos, que los viajes de los bisontes atravesando las inmensas dehesas de la Luisiana y del Nuevo-Méjico. Llegado el tiempo de mudar de clima, para llevar la abundancia á las pueblos salvajes, un viejo búfalo, guia de los rebaños del desierto, llama alrededor de sí á todos sus hijos. La orilla del Meschacebé es el punto de reunion, donde al anochecer se fija el instante de la marcha. Júntase la manada, llega al momento, y sacudiendo el caudillo su larga crin, que cuelga por todos lados sobre sus cuernos y sus ojos, saluda al sol cuando se pone, bajando la cabeza y levantando el lomo como un monte, al mismo tiempo despide de su hondo pecho un ruido sordo, que es la señal de

la marcha, y al instante se arroja á las espumosas aguas, seguido de la multitud de becerras y toros que detras de él braman de amor.

Mientras esta poderosa familia de cuadrúpedos atraviesa ruidosamente los rios y los bosques, una apacible escuadra boga en silencio en un lago solitario á favor de los céfiros y al resplandor de las estrellas. Unas ardillejas negras, despues de haber despojado los nogales inmediatos, se resuelven á buscar fortuna y embarcarse para otro bosque. Levantan al instante sus colas, despliegan sus velas de seda, y arrostran animosamente la inconstancia de las ondas. ¡O piratas imprudentes, á quienes arrebata la codicia del oro! La tempestad se levanta, los mares braman, y la escuadra perece: procura arribar al puerto próximo; mas al punto se opone á su desembarco un ejército de castores, recelosos de que estos estranjeros vengan á apoderarse de sus cosechas. En vano piensan salvarse los lijeros escuadrones, desembarcados en la playa, subiéndose á los árboles, y tratando de insultar desde lo alto de aquellos murallones á la pesada marcha de sus enemigos. El arte vence al ardid; los zapadores avanzan, minan la encina y la echan á tierra con todas sus ardillas, á la manera de un castillo guarnecido de soldados, y derribado por el antiguo ariete.

Todavía suceden á nuestros aventureros otras muchas desgracias; pero se consuelan facilmente, ya retozando, ya recojiendo algunos frutos. Tomada Aténas por los lacedemonios, no por eso fue menos amable ni menos insustancial aquel pueblo.

Subiendo por el rio del Norte en el paquebot de Nueva-York á Albany, vimos á uno de estos desgraciados que intentaba atravesar el rio. Jamás pudo llegar á la orilla, y le sacamos del agua medio ahogado; era hermoso, negro como el ébano, y su cola tres tantos mas larga que el cuerpo; recobró la vida, mas perdió la libertad haciéndole su esclavo una jóven pasajera.

Los renos del Norte de Europa, los cariboles y los alces de la América septentrional, tienen igualmente sus tiempos de emigracion, siempre acordes con la mayor utilidad ó las necesidades del hombre. Hasta el oso blanco de Terra-Nova, cuyas pieles son tan necesarias á los Esquimales, es para estos pobres salvajes el don precioso de una providencia del todo milagrosa: vense abordar á las costas del Labrador aquellos monstruos marinos sobre hielos flotantes ó despojos de naves, en que se sostienen como unos fuertes marineros salvados del naufrajio. Los elefantes viajan tambien en el Asia; por donde pasan tiembla la tierra, y sin embargo, no dan motivo alguno para temerles: casto, intelijente y sensible Behemot, es manso, porque es fuerte; apacible, porque es poderoso como primer servidor del hombre, y no su esclavo, ocupa el segundo lugar en el órden de la creacion. Los animales, despues de la culpa orijinal, se alejaron de la habitacion del hombre; pero el elefante, naturalmente jeneroso, parece que fue el que se retiró con mas sentimiento, porque siempre ha permanecido en las cercanías de la cuna del mundo. Sale de cuando en

cuando de sus desiertos, y se avanza hácia el pais habitado, para reemplazar en el servicio de los hijos de Adan á sus compañeros muertos sin reproducirse (1).

(1) Las plumas elocuentes que han pintado las costumbres de estos animales, nos dispensan estendernos sobre este artículo. Tan solo añadiremos, que el elefante nos parece tan estraño en su estructura, porque le vemos aislado de los vejetales, sitios, aguas, montañas, colores, luz, sombras y cielos que les son propios. Las producciones de nuestras latitudes medidas sobre una escala pequeña, las formas de los objetos jeneralmente redondas, la finura de nuestras yerbas, el picado menudo de nuestras hojas, la elegancia del fruto de nuestros árboles, nuestros dias pálidos en estremo, nuestras noches escesivamente frescas, los matices tan inconstantes de nuestras verduras, y finalmente el color, vestido y arquitectura del europeo, ninguna anolojía tienen con el elefante. Si el viajero hiciera sus observaciones con mas exactitud, sabríamos como se casa este cuadrúpedo con la naturaleza que le produce. La trompa del elefante, por ejemplo, tiene conocida semejanza con los cereos y aloes, las lianas y las cañas, y en el reino animal con los serpentones de las Indias; sus orejas tienen la figura de la hoja de la higuera oriental: su piel es escamosa, blanda y áspera no obstante, como la borra que cubre una parte del tronco de la palmera, ó por mejor decir, como los filamentos leñosos del coco: muchas plantas gruesas de los trópicos se afirman en la tierra como sus pies, y tienen como ellos una figura pesada y cuadrada; su grito es á un mismo tiempo fuerte y prolongado, como el del cafre, ó como el grito de guerra del cipayo. Cuando cubierto de ricos tapices, y cargado de una torre semejante á una pagoda, conduce algun piadoso monarca á los escombros de los templos que se hallan en la Peninsula de las Indias, su mole, las columnas de sus pies, su figura irregular y su pompa bárbara, concuerdan bien con aquella arquitectura colosal, formada de trozos de piedras, amontonadas unas sobre otras: esta bestia y el monumento arruinado, parecen dos restos del tiempo de los jigantes.

CAPITULO X.

Anfibios y reptiles.

Al pie de los montes Apalaches, en las Floridas, se encuentran unas fuentes llamadas *Pozos naturales*. Cada pozo está abierto en el centro de un montecillo plantado de naranjos, encinas verdes y catalpas, el cual se abre en figura de media luna por el lado de la dehesa, y viene á salir un canal desde el pozo á esta abertura. Los árboles, inclinados sobre la fuente, forman una bóveda, y la sombra de esta hace que parezca el agua negra por abajo; mas en la parte en que el acueducto se une á la base del cono, un rayo de luz que penetra por la madre del canal, cae sobre un solo punto del espejo del agua, que imita el reflejo del cristal en la *cámara oscura* del pintor. Habita comunmente en esta encantadora guarida algun enorme cocodrilo, que permanece inmóvil en el centro de la charca (1): al ver su verdosa escama, al ver sus anchos narigales que arrojan el agua en dos elipses coloradas, creyérase que es un delfin de bronce en una gruta de los bosques de Versalles.

No siempre viven solitarios los cocodrilos ó caimanes de las Floridas: en cierto tiempo del año se juntan en cuadrillas, y se emboscan para acometer de sorpresa á los viajeros que deben llegar del Océano. Cuando estos han subido ya por los rios, y fal-

(1) Véase Bartram, viaje á las Carolinas y á las Floridas.

ta el agua para tanta multitud, mueren encallados en las orillas, amenazando infestar el aire; entonces la Providencia los entrega de repente á un ejército de cuatro ó cinco mil cocodrilos. Estos monstruos, dando un grito espantoso, y crujiendo con ruido sus quijadas, se arrojan sobre los estranjeros espantados. Brincando por todas partes los caminantes, se apiñan, se asen y entrelazan. Sumérjense hasta el fondo de los golfos, revuélcanse en al cieno, y vuelven á subir á la superficie de las ondas. Las aguas ensangrentadas se llenan de cuerpos mutilados y de entrañas palpitantes. Dificil fuera formarse una idea aproximada de estas escenas estraordinarias descritas por los viajeros, y que el lector se inclina á creer que son ponderaciones.

Rotas, dispersas, y poseidas de espanto las lejiones estranjeras, perseguidas hasta el mar Atlántico, se ven precisadas á encerrarse nuevamente en sus abismos, para que siendo de alli adelante útiles á nuestras necesidades, nos puedan servir sin dañarnos.

Estas especies de monstruos han escandalizado alguna vez la sabiduría del ateo; pero no obstante, son muy necesarias en el plan jeneral. Habitan únicamente los desiertos, donde la ausencia del hombre reclama su presencia; alli están destinados para destruir, hasta que llega el gran destructor. Asi que nos presentamos en la costa, nos ceden el imperio, persuadidos de que uno solo de nosotros hará mas destrozos que diez mil de ellos (1).

(1) Hase observado que en la Carolina, donde los caimanes

Mas ¿para que, se dirá, cria Dios unos entes supérfluos, que obligan despues á destrucciones? Por la razon poderosa de que Dios no obra de un modo limitado como nosotros; se contenta con decir: *Creed, y multiplicaos*; y en estas dos palabras está lo infinito. Para que la Divinidad sea sábia, ¿necesitará ser limitada? ¿La despojaremos del atributo de infinita, desecharemos todo lo que sea inmenso, y diremos: »Esto sobra en la naturaleza;" porque nuestro entendimiento limitado no lo puede comprender? Y si quisiese Dios colocar en la bóveda celeste mas de un número determinado de soles, ¿tendremos el esceso como una cosa inoportuna, y en consecuencia de esta prodigalidad del universo, declararemos al Criador como convencido de locura é impotencia?

Cualquiera que sea la deformidad de estos seres que llamamos monstruos, pueden reconocerse señales de la gracia Divina bajo sus horribles figuras. ¿Acaso un cocodrilo y una serpiente son menos cariñosos para sus hijos, que un ruiseñor y una paloma? ¿No es un contraste tan milagroso como tierno, ver al cocodrilo construir un nido, poner un huevo como una gallina, y de un cascaron salir un monstruo pequeño, cual si fuese un pollito? ¡Cuan admirable es el cuidado que la hembra del cocodrilo tiene de su familia! Se pasea recreándose entre los nidos de sus hermanas, que forman conos de huevos y

han sido destruidos, los rios han sido alguna vez apestados por la muchedumbre de peces que sube por ellos desde el Océano, y que la sequedad hace morir despues de la canícula.

arcillas, y están colocados como las tiendas de un campamento á la orilla de un rio. La amazona hace una guardia vijilante, y deja obrar al calor del dia; porque si en el huevo del cocodrilo está como pintada la delicada ternura de la madre, la fuerza y las costumbres de este poderoso animal, se descubren, digámoslo asi, en el sol que empolla este huevo, y en el lodo que le sirve de fermento. Desde el instante en que se aviva uno de aquellos embriones, le toma la hembra bajo su proteccion: la cria no es siempre suya; mas por este medio hace el aprendizaje de la maternidad, y su habilidad iguala á lo que ha de ser un dia su ternura. Finalmente, cuando salen sus hijuelos del cascaron, los lleva al rio, los lava en agua limpia, los enseña á nadar alrededor de sí, les pesca pececillos delicados, y los proteje contra los machos que quieren devorarlos.

Un español de las Floridas me contó que habiendo arrebatado la nidada de un cocodrilo, y hecho que se la llevasen unos negros en un cesto, le siguió la hembra dando gritos compasivos. Dejáronla dos en el suelo, y al instante empezó la madre á estrecharlos con las manos y el hocico, ya poniéndose detras de ellos para defenderlos, y ya marchando á su frente para enseñarles el camino. Los hijuelos iban arrastrando y jimiendo, siguiendo las huellas de su madre; y este enorme reptil, que poco antes aterraba la ribera con sus rujidos, daba entonces una especie de balido tan suave, como el de una cabra cuando dá de mamar á sus cabritillos.

La culebra de cascabel compite con el cocodrilo en el cariño maternal; este soberbio reptil, que dá á los hombres lecciones de jenerosidad (1) y de ternura, si ve perseguida su familia, la coje en la boca (2), y poco satisfecha de los sitios en que pudiera esconderla, la hace que vuelva á entrar en su vientre, considerando que no hay asilo mas seguro para el hijo, que el seno mismo de la madre. ¡Oh ejemplo de amor sublime! no sobrevive á la pérdida de sus hijos, porque para arrancárselos, es preciso sacarle las entrañas.

¿Debemos hablar del veneno de esta serpiente, que es siempre mas activo cuando cria? ¿Será oportuno referir la ternura de la osa, que semejante á la mujer salvaje, llega su amor maternal hasta el estremo de dar la teta á sus hijos despues de muertos (3)? Obsérvense estos supuestos monstruos en todos sus instintos; reflexiónese sobre sus formas y armaduras; mírese con atencion el anillo que forman en la cadena de la creacion; examíneseles en sus propias relaciones y en las que tienen con el hombre, y me atrevo á asegurar, que las causas finales son tal vez mas visibles en esta clase de séres, que en las mas favorecidas de la naturaleza, asi como en una obra bárbara brillan mas los rasgos del injenio, en medio de las sombras que la ofuscan.

Ni es tampoco mas fundada la objecion que se hace contra los sitios que habitan tales monstruos.

(1) Nunca es el primero que acomete.
(2) Véanse los viajes de Carver en el Canadá.
(3) Véanse los viajos de Cook.

Por mas nocivas que nos parezcan las lagunas, son no obstante de grande utilidad, consideradas como las urnas de los rios en los paises llanos, y los depósitos de las lluvias en los parajes distantes del mar. El cieno y la ceniza de sus yerbas proporcionan abonos á los labradores; sus cañas sirven de leña y para techar la morada de las pobres familias; débil abrigo en armonía con la vida del hombre, y no mas duradera que sus cortos dias.

Dichos sitios tienen ademas cierta hermosura peculiar: como fronteras de la tierra y del agua tienen vejetales, sitios y habitantes particulares; en ellos todo participa de la mezcla de los dos elementos; las espadañas son un término medio entre la yerba y el arbusto, entre el puerro marino y la planta terrestre; algunos insectos acuáticos parecen pajaritos; cuando el insecto llamado señorita anda vagando con su cuerpecillo azul y sus alas trasparentes en torno del nenúfar blanco, cualquiera creerá que ve al pájaro-mosca de las Floridas sobre una rosa de magnolia. Las lagunas están cubiertas de juntos secos en otoño, y dan á la esterilidad misma una apariencia de las mas opulentas cosechas; en la primavera figuran como batallones de verdeantes lanzas. Un álamo blanco, un sauce aislado, en que el suave ambiente ha colgado algun penachillo de plumas, domina á estas campiñas movibles; colando el viento por entre las cañas, mece alternativamente sus copas, la una baja cuando la otra se levanta, y doblegándose luego de golpe todo este soto, se descubre el alcaravan dorado, ó alguna

blanca garza real, que se mantiene inmóvil en su larga pata, cual si fuera en una pica.

CAPITULO XI.

De las plantas y sus emigraciones.

Entramos ahora en aquel reino encantador, donde las maravillas de la naturaleza adquieren un carácter mas risueño y apacible. Al ver las plantas elevadas en el aire y en la cumbre de los montes, cualquiera diria que toman algo del cielo, á que se aproximan. A veces cuando reina una profunda calma al salir la aurora, todas las flores del valle están inmobles en sus tallos; se inclinan de mil modos diversos, y miran hácia todos los puntos del horizonte, y en aquel momento en que todo parece estar tranquilo, se consume un grande misterio; la naturaleza concibe, y estas plantas jóvenes, son otras tantas madres inclinadas hácia la rejion misteriosa, de donde debe venir la fecundidad. Los silfos tienen simpatías menos aéreas, y comunicaciones menos invisibles. El narciso deposita en los arroyos su raza virjinal; la violeta confia á los céfiros su modesta posteridad; la abeja recoje su miel vagando de flor en flor, y fecunda sin saberlo toda una pradera; una mariposa lleva un pueblo entero en sus alas. Mas no todos los amores de las plantas son igualmente tranquilos, pues las hay que los tienen borrascosos, como los de los hombres: se necesitan tempestades para unir en las alturas inaccesibles el cedro del Lí-

bano con el del Sinaí, al paso que en la falda del monte basta un viento suave para establecer entre las flores una comunicacion de deleites. ¿No ajita de esta manera misma el viento de las pasiones á los reyes de la tierra sobre sus tronos, mientras que los pastores viven á sus pies tranquilos y felices?

La flor nos dá la miel: es hija de la mañana, embeleso de la primavera, manantial de los perfumes, gracia de las vírjenes y amor de los poetas; pasa pronto como el hombre, pero restituye dulcemente sus hojas á la tierra. Entre los antiguos, la flor coronaba la copa de los banquetes, y los encanecidos cabellos del sábio; los primeros cristianos cubrian con ellas á los mártires y el altar de las catecumbas; al presente, en memoria de aquellos antiguos dias, adornamos con ellas nuestros templos. En el mundo atribuimos á sus colores nuestros afectos é inclinaciones; la esperanza al verde, la inocencia al blanco, y el pudor al rosado; hay naciones enteras en que las flores son el intérprete de los sentimientos. Libros admirables, que no contienen ningun error funesto, y que solo conservan la historia fujitiva de las revoluciones del corazon.

La Providencia, colocando los sexos sobre individuos diferentes en muchas familias de las plantas, ha multiplicado los misterios y las bellezas de la naturaleza; asi se reproduce la ley de las emigraciones en un reino que parece exhausto de toda facultad de moverse: tan pronto es el grano ó el fruto el que viaja, como lo es una porcion de la planta, ó toda la planta entera. Los cocoteros prevalecen por lo re-

gular sobre los peñascos en medio del mar: cuando sobreviene una tempestad, caen sus frutos, y las ondas los llevan á las costas habitadas, donde se trasforman en hermosos árboles, ¡oh símbolo de la virtud! crecen sobre los escollos espuestos á las tempestades, y cuanto mas los combaten los vientos, mas tesoros prodigan á los hombres.

A la orilla del *Yar*, rio pequeño del condado de Sulffolk, en Inglaterra, me enseñaron una casta de berro muy curioso, que mudan de lugar y camina como dando brincos ó saltos. Tiene encima algunos largos filamentos, y cuando los que se hallan en una de las estremidades son tan largos que llegan al fondo del agua, alli arraigan: tiradas por la accion de la planta, que se baja sobre un nuevo pie, se desprenden las raices del lado opuesto, y la berrera, volviéndose entonces de arriba á bajo, se trasplanta segun la distancia á que alcanza en su estension. En vano se busca al dia siguiente la mata en el sitio donde quedó la víspera, y se la ve mas arriba ó mas abajo, segun la corriente de las aguas, formando con las demas familias fuviales nuevos efectos y nuevas maravillas. No he visto la flor ni el fruto de este berro singular, á quien puse el nombre de MIGRATOR, *viajero*, á causa de mi propio destino.

Las plantas marinas están sujetas á mudar de clima, en tal manera, que participan del espíritu aventurero de aquellos pueblos isleños, cuya posicion jeográfica les hizo comerciantes. El *fucus jiganteus* sale de las cuevas del Norte con las tempestades, y avanzándose por los mares, ocupa con sus brazos espa-

cios inmensos, semejante á una red que tendida desde la una á la otra orilla del Océano, arrastra consigo las almejas, las focas, las rayas y las tortugas que encuentra al paso. A veces, cansada de nadar sobre las ondas, estiende un pie hasta el fondo del abismo, y se para poniéndose derecha, hasta que comenzando de nuevo su navegacion con viento favorable, despues de haber jirado bajo mil latitudes diversas, viene á tapizar las costas del Canadá con guirnaldas arrancadas de las rocas de la Noruega.

Aunque las emigraciones de las plantas marinas solo parecen á primera vista unos simples juguetes de la casualidad, tienen sin embargo relaciones interesantes con el hombre. Paseándome una tarde en Brest á la orilla del mar, divisé una pobre mujer que andaba agachada entre las peñas; consideraba atentamente los despojos de un naufragio, y examinaba con particular atencion las plantas pegadas á aquellos, como si por la mayor ó menor vejez de éstas, quisiese adivinar la época cierta de su desgracia. Encontró debajo de unos guijarros una de aquellas cajas que sirven á los marineros para poner sus frascos. Acaso ella misma la habria llenado antes de cordiales para su esposo, comprados con sus ahorros; á lo menos asi lo juzgué, porque la ví enjugar sus lágrimas con la punta de su delantal. Ocupaban entonces unos hongos marinos el lugar de los amados presentes de su ternura. De este modo mientras el ruido del cañon demuestra á los poderosos el naufrajio de los grandes del mundo, la Providencia envia secretamente á los pequeños y

débiles un tallo de yerba, ó un tablon destrozado para anunciarles en las mismas orillas algun duelo.

CAPITULO XII.

Dos perspectivas de la naturaleza.

Lo que acabo de decir acerca de los animales y de las plantas, me conduce á considerar los cuadros de la naturaleza bajo una relacion mas jeneral. Hagamos que hablen á un mismo tiempo todas aquellas hermosuras, que ya nos han dicho separadamente tantas cosas de la Providencia.

Presentaré á los lectores dos perspectivas de la naturaleza, una marina y otra terrestre; la una en medio de los mares Atlánticos, la otra en los bosques del Nuevo-Mundo, para que no se pueda atribuir su majestad á los monumentos de los hombres.

Habiéndose elevado sobre el nivel de las costas el navío en que yo iba á la América, en breve vi tendido únicamente en el espacio el doble azul del mar y del cielo, como un lienzo preparado para recibir las futuras creaciones de algun gran pintor. El color de las aguas se volvió semejante al del vidrio fundido. Venia del Occidente una gruesa marejada, aunque el viento soplaba del Este, y del Norte al Mediodía se estendian enormes ondulaciones, que formaban como otros tantos valles que se perdian de vista en los desiertos del Océano. A cada minuto mudaban de aspecto los movibles paisajes; ya eran una multitud de verdosos montecillos

que representaban los surcos de los sepulcros en un cementerio inmenso, ya encrespándose las olas en sus cimas, figuraban rebaños blancos esparcidos por los matorrales; muchas veces el espacio parecia limitado por falta de punto de comparacion; pero si una ola llegaba á levantarse, y se encorvaba otra á manera de una costa distante, y pasaba á lo lejos un escuadron de perros marinos, de repente se abria el espacio delante de nosotros. Tenia sobre toda la idea de estension, cuando una lijera niebla, arrastrando por la superficie del mar, parecia aumentar la inmensidad misma. ¡Oh! ¡cuan grandes y tristes son los aspectos del Océano! ¡En que meditaciones nos absorven, ya se engolfe la fantasía en los mares del Norte, y en medio de las escarchas y de las tempestades, ó ya arribe en los del Mediodía á esas islas de felicidad y descanso!

Muchas veces me levantaba á media noche, y me sentaba en el puente, sin hallar mas que al oficial de guardia y algunos marineros que fumaban en silencio. Oíase únicamente el ruido que hacia la proa cortando las olas, al mismo tiempo que á lo largo de los costados del navío saltaban chispas de fuego con una blanca espuma. ¡Oh! ¡Dios de los cristianos! En las aguas de los abismos y en las profundidades de los cielos es donde has grabado de un modo indeleble y particular los rayos de tu omnipotencia! ¡Millones de estrellas centelleando en el sombrío azul de la bóveda celeste! ¡La luna en medio del firmamento! ¡Un mar sin orillas! ¡Lo infinito en el cielo y en las olas....! ¡Jamás me ha con-

movido tanto tu grandeza como en aquellas noches en que, suspenso entre los astros y el Océano, tenia la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad bajo mis pies!

Yo no soy nada; no soy mas que un simple solitario: he oido disputar á los sábios acerca del primer Ser, y no los he entendido; pero siempre he observado que solo á la vista de la naturaleza, es donde este *Ser* desconocido se manifiesta al corazon del hombre. Una tarde en que reinaba una profunda calma, nos hallábamos en aquellos hermosos mares que bañan las costas de la Virjinia; todas las velas estaban recojidas, y yo ocupado bajo cubierta, cuando oí que la campana daba el toque de oracion; me di prisa en ir á rezar con mis compañeros de viaje. Los oficiales estaban en el alcázar con los pasajeros, el capellan con un libro en la mano un poco mas adelante que elios, y los marineros confusamente esparcidos sobre cubierta; todos estábamos en pie con la cara vuelta hácia la proa del navío que miraba al Occidente.

El globo del sol á punto de sumerjirse en las ondas se descubria por entre la járcia del navío en medio de los inmensos espacios. Segun el balanceo de la popa, pudiera decirse que el astro radiante mudaba de horizonte á cada momento. Vagaban sin órden algunas nubes en el Oriente, por donde subia la luna con lentitud; lo demas del cielo estaba despejado, y formando hácia el Norte un glorioso triángulo con el astro del dia y el de la noche; levantábase de la mar una trompa ó manga con los

matices del prisma, cual si fuese una pilastra de cristal sosteniendo la bóveda del cielo.

Muy digno de compasion seria el que en este espectáculo no hubiese reconocido la hermosura de Dios. Mis ojos se anegaron en lágrimas, cuando mis compañeros, quitándose el sombrero, empezaron á entonar con voz ronca su sencillo cántico. *Nuestra Señora del Buen Socorro*, patrona de los marineros. ¡Oh cuan tierna era la oracion de aquellos hombres, que sobre una tabla frájil y en medio del Océano contemplaban un sol sumerjiéndose en las ondas! ¡Como llegaba al alma aquella invocacion del pobre marinero á la madre del dolor. El convencimiento de nuestra pequeñez á vista de lo infinito; nuestros cánticos que se oian á lo lejos sobre las mudas ondas; la noche que se acercaba con sus celadas; la maravilla de nuestro navío en medio de tantas maravillas; una tripulacion relijiosa llena de admiracion y de temor; un sacerdote augusto en oracion; un Dios inclinado hácia el abismo, deteniendo con una mano al sol á las puertas del Occidente, con la otra levantando la luna en el Oriente, y prestando atento oido en medio de su inmensidad á la débil voz de su criatura: he aqui lo que ni se puede pintar, ni basta apenas todo el corazon del hombre para sentir.

Pasemos á la escena terrestre.

Una tarde me habia yo estraviado en un bosque á cierta distancia de la catarata de Niágara; á poco rato vi oscurecerse el dia alrededor de mí, y gocé en toda su soledad del hermoso espectáculo de

una noche en los desiertos del Nuevo-Mundo.

Una hora habria que se habia puesto el sol, cuando asomó la luna sobre los árboles en el horizonte opuesto. Un ambiente balsámico que traia consigo de Oriente esta reina de la noche, parecia precederle con su fresco aliento en los bosques. El astro solitario subió poco á poco en el cielo; tan pronto seguia apaciblemente su azulada carrera, como descansaba sobre grupos de nubes parecidas á la cumbre de altos montes coronados de nieve; las nubes, plegando y desplegando sus velas, se estendian en zonas diáfanas de blanco raso, se dispersaban en lijeros copos de espumas, ó formaban en los cielos como unos bancos de borra de seda deslumbrante, y tan grata á la vista, que parecia sentirse su blancura y su elasticidad.

No menos embelesadora era tambien la escena en la tierra; la luz azulada y matizada de la luna descendia por los claros de los árboles, y hasta en la espesura de las mas profundas tinieblas despedia multiplicados rayos y como unas largas mangas de luz. Perdíase á veces en el bosque el rio que pasaba á mis pies, y otras aparecia brillante con las constelaciones de la noche, retratadas en su seno. En una vasta pradería al otro lado de este rio, reposaba quieta la claridad de la luna sobre la menuda yerba. Unos álamos blancos ajitados por el ambiente, y colocados en varias partes de la pradera, formaban islas de flotantes sombras sobre un mar inmóvil de luz. Alrededor todo hubiera sido silencio y reposo, á no ser por la caida de algunas hojas, el desapa-

cible paso de un viento repentino, y de los jemidos raros é interrumpidos del buho; mas oíanse á lo lejos por intervalos los sordos mujidos de la catarata de Niágara, que en la calma de la noche se dilataban de desierto en desierto, y espiraban en medio de bosques solitarios.

La grandeza y la admirable melancolía de aquel cuadro, no puede espresarlas ninguna lengua humana; ni las mas hermosas noches de Europa dar una idea de ella. En vano intenta estenderse la imajinacion en nuestros campos cultivados, porque encuentra por todas partes habitaciones de hombres; pero en aquellas rejiones salvajes, el alma se complace en sumejirse en un océano de bosques, dejarse llevar sobre el abismo de las cataratas, meditar á la orilla de los lagos y los rios, y digásmoslo asi, en hallarse sola en presencia de Dios.

CAPITULO XIII.

El hombre físico.

Terminaré estas reflexiones sobre las causas finales, ó las pruebas de la existencia de Dios, deducidas de las maravillas de la naturaleza, considerando al hombre *físico*; y para ello dejaré hablar á los maestros que han profundizado esta materia.

Asi describe Ciceron el cuerpo del hombre.

»Por lo que mira á los sentidos (1), por me-

(1) De Nat. Deor. H. 56, 57 et 58, Frad. d'Otiv.

dio de los cuales llega al alma la idea de los objetos esteriores, su estructura corresponde prodijiosamente á su destino, y residen en la cabeza como en un higar fortificado. Los ojos como centinelas ocupan el lugar mas alto, desde donde pueden hacer su oficio cuando descubren los objetos. Convenia tambien á las orejas un lugar eminente, por estar destinadas á recibir el sonido que sube naturalmente. Igual situacion debian tener las narices, porque el olfato sube tambien arriba, y debian estar asimismo cerca de la boca, en razon de que nos ayudan á formar juicio de la comida y de la bebida. El gusto, que debe hacernos percibir la calidad de las cosas que tomamos, reside en aquella parte de la boca por donde la naturaleza introduce los sólidos y líquidos. Con respecto al tacto, está jeneralmente esparcido en todo el cuerpo, á fin de que no podamos recibir impresion alguna, ni ser acometidos del frio ó del calor sin sentirlo. Y semejante á un arquitecto que no pone á la vista, ni baja la nariz del dueño á los albañales de una casa, del mismo modo la naturaleza alejó de nuestros sentidos lo que hay parecido á esto en el cuerpo humano.

»Mas ¿que artífice sino la misma naturaleza, cuya habilidad es incomparable, pudiera haber formado con igual arte nuestros sentidos? Ella ha rodeado los ojos de túnicas muy delgadas y trasparentes por delante, para que se pueda ver al trasluz, y de un tejido bien firme, á fin de que los ojos estén siempre resguardados. Los formó resvaladizos y movibles, evitando asi cuanto pueda ofenderlos, y

á fin de que dirijan fácilmente sus miradas donde quieran. La pupila en que se reune todo cuanto contribuye á la vision, es tan pequeña, que se oculta sin dificultad á cuanto pueda dañarla. Los párpados, que son la cubierta de los ojos, tienen una superficie suave y tersa para no herirlos. Ora el miedo de algun accidente obligue á cerrarlos, ora se quieran abrir, están prontos á ejecutarlo, sin necesitar mas que un instante para cualquiera de estos movimientos; están, digámoslo asi, fortificados con una empalizada de pelos, con la cual rechazan cuanto venga á invadir los ojos estando abiertos, y á cubrirlos para que descansen apaciblemente cuando los cierra el sueño y dejan de sernos útiles. Ademas de esto, tienen nuestros ojos la ventaja de estar ocultos y defendidos por unas eminencias, porque de un lado, para detener el sudor que cae de la cabeza y la frente, tienen el alto de las cejas; y por el otro, para preservarse por la parte de abajo, tienen las mejillas que sobresalen un poco. La nariz está colocada entre los dos, como un muro de separacion.

»En cuanto al oido, permanece siempre abierto, porque le necesitamos aun cuando dormimos. Si algun sonido le hiere, nos dispierta. Tiene conductos tortuosos, á fin de que en ellos no se introduzca cosa alguna; lo que sucederia si fuesen rectos, y estuviesen unidos.

»Pero ¿de cuanta comodidad no son nuestras manos, y de cuanta utilidad para las artes? Los dedos se alargan y encojen sin ninguna dificultad,

en razon de la flexibilidad de sus juntoras. Con su ausilio manejan las manos el pincel y el escoplo; tocan la lira y la flauta; esto es en cuanto á lo agradable: acerca de lo necesario, cultivan campos, edifican casas, tejen telas, hacen vestidos, trabajan el cobre y el hierro. El injenio inventa, los sentidos examinan y la mano ejecuta; de tal modo, que si estamos alojados, vestidos y á cubierto, si tenemos ciudades, murallas, habitaciones y templos, todo lo debemos á las manos, &c."

Convengamos, pues, en que la materia sola no hizo el cuerpo del hombre para tantos fines admirables, asi como no ha sido compuesto aquel bello discurso del orador romano por un escritor sin elocuencia y sin arte (1).

Ya han probado muchos autores, y en particular el médico Nieuwentyt (2), que los límites en que se hallan encerrados nuestros sentidos, son los verdaderos límites que les convienen, y que estaríamos espuestos á muchos inconvenientes y peligros si los sentidos tuviesen mas ó menos estension (3). Galeno, lleno de admiracion en medio de

(1) Ciceron aprendió de Aristóteles lo que dice del uso de la mano. El estajirita, impugnando la historia de Anaxágoras, renovada por Mr. Helvecio, observa con su acostumbrada sagacidad, que el hombre no es superior á los animales, porque tiene una mano, sino que tiene una mano porque es superior á los animales *(De Part. Amin. lib.* III, *c.* 10*)* Platon cita tambien la estructura del cuerpo humano como una prueba de la intelijencia divina *(in Tim)*, y Job tiene algunos versículos sublimes sobre el mismo asunto.

(2) *Exist. de Dieu*, liv. I, chap. XIII, p. 131.

(3) Véase la nota M, al fin del volúmen.

una analisis anatómica del cuerpo humano, suelta de repente el escalpelo, y esclama:

»¡O tú, que nos has criado! Componiendo yo un »discurso tan santo, pienso que canto un verdade»ro himno á tu gloria. Te honro mas descubriendo »la hermosura de tus obras, que ofreciéndote he»catombas de centenares de toros, ó haciendo hu»mear en tus templos de mas precioso incienso. La »verdadera piedad consiste en conocerme á mí mis»mo, y enseñar despues á los otros cuan grande es »tu bondad, tu poder y tu sabiduría. Tu bondad se »manifiesta en la igual distribucion de tus gracias, »repartiendo á cada hombre los órganos que tanto »necesita; tu sabiduría se ve en la escelencia de tus »dones, y tu poder en la ejecucion de tus desig»nios (1)."

CAPITULO XIV.

Instinto de la patria.

Asi como he considerado los instintos de los animales, de la misma manera es preciso decir algo acerca de los del hombre *físico*; pero como éste reune en sí los sentimientos de las diversas razas de la creacion, como la ternura paternal, &c., es preciso elejir uno que le sea particular.

Pues ahora bien: este instinto particular del hombre, el mas bello y mas moral de todos los ins-

(1) Gal., *de Usu part.* lib. III, cap. 10.

tintos, es el *amor de la patria*. Si esta ley no estuviera sostenida por un milagro perene, y en el que, asi como en otros muchos, no paramos la atencion, los hombres acudirian con afan á las zonas templadas, dejando desierto lo restante del globo, y fácil es conocer cuantas calamidades resaltarian de esta reunion del jénero humano en un solo punto de la tierra. A fin de evitar esta desgracia, la Providencia ha fijado, digámoslo asi, los pies de cada hombre á su nativo suelo por un iman invencible. Ni los hielos de la Islandia, ni las ardorosas arenas del Africa se hallan sin habitantes.

Tambien es digno de observar que cuanto mas ingrato es el suelo de un pais, tanto mas riguroso es su clima, ó lo que es lo mismo, cuantas mas persecuciones se sufren en un pais, tanto mas atractivo tiene para nosotros. ¡Cosa estraña y sublime, en verdad, que se adhiera uno mas por la desgracia, y que el hombre que no ha perdido mas que una pobre cabaña, sea precisamente el que mas sienta la ausencia del hogar paterno! La razon de este fenómeno es, que la prodigalidad de una tierra mas fértil destruye enriqueciéndonos la sencillez de los vínculos naturales que se forman de nuestras necesidades; cuando uno deja de amar á sus padres ó parientes, porque no le son ya necesarios, cesa tambien el amor á la patria.

Todo confirma la verdad de esta observacion. Un salvaje tiene mas apego á su choza que un príncipe á su palacio; y un montañes encuentra mas atractivos en su montaña, que el habitante de la

llanura en sus surcos. Preguntad á un pastor escoces si querria trocar su suerte por la del primer potentado de la tierra. Distante de su querida tribu, lleva á todas partes el recuerdo de ella; en todas partes pregunta por sus rebaños, sus torrentes y sus nubes. Solo aspira á comer pan de cebada, á beber leche de cabra, y cantar en el valle las tonadas que cantaban sus abuelos. Desfallece de pesar sino vuelve á su lugar nativo. Es una planta de la montaña, cuya raiz es preciso que crezca en la peña, y no puede prosperar sino la combaten los vientos y las lluvias: la tierra, los abrigos, y el sol de la llanura la dan muerte.

¡Con que alegría volverá á ver su techo de ramas! ¡Oh como visitará todas las santas reliquias de su indijencia!

Dulces tesoros, dice, prendas caras
Que á la envidia jamás ni á la mentira
Diste ocasion, yo corro á vos de nuevo,
Y cual de un sueño ó pesadilla triste
De estos palacios opulentos huyo.

¿Hay acaso alguno mas feliz que el esquimal en su espantosa patria? ¿Que son para él las flores de nuestros climas comparadas con las nieves del pais del Labrador, ni todos nuestros palacios al lado de su ahumada caverna? En la primavera se embarca con su esposa en un hielo flotante; arrastrado de las corrientes llega hasta el alta mar, á aquel trono del Dios de las tempestades. La montaña se mueve sobre las ondas con sus cumbres luminosas y sus

árboles de nieve; los lobos marinos se entregan al amor en sus valles, y las ballenas acompañan sus pasos sobre el Océano. El atrevido salvaje guarecido en su escollo movible, estrecha sobre su corazon á la mujer que Dios le ha dado, y encuentra con ella goces desconocidos en esta mezcla de deleites y peligros.

Pero este salvaje tiene, si bien se mira, poderosas razones para preferir su pais y su estado á los nuestros. Por degradada que os parezca su naturaleza, bien sea en él ó en las artes que practica, se conoce alguna cosa que descubre la dignidad del hombre. El europeo se pierde todos los dias en un navío, obra maestra de la industria humana, en la misma orilla en que el esquimal, flotando en una piel de becerro marino, se rie de todos los peligros. Unas veces oye bramar el Océano que cubre su cabeza á cien pies de altura; otras sube hasta los cielos encima de las olas; se divierte en ellas como un muchacho que se columpia sobre dos ramas unidas en las apacibles espesuras de un bosque. Colocando Dios aquel solitario en la rejion de las tempestades, le ha dado una señal de su dignidad real. »Anda, le dice, en medio del torbellino, anda, yo te eché desnudo sobre la tierra; mas á fin de que por miserable que seas no puedas desconocer tu destino, con una caña domarás los monstruos del mar, y pondrás bajo tus pies las tempestades."

Asi es como la Providencia, inspirándonos el amor á la patria, justifica siempre sus miras, y nosotros tenemos mil razones para amar á nuestro pais. Ja-

más olvida el árabe el pozo del camello, la gacela, y sobre todo el caballo, compañero de sus correrias. El negro se acuerda siempre de su casa, su azagaya, su bananero, y el sendero de la zebra y del elefante.

Cuentan que un grumete ingles habia tomado tanto afecto á un navío, á cuyo bordo habia nacido, que le era intolerable verse separado de él por un momento. Cuando le querian castigar, le amenazaban con echarle en tierra, y entonces iba á esconderse al fondo de cala dando gritos. ¿Quien habia dado á este marinerillo aquel cariño á una tabla combatida de los vientos? No eran ciertamente ningunas conveniencias puramente locales y físicas. ¿Era, pues, alguna conformidad moral entre el destino del hombre y el del navío? ¿O hallaba él, digámoslo asi, algun placer en concentrar sus penas y alegrías en su cuna? El corazon gusta naturalmente de recojerse dentro de sí mismo; cuanto menos se muestra por fuera, menos superficie presenta á las heridas: de aqui es que los hombres muy sensibles, como lo son jeneralmente los desgraciados, apetecen el retiro. Lo que el sentimiento gana en fuerza, lo pierde en estension; cuando la república romana terminaba en el monte Aventino, sus hijos morian alegres por ella; mas cesaron de amarla cuando sus límites llegaron hasta los Alpes y el Tauro. Alguna razon de esta naturaleza era sin duda la que fomentaba en el grumete ingles aquel amor que tenia al navío paternal: como pasajero desconocido en el Océano de la vida, veia sublevarse to-

dos los mares entre él y nuestros dolores: ¡cuan feliz era en no descubrir sino de lejos las tristes costas del mundo!

Entre los pueblos civilizados ha hecho prodijios el amor á la patria. En los designios de Dios hay siempre una mira: fundó en la naturaleza el cariño al lugar nativo, y el animal participa en cierto grado de este instinto con el hombre; pero este le lleva hasta mas lejos, y trasforma en virtud lo que no era mas que un sentimiento de conveniencia universal. Asi las leyes físicas y morales del universo, se aseguran por un encadenamiento admirable. Dudo que pueda ser posible tener una sola virtud verdadera y un solo verdadero talento sin amor á la patria: en la guerra esta patria hace prodijios, y en las letras formó á Homero y á Virjilio. El poeta ciego pinta con preferencia las costumbres de la Jonia donde nació, y el cisne de Mántua solo canta los recuerdos de su lugar nativo. Nacido en una cabaña, y arrojado de la herencia de sus abuelos, estas dos circunstancias parece que influyeron singularmente en su injenio: ellas le dieron aquel carácter melancólico que constituye una de sus principales gracias; recuerda continuamente sus acontecimientos, y vemos que *se acuerda siempre de aquel Argos* donde pasó su juventud.

Et dulces moriens reminiscitur Argos (1).

Pero la relijion cristiana fue la que dió al amor

(1) *Æn.* lib. x, v. 782.

de la patria su verdadera medida. Este sentimiento ocasionó delitos entre los antiguos, porque llegó hasta el esceso; mas el cristianismo hizo de él un amor *principal*, y no un amor *esclusivo:* ante todas cosas nos manda que seamos justos; quiere que amemos á la familia de Adan, pues ella es la nuestra, aunque nuestros conciudadanos tengan el primer derecho á nuestro afecto. Esta moral estaba desconocida antes de la mision del Lejislador de los cristianos, y es un error atreverse á decir que quiso aniquilar las pasiones, pues Dios no trató de destruir su obra. El Evanjelio no es la muerte del corazon, y sí su regla; es para nuestros sentimientos lo que el gusto en las bellas artes; suprime de ellos lo que pueden tener de exajerado, de falso, de comun y de trivial, y les deja lo que tienen de hermoso, de verdadero y de sábio. La relijion cristiana, bien entendida, no es otra cosa que la naturaleza primitiva, lavada de la mancha orijinal.

Cuando nos vemos lejos de nuestro pais, entonces sentimos con especialidad el instinto que nos une á él. A falta de realidad, procuramos lisonjearnos con sueños, porque el corazon es muy práctico en engaños; y todo el que se haya alimentado en el seno de la mujer, ha bebido en la copa de las ilusiones. A veces es una cabaña la que se finje y dispone como el hogar paterno; otras un bosque, un valle, ó una colina, á quienes se dan algunos de aquellos dulces nombres de la patria. Andrómaca da el nombre del *Simois* á un arroyo. ¡Oh que verdad tan tierna se encuentra en este *arroyuelo*, que re-

cuerda un *gran rio* de la tierra natal! Distantes de las orillas donde nacimos, parece que la naturaleza se disminuye, y solo es ya la sombra de la que hemos perdido.

Otro ardid del instinto de la patria, es el de dar suma importancia á un objeto de poco valor en sí mismo, pero que procede de ella, y el cual llevamos con nosotros al destierro. Parece que el alma se esparce hasta en las cosas inanimadas, que han sido partícipes de nuestro destino. Una parte de la vida queda ligada al lecho donde reposó nuestra dicha, y particularmente á aquel en que pasamos las vijilias de nuestras desgracias. Para pintar el pueblo aquella languidez que el alma esperimenta fuera de su patria, tiene cierta espresion enérjica que dice: *Este hombre tiene el mal del pais;* y es verdaderamente un mal que no tiene cura, sino restituyéndose á él. Pero por pocos años que dure la ausencia, ¿que se encuentra en los lugares donde hemos nacido? ¿Cuantos hombres existen de los que dejamos vivos? Aqui vemos sepulcros donde antes habia palacios; alli palacios donde antes habia sepulcros. El campo paternal se encuentra lleno de maleza ó surcado por un arado estraño; y el árbol á cuya sombra recibimos el primer alimento está por tierra.

Habia en la Luisiana una negra y una salvaje, esclavas en las casas de dos colonos vecinos. Cada una de ellas tenia un hijo; la negra una niña de dos años, y la india un niño de la misma edad, el cual murió. Habiéndose citado ambas desgraciadas

para reunirse en un sitio desierto, concurrieron á él tres noches consecutivas; la una llevaba su hijo muerto y la otra su hija viva; la una su *Manitú*, y la otra su *Fetiche*. No estrañaron el verse profesando una misma relijion, porque ambas eran miserables. La indiana hacia los honores de la soledad: »Este es el árbol de mi pais, decia á su amiga: siéntate para llorar." A continuacion, segun el uso de los salvajes en sus funerales, ponian sus hijos sobre una rama de catalpa, y los mecian juntos cantando las canciones de su pais. ¡Mas ¡ay! estos juegos maternales que tantas veces habian hecho dormir la inocencia, no podian despertar la muerte! Asi se consolaban aquellas dos mujeres, que habian perdido la una su hijo y su libertad, y la otra su libertad y su patria: las lágrimas sirven de consuelo. Se dice que un frances, forzado á huir de su patria durante la época del terror, con el poco dinero que le quedaba compró una barca en el Rin, y en ella se alojó con su mujer y sus dos hijos. Pero no teniendo ya mas caudal, no pudo contar con ninguna hospitalidad. Cuando le arrojaban de esta orilla, pasaba á fijarse á la opuesta sin estrañarlo ni quejarse, y muchas veces que se veia perseguido en ambas, iba á anclar en medio del rio. Se dedicaba á la pesca para poder mantener su familia, pero los hombres le disputaron aun este ausilio de la Providencia. Salia de noche á recojer alguna yerba seca con que hacer fuego, mientras que su mujer y familia pasaban hasta su regreso las mas mortales angustias. Forzada esta interesante familia á hacerse

salvaje entre cuatro naciones civilizadas, no tenia en el globo un solo palmo de terreno en que apoyar sus pies, y todo su consuelo se reducia á vivir fujitiva y errante en las cercanías de la Francia, respirando alguna vez el aire que iba de su patria amada.

Si se nos preguntára, ¿que lazos son esos tan fuertes que nos ligan al pais natal? difícil nos seria dar una respuesta satisfactoria. Será acaso la sonrisa de una madre, de un padre ó de una hermana; quizás la memoria de un preceptor viejo que nos educó, ó de los jóvenes compañeros de nuestra infancia; tal vez el recuerdo de los cuidados que debemos á una buena nodriza, ó aun anciano *criado*, parte tan esencial de la casa (*domus*); ó en fin, á otras circunstancias mas sencillas, y aun si se quiere las mas tribiales, cual son un perro que ladraba de noche en el campo, un ruiseñor que volvia todos los años al huerto, el nido de una golondrina junto á una ventana, el campanario de la iglesia que sobresalia por encima de los árboles, el tejo del cementerio, y el sepulcro gótico; pero estos pequeños medios manifiestan tanto mas la realidad de una Providencia, cuanto que no pudieran ser el oríjen del amor de la patria, y de las grandes virtudes que este amor enjendra, si un Ser supremo no lo hubiera asi ordenado.

LIBRO SEXTO.

Inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento.

CAPITULO PRIMERO.

DESEO DE LA FELICIDAD EN EL HOMBRE.

Cuando no hubiera mas pruebas de la existencia de Dios, que las maravillas de la naturaleza, estas pruebas son tan fuertes, que bastarian por sí solas para convencer á cualquier hombre que solo buscase la verdad. Pero si los que niegan la Providencia no pueden esplicar sin ella los milagros de la creacion, aun estarán mucho mas embarazados para responder á las objeciones de su propio corazon. Negando al Ser supremo, se ven obligados á negar tambien otra vida; pero sin embargo, su alma los ajita, se presenta, digámoslo asi, delante de ellos mismos, y á despecho de los sofistas, les fuerza á confesar su existencia y su inmortalidad.

Si el alma muere en el sepulcro, ¿de donde les viene el deseo de la felicidad que los atormenta? Todas nuestras pasiones se pueden saciar facilmen-

te en la tierra; el amor, la ambicion y la cólera, tienen una plenitud de gozo seguro. La necesidad de ser felices es la única que no tiene satisfaccion ni objeto; porque no se sabe qué cosa es esa felicidad que se desea. Preciso es, pues, confesar que si todo es *materia*, incurrió aqui la *naturaleza* en un error estraño, puesto que hizo un sentimiento sin objeto ni fin.

Es cierto que nuestra alma está pidiendo eternamente, y apenas ha logrado el objeto de su deseo, cuando otra vez vuelve á pedir, y el mundo no basta para satisfacerla. Lo infinito es el único campo que le convenga; gusta de perderse en los números, y de concebir las mas grandes como las mas pequeñas dimensiones. En suma, fastidiada y nunca satisfecha con cuanto ha devorado, se precipita en el seno de Dios, donde vienen á reunirse todas las ideas de lo infinito en perfeccion, en tiempo y en espacio; mas no se sumerje en el seno de la Divinidad, sino porque esta Divinidad está llena de tinieblas, *Deus absconditus* (1). Si el alma llegase á lograr una vista clara de ella, le desdeñaria igualmente que á todos los demas objetos adonde alcanza; y aun podria decirse que para ello tendria razon en cierto modo, porque si el alma conociera bien el principio entero de las cosas, seria superior á este principio, ó á lo menos le igualaria. No sucede con los seres intelectuales lo que con los físicos: un hombre puede comprender muy bien el po-

(1) Is. XLV, 15.

der de un rey sin serlo; pero el hombre que comprendiese á Dios, seria otro Dios.

Pues ahora bien: los animales no esperimentan inquietud con esta esperanza que manifiesta el corazon del hombre, y llegan al instante á su felicidad suprema; un poco de yerba satisface al cordero, y un poco de sangre sácia al tigre. Si uno sostuviese, como algunos filósofos, que la diversa conformidad de órganos ocasionaba toda la diferencia que hay entre nosotros y el bruto, se podria, cuando mas, admitir este razonamiento en los actos puramente materiales; pero ¿que conexion tiene mi mano con mi pensamiento, cuando en medio de la calma de la noche me abalanzo á todos esos espacios, para encontrar en ellos al Ordenador de tantos mundos? ¿Por que no hace el buey lo que yo? Bástanle sus ojos; pero aun cuando tuviera mis pies y mis brazos, de nada le servirian para ello. Puede echarse en la yerba, levantar la cabeza hasta los cielos, y llamar con sus bramidos al Ser desconocido que llena toda esta inmensidad. Pero no; prefiriendo el cesped que pisa, nada pregunta á esos millones de soles que son en lo mas alto del firmamento las grandes pruebas de la existencia de Dios. Es insensible á este espectáculo de la naturaleza, sin pensar que él mismo ha sido colocado bajo el árbol donde descansa como una leve prueba de la intelijencia divina.

Luego el hombre es la única criatura que sale de su esfera, digámoslo asi, y que no es para sí mismo su todo. Dícese que el pueblo está exento de

este sobresalto misterioso; en cuyo caso es sin duda menos desgraciado que nosotros, pues un penoso trabajo le distrae de sus deseos, y apaga con el sudor su sed de felicidad. Mas al verle afanado en los seis dias de la semana, para tener algun recreo en el séptimo; cuando aspirando siempre al descanso, y no encontrándole jamás, llega á la muerte sin cesar de desear, ¿quien diria que no participa de aquella secreta aspiracion que tienen todos los hombres á un bienestar desconocido? Si se pretende decir que á lo menos este deseo está limitado para él á las cosas terrenas, tampoco es cierto; y sino, dad al hombre mas pobre todos los tesoros del mundo, suspended sus trabajos, y satisfaced sus necesidades, y vereis que dentro de pocos meses se encuentra devorado de tedio, y esperando de nuevo.

Por otra parte: ¿quien duda que aun el pueblo, aunque miserable, conoce este deseo de felicidad que se estiende hasta mas allá de la vida? ¿De donde nace ese instinto melancólico que se advierte en el hombre rústico? Algunas veces le hemos visto solo á la puerta de su cabaña, en tanto que su familia ha ido á implorar á aquel gran segador que separa el *buen grano de la cizaña;* estaba atento al sonido de la campana en actitud pensativa, y que no se distraia con los pajaritos de la era vecina, ni menos con los insectos que susurraban á su alrededor. Aquella noble imájen del hombre, plantada como la estátua de un Dios en el umbral de una cabaña; aquella frente sublime, á pesar de estar poseida de cuidados; sus hombros cubiertos de una

negra cabellera, é indicando que se elevaba todavía como para sostener la bóveda del cielo, aunque agravados con el peso de la vida; todo aquel ser, digo, tan majestuoso aunque miserable, ¿no piensa nada, ó piensa solo en las cosas mundanas? ¡Ah! no es esta á la verdad la espresion de aquellos labios entreabiertos, de aquel cuerpo inmóvil, y de aquella vista fija en la tierra: seguramente está alli unida la memoria de Dios con el sonido de la campana relijiosa.

Pues sino podemos negar que el hombre espera hasta el sepulcro; si es cierto que todos los bienes de la tierra, en vez de satisfacer nuestros deseos, no hacen mas que ahuecar el alma y aumentar el vacío, preciso es convenir en que mas allá del tiempo hay alguna cosa. *Vincula hujus mundi*, dice San Agustin, *aspiritatem habent veram, jucunditatem falsam, certum dolorem, incertam voluptatem, durum laborem, timidam quietem, rem plenam miseriæ, spem beatitudinis inanem.* »El mundo tiene lazos llenos de una verdadera aspereza y de una falsa dulzura; dolores ciertos y placeres inciertos; un trabajo duro y un reposo inquieto; cosas llenas de miseria, y una esperanza vacía de felicidad (1)." Lejos de quejarnos de que se haya colocado en este mundo el deseo de felicidad y su término en el otro, admiremos en esto la bondad de Dios. Ya que es necesario salir de esta vida tarde ó temprano, la Providencia puso mas allá del término un embeleso

(1) Epist. 30.

que nos atrae, á fin de disminuirnos el terror del sepulcro: cuando una madre quiere hacer saltar á su hijo una barrera, le enseña del otro lado una cosa que le gusta, para obligarle á pasar.

CAPITULO II.

Del remordimiento y de la conciencia.

La conciencia nos suministra otra prueba de la inmortalidad de nuestra alma. Cada hombre tiene en lo íntimo de su corazon un tribunal donde empieza á juzgarse á sí mismo, entre tanto que el Arbitro soberano no confirme la sentencia: pues si el vicio no es mas que una consecuencia física de nuestra organizacion, ¿de donde nace ese desasosiego que turba los dias de una prosperidad culpable? ¿como es el remordimiento tan terrible, que prefiere sujetarse á la pobreza y á todo el rigor de la virtud, mas bien que adquirir bienes ilejítimos? ¿Por que hay una voz en la sangre, y una palabra en la piedra? El tigre despedaza su presa, y duerme; el hombre se hace homicida, y vela. Busca los lugares solitarios, y sin embargo la soledad le espanta; anda alrededor de los sepulcros, y no obstante le dan miedo. Su mirada es inquieta; no se atreve á fijar la vista en la pared de la sala del banquete, temiendo leer en ella caractéres funestos. Parece que sus sentidos se hacen mas sutiles para atormentarle; en medio de la noche ve luces que le amenazan; el fétido olor de la matanza y de la sangre le sigue á todas partes; percibe el gusto del

veneno hasta en los manjares que él mismo se ha preparado; su oido sumamente sutil siente ruidos donde todo el mundo solo advierte silencio, y abrazando á su amigo, le parece que tiene debajo de sus vestidos un puñal oculto.

¡O conciencia! ¿seria posible que solo fueses una fantasma de la imajinacion, ó el miedo de los castigos de los hombres? A mí mismo me pregunto: »Si con solo el deseo pudieras matar un hombre en la China, y heredar sus bienes en Europa, con certeza sobrenatural de que no se sabria jamás, ¿consentirias en realizar este deseo?" Por mas que yo exajere mi indijencia; por mas que quiera disminuir este homicidio, suponiendo que en virtud de de mi deseo muere el chino de repente sin dolor; que no tenia heredero, y que aun á su muerte el estado perderia sus bienes; por mas que me figure á este estranjero acosado de dolencias y pesares, y por mas que me persuada de que la muerte es un beneficio para él; que él mismo la llama, y que ya no le queda mas que un instante de vida; á pesar de todos mis vanos subterfujios, oigo en el fondo de mi corazon una voz que grita tan fuertemente contra el solo pensamiento de semejante suposicion, que no puedo dudar un instante de la realidad de la conciencia.

Es, pues, una triste necesidad el verse obligado á negar los remordimientos, para negar la inmortalidad del alma y la existencia de un Dios vengador; y sin embargo no ignoramos, que el ateismo, llevado hasta el estremo, recurre á esta negacion vergonzo-

sa. En el parasismo de la gota esclama el sofista: »¡Oh dolor! ¡jamás confesaré que eres un mal!" Y aun cuando fuese cierto que hubiese hombres tan desgraciados que ahogasen el grito de la conciencia, ¿que se probaria con esto? No juzguemos al que tiene el uso de todos sus miembros, por el paralítico que no puede hacer uso de todos los suyos: el delito cuando llega á su último grado, es un veneno que cauteriza la conciencia: trastornando la relijion, se destruye el único medio que podia resucitar la sensibilidad en las partes muertas del corazon. Esta admirable relijion de Jesucristo era una especie de suplemento á lo que faltaba á los hombres. Si uno se hacia culpable *por esceso*, por demasiada prosperidad, ó por impetuosidad de jenio, alli estaba ella para advertirnos la inconstancia de la fortuna, y el peligro de la cólera. Si era, al contrario, *por defecto*, hallándose espuestos por falta de bienes, ó por tibieza de alma, entonces ella misma nos enseñaba á despreciar las riquezas, al mismo tiempo que *daba fervor* á nuestra frialdad, y nos daba, digámoslo asi, pasiones. Sobre todo, con el delincuente su caridad era inagotable: no habia hombre tan pecador que no le admitiese al arrepentimiento, ni leproso tan asqueroso á quien no tocase con sus manos puras. Para lo pasado no pedia mas que el remordimiento, y para lo futuro solo exijia una virtud: *Ubi autem abundavit delictum*, decia, *superabundavit gratia*. La gracia ha superabundado donde abundó el delito (1). Jesucristo, siempre pronto para avisar al pecador,

(1) Rom. c. v, v. 20.

estableció su relijion como una segunda conciencia para el culpado endurecido, que hubiese tenido la desgracia de perder la conciencia natural; conciencia evanjélica llena de compasion y de dulzura, y á la cual concedió Jesucristo el derecho de hacer gracia, que no tiene la primera.

Habiendo hablado de los remordimientos que siguen al crímen, inútil seria hablar de la satisfaccion que acompaña á la virtud. El contento interior que el hombre esperimenta cuando hace una buena obra, no es una combinacion de la materia, asi como el remordimiento de la conciencia cuando se comete una mala accion, no es efecto del miedo á las leyes. Si los sofistas sostienen que la virtud no es mas que un amor propio disfrazado, y la piedad únicamente el amor de sí mismo, les podemos preguntar, si no han sentido nada en sus entrañas despues de haber aliviado á un desgraciado, ó si es el miedo de caer de nuevo en la infancia lo que les enternece al ver la inocencia de un recien nacido. La virtud y las lágrimas son para los hombres el orijen de la esperanza, y el fundamento y base de la fe: ¿como, pues, creerá en un Dios el que no cree en la realidad de la virtud, ni á la verdad de las lágrimas?

Creeria hacer un agravio á los lectores, si me detuviera á demostrar cómo se prueba la inmortalidad del alma y la existencia de Dios, por esta voz interior llamada conciencia. »Hay en el hombre, dice Ciceron (1), un poder que lleva al bien y le

(1) *Ad. Attic.*, XII, 28, trad. de d'Olivet.

aparta del mal, que no solo es anterior al nacimiento de los pueblos y de las ciudades, sino tan antiguo, como el mismo Dios, por quien subsisten y son gobernados el cielo y la tierra; porque la razon es un atributo esencial de la intelijencia divina; y esta razon que hay en Dios, determina necesariamente lo que es vicio y lo que es virtud.»

CAPITULO III.

NO HAY MORAL SINO HAY OTRA VIDA.

Presuncion en favor del alma, sacada del respeto del hombre á los sepulcros.

La moral es la base de la sociedad; porque si todo en nosotros es materia, no hay realmente vicio ni virtud, y por consecuencia tampoco hay moral. Nuestras leyes siempre *relativas y mudables*, no pueden servir de punto de apoyo á la moral, siempre *absoluta é inalterable*: es preciso, pues, que tenga su oríjen en un mundo mas estable que éste, y garantias mas seguras que unas recompensas precarias, ó unos castigos pasajeros. Algunos filósofos han creido que la relijion ha sido *inventada* para sostenerla; pero no han advertido que tomaban el efecto por la causa. No es la relijion la que se deriva de la moral, sino la moral la que nace de la relijion; porque es indudable, como acabo de decir, que la moral no puede tener su principio en el hombre *físico*, ó en la simple *materia*; porque cuando los hom-

bres llegan á perder la idea de Dios, se precipitan á todos los delitos, á pesar de las leyes y de los verdugos.

Una relijion que ha tratado de elevarse sobre las ruinas del cristianismo, y que ha creido obrar mejor que el Evanjelio, ha intentado dar á nuestras iglesias este precepto del Decálogo: *Hijos, honrad á vuestros padres.* Y *¿por que los teofilántropos* han suprimido la última parte del precepto, *para que vivais largo tiempo?* Porque una miseria secreta les ha enseñado, que el hombre que nada tiene, nada puede dar. ¿Como podia prometer años quien no tiene seguros dos momentos de vida? ¡Tú me haces un presente de la vida, se le podia decir, y no ves que te conviertes en polvo! Me aseguras como Jehovah una larga existencia; mas ¿tienes tú como él la eternidad para sacar dias de ella? ¡Imprudente! Ni la hora en que vives está en tu mano, ni posees como propio mas que la muerte. ¿Que sacarás, pues, del fondo de tu sepultura, sino la nada para recompensar mi virtud?

En fin, existe otra prueba moral de la inmortalidad del alma, sobre la cual es preciso aun insistir, y es la veneracion que tienen los hombres á los sepulcros. Alli, por un encanto invencible, la vida es inseparable de la muerte; alli la naturaleza humana se muestra superior al resto de la creacion, y ostenta sus altos destinos. ¿Conocen acaso el féretro los brutos, ó pierden el sosiego por sus cenizas? ¿Que impresion les hacen los huesos de sus padres? O por mejor decir, ¿saben quien es su

padre cuando han pasado las necesidades de la infancia? ¿De donde, pues, nos viene la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Merecerán nuestros homenajes algunos átomos de polvo? No, seguramente: respetamos las cenizas de nuestros antepasados, porque una voz secreta nos dice que no está muerto todo en ellos, y esta voz es la que consagra el culto fúnebre entre todos los pueblos de la tierra; todos están igualmente persuadidos de que no es duradero el sueño, aun en el sepulcro, y que la muerte es únicamente una transformacion gloriosa.

CAPITULO IV.

De algunas objeciones.

Sin internarme demasiado en las pruebas metafísicas, que omito de intento, procuraré de responder únicamente á algunas objeciones que continuamente se reproducen.

Habiendo asegurado Ciceron, siguiendo á Platon, que no hay ningun pueblo donde no se halle alguna nocion de la Divinidad, los incrédulos modernos niegan este sentimiento universal de las naciones, que los filósofos antiguos miraban como una ley de la naturaleza, y sostienen que ciertos salvajes no tienen conocimiento alguno de Dios.

Los ateos se atormentan en vano por ocultar la debilidad de su causa. Lo único que resulta de todos sus argumentos es que su sistema no se fun-

da sino sobre *escepciones*, al paso que el deismo sigue la *regla jeneral*. Si se dice que el jénero humano cree en Dios, el incrédulo os opone al instante tales salvajes, tal persona, ó bien á sí mismo. Si se sostiene que el acaso no ha podido formar el mundo, porque en él solo hubiera habido una suerte favorable, entre tantas imposibilidades incalculables, el incrédulo conviene en esto; pero responde que *esta contingencia posible y esta suerte existian*; y de este modo raciocinan en todo lo demas. De modo, que para el ateo la naturaleza es un libro en que la verdad se halla siempre en la nota y jamás en el texto; una lengua cuyos barbarismos forman por sí solos la esencia y el jenio.

Cuando se llega por otra parte á examinar estas pretendidas escepciones, se descubre que dependen de causas locales, ó que están comprendidas tambien en la ley establecida. Aqui, por ejemplo, es falso que haya salvajes que no tengan nocion alguna de la Divinidad. Los viajeros que aseguraron este hecho han sido desmentidos por otros viajeros mejor instruidos. Entre los incrédulos *de los bosques* se habian citado las hordas del Canadá: yo he visto á estos sofistas de *choza*, que debian haber aprendido en el libro de la naturaleza, como nuestros sofistas en los suyos, que no hay Dios ni otra vida para el hombre; y puedo asegurar que aquellos indios son unos bárbaros absurdos, que ven el alma de un niño en una paloma, ó en un ramillete de sensitivas. Entre ellos son las madres tan insansatas, que derraman su leche en la sepultura de sus hijos, y po-

nen al hombre en el sepulcro en la misma postura que tenia en el seno materno. ¿Lo harán acaso para enseñar que la muerte es tan solo una segunda madre que nos pare para otra vida? Jamás hará el ateismo grandes progresos en estos pueblos que deben á la Providencia su morada, su vestido y alimento; y aconsejo á los incrédulos que no se fien de estos aliados corrompidos, que reciben secretamente ofrendas del enemigo.

Otra objecion:

»Puesto que el espíritu crece y mengua con la »edad, y sigue todas las alteraciones de la materia, »será de una naturaleza material, y de consiguien»te *divisible* y sujeto á perecer."

O el espíritu y el cuerpo son dos entes diferentes, ó uno solo: si *dos*, preciso es confesar que el espíritu está encerrado en el cuerpo, resultando de esto, que en el largo tiempo que dura esta union, el espíritu estará sujeto hasta cierto punto á los lazos que le unen. Parecerá que se eleva ó abate en proporcion del cuerpo que le contiene.

La objecion, pues, no subsiste en la hipótesis de que el espíritu y el cuerpo se consideren como *dos sustancias distintas*.

En la suposicion vuestra de que el alma y cuerpo no son mas que *uno y todo*, que participan de la misma vida y muerte, *estais obligados á probar la asercion*. Pero ya está demostrado hace algun tiempo, que el espíritu se diferencia esencialmente del *movimiento* y de las otras propiedades de la materia, porque no es *estenso ni divisible*.

Asi queda destruido el fundamento de la objecion, pues todo se reduce á saber si la materia y el pensamiento son una misma cosa, lo que no se puede sostener sin caer en el absurdo.

Ni ha de imajinarse ademas de esto, que haciendo uso de la prescripcion para evadirse de esta dificultad, sea imposible combatirla en el fondo. Es probable que al mismo tiempo que el espíritu parece que sigue los accidentes del cuerpo, conserva los caractéres distintivos de su esencia. Los ateos, por ejemplo, presentan como un triunfo la locura, las heridas del celebro, y las fiebres delirantes, y queriendo apoyar asi su sistema, estos hombres se ven precisados á tomar como ausiliares de su causa todas las desgracias de la humanidad. Y bien, ¿que demuestran en sustancia esas fiebres y esa locura que el ateismo, es decir, el jenio del mal, llama con razon en prueba de su realidad? Yo veo una *imajinacion* desarreglada, pero un entendimiento *arreglado*. El loco y el enfermo distinguen objetos que *no existen*; pero ¿acaso es falso su raciocinio sobre estos objetos? No por cierto: antes bien deducen de una causa enferma consecuencias sanas.

Lo mismo sucede á un hombre calenturiento; su alma se encuentra ofuscada en la parte que se presentan las imájenes, porque la enfermedad de los sentidos le transmite únicamente nociones engañosas; mas no obstante, la rejion de las ideas queda entera é inalterable. Y asi como un fuego que da pábulo á una materia vil, no por eso deja de ser fuego puro, aunque sustentado de alimentos impu-

ros; del mismo modo el pensamiento, que es una llama inmortal, sale incorruptible del medio de la corrupcion y de la muerte.

En cuanto á la influencia de los climas sobre el espíritu, cosa que tambien se ha alegado como una prueba de la materialidad del pensamiento, ruego á los lectores que presten atencion á nuestra respuesta, atendiendo á que en lugar de resolver una simple objecion, voy á deducir de ella misma otra prueba de la inmortalidad del alma.

Se ha notado que en el septentrion y el Mediodía se muestra mas fuerte la naturaleza: entre los trópicos es donde se hallan los mas corpulentos cuadrúpedos, los mas poderosos réptiles, las aves mas grandes, los rios mas caudalosos, y las mas altas montañas. En las rejiones del Norte es donde viven los mas enormes cetaceos, donde se hallan las desmesuradas ovas, y *el ajigantado pino*. Si todo esto es efecto de la materia, de la combinacion de los elementos, de la fuerza del sol, del resultado del frio y del calor, de la sequedad y humedad, ¿como es que el hombre es el único esceptuado de la ley jeneral? ¿Por que su capacidad física y moral no se dilata como la del elefante bajo la línea, y de la ballena bajo el polo? ¿Se dirá que es un animal de todos los paises, como el buey? Pero este conserva su instinto en todos los climas, y con respecto al hombre, vemos una cosa muy diferente.

Lejos de seguir la ley jeneral de los seres, lejos de fortificarse donde la materia se supone mas activa, el hombre se debilita en razon del mayor po-

der de la creacion animal que le rodea. El indio, el peruviano y el negro en el Mediodía; el esquimal y el lapon en el Norte, son una prueba de ello. Aun hay mas: la América, donde con la mezcla de tierras y aguas adquiere la vejetacion todo el vigor de una tierra vírjen, es no obstante perjudicial á las castas de hombres, aunque lo vaya siendo cada dia menos, á causa de la debilidad del principio material. El hombre solo tiene toda su enerjía en las rejiones donde los elementos menos activos dejan el curso mas libre al pensamiento, y donde este pensamiento, digámoslo asi, despojado de su vestido terreno, no es embarazado en ninguno de sus movimientos, ni en ninguna de sus facultades.

Es preciso, pues, que reconozcamos aqui alguna cosa que se halla en oposicion directa con la naturaleza pasiva, y esta cosa es nuestra alma inmortal. Ella repugna á las operaciones de la materia; enferma, y queda débil cuando está demasiado afectada. Tal estado de languidez del alma, ocasiona por su parte la debilidad del cuerpo, y éste que si estuviera solo hubiera prosperado con el calor del sol, se ve contrariado por el abatimiento del ánimo. Si se dijese, por el contrario, que no pudiendo sufrir el cuerpo los estremos del frio y del calor, hacia dejenerar el alma, dejenerando él mismo tambien, seria tomar otra vez el efecto por la causa. No es el vaso el que obra sobre el líquido, y sí el líquido sobre el vaso; de manera que esos pretendidos efectos del cuerpo sobre el alma, son los efectos del alma sobre el cuerpo.

La doble debilidad mental y física de los pueblos del Norte y del Mediodía, y la melancolía de que parece que están poseidos, á mi ver no pueden atribuirse á unas fibras ó muy laxas ó muy tirantes, puesto que los mismos accidentes no producen el mismo efecto en las zonas templadas; esta afeccion lamentable de los habitantes del polo y de los trópicos, es una verdadera tristeza intelectual, producida de la posicion del alma, y sus combates contra las fuerzas de la materia. Asi, pues, no solamente manifestó Dios su sabiduría por las ventajas que resultan al globo de la diversidad de latitudes, sino que colocando tambien al hombre en esta escala, nos demostró casi matemáticamente la inmortalidad de nuestra esencia, en razon de que el alma se deja sentir mas, alli donde menos obra la materia, y el hombre disminuye donde el bruto aumenta.

Toquemos la última objecion:

»Si la idea de Dios está naturalmente impresa »en nuestras almas, debe preceder á la educacion, »prevenir el raciocinio y manifestarse desde la in- »fancia: es asi que los niños no tienen idea de »Dios; luego, &c."

Siendo Dios *espíritu*, y no pudiendo ser entendido sino del *espíritu*, un niño en quien aun no está desarrollado el pensamiento, no podrá concebir el Ser soberano. No pidamos, pues, al corazon su funcion mas noble cuando no está acabado, cuando está todavía en manos del operario la obra maravillosa.

Ademas, puede sostenerse que el niño tiene á

lo menos el *instinto* de su Criador. Pudiéramos alegar en testimonio sus pequeños desvaríos, sus inquietudes, sus miedos de noche, y su inclinacion á levantar los ojos hácia el cielo. Ved como este niño, juntando sus inocentes manecitas, repite con su madre una oracion á su *Dios*. ¿Por que razon este anjelito de la tierra, tartamudea con tanto amor y pureza el nombre de aquel Ser supremo á quien no conoce?

Mirad á ese recien nacido que trae en sus brazos la nodriza. ¿Que es lo que ha dicho para causar tanta alegría á aquel venerable viejo, á ese hombre hecho, y á esa mujer? Unicamente dos ó tres sílabas medio formadas, que nadie entendió; y ve aqui enajenados de gozo unos seres racionales, desde el abuelo, que sabe todas las cosas de la vida, hasta su jóven madre, que aun las ignora. ¿Quien, pues, ha puesto este poder en la palabra del hombre? ¿Por que os conmueve, pues, tan imperiosamente el sonido de una voz humana? Lo que os subyuga aqui, es un misterio que pertenece á causas mas sublimes que el interes que se puede tener en la edad de este niño; alguna cosa os está diciendo que esas palabras mal articuladas son los primeros destellos y ensayos de una idea inmortal.

CAPITULO V.

Peligros é inutilidad del eteismo.

Hay dos clases de ateos muy distintos: los primeros consiguientes en sus principios, declaran sin

vacilar que no hay Dios, ni alma, ni por consecuencia diferencia esencial entre el bien y el mal; que el mundo pertenece á los mas fuertes, y á los mas diestros, &c. Los segundos, que son los hombres de bien del ateismo, son los hipócritas de la incredulidad; personajes obsurdos, que con una finjida dulzura cometieran todos los escesos para sostener su sistema, y os dirian, *hermano mio*, clavándoos el puñal; á cada instante repiten las palabras sagradas de moral y de humanidad, y son triplemente perversos; porque á los vicios del ateo agregan la intolerancia del sectario y el amor propio de un autor.

Pretenden estos hombres, que el ateismo no destruye la felicidad ni la virtud, y que no hay condicion alguna donde no sea tan provechoso ser incrédulo como ser relijioso: esto es lo que vamos á examinar.

Si se ha de estimar una cosa segun su mayor ó menor utilidad, es muy despreciable el ateismo, porque no es bueno para nadie.

Recorramos la vida humana: comencemos por los pobres y los desgraciados que componen la mayoría en la tierra. Ahora bien, innumerable familia de los miserables, ¿es acaso útil para vosotros el ateismo? Responded. ¡Que! ¡nadie responde! ¡ni uno siquiera! ¡Solo advierto un cántico de esperanza y de suspiros que se dirijen hácia el Señor! Estos creen: pasemos á los dichosos.

Me parece que el hombre feliz no tiene interes alguno en ser ateo. ¡Por que es tan dulce pensar

que sus dias se prolongarán mas allá de la vida! ¡Con que desesperacion no dejaria este mundo, si creyera verse separado para siempre de la felicidad! En vano se acumularian sobre su cabeza todos los bienes del siglo, pues solo servirian para hacerle mas horrible su nada. El rico puede tambien estar seguro de que la relijion aumentará sus placeres, mezclando en ellos una terneza inefable: no se endurecerá su corazon, ni le saciará su goce, que es el escollo inevitable de las largas prosperidades. La relijion evita la ceguedad del alma, y esto es lo que significaba aquel óleo santo con que el cristianismo consagraba á los reyes, la juventud y la muerte, para impedir que fuesen estériles.

El guerrero se arroja al combate. ¿Si será ateo ese hijo de la gloria? El que busca una vida sin fin, ¿temerá la muerte? ¡Apareced sobre vuestras nubes tronadoras innumerables soldados, antiguas lejiones de la patria! ¡O vosotras, famosas milicias de la Francia, y al presente milicias del cielo, presentaos! Decid á los héroes de nuestra edad desde lo alto de la ciudad santa, que el valiente no está todo entero en el sepulcro, y que despues de él queda alguna cosa mas que una vana fama.

Los famosos capitanes de la antigüedad son memorables por su relijion: Epaminondas, libertador de su patria, era tenido por el hombre mas relijioso: Jenofonte, aquel guerrero filósofo, era el modelo de la piedad: Alejandro, eterno ejemplo de los conquistadores, se llamaba hijo de Júpiter. Entre los romanos, los antiguos cónsules de la repú-

blica, Cincinato, Fábio, Papirio Cursor, Paulo, Emilio y Scipion, solo fundaban su esperanza en la divinidad del Capitolio: Pompeyo iba á los combates invocando la asistencia divina: César pretendia descender de una dinastía celestial: Caton, su rival, estaba convencido de la inmortalidad del alma: Bruto, su asesino, creia en las potencias sobrenaturales; y Augusto, su sucesor, no reinó sino en nombre de los dioses.

Y entre las naciones modernas, ¿era acaso incrédulo aquel fiero Sicambro, vencedor de Roma y de las Galias, aquel que postrándose á los pies de un sacerdote, echaba los cimientos del imperio frances? ¿Era acaso incrédulo San Luis, árbitro de los reyes, y reverenciado de los mismos infieles? Du Guesclin, cuyo ataud conquistaba las ciudades; Bayardo, caballero sin miedo y sin mancilla; el viejo condestable de Montmorency, que rezaba el rosario en medio de los campos, ¿eran acaso hombres sin fe? ¡O tiempos mas maravillosos aun, en que un Bossuet restituia á un Turena al seno de la iglesia!

No hay carácter mas admirable que el del héroe cristiano: el pueblo á quien defiende le mira como su padre; proteje al labrador y sus cosechas; aleja las injurias, y es como un ánjel de la guerra que Dios envia para mitigar su azote. Las ciudades abren sus puertas con sola la fama de su justicia, y las altas murallas caen delante de sus virtudes; es el amor del soldado y el ídolo de las naciones; une al valor guerrero la caridad evanjélica; su conversacion conmueve é instruye, y sus palabras tienen

una gracia de perfecta sencillez: causa admiracion hallar tanta dulzura en un hombre acostumbrado á vivir en medio de los peligros; de este modo se oculta la miel bajo la corteza de una encina que ha desafiado las tempestades.

Concluyamos, pues, que el ateismo, bajo ningun aspecto, es bueno para el guerrero.

Tampoco vemos que sea mas útil en los diversos estados de la naturaleza, que en las condiciones de la sociedad. Si la moral se funda toda en el dogma de la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma, un padre, un hijo, un esposo, y una esposa, no tienen interes alguno en ser incrédulos. ¡Ah! ¿como se concebirá, por ejemplo, que una mujer pueda ser atea? ¿Quien apoyará esta caña, si la relijion no sostiene su frajilidad? Es un ser el mas débil de la naturaleza, á punto siempre de morir, ó de perder sus encantos; ¿y quien sostendrá á este frájil ser, que se sonrie, y muere, si su esperanza no se estiende mas allá de una existencia efímera? Aunque no fuera mas que por el interes de su hermosura, debia la mujer ser piadosa. La dulzura, la sumision, la amenidad y la terneza, son una parte de los embelesos que el Criador prodigó á nuestra primera madre, y la filosofía es mortífera á esta especie de atractivos.

La mujer que tiene naturalmente el instinto del misterio, que gusta de cubrirse, que nunca muestra sino la mitad de sus gracias y pensamientos, que se la puede adivinar, mas no conocer, que como madre y como vírjen está llena de secretos, que

seduce sobre todo con su ignorancia, y que el cielo formó para la virtud y el sentimiento mas misteriosos, el pudor y el amor; esta mujer, renunciando al dulce instinto de su sexo, ¡irá con una mano débil y temeraria á levantar el espeso velo que cubre la Divinidad! ¿A quien pensaria agradar con este esfuerzo sacrílego? ¿Creeria darnos acaso una grande idea de su injenio, uniendo sus ridículas blasfemias y su vana metafísica á las imprecaciones de Espinosa y á los sofismas de Bayle? sin duda no tendrá el designio de elejir un esposo; porque, ¿que hombre de juicio querria casarse con una impía?

La esposa incrédula rara vez tiene idea de sus deberes; pasa sus dias raciocinando sobre la virtud sin practicarla, ó siguiendo sus placeres en el torbellino del mundo. Su cabeza está vacía, su alma hueca, el tedio la devora, y no tiene Dios ni cuidados domésticos para llenar el abismo de sus momentos.

El dia de la venganza se aproxima; llega el tiempo trayendo de la mano á la vejez; el espectro con canas, espaldas encorvadas y manos yertas, se sienta en el umbral de la casa de la mujer incrédula: ésta le ve, y da un grito. Pero ¿quien puede oir su voz? ¿Será su esposo? ¡ya no lo tiene! Hace mucho tiempo que se alejó éste del teatro de su deshonra. ¿Son acaso sus hijos? Mas perdidos por una educacion impía y por el ejemplo maternal, se cuidan poco ó nada de su madre. Si mira á lo pasado, no ve mas que un desierto, donde sus virtudes no han dejado huella alguna. Por la vez primera su

triste pensamiento se dirije al cielo, y comienza á creer que le hubiera sido mas dulce tener una relijion. ¡Sentimiento inútil! El último castigo del ateismo en este mundo, es desear la fe sin poderla conseguir. Cuando al fin de su carrera reconoce las mentiras de una falsa filosofía; cuando la nada, como un astro funesto, empieza á descubrirse sobre el horizonte de la muerte, entonces querria volverse á Dios, pero ya no es tiempo. El espíritu embrutecido por la incredulidad desecha toda conviccion. ¡Oh! ¡que profunda es la soledad cuando la Divinidad y los hombres se retiran á un mismo tiempo! Muere por fin esta mujer; espira entre los brazos de una criada mercenaria ó de un hombre harto de sufrirla, que cree haber resistido á la enfermedad demasiado tiempo, y un mal ataud encierra dentro de sí á la desdichada. No se ve en sus funerales ni una hija desmelenada, ni yernos, ni nietos llorando, digna pompa que con la bendicion del pueblo, y el canto de los sacerdotes, acompaña hasta el sepulcro á la madre de familias. Unicamente puede suceder que algun hijo desconocido, que ignore el verdadero secreto de su triste nacimiento, encuentre por casualidad el entierro, y estrañando el abandono de aquel féretro, pregunte el nombre del difunto á los que le conducen, y van á arrojar á los gusanos el cadáver que les fue prometido por la mujer atea.

¡Cuan otra es la suerte de la mujer relijiosa! Sus ideas están rodeadas de alegría, y su vida llena de amor; su esposo, sus hijos y sus criados la respetan y estiman; todos depositan en ella una ciega

confianza, porque creen firmemente en la fidelidad de aquella que es fiel á su Dios. La fe de esta cristiana se fortifica por su felicidad, y su felicidad por su fe; cree en Dios, porque es dichosa, y es dichosa, porque cree en Dios. ¡Ah! Basta que una madre vea sonreirse á su hijo para convencerse de que existe en alguna parte una felicidad suprema. La bondad de la Providencia se muestra entera en la cuna del hombre. ¡Que consonancias tan tiernas! Y ¿no serán ellas mas que el efecto de una materia insensible? Nace el niño, y el pecho de su madre se llena al punto; la boca del tierno convidado no está armada, á fin de que no pueda herir la copa del banquete maternal; crece, y la leche se hace mas nutritiva; se le desteta, y se agota la maravillosa fuente. Esta mujer tan débil adquiere de repente unas fuerzas, que la hacen sobrellevar las fatigas que no podria resistir el hombre mas robusto. ¿Quien la despierta á media noche, al mismo tiempo que su hijuelo va á pedirle su acostumbrado alimento? ¿De donde le viene aquella destreza que nunca tuvo? ¿Como toca á esta tierna flor sin ajarla? Sus cuidados parece que son el fruto de la esperiencia de toda su vida, y sin embargo este es su primojénito. El menor ruido espantaba á la doncella; pero ¿donde están los ejércitos, los rayos y los peligros que harán poner pálida á la madre? En otro tiempo necesitaba esta mujer un alimento delicado, una ropa delicada y una blanda cama: el mas leve movimiento le incomodaba; pero ahora un pan moreno, una cama de paja, las lluvias y los vientos, nada la

incomodan, con tal que tenga en su pecho una gota de leche para alimentar á su hijo, y entre sus harapos una punta de mantilla para cubrirle.

Siendo esto asi, seria preciso estar muy obstinado para no abrazar el partido, donde no solamente la razon halla las mayores pruebas, sino donde la moral, la felicidad, la esperanza, el mismo instinto, y todos los deseos del alma nos conducen naturalmente; porque si fuese cierto, como es falso, que el espíritu tiene la balanza igual entre Dios y el ateismo, tambien lo seria que se inclinaria mucho mas hácia el primero; porque ademas de la mitad de su razon, pone el hombre en la parte de Dios todo el peso de su corazon.

Nos convencerenos completamente de esta verdad, si examinamos el modo con que el ateismo y la relijion proceden en sus demostraciones.

La relijion solo se vale de las pruebas jenerales, solo juzga por el órden de los cielos y las leyes inmutables del universo; únicamente ve las gracias de la naturaleza, los instintos encantadores de los animales, y sus bellas relaciones con el hombre.

El ateismo solo presenta vergonzosas escepciones; solo advierte desórdenes, lagunas impuras, volcanes y bestias dañinas; y como si intentara esconderse en el cieno, pregunta á los reptiles é insectos, á fin de que le suministren pruebas contra Dios.

La relijion habla únicamente de la grandeza y hermosura del hombre.

El ateismo solo os ofrece lepra y peste.

La relijion deduce sus razones de la sensibilidad del alma, de los vínculos mas dulces de la vida, de la piedad, del amor conyugal, y de la ternura materna.

El ateismo todo lo reduce al instinto del bruto, y, por primer argumento de su sistema, presenta un corazon al que nada puede conmover.

Por último, en el culto cristiano se nos asegura, que tendrán fin nuestros males; se nos consuela, se enjugan nuestras lágrimas, y se nos promete una vida futura.

En el culto del ateo los dolores humanos hacen humear el incienso, la muerte es el sacrificador, el altar un féretro, y la nada la divinidad.

CAPITULO VI.

FIN DE LOS DOGMAS DEL CRISTIANISMO.

Estado de las penas y recompensas en la otra vida. Eliseo antiguo, &c.

Una vez reconocida la existencia de un Ser supremo, y concedida la inmortalidad del alma, ya no hay dificultad con respecto al fondo, en admitir un estado de recompensas y castigos despues de esta vida, porque los dos primeros dogmas traen consigo el tercero por una consecuencia forzosa. No se trata, pues, sino de hacer ver cuán moral y poético es esto en las opiniones cristianas, y cuán superior se mues-

tra aqui la relijion evanjélica á todos los cultos de la tierra.

En el eliseo de los antiguos solo se encuentran héroes y hombres que fueron dichosos ó brillaron en el mundo; mas los niños, los eslavos y los hombres oscuros (es decir, la desgracia y la inocencia) estaban desterrados á los infiernos. ¡Y que recompensa seria para la virtud aquellos banquetes y bailes, cuya eterna duracion bastarian para hacer de ellos uno de los tormentos del Tártaro!

Mahoma promete otros placeres: su paraiso es una tierra de almizcle y de la arina mas pura de trigo, regada por el rio de la vida y el Acawtar, rio que nace bajo las raices del *Tuba*, ó el árbol de la felicidad. Bajo palmas de oro murmullan unas fuentes, cuyas grutas son de ambar gris, y sus márjenes de aloes. En las orillas de un lago cuadrangular reposan mil copas hechas de estrellas, de las cuales hacen uso las almas predestinadas para sacar el agua. Los elejidos sentados sobre un tapiz de seda á la entrada de las tiendas, comen el globo terrestre convertido por Allah en una delicadísima tortada. Unos eunucos y setenta y dos doncellas de negros ojos, les sirven en trecientos platos de oro el pez Nun, y las costillas del búfalo Balan. El ánjel Israfil entona melodiosos cánticos; los jóvenes inmortales unen sus voces á estos conciertos, y las almas de los poetas virtuosos, retiradas en la *glotis* de ciertas aves que revolotean por *el árbol de la felicidad*, acompañan el coro celeste, mientras que á impulso de un viento que sale del trono de Dios, se

mueven con mucha melodía unas campanas de cristal colgadas de palmeras de oro (1).

Los placeres del cielo de los escandinavos eran sangrientos, mas se advertia cierta grandeza en las delicias atribuidas á las sombras guerreras, que convocaban las tempestades y dirijian los torbellinos. Este paraiso era el resultado del jénero de vida que tenia el bárbaro del Norte. Errante por aquellas playas salvajes, y prestando atento oido á la voz que sale del Océano, caia insensiblemente en el delirio; estraviado de pensamiento en pensamiento en las olas de sus deseos, como las del mar de murmullo en murmullo, se mezclaba con los elementos, subia sobre las nubes errantes, se mecía sobre los deshojados bosques, y volaba sobre los mares como las tempestades.

Los infiernos de las naciones infieles son tan estravagantes como su cielo; me reservo hablar del Tártaro en la parte literaria de esta obra, en que entraré al instante. Como quiera que sea las recompensas que promete el cristianismo á la virtud y los castigos que anuncia al delito, se presentan verdaderos á primera vista. El cielo y el infierno de los cristianos no son imajinados segun las costumbres de un pueblo, y sí fundados en ideas jenerales, que convienen á todas las naciones y á todas las clases de la sociedad. Oid sucintamente lo mas sencillo y sublime que hay en ellas. La felicidad del justo consistirá en poseer á Dios plenamente en la otra

(1) El *Coran* y los poetas árabes.

vida. La desgracia del impío será conocer las perfecciones de Dios, y verse privado de ellas para siempre.

Pero se dirá tal vez, que el cristianismo no hace mas que repetir sobre este asunto las lecciones de Platon y Pitágoras; mas entonces se conviene á lo menos, que la relijion cristiana no es la de los *espíritus frívolos*, pues se confiesa que estos dogmas son los de los sábios.

Con efecto: los jentiles echaban en cara á los primeros fieles que no eran sino una secta de filósofos; pero aun cuando fuese cierto (cosa que no está probada) que la docta antigüedad tuviese las mismas nociones que el cristianismo, en lo respectivo al estado futuro, una cosa es la verdad encerrada en un pequeño círculo de discípulos escojidos, y otra una verdad que viene á ser el maná comun del pueblo. Lo que tuvieron por último esfuerzo de la razon los mas grandes talentos de la Grecia, se enseña públicamente en los callejones de nuestras ciudades, y el menestral puede comprar por poco dinero en el catecismo de sus hijos, los mas sublimes secretos de las antiguas sectas.

Nada diremos por ahora del purgatorio, porque en otra parte le considero bajo las relaciones morales y poéticas. En cuanto al principio que establece este lugar de espiacion, está fundado sobre la razon misma; pues hay un estado de tibieza entre el vicio y la virtud, que ni merece las penas del infierno ni las recompensas del cielo.

CAPITULO VII.

Juicio final.

Los padres de la iglesia han tenido diferentes opiniones acerca del estado inmediato del alma del justo desde su separacion del cuerpo. San Agustin opina que va á una morada de paz, donde aguarda que se reuna con su carne incorruptible (1). S. Bernardo piensa que sube al cielo, donde contempla la humanidad de Jesucristo, mas no su divinidad, de que no gozará hasta despues de la resurreccion (2); pero en otros lugares de sus sermones asegura, que entra inmediatamente en la plenitud de la felicidad celestial (3); y esta es la opinion que parece haber adoptado la iglesia católica.

Mas como es justo que sufran ó sean recompensados el cuerpo y el alma que han cometido ó practicado juntos la culpa ó la virtud, la relijion nos enseña, que el mismo que nos ha sacado del polvo, nos despertará de él segunda vez para comparecer en su tribunal. La escuela estoica creia tambien como los cristianos en el infierno, en el paraiso, en el purgatorio, y en la resurreccion de los cuerpos (4); y la idea confusa de este último dogma estaba esparcida asimismo entre los magos (5). Los ejipcios

(1) *De Trinit.*, lib. XV, cap. 25.
(2) *Serm. in Sanct. omn.* 1, 2, 3. *De Considerat.*, lib. V, cap. 4.
(3) *Serm.* II *de S. Malac.* n.° 5. *Serm. de S. Vict.*, n.° 4.
(4) Senec., *Epist.* XC; *Id. ad Marc.*, Laert., lib. VII; Plut., *in Resig. Stoig. et in fac. lun.*
(5) Hyde, *Relig. Pers.*; Plut., *de Is. et Osir.*

esperaban resucitar al cabo de estar mil años en el sepulcro (1); y los versos sibilinos hacen mencion de la resurreccion, del juicio final (2), &c.

Plinio, haciendo burla de Demócrito, nos revela cual era la opinion de este filósofo en cuanto á la resurreccion. *Similis et de asservandis corporibus hominum, ac reviviscendi promissa à Democrito vanitas, qui non vixit ipse* (3).

En los versos de Focílides sobre las cenizas de los muertos, se espresa de la manera mas clara el dogma de la resurreccion. »Es cosa impía, dice, »el dispersar los restos de los hombres, porque la »ceniza y los huesos de los muertos volverán un dia »á la luz, y serán semejantes á los dioses."

Virjilio habla, aunque muy oscuramente, del dogma de la resurreccion en el libro sexto de la Eneida.

Pero ¿como unos átomos dispersos en los elementos, pueden reunirse para formar los mismos cuerpos? Mucho tiempo ha que se hizo esta objecion, á que respondieron la mayor parte de los Santos Padres (4). »Esplícame como eres, dice Tertu»liano, y yo te diré como serás (5)."

No hay cosa mas asombrosa ni mas formidable

(1) Diod. et Herod.

(2) Bocchus, *in Solin.*, cap. VIII; Lact., lib. VII. cap. XXIX, lib. IV, cap. XV, XVIII y XIX.

(3) Lib. VII, cap. LV.

(4) S. Cirilo, obispo de Jerus., *Catech.* XVIII; S. Greg. Nis., *Orat. pro Res. carn.*; S. August., *de Civ. Dei*, lib. XX; S. Chris., *Homel. in Resur. carn.*; S. Greg., pap., *Dial*, IV; S. Ambr., *Serm. in Fid. res.*; S. Epiph. Ancyrot., pag. 38.

(5) *In Apologet.*

que el momento del fin de los siglos, anunciado por el cristianismo.

En aquel tiempo se manifestarán señales en los cielos; se abrirá el pozo del abismo; los siete ánjeles verterán las siete copas llenas de cólera; los pueblos se matarán unos á otros; las madres oirán á sus hijos quejarse en su seno, y la muerte recorrerá todos los reinos montada en su pálido caballo (1).

Entre tanto la tierra bambolea sobre sus bases, la luna se cubre de un velo sangriento, los astros están pendientes, medio desprendidos de su bóveda, y el mundo se halla en agonía. Llega de repente la hora fatal: suspende Dios los movimientos de la creacion, y el mundo habrá pasado como un rio agotado.

Entonces el ánjel del juicio hará resonar su trompeta, y dirá: *¡Levantaos, muertos!* ¡SURGITE, MORTUI! Abriranse con estrépito los sepulcros, saldrá el jénero humano á un mismo tiempo de la tumba, y las jeneraciones se reunirán en Josafat.

El Hijo del Hombre se aparece sobre las nubes. Las potencias infernales suben desde lo profundo del abismo para asistir á la última sentencia pronunciada sobre los siglos; sepáranse los machos cabríos de las ovejas; los malos se sumerjen en el abismo, y los justos suben triunfantes á los cielos. Vuelve Dios á entrar en su reposo, y reina en todas partes la eternidad.

(1) *Apoc.*, cap. VI, v. 8.

CAPITULO VIII.

Felicidad de los justos.

Se pregunta: ¿cual es esta plenitud de felicidad celestial que promete el cristianismo á la virtud? Y quejándose de la escesiva misticidad: »A lo menos en el sistema mitolójico, se dice, podia uno formarse una imájen de las delicias de las sombras felices; pero ¿como se podrá comprender la felicidad de los escojidos?"

Fenelon, sin embargo, adivinó esta felicidad, cuando hizo bajar á Telémaco á la morada de los manes; porque su Elíseo es verdaderamente un paraiso cristiano. Comparad su descripcion con el Elíseo de la Eneida, y vereis cuantos progresos hizo hacer el cristianismo á la razon y al corazon del hombre.

»Una luz pura y dulce se esparce alrededor de los cuerpos de los hombres justos, y los cerca con sus rayos cual si fuesen un vestido; esta luz no es parecida á la luz melancólica que alumbra los ojos de los míseros mortales, y que no es mas que tinieblas; mas bien es una gloria celestial que una luz: penetra los cuerpos mas opacos con mas sutileza que los rayos del sol un cristal puro; jamás deslumbra, sino que antes bien fortifica los ojos, y lleva hasta el fondo del alma una serenidad inesplicable. De ella sola se alimentan los hombres felices; sale de ellos, y en ellos vuelve á entrar; los

penetra, y se incorpora á ellos del mismo modo que los alimentos se incorporan á nosotros. Ellos la ven, la sienten y la respiran; hace nacer en ellos un manantial inagotable de paz y de gozo; se ven sumerjidos en este abismo de delicias como los peces en el mar: nada mas quieren; todo lo tienen sin tener nada, porque este gusto de la luz pura mitiga el hambre del corazon . . . . . .

. . . . . .

»En su rostro se hallan pintadas una eterna juventud, una felicidad sin fin, y una gloria del todo divina; pero su alegría nada tiene de loca ni de indecente; es una alegría dulce, noble y llena de majestad. Es el gusto sublime de la verdad y de la virtud lo que los enajena: están sin interrupcion, y á cada momento en el mismo arrebato de corazon en que está una madre que vuelve á ver á su querido hijo, que habia tenido por muerto; pero esta alegría, que huye pronto de la madre, nunca se aparta del corazon de estos hombres (1)."

Las mas bellas pájinas de Fedon no son tan divinas como esta pintura; y eso que Fenelon, contenido en los límites de su ficcion, no pudo atribuir á las sombras toda la felicidad que hubiera delineado en los verdaderos escojidos (2).

El sentimiento mas puro que en este mundo esperimentamos es la admiracion; pero esta admiracion terrestre está siempre mezclada con alguna debilidad, ya en el objeto que admira, ya en el ad-

(1) Lib. 15.
(2) Véase tambien el sermon del cielo, del abate Poulle.

mirado. Que se imajine, pues, un ser perfecto, principio de todos los seres, en quien se vea clara y santamente, y todo lo que fue, es y será: supóngase al mismo tiempo una alma exenta de envidia y de necesidad, incorruptible, inalterable, infatigable, y capaz de una atencion sin fin; figúresela contemplando al Todopoderoso, descubriendo en él continuamente nuevos conocimientos y nuevas perfecciones, pasando de admiracion en admiracion, y no advirtiendo su existencia sino por el prolongado sentimiento de esta misma admiracion; concebid ademas á Dios, como soberana hermosura y como principio universal de amor; representaos todas las amistades de la tierra, que vienen á perderse ó reunirse en este abismo de sentimientos, como gotas de agua en el mar; de modo, que el alma bienaventurada ame á Dios únicamente, sin dejar por eso de amar á los amigos que tiene acá abajo: persuadíos por último, de que el predestinado tiene la conviccion íntima de que su felicidad no tendrá fin (1), y entonces tendreis una idea, aunque muy imperfecta, de la felicidad de los justos; entonces comprendereis, que todo lo que el coro de los bienaventurados puede hacer oir, es aquel grito de: *¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!* que muere y renace eternamente en el éstasis eterno de los cielos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

(1) San Agustin.

SEGUNDA PARTE.

POÉTICA DEL CRISTIANISMO.

LIBRO PRIMERO.

Exámen jeneral de las epopeyas cristianas.

CAPITULO PRIMERO.

La poética del cristianismo se divide en tres partes: poesía, bellas artes y literatura: *los seis libros de esta segunda parte tratan con especialidad de la poesía.*

La felicidad de los escojidos cantada por el Homero de los cristianos, nos lleva naturalmente á hablar de los efectos del cristianismo en la poesía. Porque tratando de manifestar la índole de esta relijion, ¿como fuera posible olvidar la influencia que tiene sobre las letras y las artes? Influencia tal, que ha mudado, digámoslo asi, el espíritu humano, y creado en la Europa moderna pueblos enteramente distintos de los antiguos.

Los lectores desearán tal vez trasportarse y vagar por Oreb y Sinaí, por las cumbras del Ida y del Taijetes, entre los hijos de Jacob y de Príamo, y en medio de los dioses y de los pastores. Entre las ruinas que cubren la Grecia y la Idumea se levanta una voz poética, y grita desde lejos al viajero: »No hay mas que dos bellas especies de nombres y de recuerdos en la historia, los de los israelitas, y los de los pelasgos."

Los doce libros que hemos destinado á estas investigaciones literarias componen, como hemos dicho, la segunda y tercera parte de nuestra obra, y separan los seis libros del *dogma* de los seis del *culto*.

Ante todo echaremos una mirada sobre los poemas en que la relijion cristiana ocupa el lugar de la mitolojía, porque la epopeya es la primera de las composiciones poéticas; porque aunque sea cierto que Aristóteles pretende que el poema épico se reduce todo á la trajedia, ¿no deberemos creer, por el contrario, que el drama se halla todo entero en la epopeya? La despedida de Héctor y Andrómaca, Príamo en la tienda de Aquiles, Dido en Cartago, Eneas en casa de Evandro, ó volviendo á enviar el cuerpo del jóven Palas, Tancredo y Herminia, Adan y Eva, son verdaderas trajedias en que únicamente falta la division de escenas, y el nombre de los interlocutores. Ademas, ¿no es la *Iliada* la que dió oríjen al drama, asi como *Marjités* á la comedia? Pero si Caliope toma los adornos de Melpómene, tambien aquella tiene encantos que la segunda no

puede imitar: ni lo *maravilloso*, ni las *descripciones*, ni los *episodios* son de la jurisdiccion del drama. Toda especie de tono, aun el cómico, y toda armonía poética, desde la lira hasta la trompeta, ocupan su lugar en la epopeya. Esta tiene, pues, partes que faltan al drama, requiere un talento mas universal, y es en fin una obra mas completa que la trajedia. En efecto, podríamos sentar con alguna verosimilitud, que es mas facil componer los cinco actos de un *Edipo Rey*, que inventar los veinticuatro libros de una *Iliada;* y que una cosa es componer una obra de algunos meses de trabajo, y otra erijir un monumento que requiere las tareas de la vida de un hombre. Sófocles y Eurípides eran sin duda grandes talentos; mas no consiguieron en la sociedad la admiracion y alta fama que tan justamente poseen Homero y Virjilio. Por último, si el drama es la primera de todas las composiciones, y el poema épico la segunda, ¿como es que desde los griegos hasta nuestros dias solo se encuentran cinco ó seis epopeyas, cuando no hay nacion que no se precie de poseer muchas buenas trajedias?

CAPITULO II.

Exámen jeneral de los poemas, en que lo maravilloso del cristianismo reemplaza á la mitolojía.

EL INFIERNO DEL DANTE; LA JERUSALEN LIBERTADA.

Establezcamos primeramente algunos principios.

En toda epopeya ocupan los hombres y sus pasiones el primer lugar.

Y de consiguiente, todo poema en que una relijion es el *asunto* y no lo accesorio, ó que lo *maravilloso* es el *fondo* y no lo *accidental* de la pintura, es esencialmente defectuoso en su base.

Si Homero y Virjilio hubieran colocado sus escenas en el Olimpo, sin bajar jamás á la tierra, es muy dudoso que á pesar de su injenio, hubieran podido mantener hasta el fin el interes dramático. Segun esta observacion, no debemos atribuir al cristianismo la languidez que reina en los poemas, cuyos primeros personajes son entes sobrenaturales; pues este vicio está en la composicion. Apoyados en esta verdad, veremos que cuanto mas el poeta épico ha sabido guardar cierto medio entre las cosas divinas y humanas, se hace mas divertido, para hablar segun *Despraux*. *Divertir para enseñar*, es la primera calidad que se exije en la poesía.

Sin sacar del polvo algunos poemas escritos en latin bárbaro, la primera obra que se nos presenta, es la *Divina comedia* del Dante.

Todas las bellezas de esta produccion, obra singular, dimanan del cristianismo, y sus defectos del siglo y mal gusto del autor. En lo patético y terrible, ha igualado el Dante quizás á los mayores poetas. En otra parte hablaremos de sus pormenores.

En los tiempos modernos solo habia dos asuntos buenos para un poema épico, las *Cruzadas* y el *Descubrimiento del Nuevo-Mundo*: M. Malfilatre se pro-

puso cantar el último; y aun lloran las Musas que la muerte haya arrebatado á este jóven poeta antes de ejecutar su designio. Mas este asunto siempre tiene para un frances el defecto de ser estranjero. Y es un principio de eterna verdad, que ó es menester trabajar sobre un asunto antiguo, ó que si se escoje una historia moderna, debe ser nacional.

Las Cruzadas recuerdan la *Jerusalen libertada*. Este poema es un modelo perfecto de composicion. En él se puede aprender á mezclar los asuntos sin confundirlos. El arte con que el Tasso nos trasporta de una batalla á una escena de amor, de una escena de amor á un consejo, de una procesion á un palacio májico, de este á un campo, de un salto á la gruta de un solitario, del tumulto de una ciudad sitiada á la cabaña de un pastor; este arte es sin disputa admirable. La composicion de los caractéres no es menos sábia. La ferocidad de Argante es opuesta á la jenerosidad de Tancredo, la grandeza de Soliman al esplendor de Reinaldo, la sabiduría de Godofredo á la astucia de Aladino, y hasta el ermitaño Pedro, como ha observado Voltaire, hace un hermoso contraste con el encantador Ismeno. Con respecto á las mujeres, se descubre la afectacion en Armida, la sensibilidad en Herminia, y la indiferencia en Clorinda. Sin duda hubiera el Tasso espresado todos los caractéres de las mujeres, si hubiese representado el *de la madre*: quizás debemos buscar el motivo de esta omision en la misma naturaleza de su talento, que era mas seductor que verdadero, y mas sublime que tierno.

Parece que Homero fue particularmente dotado de injenio, Virjilio de sensibilidad, y el Tasso de imajinacion. No se titubearia en cuanto al lugar que debia ocupar el poeta italiano, si cual el Cisne de Mántua hiciese alguna vez suspirar tan tierna y tristemente su musa. Pero el Tasso es poco verdadero siempre que hace hablar al corazon; y como los retratos del alma son las verdaderas bellezas, queda necesariamente inferior á Virjilio.

Por lo demas, si la *Jerusalen* tiene una flor de poesía esquisita, si se respira en ella la edad tierna, el amor y los disgustos del grande hombre y desgraciado poeta que compuso esta obra clásica en su juventud, tambien se echan de ver los defectos de una edad sobrado temprana para la grande empresa de una epopeya. La octava del Tasso casi nunca está llena, y sus versos hechos con mucha precipitacion, no pueden compararse con los de Virjilio, mil veces retocados al fuego de las Musas. Tambien es de advertir que las ideas del Tasso no son de tan buen linaje como las de Virjilio. Las obras de los antiguos se conocen, digámoslo asi, por la nobleza de su *sangre*. Son menos entre ellos, como entre nosotros, algunos pensamientos brillantes, en medio de muchas cosas comunes; mas sí una bella multitud de ideas que se enlazan, y que todas tienen cierto aire de parentesco; son como el grupo de los hijos de Niobe desnudos, sencillos, púdicos, sonroseados, asidos por la mano con una dulce alegría, y siendo su único adorno una corona de flores.

A vista la Jerusalen habrá de convenirse á lo

menos en que se puede hacer alguna cosa escelente sobre un asunto cristiano. ¿Y que seria si el Tasso se hubiese valido de todas las grandes máquinas y resortes del cristianismo? pero se ve que no tuvo el atrevimiento que debiera. Este temor le obligó á valerse de los pequeños resortes de la májia, cuando podia valerse innumerables veces del sepulcro de Jesucristo, de que apenas hace mencion, y de una tierra consagrada por tantos y tantos prodijios, la misma timidez le hizo encallar en su *Cielo*. Su *Infierno* tiene muchos rasgos de mal gusto. Añádese á esto que no sacó bastante partido del mahometismo, cuyos ritos son tanto mas curiosos cuanto menos conocidos. Debiera, por último, haber echado alguna mirada sobre la antigua Asia, sobre aquel Ejipto tan famoso, sobre aquella grande Babilonia, aquella soberbia Tiro, y los tiempos de los Isaías y Salomones. Nos admiramos de que haya olvidado su musa el arpa de David recorriendo á Israel. ¿No se oye ya en las cimas del Líbano la voz de los manes de los profetas? ¿No aparecen ya sus sombras sobre los cedros, de entre los pinos? ¿No cantan ya los ánjeles sobre el Gólgota, y ha dejado de llorar el torrente del Cedron? Es sensible que el Tasso no haya hecho alguna memoria de los patriarcas, pues no dejaria de producir buen efecto al paraiso terrenal y la cuna del mundo en un episodio de la *Jerusalen*.

CAPITULO III.

PARAISO PERDIDO.

Tanto al *Paraiso perdido* de Milton, como el *Infierno* del Dante, se les puede tachar de que lo *maravilloso* es el asunto principal, y no la *trama ó máquina* de la obra; pero se encuentran en él bellezas superiores, que simpatizan esencialmente con nuestra relijion.

La apertura del poema se hace en los infiernos, y sin embargo este principio no tiene cosa que se oponga á la regla de sencillez prescrita por Aristóteles; porque para un edificio tan asombroso era preciso un pórtico estraordinario para inducir de un golpe al lector en aquel mundo desconocido, y del que ya no debe salir.

Milton es el primer poeta que ha terminado la epopeya por la desgracia del principal personaje, contra la regla jeneralmente adoptada. Mas permítasenos pensar que es mas interesante, mas grave, y mas semejante á la condicion humana un poema que termina en las miserias, que uno que concluye en la felicidad. Aun podríamos sostener que la catástrofe de la Iliada es trájica. Porque aunque el hijo de Peleo llega al término de sus deseos, la conclusion del poema nos deja sumidos en la tristeza (1). Se acaban de presenciar los funerales de

(1) Acaso esta tristeza viene del interes que tomamos por Hector. Hector es tanto el héroe del poema como Aquiles, y

Patroclo, el rescate que hace Príamo del cuerpo de Hector, y el dolor de Hécuba y Andrómaca, cuando ya se distingue á lo lejos la muerte de Aquiles y la ruina de Troya.

El oríjen de Roma cantado por Virjilio, es sin duda un grande asunto; pero aun es mas admirable un poema que pinta una catástrofe, cuyas víctimas somos nosotros mismos, y que en vez de esta ó la otra cabeza de una sociedad, nos manifiesta el fundador del jénero humano. Milton, en lugar de entretenernos con batallas, juegos fúnebres, campos ó ciudades sitiadas, nos presenta la imájen del primer pensamiento de un Dios, manifestado en la creacion del mundo, y los primeros pensamientos del hombre al salir de las manos del Criador.

No hay cosa mas grande é interesante que este estudio de los primeros movimientos del corazon humano. Adan despierta á la vida; se abren sus ojos, y no sabe de donde sale. Mira al firmamento; movido del deseo, quiere abalanzarse á esta hermosa bóveda, y se halla de pie con la cabeza levantada hácia el cielo: toca sus miembros; corre, se

este es el defecto de la Iliada. Es cierto que el interes del lector se dirije á los troyanos contra la intencion del poeta, porque las escenas dramáticas pasan en los muros de Troya. Aquel anciano monarca, cuyo solo delito es el amar demasiado á un hijo culpable, aquel jeneroso Hector que defiende á su hermano sin embargo de conocer su delito; aquella Andrómaca, aquel Astianate, aquella Hécuba, enternecen todos los corazones, entre tanto que el campo de los griegos solo ofrece avaricia, perfidia y ferocidad. Tal vez obra tambien secretamente sobre el corazon del lector moderno la memoria de la Eneida, para que se declare sin quererlo por los héroes que ha cantado Virjilio.

detiene, quiere hablar, y habla. Nombra naturalmente cuanto ve, y esclama: ¡O tú, sol! ¡vosotros, árboles, selvas, colinas, valles, animales diversos! y todos los nombres que pronuncia, son los verdaderos nombres de los seres. ¿Y por que Adan dirije su palabra al sol y á los árboles? *Sol y árboles*, dice, *¿sabeis el nombre del que me ha criado?* Asi el primer sentimiento que el hombre esperimenta, es el de la existencia de un Ser supremo; la primera necesidad que manifiesta, es la de un Dios. ¡O cuan sublime es Milton en este pasaje! Mas ¿hubiera elevado sus pensamientos, si no hubiese conocido la verdadera relijion? Dios se manifiesta á Adan; la criatura y el Criador conversan juntos, y *hablan de la soledad.* Omitimos las reflexiones. La soledad *no es buena para el hombre.* Duérmese Adan, y saca Dios, y estrae del seno mismo de nuestro primero y comun padre una nueva criatura, y Dios se la presenta al despertar. »La gracia está en su andar, sus ojos son un cielo, y todos sus movimientos respiran jentileza y amor. Se llama *mujer*; ha nacido del hombre. Dejará el hombre por ella su padre y su madre, y será una misma carne y alma con su esposa." ¡Infeliz de aquel que no reconozca en esto toda la Divinidad!

El poeta continua desenvolviendo estas grandes miras de la naturaleza humana, esa razon sublime del cristianismo. El carácter de la mujer está admirablemente delineado en la fatal caida. Eva cae por amor propio: se precia de ser bastante fuerte para esponerse por sí sola: no permite que Adan

la acompañe en el sitio en que cultiva sus flores; y esta misma criatura, que se cree tanto mas invencible cuanto mayor es su flaqueza, ignora que una sola palabra la puede subyugar. La Escritura nos pinta siempre á la mujer esclava de su orgullo. Cuando Isaías amenaza á las hijas de Jerusalen: »Perdereis, les dice, vuestros zarcillos, vuestras sortijas, vuestros brazaletes y vuestros velos." En nuestros dias se nos ha presentado un ejemplo admirable de este carácter. Durante el terror, algunas mujeres dieron pruebas multiplicadas de heroismo, y despues vino su virtud á estrellarse contra un ramillete de flores, una fiesta ó una moda nueva. Asi se esplica una de aquellas grandes y misteriosas verdades ocultas en la Escritura. Condenando Dios á la mujer á parir con dolores, la dió una fuerza invencible contra las penas; pero al mismo tiempo, en castigo de su pecado, la dejó muy débil contra el placer. Asi Milton llama á la mujer *fair defect of nature*: »bello defecto de la naturaleza."

El modo con que el poeta ingles conduce el desenlace y la caida de nuestros primeros padres, merece examinarse: cualquier otro injenio comun hubiera trastornado el universo al punto que Eva tocó con sus labios la fruta fatal. Pero Milton se contenta con hacer que dé un jemido el mundo que acababa de producir la muerte. En efecto, por lo mismo que esto sorprende menos, nos causa mas sorpresa. ¡O cuantas calamidades futuras se traslucen en esta misma tranquilidad de la naturaleza! Tertuliano, indagando la causa de que el universo

no está desarreglado por los delitos de los hombres, nos da una razon sublime, diciendo que es por la PACIENCIA de Dios.

Cuando la madre del jénero humano presenta á su esposo la fruta de la ciencia, nuestro primer padre no se revuelca en la tierra, no se arranca los cabellos, ni grita; el temblor se apodera de él, queda pálido, mudo, con la boca entreabierta, y los ojos clavados en su esposa. Advierte lo enorme del delito; queda por un lado sujeto á la muerte si desobedece; conserva por otra su inmortalidad si permanece fiel; pero pierde su amada compañera condenada á morir en adelante. Puede rehusar el fruto, pero ¿puede vivir sin Eva? El combate es breve, y todo un mundo queda sacrificado al amor. En vez de reconvenir severamente á su esposa, la consuela, y toma de su mano la fatal manzana. Nada se altera aun en la naturaleza al consumarse el delito. Solo las pasiones empiezan á levantar las primeras tempestades en el corazon de los desventurados consortes.

Duérmense Adan y Eva; mas ya han perdido aquella santa inocencia que hace tranquilo el sueño. Despiertan de él ajitados como de una *dolorosa vijilia (as from unrest)*, y entonces se les representa su pecado. »*¿Que hemos hecho? esclama Adan. ¿Por que estás desnuda? Cubrámonos, para que no nos vean en este estado.*" Pero el vestido no cubre toda la desnudez que entonces han echado de ver.

Entre tanto conoce el cielo el delito, y sobreco-

je á los ánjeles una santa tristeza. *That sadness mixt with pity, did not alter their bliss;* »pero esta tristeza mezclada de *compasion* no altera su felicidad." Espresion llena de cristiandad y de ternura sublime. Envia Dios á su hijo para juzgar á los culpables; baja el Juez, llama á Adan, y le dice: »¿Donde estás?" Adan se oculta. »Señor, no me atrevo á presentarme, porque estoy desnudo." — »¿Como sabes que estás desnudo? ¿Has comido del fruto de la ciencia?" ¡Que diálogo! Esta no es invencion humana. Adan confiesa su delito, y el Señor pronuncia la sentencia:

»¡Hombre, tú comerás el pan con el sudor de tu rostro; cabarás con trabajo el seno de la tierra; y habiendo salido de polvo, en polvo te volverás á convertir! ¡Mujer, tú parirás con dolor!" He aqui en pocas palabras la historia del jénero humano. No sé si el lector quedará absorto como yo; pero encuentro en esta escena del Jénesis cierta cosa tan estraordinaria y grande, que se oculta á toda discusion crítica; faltan términos á la admiracion, y el arte se reduce á nada.

Vuélvese el hijo de Dios al cielo, despues de haber dejado vestidos á los culpables. Entonces empieza aquel famoso drama entre Adan y Eva, en que pretenden que Milton ha descrito un acontecimiento de su vida, ó una reconciliacion entre él y su primera mujer. Yo estoy persuadido á que los grandes escritores nos han dejado su vida en sus obras. Atribuyéndolo á otro, hace cualquiera una hermosa pintura de su propio corazon, y lo mejor de ella

se compone de recuerdos. Retírase Adan por la noche bajo una espesa sombra; la naturaleza del aire cambia; oscurécense los cielos con frios vapores y nubes pesadas; abrasa el rayo los árboles; huyen los animales al ver al hombre; comienza el leon á perseguir al cordero, y el buitre á despedazar la paloma. Adan cae en la desesperacion, y desea volver á entrar en el seno de la tierra. Pero le sobrecoje una duda de si tenia en sí alguna parte inmortal; si puede ó no perecer aquel soplo de vida que ha recibido de Dios; si le serviria la muerte de algun alivio, ó seria por ella condenado á una eterna desgracia. La *filosofía* no puede pedir un jénero de bellezas mas elevadas y graves. No solo no se halla poeta antiguo que haya fundado en semejantes bases la desesperacion de alguno, pero ni aun los mismos moralistas tienen cosa mas elevada.

Oye Eva los jemidos de su esposo, y se acerca tímida hácia Adan que la echa de sí; Eva se postra á sus pies, y los baña en lágrimas: Adan se enternece, y levanta del suelo á la madre de los hombres. Propónele Eva, ó vivir en la continencia, ó darse la muerte para salvar su posteridad. Esta desesperacion tan bien atribuida á una mujer, tanto por su esceso como por su jenerosidad, admira á nuestro primer padre. Y ¿que responde éste á su esposa? »Eva, la esperanza que fundas en el sepulcro, y el mismo desprecio que haces de la muerte, me prueba que hay en ti alguna cosa sublime que no está sujeta á la nada."

Los míseros consortes determinan por fin en-

comendarse á Dios misericordioso. Postrados en tierra, levantan humillados su corazon y su voz hácia el que perdona. Suben aquellos acentos á la mansion celestial, y el Hijo mismo se encarga de presentarlos al Padre. Con razon se admiran en la Iliada las *Plegarias cojas*, que siguen á la *Injuria* para reparar los males que esta ha causado. Pero Milton lucha aqui sin mucha desventaja contra la famosa alegoría de Homero. Aquellos primeros suspiros de un corazon contrito, que hallan el camino que bien pronto deben seguir todos los demas suspiros; aquellos humildes votos que acaban de mezclarse con el incienso que humea delante del Santo de los Santos; aquellas lágrimas penitentes que regocijan á los espíritus celestiales, que son ofrecidas al Eterno por el Redentor del jénero humano, y que conmueven á Dios mismo (¡tanto puede la primer súplica del hombre arrepentido é infeliz!), todas aquellas bellezas reunidas, tienen en sí cierta cosa tan moral, tan solemne y tan tierna, que jamás pueden ser borradas por las ficciones de las *plegarias* del cantor de Ilion.

El Altísimo se deja aplacar, y concede la salvacion final del hombre. Milton se sirve con mucho injenio de este primer misterio de las Escrituras, y mezcla por todas partes la admirable historia de un Dios que desde el principio se ofrece á la muerte por librar de ella al hombre. La caida de Adan se hace mas terrible y mas trájica, cuando se la ve envolver en sus consecuencias hasta al Hijo mismo del Eterno.

**

Fuera de estas bellezas que pertenecen al fondo del *Paraiso perdido*, tiene tambien una multitud de bellezas particulares largas de referir. Milton tiene particularmente el mérito de la espresion: conocemos *las tinieblas visibles, el silencio muy alegre, &c.* Estas licencias, cuando se saben usar, como las disonancias en la música, causan un efecto maravilloso, y manifiestan una cierta agudeza de injenio. Pero es menester tener cuidado de no abusar de ellas: cuando se andan buscando, solo forman un juego pueril de palabras, pernicioso á la lengua y al buen gusto.

Otra observacion esencial haremos aun sobre el cantor de Eden, y es, que á ejemplo del cantor de Ausonio, se ha hecho orijinal imitando; el autor orijinal no es el que no toma nada de nadie, sino aquel á quien nadie imita.

Este arte de hacer uso de las bellezas de otro tiempo para acomodarlas á las costumbres del siglo en que se vive, fue muy particularmente conocido del poeta de Mántua. Véase por ejemplo como ha aplicado á la madre de Eurialo los lamentos de Andrómaca por la muerte de Hector. Homero en este último trozo es algo mas natural que el poeta de Mántua, al cual ha prestado maravillosos rasgos por otra parte, tales como la obra que se escapa de las manos de Andrómaca, el desfallecimiento, &c. (hay algunos otros que no están en la Eneida, como el presentimiento de la desgracia, y la cabeza desmelenada que saca Andrómaca por medio de las almenas). Pero tambien el episodio de Eurialo es

mas patético y tierno. Aquella madre, la única entre las troyanas, que quiso seguir el destino de su hijo, aquellos vestidos ya inútiles, con los que ocupaba el amor maternal su destierro, su vejez y su soledad, al tiempo mismo que arrastraban la cabeza del jóven por debajo de los terraplenes del campamento; aquel *fœmineo ulutatu*, ó chillido mujeril, son cosas solo propias del alma de un Virjilio. Los quejidos de Andrómaca, por ser mas largos, pierden su fuerza; pero los de la madre de Eurialo, mas concisos, quebrantan el corazon. Esto prueba que reinaba ya una grande diferencia entre el siglo de Virjilio y el de Homero, y que en el siglo del primero, todas las artes, aun la de amar, habian adquirido mas perfeccion.

CAPITULO IV.

De algunos poemas franceses y estranjeros.

Aunque el cristianismo no hubiera producido otra poesía que el *Paraiso perdido*, aun cuando su jenio no hubiese inspirado ni la *Jerusalen libertada*, ni *Polyeucto*, ni *Estér*, ni *Atalía*, ni *Zaira*, ni *Alcira*, todavía podria sostenerse que es muy favorable á las Musas.

Entre el *Paraiso perdido* y la *Henriada* pondremos en este capítulo algunos poemas franceses y estranjeros, acerca de los cuales hablaremos muy poco.

Los trozos que mas llaman la atencion esparci-

dos en el *San Luis* del P. Lemoine, han sido citados tantas veces, que no hay necesidad de citarlos aquí. Este poema, aunque tan informe, tiene bellezas que no se hallan en la *Jerusalen* misma. Reina en él una imajinacion sombría y la que mas conviniera á la pintura de aquel Ejipto lleno de tradiciones y sepulcros, que vió pasar sucesivamente los Faraones, los Ptolomeos, los solitarios de la Tebaida, y los sultanes de los bárbaros.

La *Doncella* de Chapelain, el *Moisés salvado* de Saint-Amand, y el *David* de Coras, solo son hoy conocidos por los versos y la crítica de Boileau. Pero sin embargo, siempre puede sacarse algun fruto de la lectura de estas obras. El *David* sobre todo merece ser recorrido.

El profeta Samuel refiere á David la historia de los reyes de Israel:

Jamás, dice el Profeta, queda impune
Ante el Rey de los reyes el tirano;
Y de nuestros caudillos el castigo
Esta verdad confirma y atestigua.
. . . . . .
Contemplad sino á Helí: supremo jefe
Del santuario, oráculo del pueblo
Le hizo Dios, y su celo de la patria
Pudo el apoyo ser, si no tuviera
Hijos malvados, de su padre indignos,
Y en el vicio obstinados. Mas sobre ellos
La terrible sentencia Dios fulmina,
Y su fin les anuncia un varon justo,
Y de toda su raza el esterminio.

¡ Oh cielos ! ¡ cual entonces la amargura
Y el duelo fue á Helí ! Mis ojos vieron
Su acervo padecer , y con su llanto
Mi frente veces mil quedó bañada.

Estos versos son notables por la singular belleza que en ellos se advierte. El rasgo que los termina haria honor á un gran poeta. El episodio de Rut, que se supone referido en la gruta sepulcral en que están enterrados los antiguos patriarcas, respira sencillez.

Del esposo ó la esposa no se sabe
Cual fue el alma mas digna,
Y cual tuvo la suerte mas benigna.

En fin, Coras acertó algunas veces el verso *descriptivo*. Esta imájen del sol en su medio dia es pintoresca.

En tanto el sol de rayos coronado
En círculo menor su forma encierra,
Y con fuego mayor tuesta la tierra.

Saint-Amand, á pesar de los elojios de Boileau, es inferior á Coras. La composicion del *Moisés salvado*, es poco animada, el verso flojo y prosaico, y el estilo en jeneral cargado de antítesis de muy mal gusto. Se ven sin embargo en él algunos trozos de una verdadera sensibilidad, y esto es sin duda lo

que debió dulcificar el humor del cantor del *Arte poética.*

Seria inútil detenernos mucho en la *Araucana* con sus tres partes y treinta y cinco cantos orijinales, sin olvidar algunos otros que D. Diego de Santistevan Osorio añadió á este poema; porque en esta obra no es lo *maravilloso* el *cristianismo*, pues es una narracion histórica de algunos sucesos acaecidos en las montañas del Chile: lo mas interesante es ver alli al mismo Ercilla peleando y escribiendo. El poema está en octavas, como el *Orlando* y la *Jerusalen.* La literatura italiana daba entonces la norma á toda la literatura europea. Ercilla entre los españoles, y Spenser entre los ingleses, han hecho estancias, é imitado al Ariosto hasta en sus esposiciones. Dice Ercilla:

No las damas, amor, no jentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados:
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco, no domada,
Pusieron duro yugo por la espada.....

El asunto de los *Lusiados* era tambien un rico argumento para una epopeya. Parece increible que un hombre del injenio de Camoëns no haya sabido sacar mejor partido. Pero al fin es preciso atender á que fue el primer épico moderno; que vivia en un

siglo bárbaro; que tiene cosas pasmosas, y á veces sublimes (1) en sus versos, y sobre todo, que fue el mas desgraciado de todos los mortales. Es un sofisma propio de la dureza de nuestro siglo el suponer que las mejores obras se componen en medio de la desventura; porque es falso que pueda escribir bien el que está padeciendo. Todos aquellos hombres que se consagran al culto de las musas, se sumerjen en el dolor mas pronto que los hombres comunes: un talento robusto parece que gasta mas presto el cuerpo que le encierra; las grandes almas, asi como los grandes rios, están espuestos á inundar y devastar sus márjenes.

La miscelánea que ha hecho Camoëns de la fábula y del cristianismo, nos dispensa hablar de lo *maravilloso* de su poema.

Klopstock cayó tambien en el error de tomar lo *maravilloso* del cristianismo para *asunto* de su poema. Su principal personaje es un Dios, y esto solo basta para el interes trájico: hay no obstante cosas buenas en el *Mesías*. Los dos amantes resucitados por Cristo, ofrecen un episodio encantador, que no hubiera podido ofrecer la mitolojía. No nos acordamos de personaje alguno arrancado al sepulcro entre los antiguos, á no ser Alcestes, Hipólito y Heres de Fanfilia (2).

(1) Sin embargo, en cuanto á esto difiere tambien nuestra opinion de la de otros críticos: el episodio de Ines nos parece puro y tierno, pero bien distante de tener los desenlaces de que es susceptible.

(2) En el décimo libro de la República de Platon. Esto es lo que contiene la primera edicion. Mas despues, uno de nues-

Lo maravilloso del Mesías está principalmente caracterizado por la abundancia y la grandeza: aquellos globos habitados por seres diferentes del hombre; aquella profusion de ánjeles, de espíritus, de tinieblas y de almas por nacer, ó que han habitado ya la tierra, arrojan el espíritu en la inmensidad. El carácter de Abbadona, ó el ánjel arrepentido, es un pensamiento feliz. Mr. Klopstock inventó tambien una especie de serafines místicos, desconocidos enteramente antes de él.

Gesner ha dejado en *la muerte de Abel* una obra llena de tierna majestad. Por desgracia adolece de cierta tintura amorosa, propia del idilio, y que los alemanes esparcen comunmente en los asuntos sacados de la Escritura: sus poetas han pecado contra una de las principales leyes de la epopeya, cual es la *verosimilitud de las costumbres*, y trasformado en inocentes pastores de la Arcadia los reyes pastores del Oriente.

El autor del poema de Noé ha sucumbido bajo el peso de un asunto tan precioso. Sin embargo, no

tros mejores filósofos, el Sr. Boisonade, no menos erudito que cortés, me ha comunicado la nota siguiente, relativa á los hombres que se suponen resucitados en la antigüedad pagana, ó por mediacion de los dioses ó por el arte de Esculapio.

»Esculapio, que resucitó á Hipólito, habia hecho otros muchos milagros. Apolodoro (*Bibl.* III, 10, 3.), dice, apoyado en el testimonio de diferentes autores, que restituyó la vida á Capanéo, á Licurgo, á Tindaro, á Himeneo y á Glauco. Telesarco, citado por el comentador de Euripides (*Alc.* 2), habla de la resurreccion de Orion intentada por Esculapio. Véanse las notas de los SS. Hiene y Clavier, sobre el pasaje de Apolodoro, y las de Valckenaer, sobre el Hipólito de Euripides, paj. 318.“

ha podido haber mejor empresa para una imajinacion fecunda que la de mundo antediluviano. En ella, ni aun tenia que inventar todo lo maravilloso, pues solo con rejistrar el Critias, las cronolojías de Eusebio, y algunos tratados de Luciano y Plutarco, hubiese hallado con abundancia donde escojer. Escalíjero cita un fragmento de Polihistor, en que este autor habla de ciertas tablas escritas antes del diluvio, y conservadas en *Sippary*, que es probablemente la misma *Sipfara* de Ptolomeo (1). Las musas son deidades que hablan y entienden todas las lenguas: ¡ó cuantas cosas podian haber leido en estas tablas!

CAPITULO V.

La Henriada.

Si un plan bien concebido, una narracion viva y animada, unos versos bellos, una diccion elegante, un gusto puro, y gran correccion en el estilo, fueran las únicas calidades necesarias de la epopeya, la Henriada seria seguramente un poema perfecto: mas todo esto no basta; porque se necesita ademas una accion heróica y sobrenatural. ¿Y como Voltai-

(1) A no ser que se deribe *Sippary* de la palabra hebrea *Sefer*, que significa biblioteca. Josefo, lib. I, c. II, *de Antic. Jud.* habla de dos colunas, una de ladrillo y otra de piedra, sobre las cuales habian grabado los hijos de Seth las ciencias humanas, para que no pereciesen en el diluvio que habia sido vaticinado por Adan. Estas colunas subsistieron mucho tiempo despues de Noé.

re hubiera podido hacer un uso feliz del *maravilloso* del cristianismo, cuando todos sus conatos y esfuerzos se dirijian á destruirle? Tal es, no obstante, el imperio de las ideas relijiosas, que el autor de la Henriada es deudor al culto mismo que persiguió, de los mas bellos trozos de su poema épico, asi como lo es de las mejores escenas de sus trajedias. Convienen á la musa de la historia una filosofía moderada, y una moral fria y severa; mas el aplicar esto á la epopeya, es verdaderamente tomar las cosas al reves. Asi, pues, cuando Voltaire invoca á la verdad diciendo al principio de su poema:

¡ Baja verdad augusta de los cielos !

cae, á nuestro parecer, en un error, porque la poesía épica *se nutre de la fábula y ficciones.*

El Tasso, que trataba tambien un asunto cristiano, hizo estos encantadores versos siguiendo á Platon y Lucrecio (1).

Sai, che là corre il mondo, ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso, &c.

No hay poesía donde no hay ficcion, dice Plutarco (2). Pero ¿provendria esto de que la Fran-

(1) Plat. *de Leg.*, lib. I. »Como el médico que para sanar la enfermedad, mezcla á las bebidas gustosas los remedios de la curacion, y echa por el contrario amargos en los alimentos que le son nocivos, etc.“ *Ac veluti pueris absinthia tetra medentes, etc.* Lucret., lib. v.

(2) Si se responde, que tambien el Tasso ha invocado á la

cia, á medio conquistar entonces, no tuviese bastantes bosques donde poder hallar algun castillo viejo con buhardas en sus galerías, subterráneos, torres cubiertas de verdin de hiedra, y lleno todo de historias maravillosas? ¿No se encontraba algun templo gótico en un valle en medio de los bosques? ¿No habia todavía en las montañas de Navarra ningun druida que cantase bajo una encina, á la orilla de un torrente y al ruido de una tempestad, las antiguas memorias de los Galos, y que llorase sobre el sepulcro de los héroes? Yo me figuro que existirian aun algunos caballeros del reinado de Francisco I, que recordarian con pena en su casa los torneos antiguos, y aquellos tiempos en que la Francia salia á guerrear contra los incrédulos é infieles.

¡Que cosas no se podian sacar de aquella revolucion de los Bátavos, vecina, ó digámoslo asi, hermana de la Liga! Los holandeses se establecian en las Indias, y Felipe recojia los primeros tesoros del Perú. El mismo Coliñy habia enviado una colonia á la Carolina; el caballero Gourgues ofrecia al autor de la Henriada el mas tierno episodio: una epopeya debe comprender el universo.

La Europa ofrecia al autor de la Henriada, por el mas feliz de todos los contrastes, un pueblo pastor en Suiza, el pueblo comerciante en Inglaterra, y el pueblo de las artes en Italia. La Francia ofre-

Verdad, nosotros opondremos que no lo ha hecho como Mr. Voltaire. La Verdad del Tasso es una musa, un ánjel, no sé que cosa indeterminada, sin nombre, *un ser cristiano*, y no la Verdad *personificada* directamente como la de la Henriada.

cia tambien á su vez la época mas favorable á la poesía épica; época que siempre debe elejirse, como Voltaire habia hecho, al espirar una edad y dar otra principio, entre las costumbres nuevas y las antiguas. Espiraba la barbarie, espiraba, y asomaba la aurora del siglo de Luis. Habia venido Malherbe, y este héroe bardo y caballero, hubiera podido entonces conducir los franceses al combate, cantando himnos á la victoria.

Está reconocido que los *caractéres* de la Henriada no son mas que *retratos*, y tal vez se ha ensalzado demasiado este modo de pintar, de que Roma en su decadencia nos suministra los primeros modelos. El *retrato* nada tiene de épico, y solo suministra bellezas sin accion y sin movimiento. Dudan tambien algunos de que se halle en la Henriada *verosimilitud de costumbres*. Los héroes de este poema suministran hermosos versos, en los cuales se desenvuelven los principios filosóficos de Mr. Voltaire; pero ¿acaso representan tales como eran los guerreros del siglo XVI? Y aunque algunos discursos de los conspiradores ponen á la vista las costumbres del tiempo, ¿no podemos asegurar que mas las acciones de estos personajes que sus palabras debieran presentarnos estas costumbres? A lo menos el cantor de Aquiles no ha reducido á arengas su Iliada.

En cuanto á lo *maravilloso*, es casi nulo, á mi modo de ver, en la Henriada. Si no supiésemos el desgraciado sistema que helaba, digámoslo asi, el jenio poético de Mr. Voltaire, no comprenderíamos como pudo preferir las divinidades alegóricas á

lo *maravilloso* del cristianismo. Unicamente tienen algun calor sus invenciones en aquellos lugares en que deja de ser filósofo para ser cristiano. Al punto que recurre á la relijion, oríjen de toda la poesía, brota el manantial con abundancia.

El juramento de los dieziseis en el subterráneo, y la aparicion del espectro de Guisa que viene á armar á Clemente de un puñal, son artificios muy épicos, y cimentados en las supersticiones mismas de un siglo ignorante y desgraciado.

¿Y no padeció tambien algun engaño este poeta, cuando trasportó á los cielos la filosofía? El *Eterno* Dios de la *Henriada* es sin duda un Dios muy equitativo, que juzga con imparcialidad al bonzo y al derviche, al judío y al mahometano; mas ¿era esto solo lo que se esperaba de su musa? ¿No le pedia de la *poesía* un cielo cristiano, cánticos, el *Jehovah*, y por último el *mens divinior*, ó la relijion?

Votaire, pues, rompió la cuerda mas armoniosa de su lira, cuando se negó á cantar esa milicia sagrada, y ese ejército de mártires y ánjeles, de donde hubiera podido sacar con su talento cosas admirables. Hubiera podido hallar en nuestras santas tanto y aun mas poder que en las diosas antiguas, y nombres tan dulces como los de las Gracias. ¡Lastima es que no haya querido decir nada de esas pastoras trasformadas por sus virtudes en deidades benéficas; de esas Jenovevas, que desde lo alto del cielo protejen con su cayado el imperio Clodoveo y Carlo-Magno! Parece que tiene algun encanto para

las musas, el ver consagrado por la relijion á la hija de la sencillez y de la paz, el pueblo mas injenioso y valiente del mundo. ¿De donde adquiriria la Galia sus trovadores, su jenio sencillo y su inclinacion á las gracias, si no fuese del canto pastoral, de la inocencia y hermosura de su patrona?

Algunos críticos juiciosos han notado que en Voltaire hay dos hombres, uno lleno de gusto, de ciencia y de razon, y otro que peca por la inversa. Se puede dudar que Voltaire haya tenido tanto talento como Racine; pero tal vez tuvo un entendimiento mas vario, y una imajinacion mas flexible. Por desgracia la medida de lo que hacemos no es siempre la medida de lo que podemos. Si Voltaire hubiera estado animado por la relijion como el autor de la Atalia; si hubiera estudiado como él los Padres y la antigüedad, y si no hubiera abrazado todos los jéneros y asuntos, su poesía hubiera sido mas enérjica, y su prosa adquirido una decencia y una gravedad que le faltan muy á menudo. Este grande hombre tuvo la desgracia de vivir en medio de una multitud de literatos medianos, que prontos siempre á aplaudirle, no le podian advertir sus estravíos. Si hubiera vivido entre los Pascales, Arnaldos, Nicoles, Boileaux y Racines, le hubieran hecho mudar de tono. En Port-Royal se hubieran indignado de las chanzonetas y blasfemias de Ferney: alli no se estimaban las obras hechas con precipitacion; se trabajaba con lealtad, y no hubieran querido, por el mundo entero, engañar al público aquellos solitarios, dándole un poema que no hu-

biese costado por lo menos doce años de meditadas tareas, y lo que aun era mas admirable, es que en medio de tantas ocupaciones, hallaron aquellos maravillosos hombres el secreto de observar los mismos deberes de la relijion, y cumplir en la sociedad con la urbanidad propia de su gran siglo.

Esta escuela era lo que le faltaba á Voltaire. Es lamentable que unas veces tuviese un carácter que le hiciese admirable, y otras aborrecible. Edifica y destruye; da ejemplos y preceptos contradictorios; pone en las nubes el siglo de Luis XIV, y quita seguidamente la reputacion á los hombres grandes de aquel siglo: ensalza y denigra á un mismo tiempo la antigüedad; persigue por medio de setenta volúmenes lo que él llama el *infame*, y los trozos mas bizarros de sus escritos están inspirados por la *relijion*. En tanto que su imajinacion arrebata, hace brillar por otra parte una razon falsa, que destruye lo maravilloso, achica el alma, y acorta la vista. Escepto en algunas de sus obras maestras, en todo lo demas deja solo traslucir lo ridículo de las cosas y tiempos, y muy comunmente enseña al hombre á mirar al hombre bajo un punto de vista horriblemente jocoso. Encanta y fatiga por su movilidad; hechiza y disgusta, y apenas se conoce su carácter propio: seria insensato, si no fuese tan sábio, y perverso, si no tuviese algunos rasgos de beneficencia. En medio de todas sus impiedades, se observa que aborrecia á los sofistas (1). Era na-

(1) Véase la nota O, al fin del volúmen.

turalmente amante de las bellas artes, de las letras y de la grandeza, y no se estraña el verle arrebatado de una especie de admiracion por la corte romana. Su amor propio le hizo representar toda su vida un papel, para el cual no habia nacido, y al que era muy superior. No tenia en efecto cosa que le confundiese con los Diderots, Rainals, y D'Alamberts. La cultura de sus costumbres, sus bellos modales, su aficion á la buena sociedad, y su humanidad sobre todo, le hubieran hecho probablemente uno de los mas irreconciliables enemigos del réjimen revolucionario. Era muy decidido en favor del órden social, sin advertir que le destruia por sus cimientos, persiguiendo el órden relijioso. Lo que se puede decir de él con justo motivo, es que su incredulidad le sirvió de obstáculo para elevarse á la altura á que le llamaba la naturaleza, y que sus obras (esceptuando sus poesías sueltas) son muy inferiores á su talento: ejemplo que debe arredrar eternamente á todo el que siga carrera literaria. Voltaire fluctuó entre tantos errores, desigualdades de estilo y de raciocinio, porque le faltaba el contrapeso de la relijion: su ejemplo ha probado que la gravedad de costumbres y la piedad de pensamientos, son aun mas necesarias que el talento para el trato con las musas.

LIBRO SEGUNDO.

Poesía en sus relaciones con los hombres.

CARACTERES.

CAPITULO PRIMERO.

Caractéres naturales.

De este exámen jeneral de las epopeyas, pasemos á los pormenores de las composiciones poéticas. Mas antes de examinar los caractéres sociales, como los de sacerdote y guerrero, consideremos los caractéres *naturales* de padre, de madre, &c., y caminemos desde luego bajo un principio incontestable.

El cristianismo es, digámoslo asi, una relijion doble; porque si se ocupa en lo que pertenece á la naturaleza del ser intelectual, se ocupa tambien en nuestra propia naturaleza. Hace que vayan de consuno los misterios de la Divinidad y los del corazon humano: revelando al verdadero Dios, revela tambien al hombre verdadero.

Una relijion semejante, debe ser mas favorable para la pintura de los *caractéres*, que un culto que

no penetra de modo alguno en el secreto de las pasiones. La mas bella mitad de la poesía, esto es, la mitad dramática, no recibia ventaja alguna del politeismo, la moral estaba separada de la mitolojía (1). Un dios subia en su carro, un sacerdote ofrecia un sacrificio; pero ni el dios ni el sacerdote enseñaban lo que es el hombre, de dónde trae su oríjen, hácia donde camina, cuáles son sus inclinaciones, sus vicios, sus virtudes, y sus fines en esta vida y en la otra.

Mas en el cristianismo, por el contrario, la moral y la relijion son una sola y misma cosa. La escritura nos enseña nuestro oríjen, y nos instruye acerca de nuestras dos naturalezas: todos los misterios cristianos nos son relativos; por todas partes nos vemos á nosotros mismo, y por nosotros fue inmolado el Hijo de Dios. Desde Moisés hasta Jesucristo, y desde los apóstoles hasta los últimos padres de la iglesia, todo ofrece la pintura del hombre interior, todo conspira á desvanecer las tinieblas que le ofuscan, y uno de los caractéres distintivos del cristianismo es el haber unido el hombre á Dios, mientras que las falsas relijiones han separado al Criador de la criatura.

He aqui, pues, una ventaja incalculable que los poetas debian reconocer en la relijion cristiana, en vez de obstinarse en desacreditarla. Porque si en cuanto á lo *maravilloso* es tan bella como el politeismo, en cuanto á la correlacion de las *cosas*

(1) Véase la nota P, al fin del volúmen.

sobrenaturales, tiene ademas sobre el politeismo toda la parte moral y dramática, como esperamos hacerlo ver mas adelante.

Apoyaré esta gran verdad en ejemplos; haré algunas comparaciones, que sirvan para adherirnos mas y mas á la relijion de nuestros padres, por los encantos de la mas divina de todas las artes.

Comenzaré, pues, por el estudio de los *caractéres naturales*, por el carácter de los *esposos*, y opondré al amor conyugal de Adan y Eva, el de Ulises y Penélope. No habrá que imputarme que escojo de intento los asuntos medianos de la antigüedad, para que resalten mas los del cristianismo.

CAPITULO II.

Continuacion de los esposos.

ULISES Y PENELOPE.

Muertos por Ulises los príncipes, Euriclea va á despertar á Penélope, la cual tarda mucho en creer las maravillas que le cuenta su nodriza. Levántase sin embargo, y bajando la escalinata, *salva el umbral de piedra, y va á sentarse á la luz del fuego, frente por frente de Ulises, que estaba sentado al pie de una coluna, con los ojos bajos, aguardando en silencio las palabras de su esposa. Mas ella parecia muda y sobrecojida de asombro.*

Telémaco acusa á su madre de tibieza; sonríese Ulises, y disculpa á Penélope. Duda sin embargo la

princesa, y para probar á su esposo, manda que se prepare una cama á Ulises fuera del gabinete nupcial, y al punto esclama el héroe, y dice: »*¡Ah! ¿quien ha desordenado mi tálamo? ¿no está ya apoyado en el tronco de olivo, alrededor del cual habia yo mismo erijido una sala en mi corte? &c.* (1)."

Asi dice, y el corazon y las rodillas de Penélope flaquean á un mismo tiempo: reconoce en estas palabras al mismo Ulises. Volviendo en sí, corre al instante bañada en lágrimas hácia su esposo: le echa al cuello los brazos; besa su sagrada cabeza y esclama: »No te irrites ¡ó tú que fuiste siempre el mas prudente de los hombres! . . . . . .

. . . . . .

No te irrites ni estrañes que haya tardado en arrojarme á tus brazos. Mi corazon palpitaba de temor, solo con recelar si las palabras engañosas de un estraño pretenderian sorprender mi fe. . . . . Pero al presente tengo ya una prueba evidente de tu vuelta. Con lo que acabas de decir de nuestra cama, desvaneces mis sospechas, porque ningun otro mas que tú la ha visto: solos tú y yo la conocemos, escepto la esclava Actoris, que me dió mi padre cuando vine á Itaca, y que guarda el umbral de nuestra alcoba nupcial. Tú restituyes á mi corazon la confianza que la pena alejaba de él."

Habló, y Ulises impelido de la necesidad de verter llanto, lloró sobre esta amada y prudente esposa, estrechándola sobre su corazon. Cual los ma-

(1) Lib. 23, v. 88.

rineros que contemplan la tierra deseada, cuando Neptuno ha despedazado su rápida nave, juguete de los vientos y las olas inmensas, y hundiéndose la mayor parte en la antigua mar, al querer ganar tierra á nado, abordan algunos llenos de alegría (por haber burlado los mayores peligros) á las playas, cubiertos de algas y espuma: asi aun menos dulce es á aquellos pobres marineros la vista de la tierra deseada, que le fueran á Ulises las miradas de Penélope. No podia ésta desprender sus brazos del cuello del héroe, y la aurora, la de los dedos de rosa, hubiera visto las lágrimas de estos esposos, si Minerva no hubiera detenido el sol en la mar, &c.

. . . . . .

»Entre tanto Eurinome, con una antorcha en la mano, condujo á la alcoba nupcial á Ulises y Penélope: se retira inmediatamente, y lloran los dos esposos de alegría, porque vuelven á ver su antiguo lecho. . . . . .

»Despues de haberse embelesado con el amor, se embelesaron con la mútua narracion de sus penas. . . . . .

»Apenas habia acabado Ulises las últimas palablas de su historia, cuando un profundo sueño suspendió las fatigas de su cuerpo y la inquietud de su alma (1)."

(1) Madama Dacier ha desfigurado notablemente este trozo, pues parafraseando los versos griegos, dijo: *A estas palabras la reina cayó casi desmayada; las rodillas y el corazon le flaquearon á un tiempo, y no duda ya que sea este su querido Ulises. Habiendo vuelto por último en sí, corrió á él con el rostro bañado en lágrimas, y abrazándole con todas las señales*

Este reconocimiento de Ulises y Penélope, es tal vez uno de los mejores pasos del injenio antiguo. Penélope sentada y silenciosa, Ulises inmóvil al pie de una coluna, é iluminada la escena con el resplandor del fuego, suministra á un pintor un pensamiento tan sublime como sencillo. ¿Y como se hará el reconocimiento? por el recuerdo de una circunstancia del lecho nupcial. Otra cosa digna de admiracion es la cama hecha por las propias manos de un *rey* sobre el tronco de un olivo, árbol de paz y sabiduría, digno de ser el apoyo de aquella cama

de una verdadera ternura, etc. Y añade cosas de que no se halla en el texto una sola palabra. Suprime por último algunas veces las ideas de Homero, y reemplaza las suyas propias, de donde proviene el no hacer mencion de estos versos admirables: *Despues de haberse embelesado con el amor, se embelesaron con la recitacion de sus penas, etc.* Ella dice: *Ulises y Penélope, á quienes el placer de hallarse juntos despues de tan larga ausencia, suplia el lugar del sueño, se contaron recíprocamente sus penas.* Pero estas faltas, si lo son, nos suministran reflexiones que nos hace estimar cada vez mas y mas aquellos escelentes helenistas del siglo de los Lefebres y Petavios. Madama Dacier teme tanto injuriar á Homero, que si el verso tiene muchos sentidos ó muchas variedades fundadas en la accion principal, le da mil vueltas, comenta y parafrasea hasta que deja sin sustancia la palabra griega, y como en un diccionario, presenta todas las acepciones en que puede ser tomada. Los otros defectos que se pueden echar en cara á esta sábia señora, provienen igualmente de una lealtad de espíritu, de un candor de costumbres, y de una especie de sencillez propia de aquellos tiempos famosos de nuestra literatura. Así, pareciéndole Ulises demasiado frio á las caricias de Penélope, añade con grande injenuidad, *que Ulises respondia á estas pruebas de amor, con todos los indicios de la mayor ternura.* Dignas de admiracion son tales infidelidades. Si ha existido alguna vez un siglo propio á suministrar verdaderos traductores de Homero, era sin duda aquel en que no solo eran *antiguos* el espíritu y el gusto, sino aun el mismo corazon, y en que no se alteraban las costumbres del siglo de oro, pasando por el alma de sus intérpretes.

que ningun hombre sino Ulises habia visto. Los arrebatos que siguen al reconocimiento de los dos esposos; aquella comparacion tan tierna de una viuda que vuelve á hallar á su marido, con el marinero que descubre la tierra al tiempo mismo de su naufrajio; los consortes conducidos á su alcoba con el hacha encendida; la alegría que él esperimentará al volver á ver su cama; los placeres amorosos que siguen á los *júbilos del dolor* ó á la mútua confidencia de las penas pasadas; el doble deleite de la felicidad presente y el recuerdo de la desgracia, y aquel sueño que viene por grados á cerrar los ojos y la boca de Ulises, mientras cuenta sus aventuras á Penélope, que está muy atenta; todos estos son rasgos maestros y nunca bastantemente admirados.

Debia hacerse un estudio interesante, cual seria el de descubrir cómo hubiera trazado un autor moderno tales partes de las obras de un autor antiguo. En la pintura precedente, por ejemplo, podemos sospechar que la escena hubiese sido narrada por el poeta, en vez de ser una accion entre Ulises y Penélope. Y bien seguramente el poeta, no hubiera omitido adornar su narracion con reflexiones filosóficas, con versos de mucho efecto, y ciertas palabras felices; mas en vez de este sistema de composicion tan laborioso cuanto brillante, os presenta Homero dos esposos que vuelven á verse despues de veinte años de ausencia, y que sin dar grandes gritos, parecen solo haberse separado el dia antes. ¿Donde, pues, está la belleza de la pintura? En la verdad.

Los modernos son en jeneral mas sábios, mas delicados, mas sutiles, y aun á veces mas interesantes en sus composiciones que los antiguos. Pero estos son mas sencillos, mas magníficos, mas trájicos, mas abundantes, y sobre todo, mas verdaderos que nosotros. Tienen un gusto mas seguro y una imajinacion mas noble. Solo atienden al conjunto, y prescinden de los adornos. El llanto de un pastor, las historias que refiere un viejo, los combates de un héroe; he aqui para ellos todo el asunto de un poema: y yo no sé en qué consiste que este poema que no tiene nada, está sin embargo mejor desempeñado que nuestras novelas, llenas de incidentes y personajes. El arte de escribir parece haber seguido las huellas del de la pintura: la paleta del poeta moderno se cubre de una variedad infinita de tintas y matices; el poeta antiguo compone todas sus pinturas con los tres colores del Polignoto. Los latinos, colocados entre la Grecia y entre nosotros, usan á un tiempo los dos estilos; el de la Grecia en la sencillez de los fondos, y el nuestro en el arte de los pormenores. Tal vez lo que hace tan deliciosa la lectura de Virjilio, es esta feliz armonía de ambos gustos.

Contemplemos ahora la pintura de los amores de nuestros primeros padres. Eva y Adan, cantados por el ciego de Albion, harán un hermoso contraste con Ulises y Penélope, cantados por el ciego de Esmirna.

CAPITULO III.

Continuacion de los esposos.

ADAN Y EVA.

Satanás se introdujo en el paraiso terrenal. En medio de los animales de la creacion.

He saw
Two of far nobler aspect erect and tall
. . . . . .
. . . . . of her daughters, Eve.

Un aspecto mas noble y mas erguido
. . . . . .
. . . . . *De las hijas de Eva* (1).

»*Divisó* dos seres de una forma mas noble, y de estatura recta y elevada, como la de los espíritus inmortales. Durante el primitivo honor de su nacimiento, les cubria una majestuosa desnudez; parecian soberanos del nuevo universo, y en efecto eran dignos de serlo. En sus miradas divinas brillaban los atributos de su glorioso Criador; la verdad, la sabiduría, la santidad ríjida y pura, virtud de que dimana la autoridad verdadera del hombre. Sin

(1) *Par. per.* lib. IV, v. 288, 314, un verso omitido. Glasc., ed. 1776.

embargo, estas criaturas celestes se diferencian entre sí, como lo manifiestan sus sexos: *él* es criado para la contemplacion y el valor, *ella* para la delicadeza y las gracias; él para Dios solamente, ella para Dios en él. La frente despejada y la vista majestuosa del primero, indican el poder absoluto; sus cabellos de jacinto, dividiéndose sobre su frente, caen noblemente rizados por ambos lados, pero sin ondear sobre sus anchas espaldas. Su compañera, por el contrario, deja caer como un velo de oro sus trenzas sobre su cintura, donde forman caprichosos rizos, asi como encorva la cepa sus tiernos vástagos alrededor del frájil tronco, símbolo de la sujecion en que nació nuestra madre. ¡Sujecion á un cetro bien lijero! ¡obediencia otorgada por ella, y mas bien recibida que exijida! ¡imperio cedido voluntariamente! ¡cedido con un modesto orgullo, y no sé que amorosas dilaciones llenas de temores y encantos! Ni vosotras mismas estabais entonces ocultas, misteriosas obras de la naturaleza. Entonces era desconocida la vergüenza culpable y criminal. Hijo del Pecado; Pudor impúdico, ¡cuantas turbaciones has causado en los dias del hombre por una vana apariencia de pureza! ¡Ah! ¡tú has desterrado de nuestra vida el verdadero vivir, la sencillez y la inocencia! Asi marchan desnudos estos dos grandes esposos en el Eden solitario. Ni se recatan de la vista de Dios, ni de las miradas de los ánjeles, porque aun no tienen idea del mal. Asi pasa, teniéndose por las manos, la mas hermosa pareja que unió jamás el fuego del amor; Adan, el mejor

de los hombres que fueron su posteridad, y Eva, la mas hermosa entre cuantas mujeres nacieron sus hijas.

Nuestros primeros padres se retiran bajo la sombra, al márjen de una fuente, y cenan en medio de los animales de la creacion, que se divierten alrededor de su rey y de su reina. Encubierto Satanás bajo la figura de uno de aquellos irracionales, contempla los dos esposos, y se siente casi enternecido al ver su hermosura é inocencia, y por la idea de los males que va á causar y hacer substituir á tanta felicidad: ¡rasgo admirable! Conversan entre tanto dulcemente al lado del manantial Adan y Eva, y ésta habla asi á su esposo:

That day I often remember, when from sleep,
. . . . her silver mantle therew (1).

»Yo me acuerdo muchas veces de aquel dia en que saliendo del primer sueño, me hallé acostada á la sombra, rodeada de flores, sin saber donde estaba, quién era, ni cuándo ó cómo habia sido traida á este sitio. No lejos de aqui se oia el murmullo del agua en la concavidad de una roca. Despeñándose por una húmeda cascada, se reunia toda el agua alli cerca, tan pura como los espacios del firmamento. Llena de timidez me acerqué á este lugar,

(1) Id. vers. 449, 502 inclusive. Despues desde el v. 59 hasta el 609.

me senté sobre su verde ribera para mirar el transparente lago que me pareció otro cielo. Al instante que me bajé hácia las olas, apareció una sombra en el húmedo espejo, que se inclinaba hácia mí, como yo hácia ella. Me estremecí, y se estremeció tambien; acerqué de nuevo la cabeza, y volvió inmediatamente la misma imájen, mirándome con simpatía y amor. Aun estarian fijos mis ojos en aquella figura, y me hubiera consumido un vano deseo, á no haber oido una voz en el desierto: »Tú, hermosa criatura, me decia, tú misma eres el objeto que ves: contigo huye y vuelve á parecer; pero sígueme, y te conduciré adonde no eludirá tus brazos una sombra vana, y donde hallarás á aquel de quien eres imájen. Tuyo será siempre; le darás una multitud de hijos semejantes á ti, y serás llamada *madre del jénero humano.*" ¿Que pude yo hacer oidas estas palabras? Obedecer y echar á andar conducida de un impulso invisible. Pronto te divisé bajo de un plátano. ¡Oh! ¡cuan alto y hermoso me pareciste! Sin embargo, hallé en ti menos belleza y ternura que en la graciosa fantasma que vi en el reflejo del agua. Quise huir, me seguiste, y levantando tu voz, gritaste: »Vuelve, hermosa Eva, ¿sabes de quien huyes? Tú eres la misma carne y hueso del que huyes. Para darte el ser he suministrado de la parte vital mas próxima á mi corazon, para que estuvieses despues á mi lado eternamente. ¡O mitad del alma mia! yo te busco; la otra mitad tuya te reclama." Hablando asi, cojió tu dulce mano la mia; cedí, y desde entonces he conocido cuanto

sobrepuja á la gracia una beldad varonil, y la sabiduría, la sola mente hermosa."

»Asi habló la madre de los hombres. Con miradas amorosas se inclina medio abrazando á nuestro primer padre, y como en un tierno enajenamiento. La mitad de su inflamado pecho viene misteriosamente á caer bajo sus dorados y ondeantes cabellos, y á tocar con su voluptuosa desnudez el despojado seno de su esposo. Encantado Adan con la beldad y gracias que ofrece, sonrie dando un suspiro de amor; tal es la sonrisa que el cielo deja caer en la primavera sobre las nubes, que llevan en sí la vida de las semillas de las flores. Adan estrecha despues con un beso puro los fecundos labios de la madre de los hombres. . . . . .

. . . . . .

»Entre tanto habíase puesto el sol por mas bajo de las islas Azores, bien fuese porque este primer globo del cielo rodó hácia aquellas riberas con su increible celeridad, ó bien porque la tierra menos rápida, retirándose al Oriente por un camino mas corto, dejó al astro del dia á la izquierda del mundo. Habia revestido ya de púrpura y oro las nubes que andaban alrededor de su trono celestial; entre tanto se acercaba la tranquila noche, y el pardo crepúsculo habia igualmente ofuscado los objetos con sus mismas sombras. Las aves del cielo reposaban en sus nidos, los animales terrestres en sus camas. Todo callaba, menos el ruiseñor, amante de las vijilias, que llenaba la noche con sus amorosas quejas, y alegraba el silencio. Bien pronto cen-

tellea el firmamento con zafiros vivientes. El lucero vespertino, al frente del ejército de los demas astros, se muestra el mas brillante por largo tiempo; y por último, levantándose con majestad por entre las nubes la reina de las noches, difundió su suave luz, y echó su plateado manto encima de las sombras (1)."

Adan y Eva se retiran al pabellon nupcial, despues de haber dirijido su oracion al Eterno. Penetran por entre las sombras del bosque, y se acuestan en su lecho de flores. Entonces el poeta que se quedó como á la entrada, entona de repente un cántico á Himeneo, en presencia del firmamento y del polo rodeado de estrellas. Entra en este magnífico epitalamio sin preparacion, y por un movimiento inspirado al uso antiguo:

Hail wedded love, mysterious law, truc source
Of human offspring.....

»Salud, amor conyugal, ley misteriosa, manantial de la prosperidad." Asi cantó de repente todo el ejército de los griegos despues de la muerte de Hector: *¡Hemos adquirido una gloria señalada, y muerto al divino Hector!* Y á este modo, celebran-

(1) Los que sepan el ingles, conocerán cuan dificil es la traduccion de este trozo. Se nos disimulará la licencia usando de algunos rodeos en favor de la fuerza del texto. Hemos cercenado tambien algunos rasgos de mal gusto, en particular la comparacion *alegórica* de la sonrisa de Júpiter, que hemos reemplazado en su sentido *propio*.

do los salianos la fiesta de Hércules, esclamaban tambien tosca y apresuradamente en Virjilio: *Tu nubigenas invicte, bimembres, &c.* »Tú eres quien domas los dos centauros, hijos de una nube, &c.''

Este himno da la última pincelada al retrato de Milton, y termina la pintura de los amores de nuestros primeros padres (1).

No tememos que se nos eche en cara lo largo de esta cita. En cualquiera otro poema, dice Mr. Voltaire, el amor se mira como una flaqueza; solo en Milton es virtud: el poeta ha sabido descorrer con una mano casta el velo que en toda otra parte cubre los placeres de esta pasion. Transporta al lector á aquel jardin de delicias, y parece que le hace probar los placeres de que Adan y Eva parecen poseidos. No se eleva ya sobre la naturaleza humana simplemente, sino sobre la naturaleza humana corrompida; y asi como no hay ejemplar de otro amor semejante, tampoco hay otra poesía igual (2).

Si comparamos, pues, los amores de Ulises y Penélope y los de Adan y Eva, hallaremos que la sencillez de Homero es mas injénua, la de Milton mas magnífica. Ulises, aunque rey y héroe, tiene sin embargo algo de tosco; sus astucias, acciones y

(1) Aun hay otro lugar en donde están descritos estos amores. Se encuentra en el octavo libro, cuando cuenta Adan a Rafael las primeras sensaciones de su vida, sus conversaciones con Dios sobre la soledad, la formacion de Eva, y la primera conferencia con ella. Este trozo no es inferior al que acabamos de citar, y debe tambien toda su belleza á una relijion santa y pura.

(2) *Ensayo sobre la poesía épica*, cap. IX.

palabras conservan un carácter agreste y sencillo. Adan, aunque apenas nacido y sin esperiencia alguna, es ya el perfecto modelo del hombre: da á entender que no ha salido de las débiles entrañas de una mujer, sino de las manos poderosas de Dios. Es noble, majestuoso, y al mismo tiempo lleno de inocencia y de injenio; se le advierte tal cual le pintan los libros sagrados; es decir, digno de que le respeten los ánjeles, y de pasearse en la soledad con su Criador.

En cuanto á las dos esposas, si Penélope es mas reservada, y luego mas tierna que nuestra primera madre, es porque ha sido acrisolada por la desgracia que nos hace desconfiados y sensibles. Eva, por el contrario, se abandona; es comunicativa y seductora, y aun tiene algo de gazmoñería. ¿Y por que habia de ser séria y prudente como Penélope? ¿No era todo risueño para ella? Si la pesadumbre oprime el alma, la felicidad la dilata. En el primer caso, todos los desiertos no bastan para ocultar su pena; y en el segundo, no hay suficientes corazones á quien cuente sus placeres. Ademas de que Milton no quiso pintar perfecta á Eva; la representa irresistible por sus encantos, pero un poco indiscreta y amiga de hablar, para hacer prever la infelicidad á que la va á arrastrar este defecto. En lo demas, los amores de Ulises y Penélope son puros y ríjidos, como deben ser los de dos esposos.

Aqui me parece oportuno advertir, que la mayor parte de los grandes poetas de la antigüedad,

tienen á la vez en las pinturas voluptuosas, cierta desnudez y al mismo tiempo cierta castidad admirables: no hay cosa mas púdica que su pensamiento, ni mas libre que su espresion. Nosotros, por el contrario, trastornamos los sentidos, al mismo tiempo que parece respetamos la vista y el oido. ¿De donde, pues, proviene esta májia de los antiguos, y por qué una Vénus de Praxiteles enteramente desnuda, atrae mas nuestro espíritu que nuestras miradas? De que alli hay un bello ideal que toca mas al espíritu que á la materia. El injenio y no el cuerpo se hace entonces amoroso; él solo es quien se consume por unirse estrechamente á esta obra maestra. Todo amor terrestre se apaga y le substituye una ternura mas divina. El alma enardecida se ase al objeto amado, y espiritualiza hasta los términos groseros de que ha tenido que usar para espresar su llama.

Pero ni el amor de Penélope y de Ulises, ni el de Dido por Eneas, ni el de Alcestes por Admeta, pueden ser comparados á los sentimientos que prueban el uno por el otro los dos nobles personajes de Milton. La verdadera relijion es la única que ha podido dar el carácter de un amor tan santo y sublime. ¡Que asociacion de ideas! ¡El universo naciente; los mares espantándose, digámoslo asi, de su propia inmensidad; los soles perplejos y como aterrados en su nueva carrera; los ánjeles atraidos con estas maravillas; Dios mirando aun su recien acabada obra; dos seres, mitad espíritu y mitad barro, asombrados de sus cuerpos, mas asombrados aun

de sus almas, y haciendo á un tiempo la prueba de sus primeros pensamientos y de sus primeros amores!

Para hacer la pintura mas perfecta Milton, ha sabido poner tambien alli á Satanás. El ánjel rebelde espía á los dos esposos; sale de la misma boca de estos el fatal secreto; se regocija de su futura desgracia, y toda esta pintura de la felicidad de nuestros padres, solo es en realidad el primer paso para horribles calamidades: Penélope y Ulises recuerdan un mal pasado; Eva y Adan anuncian un mal ya inminente. Un drama cualquiera es defectuoso en el fondo, si ofrece alegrías sin mezcla de pesares, ya desvanecidos, ó próximos á suceder. Una entera felicidad nos enfada; una desgracia absoluta nos repugna: la primera está falta de moral y de llantos; la segunda de esperanza y de sonrisas. Si subís desde el dolor al placer, como en la escena de Homero, sereis mas sensible y melancólico, porque entonces reflexiona el alma en lo pasado, al mismo tiempo que descansa en lo presente: si, por al contrario, bajais desde la prosperidad al llanto, como en la pintura de Milton, os hareis mas tristes é interesantes, porque el corazon apenas se detiene en lo presente, y anticipa los males que le amenazan. Es, pues, necesario unir siempre en nuestras obras la felicidad á la desgracia, y sobre todo cargar mas la suma de los males, que la de los bienes, cual sucede en la naturaleza. Hay dos licores en la copa de la vida, uno dulce y otro amargo; pero ademas de la amargura del segundo, es preciso contar tambien

con la hez que los dos dejan igualmente en el fondo del vaso.

CAPITULO IV.

El padre.

PRÍAMO.

Examinado el carácter de esposo, pasemos al de *padre:* consideremos la paternidad en las dos posiciones mas sublimes é interesantes á la vida; esto es, la desgracia y la vejez. Príamo, aquel gran monarca derribado de la cumbre de su gloria, y cuyos favores mendigaron los grandes de la tierra, *dum fortuna fuit;* Príamo mismo, con el cabello cubierto de ceniza, y el rostro bañado en lágrimas, se atrevió á penetrar en el campo de los griegos, solo y á media noche. Postrado á los pies del implacable Aquiles, besando aquellas manos terribles y despedazadoras, que tantas veces humearon con la sangre de sus hijos, le pide el cuerpo de su Héctor.

»¡Acordaos de vuestro padre, ó Aquiles, semejante á los dioses! Está agobiado de los años, y como yo, en el último tercio de su vida. Tal vez en este instante esté abrumado por poderosos vecinos, sin tener á su lado quien le defienda. Mas sin embargo, cuando oye que vivís, se regocija su corazon, y cada dia espera ver á su hijo de vuelta de Troya. Pero á mí, el mas desgraciado de los padres, creo que ni un solo hijo me ha quedado de tantos como con-

taba en la gran Ilion. Cincuenta tenia cuando desembarcaron los griegos en estas playas. Diezinueve eran hijos de una misma madre, los demas los habia tenido de diferentes cautivas: los mas han perecido siguiendo al cruel Marte, y solo uno quedaba defendiendo á Troya y á sus hermanos. Me le acabais de matar peleando por su patria. . . . . Héctor. Por él es por quien vengo á la escuadra de los griegos, para rescatar su cuerpo á costa de esta suma que os traigo. Respetad á los dioses. ¡Aquiles! tened compasion de mí: acordaos de vuestro padre. ¡Oh, cuan infeliz soy! ¿Ha habido en el mundo desgraciado alguno que se haya visto reducido á este esceso de miseria? ¡Beso las manos que han muerto á mis hijos!"

¡Cuantas bellezas se hallan en esta súplica! ¡Que escena se presenta á la vista del lector! ¡La noche, la tienda de Aquiles, aquel mismo héroe llorando á Patroclo al lado del fiel Automedon, Príamo apareciendo por medio de las sombras, y echándose á los pies del hijo de Peléo! Alli están detenidos en medio de las tinieblas los carros que llevan el presente del soberano de Troya, y á corta distancia yace sobre las playas del Helesponto el cuerpo de Héctor abandonado y sin honor.

Estúdiese bien el discurso de Príamo, y se notará que la segunda palabra que pronuncia el desgraciado monarca es la de padre; el segundo pensamiento en el mismo verso, es un elojio al orgulloso Aquiles: *Aquiles, semejante á los dioses.* Príamo se debe violentar mucho para hablar asi al que dió

muerte á Héctor. En todo esto se advierte un grande conocimiento del corazon humano.

La imájen mas tierna que se podia presentar al atroz hijo de Peléo, despues de haberle recordado á su padre, era sin duda la edad de este mismo padre. Hasta entonces no se atreviera á hablar Príamo ni una sola palabra de sí mismo; pero inmediatemente se presenta una comparacion, de que usa con la sencillez mas admirable: toca, dice, *como yo en el último término de su vida.* De esta manera Príamo solo habla de sí confundiéndose con Peléo, y obligando á Aquiles á no ver mas que á su padre en un rey desventurado y suplicante. La imájen del desamparo del padre de Aquiles, *abrumado tal vez por poderosos vecinos*, durante la ausencia de su hijo; la pintura de sus pesares repentinamente desvanecidos al saber que aun *vive este hijo;* y por último, la comparacion de las penas pasajeras de Peléo, con los irremediables males de Príamo, ofrecen un conjunto de dolor, de destreza, de urbanidad y dignidad admirables.

¡Con que santa y respetable habilidad el anciano de Troya atrae despues de esto al soberbio Aquiles, para que le oiga gustosamente hasta el elojio de Héctor! Al principio se abstiene de nombrar al héroe troyano; dice solamente, *tenia uno*, y no nombra á Héctor delante del vencedor, hasta despues de haberle dicho que le ha muerto *peleando por la patria*; y entonces añade simplemente el nombre de Héctor. Es de notar tambien que este nombre aislado no está comprendido en el periódico poético, y

sí como arrojado al principio de un verso, cuya medida interrumpe, sorprende el oido y la imajinacion, forma un sentido completo, y no tiene nada que ver con lo que sigue. De esta manera el hijo de Peléo se acuerda de su venganza antes de recordar á su enemigo. Si Príamo hubiese nombrado antes á Héctor, inmediatamente hubiera venido á Aquiles la memoria de Patroclo; pero ya no es Héctor el nombrado, sino un cadáver descuartizado, unas miserables reliquias entregadas á los perros y á los buitres; aun no se lo recuerda sino con una escusa: *peleaba por la patria.* El orgullo de Aquiles queda satisfecho con haber triunfado de un héroe, que era el único que defendia *á sus hermanos y los muros de Troya.*

Por último, Príamo despues de haber hablado de los hombres al hijo de Tétis, le recuerda los justos dioses, y le vuelve á traer á Peléo otra vez á la memoria. El rasgo que termina la peticion de este padre desgraciado, es de la magnificencia mas sublime en el jénero patético.

CAPITULO V.

Continuacion del padre.

LUSIÑAN.

La trajedia de Zaira nos dará un padre que oponer á Príamo. En verdad no tienen comparacion las dos escenas, ni en la fuerza del pensamien-

to, ni en la belleza de la poesía; pero el triunfo del cristianismo será mayor, pues solo el encanto anejo á sus memorias, puede competir con todo el injenio de Homero. Voltaire mismo no tiene á menos confesar, que recurrió á este poderoso hechizo en su composicion; pues dice hablando de la Zaira: procuraré aprovechar en esa obra cuanto la relijion cristiana parece ofrecer de mas patético ó interesante (1).

Un antiguo cruzado, lleno de desgracias y de gloria, el anciano Lusiñan, siempre fiel á su relijion, aun en medio de los calabozos, ruega á una jóven y amorosa hija que siga la voz del Dios de sus padres; escena maravillosa, y cuyo resorte reposa todo entero en la moral evanjélica y en los sentimientos cristianos.

Luché ¡oh Dios! por tu gloria sesenta años:
Yo derrumbarse vi tu santo templo,
Y perderse tu nombre. Cuatro lustros
Abandonado en calabozo horrendo,
Piedad, Señor, para mis tristes hijos
Mis lágrimas amargas te pidieron:
Y mientras tú has reunido mi familia,
Cuando á mi hija amada al fin encuentro,
Miro que es tu enemiga. ¡Desdichado!
Es tu padre, soy yo, será mi encierro
La sola causa que la fe cristiana
Arrancára ¡infelice! de tu pecho.....
Hija mia, de mis postreras penas

(1) Obr. de Volt., tom. 78., Corresp. gen. Cart. 57. pág, 119, ed. 1785.

Tierno objeto, en tu sangre piensa al menos,
Que es de reyes cual yo todos cristianos,
La sangre de los héroes que murieron,
De la fe sacrosanta de mis padres
Defensores y mártires á un tiempo.
¡Ay, hija, todavía muy querida!
¿Sabes la suerte que te guarda el cielo?
¿Y sabes, sabes, di, quien fue tu madre?
¿Sabes tú bien ¡ay Dios! que en el momento
En que triste á luz dieron sus entrañas
De infausto amor el fruto postrimero,
La vi yo destrozar con mano fiera
Por los bandidos que ora son tus dueños,
A quienes tú ¡infeliz! te has entregado?
Tus hermanos, que mártires han muerto
Ante mis ojos, los sangrientos brazos
A ti los tienden desde el alto cielo,
Y tu Dios, á quien vendes, hija mia,
Tu Dios, de quien blasfemas con tus hechos,
Sacrificado fue en estos lugares
Por redimirte á ti y al universo;
Aqui donde mi brazo le ha servido
Tantas y tantas veces con denuedo,
Donde su sangre por mi voz te habla.
Ves esos muros, ese santo templo
Por tus señores invadido ahora:
Todo te anuncia al Dios de tus abuelos,
A quien constantes ellos han vengado.
Vuelve, vuelve los ojos: no está lejos
De ese palacio su sagrada tumba,
Aqui está la montaña dó el Eterno
Quiso espirar á golpes del impío,
Asi lavando los pecados nuestros;
Alli el lugar donde volvió á la vida
Desde el sepulcro dó yacía muerto.

No sabrás caminar sobre este sitio,
No podrás nunca dar un paso entero
Sin hallar á tu Dios; ni quedar puedes
Sin negar á tu padre al mismo tiempo.

Una relijion que suministra semejantes bellezas á su enemigo, bien merecia ser oida antes de condenarla. La antigüedad no presenta nada que ofrezca este interes, porque no tenia un culto semejante. No oponiéndose el politeismo á las pasiones, no podia dar oríjen á estos combates interiores del alma, tan comunes bajo la ley evanjélica, y de donde nacen las situaciones mas tiernas. El carácter patético del cristianismo aumenta tambien poderosamente el encanto de la trajedia de *Zaira*. Si Lusiñan no recordase á su hija mas que dioses dichosos, y los banquetes y regocijos del Olimpo, esto causaria en ella un débil interes, y solo formaria un duro contraste con las tiernas sensaciones que pretende escitar el poeta. Pero las desgracias, la sangre y los sufrimientos de Lusiñan, se juntan á las desgracias, la sangre y los sufrimientos de Jesucristo. ¿Podria Zaira apostatar de su Redentor en el mismo sitio en que este se sacrificó por ella? La causa de un Dios y de un padre se confunden; los cansados años de Lusiñan y la misma sangre de los mártires, se convierten en una parte de la autoridad de la relijion; la montaña y el sepulcro claman; aquí todo es trájico; los lugares, el hombre y la Divinidad.

CAPITULO VI.

La madre.

ANDRÓMACA.

Vox in Rama audita est, dice Jeremías (1), *ploratus et alulatus multus, Rachel plorans filios suos, et noluit consolari quia non sunt.* »Oyose en la montaña una voz que con lágrimas y grandes jemidos decia: Raquel llorando sus hijos, no ha querido consolarse, *porque ya no existen.*" ¡Que bellas son estas palabras, *quia non sunt!* (2) ¡Oh cuan bien conoce el corazon maternal una relijion que ha consagrado semejante palabra!

El culto de la Vírjen, y la ternura de Jesucristo con los niños, muestran bien que el espíritu del cristianismo tiene una tierna simpatia con el carácter de una madre. Aqui nos proponemos abrir un nuevo sendero á la crítica, descubriendo en los sentimientos de una madre *pagana*, descrita por un autor *moderno*, los rasgos *cristianos* que este autor ha podido mezclar en su dibujo sin advertirlo él mismo. No es necesario para probar una influencia

(1) Cap. 31., v. 15.

(2) Hemos seguido el latin del Evanjelio de S. Mateo (cap. 2, v. 18). No podemos comprender por qué ha traducido el Sacy *Rama* por *Rama*, una villa. *Rama* en hebreo (de donde sale la espresion griega) se toma por una rama de árbol, por un brazo de mar, y por una cordillera de montes. Este es el último sentido del hebreo, como lo espresa la vulgata en Jeremías: *vox in excelso.*

moral ó relijiosa sobre el corazon del hombre, que el ejemplo que se alegue, esté tomado del cimiento mismo de dicha institucion; pues basta con que nos revele el jenio de ella. Asi es que el *Elíseo* en el *Telémaco*, es visiblemente un paraiso cristiano.

Pues ahora, los sentimientos mas tiernos de la *Andrómaca* de Racine, provienen en gran parte de un poeta *cristiano*. La Andrómaca de la Iliada tiene mas de esposa que de madre; la de Eurípides tiene un carácter ambicioso, que destruye el maternal; la de Virjilio es tierna y melancólica; pero aun es menos madre que esposa; la viuda de Héctor no dice *Astyanax ubi est*, sino *Hector ubi est*.

La Andrómaca de Racine es mas sensible, mas interesante que la antigua. Este verso tan encantador por su sencillez,

Aun hoy no le estrechado entre mis brazos.

es la espresion de una mujer cristiana. Esto no cabia en el gusto griego, y mucho menos en el de los romanos. La *Andrómaca* de Homero llora por las futuras desgracias de Astianate, sin cuidarse de disfrutar del hijo en lo presente. La madre en nuestra relijion, mas tierna sin prever menos, olvida algunas veces sus pesadumbres, dando un beso á su hijo. Los antiguos apenas se dignaban fijar sus miradas sobre la infancia: parece que se les representaba cierta cosa demasiado humilde en el lenguaje propio de la cuna. Solo el Dios del Evanjelio no se ha desdeñado de nombrar párbulos *(parbuli)* á los ni-

ños pequeños (1), y ponerlos, por ejemplo, á la vista de los demas hombres.

Et accipiens puerum, statuit eum in medio eorum: quem cum complexus esset, dit illis:

»*Quisquis unum ex hujusmodi pueris receperit in nomine meo, me recipit.*"

Y habiendo tomado un niño, le puso en medio de ellos, y habiéndole abrazado, les dijo:

»Cualquiera que recibiere en mi nombre á un niño, me recibe á mí mismo (2)."

Cuando en Racine dice la viuda de Héctor á Cefisa:

Piense sin vanidad en sus abuelos;
Es de la sangre de Héctor, mas el resto.

¿quien no la reconoce cristiana? Aqui está el *deposuit potentes de sede*. La antigüedad no habla de esta suerte, porque solo imita los sentimientos naturales; pero los sentimientos espresados en estos versos de Racine, *no están puramente en la naturaleza*, sino que antes bien contradicen la voz del corazon. Héctor no aconseja á su hijo que tenga *un modesto recuerdo de sus abuelos*; elevando á Astianate hácia el cielo, esclama:

»¡O Júpiter, y vosotros todos, dioses del Olim-

(1) Math., c. 18, v. 3.
(2) Marc., c. 9, v. 35, 36.

po! reine mi hijo como yo en Troya: haced que tenga el imperio de los guerreros, y que viéndole volver cargado de despojos del enemigo, esclame: Aun es mas valiente que su padre."

Eneas dice á Ascanio:

..... Et te, animo repetentem exempla tuorum,
Et pater Æneas, et avunculus excitet Hector (1).

A la verdad, la Andrómaca moderna casi se esplica, poco mas ó menos, como Virjilio acerca de los abuelos de Astianate; mas despues de estos versos:

Tú dirás en qué casos, por qué hazañas
Sus nombres con la gloria relucieron.

añade:

Por sus hechos han sido ellos mas grandes
Que por la cuna ilustre en que nacieron.

Tales preceptos son directamente opuestos al grito del orgullo; en ellos se ve la naturaleza correjida, la naturaleza mas bella, la naturaleza evanjélica. Esta humildad que ha esparcido el cristianismo en los sentimientos, y que, como diremos bien pronto, ha mudado para nosotros las bases de las pasiones, se descubre en todo el papel de la Andró-

(1) *Æn.*, lib. XII, v. 439, 440.

maca moderna. Cuando la viuda de Héctor se representa en la Iliada el humilde destino que aguarda á su hijo, la pintura que hace de la futura miseria de Astianate, tiene tambien un no sé qué de bajo y vergonzoso. En nuestra relijion la humildad es tan noble como interesante. El cristiano se somete á las condiciones mas duras de la vida; pero se conoce que lo hace tan solo por un principio de virtud, y que se abate á la mano de Dios, y no á la de los hombres. Conserva su dignidad y su carácter en medio de las prisiones; fiel á su amo sin cobardía, menosprecia las cadenas que solo ha de llevar un momento, y de las cuales le libertará bien pronto la muerte. Reputa como un sueño las cosas de la vida, y sufre su muerte sin quejarse de ella, porque la libertad y la esclavitud, la prosperidad y la desgracia, la diadema y el gorro del esclavo, apenas se diferencian á su vista.

CAPITULO VII.

El hijo.

GUZMAN.

Todavía Voltaire nos suministrará el modelo de otro carácter cristiano, cual es el del *hijo*. No es este ni el dócil Telémaco con Ulises, ni el fogoso Aquiles con Peléo: es un carácter nuevo, en que la relijion combate y subyuga las inclinaciones.

La *Alzira*, á pesar de la poca verosimilitud de sus costumbres, es una trajedia muy interesante;

en ella el lector se deja llevar por medio de aquellas rejiones de la moral cristiana, que haciéndose superiores á la vulgar, forma por sí misma una especie de poesía divina. La paz que reina en el alma de Alvarez, no es solo la paz de la naturaleza. Supongamos que Nestor procura moderar las pasiones de Antíloco: en este caso citará primero ejemplos de los jóvenes que se han perdido por no haber querido escuchar á sus padres; añadirá á ellos algunas máximas sobre la indocilidad de la juventud y la esperiencia de los viejos, y coronará sus reflexiones con su propio elojio, y echando menos los tiempos antiguos.

La autoridad de que usa Alvarez es de otra especie: olvida su edad y su poder paternal, y habla únicamente en nombre de la relijion. No intenta apartar á Guzman de un delito *particular*, sino que le predica una virtud *jeneral*; esto es, la *caridad*, especie de humildad celeste que el Hijo del Hombre hizo bajar sobre la tierra, y que no era conocida antes del cristianismo (1). En fin, aquel Alvarez, que mandando á su hijo como *padre*, le obedece como un súbdito, es uno de los rasgos de moral sublime, tanto mas superior á la moral de los antiguos, cuanto el Evanjelio supera á los diálogos de Platon para la enseñanza de las virtudes.

(1) Aun los antiguos debian á su culto la poca humanidad que advertimos en ellos. La hospitalidad y el respeto hácia los suplicantes y desgraciados, estaba fundado en las ideas relijiosas. Era necesario que Júpiter se declarase protector del miserable para que hallase alguna compasion sobre la tierra. ¡Tan feroz es el hombre sin relijion!

Aquiles mutila á su enemigo, y le insulta despues de haberle abatido: Guzman es tan altivo como el hijo de Peléo; acribillado de heridas por la mano de Zamora, espirando en la flor de su edad, perdiendo á un tiempo una esposa adorada y el mando de un vasto imperio, ve aqui la sentencia que fulmina contra su mismo homicida. Este es el triunfo de la relijion y del ejemplo paternal sobre un hijo cristiano.

(A Alvarez).

El cielo que mi muerte ha suspendido,
Señor, á vuestra vista ora me lleva.
Esta alma fujitiva, que sin duda
Para mi cuerpo abandonar se apresta,
Ante vos se detiene todavía.....
Solo porque imitaros al fin pueda.
Muero; el velo cayó que me ofuscaba,
Nueva luz me ilumina y me serena:
Hasta el momento que en la tumba caigo,
A los hombres tan solo causé penas,
Solo sintieron de mi orgullo el peso;
No me miré hasta el fin de mi carrera.
A vengarlos va el cielo, y esto es justo:
No pagará mi vida toda entera
La sangre que mis manos derramaron,
Y de la cual enrojecidas quedan.
El placer me cegó, y la muerte ahora
Mi mente del error al fin despeja.
Yo perdono la mano que me hiere,
Porque es de Dios la voluntad aquesta.
Señor aun soy cual era de estos pueblos,
Solo aqui soy quien el perdon dar pueda,
Y á Zamora perdono. Vive, vive,

Mi soberbio enemigo, libre seas,
Y alguna vez en los deberes santos,
Y en esta muerte del cristiano piensa.

(A Monteza, que se arroja á sus pies).

Monteza, americanos, que aquí fuisteis
Víctimas tristes de mi rabia fiera,
Jamás olvidareis que en este instante
Escedió á mis delitos mi clemencia.
Decidles á la América y sus reyes,
Que para leyes dar en esta tierra
Han nacido sin duda los cristianos.

(A Zamora).

Conoced ya por fin la diferencia
Del Dios que sirvo yo á los dioses vuestros:
Homicidio y venganza el tuyo ordena,
Y el mio, cuando tú de herirme acabas,
Dolerme y perdonarte me aconseja.

¿A que relijion pertenecen esta moral y esta muerte? Aquí reina un *ideal de verdad* superior á todo *ideal poético*. Cuando digo *ideal verdad*, no exajero; es notorio que estos versos:

Conoced ya por fin la diferencia
Del Dios que sirvo yo á los dioses vuestros, &c.

son las mismas palabras de Francisco de Guisa (1).

(1) No es muy comun el saber que Mr. Voltaire se valió de las palabras de Francisco de Guisa, tomándolas de otro poeta. Rowe habia usado antes de ellas en su *Tamerlan*, y el autor de *Alzira* se ha contentado con traducir palabra por palabra el trájico ingles:

Now learn the difference, 'wixt thy faith and mine:
Thine bids thee lift thy dagger to my throat;
Mine can forgive the wrong, aud bid thoe live.

Lo restante del trozo es la sustancia de la moral evanjélica.

> Hasta el momento que en la tumba caigo,
> A los hombres tan solo causé penas;
> Solo sintieron de mi orgullo el peso;
> No me miré hasta el fin de mi carrera.

Un solo rasgo no es cristiano en esta escena:

> Decidles á la América y sus reyes,
> Que para dominar en esta tierra
> Han nacido sin duda los cristianos.

El poeta ha querido representar aqui la naturaleza y el carácter orgulloso de Guzman. La intencion dramática es feliz; pero tomada como belleza *absoluta* el sentimiento espresado en estos versos, es harto mezquino en medio de los altos pensamientos de que está rodeado. Tal aparece siempre la *pura naturaleza* al lado de la naturaleza cristiana. Voltaire fue muy ingrato en haber procurado trastornar un culto que suministró á sus obras los mejores rasgos, y los títulos mas sublimes á su inmortalidad: debió tener siempre presente este verso, que hizo ciertamente por un movimiento involuntario de admiracion.

> ¡Como, pues, los cristianos verdaderos
> Serán capaces de virtud tan alta!

Añadamos tambien tanto *injenio*.

CAPITULO VIII.

La hija.

IFIJENIA Y ZAIRA.

Ifijenia y Zaira nos ofrecen un paralelo interesante para el carácter de *la hija*. Una y otra se sacrifican bajo la autoridad paternal y por la relijion de su pais. Es cierto que Agamenon exije de su hija el doble sacrificio de su amor y vida, y Lusiñan solo pide á Zaira que renuncie á su amor; mas para una mujer apasionada, es tal vez mas doloroso que la misma muerte el vivir y estar privada del objeto de sus deseos. Las dos situaciones pueden equilibrarse en cuanto al interes *natural*: veamos, pues, si sucede lo mismo en cuanto al interes *relijioso*.

Agamenon, obedeciendo á los dioses, no hace en suma mas que sacrificar á su hija á su ambicion. ¿Y por que ha de sacrificarse á Neptuno la jóven griega? ¿No es un tirano á quien debe detestar? El espectador se pone de parte de Ifijenia contra el cielo. La compasion y el terror se apoyan solo en esta situacion sobre el interes *natural*; y si pudiésemos prescindir de la relijion de toda la pieza, es evidente que permaneceria aun el mismo interes teatral.

En Zaira, empero, todo se destruye si se toca á la relijion. Jesucristo no está sediento de sangre, ni quiere otro sacrificio que el de una pasion. ¿Pue-

de pedir con algun derecho este sacrificio? ¿quien lo duda? ¿No fue clavado en una cruz por redimir á Zaira? ¿no sufrió los insultos, los desprecios, las injusticias de los hombres, y bebido hasta las heces del caliz de amargura? ¿como, pues, habia de dar Zaira su corazon y su mano á aquellos que han perseguido á este Dios amoroso? ¿A aquellos que diariamente sacrifican cristianos, y tienen en el momento mismo cargado de hierros á aquel anciano sucesor de Bullon, á aquel defensor de la fe, á aquel *padre de Zaira*? A la verdad que la relijion no es aqui inútil, y el que la suprimiese destruiria la pieza.

Por lo demas, nos parece que *Zaira*, mirada como trajedia, es aun mas interesante que *Ifijenia*, por una razon que procuraremos aclarar: esto nos obliga á remontarnos á los principios del arte.

Es cierto que únicamente debemos elevar sobre el coturno á aquellas personas que obtienen puestos elevados en la sociedad. Esto proviene de ciertas analojías que saben descubrir las bellas artes, de acuerdo con el corazon humano. La pintura de los infortunios que nosotros mismos esperimentamos, nos aflije sin interesarnos ni instruirnos. No necesitamos ir al teatro para saber lo que pasa en nuestra familia: ni nos agrada la ficcion, cuando habita la triste realidad bajo nuestro mismo techo. Ninguna moral se adquiere con semejante imitacion: todo lo contrario; porque viendo el retrato de nuestro estado, ó caemos en la desesperacion, ó envidiamos otra situacion que no es la nuestra.

Conducid al pueblo al teatro: no es el hombre que habite una triste choza en representaciones de su propia indijencia lo que él necesita ver. No os pide grandes vestidos de púrpura; quiere oir nombres famosos, y ver reyes desgraciados.

La moral, la curiosidad, la nobleza del arte, la pureza del gusto, y acaso la envidiosa naturaleza del hombre, obligan pues á tomar los actores de la trajedia en una clase elevada. Pero si la persona debe ser distinguida, tambien el dolor debe ser *comun*; esto es, de tal naturaleza, que *todos* le conozcan. En esto es en lo que Zaira nos parece mas grande que Ifijenia.

Poco ó nada puede interesar al espectador el que muera la hija de Agamenon, para que pueda darse á la vela una escuadra. Pero en la *Zaira* se patentiza una razon que todos pueden comprender, porque todos pueden esperimentar la lucha de una pasion contra un deber. De aqui deriva esta grande regla dramática: es preciso, en cuanto sea posible, fundar el interes de la trajedia, no sobre una *cosa*, sino sobre un *sentimiento*; al paso que el personaje debe distar del espectador por su *jerarquía*; mas debe estar cerca *de él* por su desgracia.

Ahora podríamos buscar en el asunto de *Ifijenia*, tratado por Racine, los rasgos del pincel cristiano; pero el lector se encuentra ya en la carrera de estos estudios, y puede seguirla. Solo nos detendremos para hacer una observacion.

El P. Brumoy observa que Eurípides, atribuyendo á Ifijenia el horror á la muerte y el deseo de

salvarse, habla mas naturalmente que Racine, que la hace demasiado resignada. La observacion es buena en sí; pero el P. Brumoy no ha advertido que la Ifijenia moderna es la *hija cristiana*. Han hablado su padre y el cielo, y no le resta ya mas que obedecer. Racine dió este valor á su heroina, y mudó el fondo de las ideas y de la moral, digámoslo asi, por medio de una influencia secreta de una institucion relijiosa. Aqui va el cristianismo mas lejos que la naturaleza, y por consiguiente es mas conforme con la bella poesía, que engrandece los objetos, y es un poco amante de la exajeracion. Sufocando la hija de Agamenon su pasion y su amor á la vida á un mismo tiempo, interesa mas que Ifijenia llorando su muerte. No son siempre las cosas puramente naturales las que hieren: bien naturalmente es el temor de la muerte; y sin embargo, una víctima que se lamenta, enjuga el llanto que se habia de derramar por ella. El corazon humano apetece mas de lo que puede; quiere sobre todo la admiracion, y tiene en sí cierta propension á la belleza desconocida, para la que fue criado en su principio.

La relijion cristiana está tan preciosamente formada, que es por sí misma una verdadera poesía, pues coloca los caractéres en el bello ideal: prueba nada equívoca dan de ésto los mártires de nuestros pintores, los caballeros de nuestros poetas, &c. La pintura del vicio puede tener en el cristianismo tanto vigor como en la pintura de la virtud, porque ciertamente se aumenta el delito en

razon del mayor número de los vínculos que ha roto el delincuente. Asi es que las musas, que no se avienen con el estilo mediano y vulgar, deben avenirse infinitamente con una relijion que siempre presenta sus personajes inferiores ó superiores al hombre.

Para concluir el círculo de los caractéres *naturales*, seria preciso hablar de la amistad fraternal; pero cuanto hemos dicho del *hijo* y de la *hija*, es aplicable tambien á dos *hermanos*, ó á un *hermano* y una *hermana*. En la Escritura se encuentra la historia de Cain y Abel, aquella grande y primer trajedia que vió el mundo, y nosotros hablaremos en otra parte de José y sus hermanos.....

El cristianismo, por último, sin quitar al poeta algunos de los caractéres *naturales*, tales cuales podia representarlos la antigüedad, y ofreciéndole ademas su *influencia* en aquellos mismos caractéres, aumenta necesariamente el *poder*, como que aumanta el *medio*, y multiplica las *bellezas*, multiplicando los *manantiales* de que emanan.

CAPITULO IX.

Caractéres sociales.

EL SACERDOTE.

Estos caractéres que llamamos *sociales*, se reducen á dos para el poeta; el *sacerdote y el guerrero*.

Si no hubiese yo dedicado la cuarta parte de esta obra á la historia del clero y de sus beneficios, me seria fácil demostrar ahora que el carácter del sacerdote cristiano, ofrece mas variedad y grandeza que el mismo carácter en el politeismo. ¡Que bellos cuadros se podrian delinear, desde el pastor de la aldea, hasta el pontífice que ciñe la triple corona pastoral! ¡desde el cura de la ciudad, hasta el anacorata del desierto! ¡desde el cartujo y trapense, hasta el sábio benedictino! ¡desde el misionero y esa multitud de relijiosos dedicados á remediar los males de la humanidad, hasta el profeta inspirado de la antigua Sion! El órden de las vírjenes no es menos variado y numeroso: aquellas relijiosas hospitalarias que consumen su juventud y gracias en el alivio de nuestras dolencias; aquellas habitantes del claustro que educan al abrigo de los altares á las futuras esposas de los hombres, teniéndose ellas mismas por muy dichosas en llevar las cadenas del mejor de los esposos; toda esta inocente familia se sonrie agradablemente con las nueve hermanas de la fábula. En la antigüedad solo hallaba el poeta un gran sacerdote, un adivino, una vestal, una sibila; y aun aquellos personajes solo podian mezclarse accidentalmente en el asunto; en tanto que el sacerdote cristiano se puede mezclar en todo, y hacer uno de los principales papeles de la epopeya.

Mr. de la Harpe ha demostrado en su *Melania* á lo que puede llegar el carácter de un simple sacerdote tratado por un escritor hábil: Shakespear,

Richardson y Goldsmith han puesto en accion este mismo carácter mas ó menos felizmente. En cuanto á las pompas relijiosas, ninguna relijion las ofreció jamás tan magníficas como las nuestras. La fiesta del Corpus, la Navidad, la Pascua, la semana Santa, la de ánimas, los funerales cristianos, la misa, y otras mil ceremonias que omito, suministran un vastísimo asunto para soberbias y admirables descripciones (1). En verdad que no conocen todas las riquezas del cristianismo las musas que de él se quejan. El Tasso describió una procesion en la Jerusalen, y es una de las mejores descripciones de su poema. Por último, aun el sacrificio antiguo no está fuera de un asunto cristiano; porque no hay cosa mas fácil que recordar un sacrificio de la antigua ley por medio de un episodio, de una comparacion ó narracion cualquiera.

CAPITULO X.

Continuacion del sacerdote.

LA SIBILA. — JOAD.

PARALELO DE VIRJILIO Y DE RACINE.

Eneas va á consultar á la sibila, y detenido á la entrada de la cueva, aguarda las palabras de la profetisa.

(1) Hablaré de estas fiestas cuando trate del *culto*.

. . . . . Cum virgo: Poscere fata, etc.

»Entonces la virjen. Ya es tiempo de interrogar al destino. ¡El Dios! ¡ve alli el Dios! Ella habló, etc....''

Eneas dirije su plegaria á Apolo; lucha aun la sibila; se resiste, y por fin la modera y se apodera de ella el Dios. Abrense rujiendo las cien puertas de la cueva, y se oyen estas palabras: *Ferunt responsa per auras*:

¡O tandem magnis pelagi defuncte periclis!

»Ya no existen los peligros del mar; mas ¡que peligros en la tierra!''

Considérese aqui el ímpetu de aquel primer movimiento: *¡Deus, ecce Deus!* La sibila toca, ase el espíritu y sorprendida á su vez: *¡El Dios! ¡ve alli el Dios!* esclama. Estas espresiones, *non vultus, non color unus*, pintan admirablemente la turbacion de la profetisa. Los rodeos negativos son peculiares de Virjilio, y se puede notar en jeneral que son muy comunes en los escritores de un jenio melancólico. ¿No provendrá esto de que las almas tiernas y tristes son naturalmente propensas á quejarse, á desear, á dudar, y á esplicarse con un jénero de timidez, y de que el quejido, el deseo, la duda y la cortedad son por esencia privaciones de alguna cosa? El hombre á quien la desgracia hizo sensible á los males del prójimo, no dice con un tono resuelto y de seguridad, *yo conozco los males*

sino que se esplica como Dido, *non ignara mals*. Finalmente, las imájenes favoritas de los poetas inclinados á la ilusion, están casi todas tomadas de objetos negativos, como el silencio de las noches, las sombras de los bosques, la soledad de las montañas y la paz de los sepulcros, que solo son la ausencia de ruido, de luz, de hombres y las inquietudes de la vida (1).

El movimiento que termina este admirable episodio es tambien del jénero negativo.

Mas por mucha que sea la belleza de los versos de Virjilio, nos ofrece la poesía cristiana por para-

(1) Asi dice Eurialo hablando de su madre:

. . . . . Genitrix. . . . . ,
. . . . . quam miseran tenuit *non* Ilia tellus.
Mecum excedentem, *non* mænia renis Acestæ.

. . . . *Mi madre viuda*. . . . . .
Que desprecio, siguiendo mi viaje,
Su tierra y deudos, su salud y vida:
Ni pudo del regalo y hospedaje,
Del rey Acestes ser entretenida.
. . . . . .
Velasco, lib. 9, p. 76.

Y añade inmediatamente;

. . . . . *Nequeam* lacrymas perferre parentis.

. . . . . *juro*
Que sufrir no podria su jemido,
Y el llanto que en un trance haria tan duro.
Idem.

Yendo Volcens á atravesar á Eurialo, esclama Niso:

Me, me: adsum qui feci: . . . . . .
. . . . . mea fraus omnis: *nihil* iste *nec* ausus,
Nec potuit. . . . . .

lelo, alguna cosa superior. El sumo sacerdote de los hebreos, cuando va á coronar á Jonás en el templo de Jerusalen, se siente sobrecojido del espíritu divino.

¡He ahí que vengadores se han armado
De tu querella en la defensa! ¡Niños
Y sacerdotes.....! ¡oh divino Verbo!
Pero si los sostienes tú, Dios mio,
¿Quien á retroceder les obligára?
Cuando te place, del sepulcro frio
Nos haces levantar con nueva vida:
Tú hieres y tú curas, y tú mismo
A un tiempo resucitas ó das muerte.
Ellos nada confian en su brio,
Pero en tu nombre sí que han invocado,
En lo que tú has jurado y prometido
Al Rey mas santo de los reyes todos,
Y en ese templo que hasta hora ha sido
Tu sagrada mansion, y durar debe
Cuanto dure del sol constante el brillo.
Mas siento un terror santo: ¿quien le causa?
¿Me domina el espíritu divino?
El es quien me habla, él es quien me ilumina,
El quien me aclara los obscuros siglos.
. . . . . , . . . , ...
¡Oh cielos! escuchad mi voz ahora;
Preste tambien la tierra atento oido:
No digas ya, Jacob, que tu Dios duerme;
No, Jacob, el Señor no está dormido;
Pecadores, huid; ya está despierto.
. . . . . .
¿Como el oro en vil polvo es convertido?
¿Quien es ese ministro de la iglesia

Asesinado en este augusto sitio.....?
Llora, Jerusalen, ciudad impía,
De profetas de Dios el asesino;
De su amor te despoja el Dios del cielo,
Y á sus ojos tu incienso es corrompido.
. . . . . , ...
¿Dó esos niños llevais, esas mujeres?
De Dios la voluntad ha derruido
A la que fue de las ciudades reina;
Sus sacerdotes todos son cautivos,
Y sus reyes han sido destronados:
No quiere Dios presencien mas sus ritos,
Templo, derrúmbate; vosotros, cedros,
Arrojad llamas presto á los impios.
Jerusalen, de mi dolor objeto,
¿Que mano tus encantos peregrinos
Quitarte pudo, dime, en solo un dia?
¿Quien cambiará mis ojos doloridos,
Para que lloren siempre tu desdicha,
En raudales de lágrimas continuos.

No hay necesidad de comentario. Puesto que Virjilio y Racine ocurren tantas veces en nuestra crítica, procuraremos formarnos una idea exacta de sus talentos y su jenio. Tienen tal semejanza estos dos poetas, que pueden engañar á los mismos ojos de la musa, como aquellos dos jemelos de que habla Virjilio, que causaban dulces equivocaciones á su madre.

Ambos á dos liman sus versos y sus obras con igual cuidado, ambos están llenos de gusto, ambos son atrevidos, y no obstante son muy naturales en la espresion, y ambos sublimes en la pintura del

amor; y como si se hubieran seguido el uno al otro por unas mismas huellas, ha hecho Racine que se oiga en su *Ester* la misma suave melodía de que Virjilio ha usado igualmente en toda su segunda égloga; pero siempre con la diferencia que existe entre la voz de una niña y la de un jóven, entre los suspiros de la inocencia y los de una pasion vergonzosa.

He aqui en lo que acaso se asemejan Virjilio y Racine, y tambien en lo que tal vez se diferencian.

El segundo es jeneralmente superior al primero en la invencion de los caractéres: Agamenon, Aquiles, Orestes, Neron, Mitridates y Acomato son muy superiores á los héroes de la Eneida. Eneas y Turno son únicamente preciosos en dos ó tres momentos; Mezencio solo está fieramente dibujado. Sin embargo, parece que todo el talento de Virjilio brilla en las pinturas dulces y tiernas. Evandro, aquel viejo rey de Arcadia, que vive en una cabaña y custodiado por dos mastines, en el mismo sitio en que los Césares, rodeados de guardias pretorianas, habian de habitar en un tiempo sus palacios, asi como Palas, el bello Lauso, y Niso y Eurialo, son todos unos personajes divinos.

En los caractéres de las mujeres es Racine muy superior: Agripina es mucho mas ambiciosa que Amata; y Fedra mas apasionada que Dido.

Nada diré de Atalía, porque en esta pieza nadie puede ser comparado con Racine: es la obra mas perfecta del jenio inspirado por la relijion.

Pero Virjilio escede por otra parte á Racine,

segun la opinion y el gusto de muchos lectores; su canto, si me es permitido hablar asi, es mucho mas lastimero, y su lira mucho mas melancólica. No porque el autor de la Fedra fuese incapaz de esta especie de lamentos suaves: el papel de Andrómaca, la Berenice toda entera, algunas estancias de los cánticos imitados de la Escritura, y muchas estrofas de los coros de Ester y Atalía, manifiestan lo que hubiera podido en este jénero. Pero vivió demasiado en la capital, y no mucho en la soledad. La corte de Luis XIV, dando una nueva majestad á sus formas y personajes, y afinando su estilo, le perjudicó tal vez en otras cosas, alejándole demasiado de los campos y de la naturaleza.

Tengo ya observado, que una de las primeras causas de la melancolía de Virjilio, fue la desgracia que esperimentó en su juventud (1). Desterrado de la casa paterna, conservó siempre la memoria de su Mántua. Pero ya no era el romano de la república, amando su pais con el modo duro y áspero que Bruto; era el romano de la monarquía de Augusto, el rival de Homero y el hijo de las musas.

Virjilio cultivó aquel jermen de tristeza, viviendo solo en medio de los bosques. Tal vez se podrian añadir tambien algunos accidentes particulares. Los defectos morales ó físicos influyen mucho sobre nuestro jenio, y forman muchas veces la razon secreta del distintivo de nuestro carácter. Vir-

(1) Parte I, lib. V, cap. penúlt.

jilio era tardo en su pronunciacion (1), de cuerpo débil, y rústico en la apariencia. Parece que tuvo en su juventud pasiones vivas; á cuya consecucion pudieron obstar estas imperfecciones naturales. De aqui provino que los sobresaltos de su familia, el amor á los desiertos, la afliccion de su amor propio, y sus pasiones no satisfechas, se unieron para darle aquella imajinacion patética que nos encanta en sus escritos.

No se encuentra en Racine el *Diis aliter visum;* el *Dulces moriens reminiscitur Argos,* el *Disce puer virtutem ex me-fortunam ex aliis, ni el Lyrnessi domus alta; solà Laurente sepulcrum.* Quizás no es inútil advertir que estas palabras llenas de ternura se hallan casi todas en los seis últimos libros de la Eneida, asi como tambien los episodios de Evandro y Palas, de Mezencio y Lauso, de Niso y Eurialo. Parece que el Cisne de Mántua, al aproximarse al sepulcro, imprimió no sé qué de celestial á su canto, semejante á aquellos cisnes del rio Eurotas, consagrados á las Musas, que poco antes de espirar, tenian, segun Pitágoras, como una vision del Olimpo, y mostraban su encantadora alegría con los trinos mas melodiosos.

Virjilio es el amigo del hombre solitario, y el compañero de las horas secretas de la vida. Racine es tal vez superior al poeta latino, por ser autor de la Atalía; pero en el último se halla alguna cosa que mueve el corazon mas dulcemente. Admiramos

(1) *Sermone tradissimum, ac penè indocto similem..... Facie rusticana, etc.* Donato, *do Virjilio.*

mas al uno, y amamos mas al otro. El primero tiene sentimientos sobrado verdaderos. El segundo habla mas en jeneral á todas las clases de la sociedad. Recorriendo los cuadros de las vicisitudes humanas delineados por Racine, parece que andamos errantes por los abandonados parques de Versalles: son tristes y dilatados; pero atravesando por medio de la vasta soledad, se distingue la mano arreglada de las artes, y los vestijios de las grandezas.

Tan solo veo torres de ceniza
Cubiertas, veo un rio tinto en sangre,
Solitarias, desiertas las campiñas.

Las pinturas de Virjilio, sin ser menos nobles, no están limitadas á ciertas perspectivas de la vida; representan toda la naturaleza. Tales son las soledades de los bosques, el aspecto de las montañas, las orillas del mar; desde donde las mujeres desterradas *contemplan, llorando, la inmensidad de las olas.*

. . . . . Cunctæque profundum
Pontum aspectabant flentes.

. . . . . *Y que llorando todas*
El hondo y espacioso mar miraban.

CAPITULO XI.

EL GUERRERO.

Definicion de lo bello ideal.

Los siglos heroicos son favorables á la poesía, porque tienen aquella antigüedad y aquella incertidumbre de tradicion que requieren las musas, algo engañadoras comunmente. Cada dia vemos pasar á nuestra vista cosas estraordinarias, sin tomar en ellas parte alguna; pero nos gusta oir contar los hechos oscuros que están muy distantes de nosotros. Esto proviene de que realmente los mayores acontecimientos del mundo son pequeños en sí; y nuestra alma, que conoce este defecto de las cosas humanas, y camina sin cesar á la inmensidad, procura no verlos sino de un modo muy vago, para engrandecerlos.

De aqui es, que el espíritu de los siglos heroicos se forma de la mezcla de un estado civil grosero aun, y de un estado relijioso en el punto mas alto de su influencia. La barbarie y el politeismo han producido los héroes de Homero, y la barbarie y el cristianismo han dado ocasion á los caballeros del Tasso.

Mas ¿cuales de aquellos *héroes* ó de estos *caballeros* merecen la preferencia, sea en la moral, sea en la poesía? Esto es lo que conviene examinar.

Dejando aparte el jenio particular de los do poetas, y no comparando mas que hombre con hom-

bre, nos parece que los personajes de la *Jerusalen* son superiores á los de la *Iliada*.

Y ¡que diferencia en efecto no hay entre unos caballeros tan francos, tan humanos y tan desinteresados, y unos guerreros pérfidos, avaros y atroces, que insultan los mismos cadáveres de sus enemigos, personajes poéticos por sus vicios, en fin, como los primeros por sus virtudes!

Si se entiende por heroismo un esfuerzo contra las pasiones en favor de la virtud, sin duda alguna que el verdadero héroe es Godofredo y no Agamenon. Se pregunta: ¿por que el Tasso, pintando á los caballeros, ha trazado el modelo de un perfecto guerrero, en tanto que Homero, representando á los hombres de los tiempos heroicos, presentó solo una especie de monstruos? Consiste en que el cristianismo ha suministrado desde su nacimiento el *bello ideal moral, ó el bello ideal de los caractéres*, y el politeismo no ha podido dar esta ventaja al cantor de Ilion. Detendré un poco al lector en este punto, importantísimo en la presente obra, de modo que no titubeará para mirarla con interes.

Se conocen dos jéneros de *bello ideal;* el *moral y el físico*. Uno y otro ha provenido de la sociedad. El hombre demasiado próximo á la naturaleza, tal como el salvaje, no lo conoce; se contenta en sus canciones con esplicar fielmente lo que ve. Como vive en medio de los desiertos, sus pinturas son nobles y poéticas; se halla en ellas el mal gusto, pero tambien son monótonas, y sus sentimientos no llegan al heroismo.

El siglo de Homero se alejaba ya de aquellos primeros tiempos. Que un salvaje del Canadá atraviese con sus flechas á un corzo, que le desuelle en medio de los bosques, y que ponga la víctima sobre las ascuas de una encina encendida, todo es poético en aquellas costumbres. Pero en la tienda de Aquiles se ven ya surtidores, asadores y vasos, con algunos permenores mas. Homero caia ya en el defecto de las descripciones bajas y comunes, ó bien entraba en lo bello ideal, *ocultando* con arte alguna cosa.

Asi, á medida que la sociedad multiplicó las necesidades de la vida, aprendieron los poetas que ya no convenia ponerlo todo á la vista como en los primeros tiempos, sino disfrazar y encubrir ciertas partes de la pintura.

Dado este primer paso, vieron que tambien era menester *escojer*; despues observaron que la cosa escojida era susceptible de una forma mas bella, ó de un efecto mas hermoso en tal ó tal posicion.

Ocultando y escojiendo siempre, *añadiendo ó quitando*, dieron poco á poco con formas que no eran naturales, pero sí mas perfectas que la naturaleza; los artistas llamaron á estas formas el *bello ideal*.

El *bello ideal* se puede definir, pues, el arte de *escojer y finjir*.

Esta definicion tanto puede aplicarse al bello ideal *moral*, como *físico*. Este se forma ocultando con maña la parte débil de los objetos, y el otro apartando de la vista ciertas flaquezas del alma: el

alma tiene, como el cuerpo, sus necesidades vergonzosas y sus bajezas.

Y aqui no podemos dejar de observar que el hombre es únicamente el que puede ser representado mas perfecto que la naturaleza, y como próximo á la Divinidad. Nadie ha pensado en pintar el *bello ideal* de un caballo, de una águila, ó de un leon. Esto mismo nos suministra una prueba maravillosa de la grandeza de nuestros fines, y de la inmortalidad de nuestro espíritu.

La sociedad, cuya moral se ha desenvuelto enteramente, debe ser la que llegó mas pronto al *bello ideal de los caractéres*, esto es lo que distingue eminentemente las sociedades formadas en la relijion cristiana. Es cosa estraña, y sin embargo bien verdadera, que en tanto que nuestros padres eran aun bárbaros para todo lo demas, la moral, por medio del Evanjelio, se habia elevado en ellos al último punto de su perfeccion; de suerte que, si me es permitida esta espresion, viéronse hombres á un tiempo salvajes en cuanto al cuerpo, y civilizados con respecto al alma.

Esto es lo que constituye la belleza de los tiempos caballerescos, y lo que les dá la superioridad, tanto sobre los siglos heroicos, como sobre los siglos enteramente modernos.

Porque si quereis pintar los primeros tiempos de la Grecia, en tanto que la sencillez de sus costumbres y de su modo de vivir, os ofrecerán cosas agradables, os disgustarán los caractéres: el politeismo no suministra cosa alguna para mudar la

primera naturaleza salvaje y la insuficencia de las virtudes primitivas.

Y si, por el contrario, cantais la edad moderna, os vereis precisados á desterrar de vuestra obra toda verdad, y á meteros á un tiempo en el bello ideal *físico*. Estando bajo todos los respectos demasiado distantes de la naturaleza y de la relijion, no se puede representar fielmente el interior de nuestras cosas domésticas, y mucho menos el fondo de nuestros corazones.

Solo la caballería ofrece el hermoso conjunto de la *verdad* y de la *ficcion*; porque por una parte podeis presentar la pintura de las costumbres en toda su sencillez: un castillo viejo, un ancho hogar; los torneos, las fiestas, la caza, el sonido de la corneta de montería y el ruido de las armas: nada hay de esto que repugne al gusto, ni cosa que se deba *escojer* ó *desechar*; y por otra el poeta cristiano, mas dichoso que Homero, no tiene que deslustrar la pintura, poniendo en ella al hombre bárbaro ó al hombre *natural*; el cristianismo le suministra el perfecto héroe.

Y asi, mientras que el Tasso se halla como en medio de la naturaleza en cuanto á los objetos físicos, es superior á ella en cuanto á los morales.

Ora bien, lo *verdadero* y lo *ideal* son los dos manantiales de todo el interes poético; de lo *interesante* que nos afecta, y de lo *maravilloso*.

CAPITULO XII.

Continuacion del guerrero.

Ahora voy á demostrar que las virtudes del *caballero*, que elevan su carácter hasta el *bello ideal*, son virtudes verdaderamente cristianas.

Si solo fuesen simples virtudes morales, imajinadas por el poeta, no tendrian movimiento ni resorte. Se puede juzgar de esto por Eneas, de quien Virjilio hizo un héroe filósofo.

Las virtudes puramente morales, son esencialmente frias; no son una cosa sobrepuesta al alma, sino quitada de ella: mas son la ausencia del vicio que la presencia de la virtud.

Mas las virtudes relijiosas tienen alas y pasiones. No contentas con abstenerse del mal, procuran hacer el bien. Tienen la actividad del amor, y se mantienen en una rejion superior y algo exajerada. Tales eran las virtudes de los caballeros; la fe ó fidelidad era su primera virtud.

La fe ó la fidelidad es tambien la primera virtud del cristianismo.

El caballero jamás mentia. — He aqui el cristiano.

El caballero era pobre, y el mas desinteresado de los hombres. — He aqui el discípulo del Evanjelio.

El caballero se iba por el mundo socorriendo á la viuda y al huérfano. — He aqui la caridad de Jesucristo.

El caballero era tierno y delicado. ¿Y quien hubiera podido darle esta dulzura, sino una relijion humana, que siempre enseña á respetar la debilidad? ¡Oh, con que benignidad habla el mismo Jesucristo á las mujeres en el Evanjelio!

Agamenon declara brutalmente que ama tanto á Briseida como á su esposa, porque hace tan buenas obras como ella.

Un caballero no habla asi.

El cristianismo, por último, es el que ha producido el valor de los héroes modernos, tan superior al de los antiguos.

La verdadera relijion nos enseña que el hombre no debe medirse por la fuerza del cuerpo, sino por la grandeza del alma. De aqui resulta que el mas débil caballero jamás tiembla delante de un enemigo; y que aunque esté seguro de la muerte, jamás piensa en la huida.

Este valor sublime se ha hecho tan comun, que el menor de nuestros soldados de infantería es mas valeroso que los Ayax, que huian al ver á Héctor, asi como este tambien volvia las espaldas en viendo á Aquiles. En cuanto á la clemencia de un caballero cristiano para con los vencidos, ¿quien puede negar que dimana del cristianismo?

Los poetas modernos han sacado del carácter caballeresco una multitud de rasgos nuevos. Basta nombrar en la *trajedia* á Bayardo, á Tancredo, Nemours y Couci: Nerestan presenta el rescate de sus compañeros de armas, y se entrega prisionero por no poder satisfacer la suma necesaria para res-

catarse á sí mismo. ¡O cuan bellas son las costumbres cristianas! Y no hay que decir que es una pura invencion poética, pues hay á millares ejemplos de cristianos que se han entregado en manos de los infieles, ó bien por rescatar á otros cristianos, ó por no poder pagar la suma que habian prometido.

Sabido es cuan favorable sea á la epopeya el carácter caballeresco. ¡Cuan amables son en la *Jerusalen* aquel Reinaldo tan brillante, aquel Tancredo tan jeneroso, y aquel viejo Raimundo de Tolosa, siempre abatido y siempre en pie! Nos parece estar con ellos bajo los muros de Solima, y oir al jóven Boullon esclamar con motivo de Armida: »¿Que se dirá en la córte de Francia cuando se sepa que hemos negado nuestro brazo á la belleza?" Para juzgar de la diferencia inmensa que se halla entre los héroes de Homero y los del Tasso, basta tender la vista por el campo de Godofredo y las murallas de Sion. De un lado están los *caballeros* y de otro los *héroes antiguos*. No tuviera Soliman tanto brillo, si el poeta no le aplicara algunos rasgos de los caballeros: de aqui viene que el mismo héroe infiel toma su majestad del cristianismo.

Pero en Godofredo es en quien es preciso admirar la obra maestra del carácter heroico. Si quiso Eneas librarse de la seduccion de una mujer, tuvo que tener los ojos bajos, *immota tenebat lumina*; oculta su turbacion, y responde cosas vagas: »Reina, no niego tus bondades, me acordaré de Elisa:" *meminisse Elisæ*.

No repele de este modo el capitan cristiano los

ardides de Armida : resiste, porque conoce bien los falsos hechizos de este mundo; continúa su vuelo hácia el cielo, *como el ave satisfecha que no baja donde le llama la comida engañadora.*

Qual saturo aujel, che non si cali,
Ove il cibo mostrando, altri l'invita.

¿Es necesario combatir, deliberar, apaciguar un alboroto? Bullon es en todas partes grande, en todas partes magnánimo. Ulises hiere á Tersites con su cetro, y detiene á los griegos prontos ya para subir á sus navíos: costumbres sencillas y pintorescas. Pero ved á Godofredo presentándose solo ante un campo furioso, que le acusa de haber hecho asesinar á un héroe. ¡Que belleza tan noble y penetrante en la súplica del piadoso capitan, seguro de la conciencia de su virtud! y ¡como hace brillar despues esta peticion la intrepidez del jeneral, que desarmado y con la cabeza descubierta, se presenta ante una soldadesca desenfrenada!

Durante el combate, anima al guerrero cristiano un santo y majestuoso valor, desconocido á los guerreros de Homero y Virjilio. Eneas, cubierto de sus armas divinas, y puesto de pie sobre la popa de su galera, que se acerca á la ribera Rútula, está en una actitud heroica; Agamenon, cual Júpiter fulminante, presenta una imájen llena de grandeza; pero Godofredo no es inferior al padre de los Césares, ni al jefe de los atridas en el último canto de la *Jerusalen.*

Acaba de salir el sol: los dos ejércitos están á la vista y apercibidos; tremolan al viento los estandartes; flotan los penachos sobre los morriones; los vestidos, las guarniciones, los arneses, las armas, los uniformes. El oro y el hierro centellean con los primeros rayos del dia. Montado en un veloz caballo, recorre Godofredo las filas de su ejército; habla, y su discurso es un modelo de elocuencia guerrera. Centellea su cabeza, y brilla su rostro con un resplandor desconocido; el ánjel de la victoria le cubre invisiblemente con sus alas. Queda todo repentinamente en un profundo silencio; y se postran las lejiones adorando á aquel que derribó á Goliat por mano de un jóven pastor. Resuena de improviso la trompeta, levántanse los soldados cristianos, y llenos del furor del Dios de los ejércitos, se arrojan precipitadamente sobre los batallones enemigos.

LIBRO TERCERO.

Continuacion de la poesía en sus relaciones con los nombres.

PASIONES.

CAPITULO PRIMERO.

El cristianismo ha mudado las relaciones de las pasiones, mudando las bases del vicio y de la virtud.

Examinados los caractéres, paso ahora á ocuparme en las *pasiones*; porque aunque es cierto que tratando de los primeros, me ha sido imposible no tocar algo de las segundas, aqui me propongo hablar mas de propósito.

Si existiese una relijion cuya principal ocupacion fuese poner una barrera á las pasiones del hombre, aumentaria necesariamente el juego de estas pasiones en el drama y en la epopeya; seria mas favorable á la pintura de los sentimientos, que cualquiera otra institucion relijiosa que no conociese los delitos del corazon, y obrase sobre nosotros solo por escenas esteriores. Esta es, pues, la grande ventaja de nuestro culto sobre los cultos de la anti-

güedad: es un viento celestial que infla las velas de la virtud, y multiplica las borrascas de la conciencia alrededor del vicio.

Las bases de la moral entre los hombres, á lo menos entre los cristianos, se han mudado despues de la predicacion del Evanjelio. Entre los antiguos, por ejemplo, la humildad se miraba como una bajeza, y por grandeza el orgullo y la soberbia: al contrario, entre nosotros el orgullo es el primero entre los vicios, y la humildad una de las primeras virtudes. Esta sola mutacion de principios presenta á la naturaleza humana bajo un punto de vista enteramente nuevo, y nos hace descubrir en las pasiones ciertas relaciones que los antiguos no veian en ellas.

Porque para nosotros la raiz del mal es la *vanidad*, y la raiz del bien la *caridad*; de suerte que las pasiones viciosas son siempre un compuesto de orgullo, y las virtuosas un compuesto de amor.

Aplicad este principio, y reconocereis su exactitud: ¿por que todas las pasiones que provienen de la intrepidez, son mas bellas entre los modernos que entre los antiguos? ¿en que consiste que hemos dado otras proporciones al valor, y trasformado un movimiento brutal en una virtud? En la mezcla de la virtud cristiana directamente opuesta á este movimiento; tal es la *humildad*. De esta mezcla ha nacido la *magnanimidad ó jenerosidad poética*, especie de pasion (porque la de los caballeros ha llegado hasta este punto) totalmente desconocida de los antiguos.

Uno de nuestros mas tiernos sentimientos, y tal vez el único que pertenece absolutamente á nuestra alma (porque todos los demas tienen alguna mezcla con los sentidos en su naturaleza ó en su objeto) es la amistad. ¿Y cuanto no ha aumentado el cristianismo los hechizos de esta celestial pasion, dándole por fundamento la caridad? Jesucristo durmió en el seno de Juan; y antes de aspirar en la cruz, le oyó la amistad pronunciar estas palabras dignas de un Dios: *Mater, ecce filius tuus; discipule, ecce mater tua; Madre, ve ahí á tu hijo; discípulo, ve ahí á tu madre* (1).

El cristianismo que ha revelado nuestra doble naturaleza y mostrado las contradicciones de nuestro ser; que ha hecho ver las alternativas de nuestro corazon; que asi como nosotros está él tambien lleno de contrastes, presentándonos un hombre Dios, un niño Señor de los mundos, al Criador del universo saliendo del seno de una criatura: el cristianismo, decimos, visto bajo este aspecto de contraste, parece ser aun, por escelencia, la relijion de la amistad. Este sentimiento se corrobora tanto por sus oposiciones como por sus semejanzas. Para que dos hombres sean perfectos amigos, deben unirse y desviarse mútuamente, y sin cesar, bajo algun respecto: es preciso que tengan jenios de una misma fuerza, pero diferentes en especie; opiniones opuestas, pero unos mismos principios; distintos amores y aborrecimientos, pero un mismo gra-

(1) Evanj. de S. Juan, cap. 19, v. 26 y 27.

do de sensibilidad en lo interior; humores opuestos, y sin embargo gustos iguales; en una palabra, grandes contrastes de caractéres, y grandes armonías de corazon.

Este calor que infunde la *caridad* en las pasiones virtuosas, las dá un carácter divino. Entre los hombres de la antigüedad, no pasaba del sepulcro el porvenir de los sentimientos y afecciones, y alli naufragaba. Amigos, esposos, hermanos, se dejaban á las puertas de la muerte, conociendo que era eterna su separacion; el colmo de la felicidad para los griegos y los romanos, se reducia á mezclar sus cenizas; pero ¡cuan dolorosa debia ser una urna que solo contenia tristes recuerdos! El politeismo habia constituido al hombre en las rejiones de lo pasado; pero el cristianismo le ha puesto en los campos de la esperanza. El goce de los placeres honestos sobre la tierra, es una anticipada prueba de las delicias de que hemos de ser colmados. Ni está en este mundo el principio de nuestras amistades; dos seres que aqui se aman, solamente están en el camino del cielo, adonde han de llegar juntos, si los dirije la virtud. Por manera, que esta enérjica espresion de los poetas, *exhalar su alma en la de su amigo*, es literalmente verdadera para dos cristianos: cuando dejan sus cuerpos, solo remueven un obstáculo que se oponia á su íntima union, y sus almas van á confundirse en el seno del Eterno.

No creo, sin embargo, que descubriéndonos el cristianismo las bases sobre que descansan las pasiones de los hombres, haya despojado á la vida de

sus encantos. Lejos de marchitar nuestra imajinacion, haciéndola tocarlo y conocerlo todo, ha esparcido la oscuridad y la duda en las cosas que son inútiles á nuestros fines; superior en esta parte á esa imprudente filosofía, que procura penetrar demasiado la naturaleza del hombre, y hallar en todo el fondo de las cosas. No siempre conviene introducir la sonda en los abismos del corazon; las verdades que él contiene, son de la clase de aquellas que piden una media luz y la perspectiva. Es una imprudencia el aplicar incesantemente el juicio á la parte afecta á su ser, y contemplar detenidamente las pasiones. Esta curiosidad conduce insensiblemente á dudar de las acciones jenerosas, estingue la sensibilidad, y mata, digámoslo asi, al alma; los misterios del corazon son como los del antiguo Ejipto; todo hombre profano que pretendia descubrirlos, sin estar iniciado en ellos por la relijion, era súbitamente herido de muerte.

CAPITULO II.

Amor apasionado.

DIDO.

Lo que nosotros llamamos propiamente amor, es un sentimiento del cual ignoró la antigüedad hasta el nombre. Solo en los siglos modernos hemos visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, y esta especie de amor, cuya parte moral es la

amistad. Aun la misma perfeccion de este sentimiento se debe al cristianismo; porque él es quien procurando sin intermision purificar el corazon, ha llegado á espiritualizar hasta las mismas inclinaciones, que parecian menos susceptibles de serlo. He aqui, pues, un nuevo medio de situaciones poéticas que ha suministrado esta tan denigrada relijion á los mismos autores que la insultan. Se pueden ver, en una multitud de novelas, las bellezas que ha producido esta pasion semi-cristiana. El carácter de Clementina, por ejemplo, es una obra maestra, de que la antigüedad no ofrece modelo. Pero entremos ya en materia; y antes de hablar del amor campestre, consideremos el amor apasionado.

Este ni es tan santo como la piedad conyugal, ni tan inocente como los sentimientos pastoriles; pero es mas vehemente que uno y otro, y abrasa las almas donde reina. No fundándose en la gravedad del matrimonio ó en la inocencia de las costumbres campestres, ni mezclando con la suya ilusion alguna, es en sí mismo su propia ilusion, su locura y su sustancia. Esta pasion, ignorada del muy ocupado artesano y del trabajador sencillo, solo existe en aquellas jerarquías de la sociedad, en que la ociosidad nos deja abrumados con el peso de nuestro corazon, con su inmenso amor propio, y con sus eternas inquietudes.

Tan cierto es que el cristianismo difunde una luz viva en el abismo de las pasiones, como que ninguno mejor que los oradores sagrados, ha pintado con la debida fuerza y naturalidad los desórdenes

del corazon humano. Véase la pintura que hace Bourdaloue de la ambicion. Véase tambien cual penetra Masillon hasta los secretos mas íntimos del alma, y como retrata al vivo nuestras viciosas inclinaciones. »El carácter de esta pasion, dice este hombre elocuente hablando del amor, es ocupar y llenar el corazon todo entero, &c.: el hombre solo piensa en la pasion de que está poseido y embriagado: por todas partes se la encuentra, todo recuerda su funesta imájen, y despierta sus injustos deseos; el mundo y la soledad, la presencia ó la ausencia del objeto amado, los objetos mas frívolos é indiferentes, como las mas serias ocupaciones, hasta el templo santo, el altar sagrado, y hasta los tremendos misterios, todo renueva su culpable memoria (1).

»Es un desórden, esclama el mismo orador, en el sermon de la *Pecadora* (parte primera), el amar por sí mismo lo que no puede constituir nuestra dicha ni nuestra perfeccion, ni asegurar, por consiguiente, nuestro reposo; porque amar, no es otra cosa que buscar la felicidad en el objeto que se ama; es querer encontrar en él lo que falta á nuestro propio corazon; es llamarle á llenar este horrible vacío que sentimos en nosotros mismos, lisonjeándonos de que será capaz para ello; es mirar el objeto amado como el único recurso de todas nuestras necesidades, el remedio de todos nuestros males, y el autor de todos nuestros bienes....." »Pe-

(1) Masillon. Sermon del *hijo pródigo*.

ro este amor de las criaturas (parte segunda del mismo sermon), va acompañado de crueles incertidumbres: el hombre duda siempre si es correspondido segun él mismo ama; sutiliza y cabila por hacerse desdichado, y en inventar nuevos temores, dudas y celos; cuanto mas se procede de buena fe, tanto mas se sufre; es el hombre mártir de sus propias sospechas y desconfianzas: vos lo sabeis, y no me toca por cierto el trazar aqui el lenguaje de vuestras insensatas pasiones."

Esta enfermedad del alma se declara con furor inmediatamente que se presenta el objeto que debe desarrollar su semilla. Dido está ocupada todavía en los trabajos de su ciudad naciente: se levanta una tempestad, y sale un héroe de enmedio de ella. Túrbase la reina; un *ciego fuego* se introduce en sus venas; comienzan las imprudencias; siguen los placeres, y en pos de ellos el desengaño y los remordimientos. Dido se halla inmediatamente abandonada; mira con horror en rededor de sí, y no ve mas que abismos. ¿Como se ha desvanecido este edificio de felicidad, cuyo amoroso arquitecto habia sido una imajinacion exaltada? Fue como aquellos palacios de nubes que dora por algunos minutos el sol en su ocaso. Dido vuela, busca, llama á Eneas.

¿Disimulare etiam sperati? etc. (1).

»¡Pérfido! ¿esperabas ocultarme una cosa tan

(1) *Æneid.*, lib. IV, v. 305.

detestable, y escaparte clandestinamente de esta tierra? ni nuestro amor, ni esta mano que te he dado, ni Dido pronta á hacer ostentacion de crueles funerales, han podido detener tus pasos? etc.

¡O que desórden, que pasion, que verdad en la elocuencia de esta mujer burlada! Agólpanse de tal modo en su corazon los sentimientos, que los produce desordenadamente, incoherentes y separados, tales como se acumulan en sus labios. Reparad las autoridades que emplea en sus ruegos. ¿Habla en nombre de los dioses, ó en nombre de un cetro? No; ni aun hace valer á *Dido desdeñada*, sino que mas humilde y mas amante, solo implora con lágrimas al hijo de Vénus, invocando hasta la mano del mismo pérfido. Si añade la memoria del amor, solo es aun estendiéndola sobre Eneas: *por nuestro himeneo, por nuestra comenzada union*, dice:

Per connubia nostra, per inceptos hymenæos (1)

Nombra tambien los lugares que fueron testigos de su felicidad; porque es costumbre de los desgraciados asociar á sus sentimientos los objetos que les rodean. Luego que se ven abandonados de los hombres, procuran buscar apoyos, animando con su dolor á los seres insensibles alrededor de sí. Aquel techo y aquel hogar hospitalario en que recojió nuevamente al ingrato, son para Dido los verdaderos dioses. Despues, con el arte de una mujer

(1) *Æncid.*, lib. IV, v. 316.

enamorada, recuerda la memoria de Pigmalion y la de Yarbas, para despertar ó la jenerosidad, ó los celos del héroe troyano; y luego, por último rasgo de pasion y de miseria, llega la soberbia soberana de Cartago hasta desear que le quedase á lo menos cerca de sí un pequeño Eneas, *parvulus Æneas* (1), para consuelo de su dolor, aunque fuese testigo de su vergüenza. Se persuade que tantas lágrimas, tantas súplicas y tantas imprecaciones, son verdades que hacen fuerza, y por último que no las podrá resistir Eneas: porque en aquellos momentos de locura, creen las pasiones incapaces de defender con buen éxito su causa, y creen que hacen uso de todos sus medios, cuando solo hacen oir todos sus acentos:

Si un pequeñuelo Eneas me dejaras
Al menos con los ojos de su padre,
Que tu rostro siquiera recordara,
No del todo engañada me creyera,
Ni tampoco de ti bien olvidada.

CAPITULO III.

Continuacion del precedente.

LA FEDRA DE RACINE.

Pudiera contentarme con oponer á Dido la Fedra de Racine, que aunque mas poseida de pasion

(1) *Æneid.*, lib. IV, v. 328 y 329.

que la reina de Cartago, solo es en efecto una *esposa cristiana*. El temor de las llamas vengadoras y de la eternidad formidable del infierno, se trasluce en todo el papel de esta mujer criminal (1), y principalmente en la famosa escena de los celos, que, como se sabe, es invencion del poeta moderno. No era el incesto entre los antiguos tan raro y tan monstruoso que escitase semejantes terrores en el corazon del culpable. Es verdad que Sófocles hace muera Jocasta en el punto que conoce su delito; pero Eurípides la hace vivir mucho tiempo despues. Tertuliano refiere (2), que las desgracias de Edipo entre los macedonios solo escitaban las chocarrerías de los espectadores. Virjilio no pone á Fedra en los infiernos, sino solo en aquellos bosques de arrayanes, en aquellos *campos de lágrimas, lugentes campi*, en donde andan vagando los amantes, *que ni aun en la muerte han perdido sus inquietudes*.

Curæ non ipsa in morte relinquunt.

Asi la Fedra de Eurípides, como la de Séneca, tienen mas temor á Teseo que al Tártaro. Ni una ni otra hablan como la Fedra de Racine:

¡Yo celosa! ¡y suplico yo á Teseo!
¡Vive mi esposo, y siento todavía
La llama ardiente de pasion impura!

(1) Este temor del Tártaro está indicado sin enerjía en Eurípides.
(2) En su Apolo*j*.

¿Por quien? ¿A que mi corazon aspira?
Al pensarlo se erizan mis cabellos.
Colmarán mis delitos la medida:
La impostura respiro y el incesto;
A vengarse mis manos homicidas
Están dispuestas, y arden por bañarse
En la sangre inocente. ¡Maldecida!
¡Y vivo! ¡y de ese sol de quien desciendo
Me atrevo aun à soportar la vista!
Nieta nací del padre de los dioses;
En el cielo, en la tierra toda habitan
Mis abuelos: ¿en donde, pues, me oculto?
En el averno buscaré acojida.
Mas ¡ay! ¡que digo! tiene alli mi padre
La urna fatal; la suerte se publica,
Que la ha dejado en sus severas manos:
En el infierno es Minos quien castiga.
¡Cual temblará su sombra con espanto,
Despues que llegue á ver su triste hija
Cobarde en su presencia, temerosa
De confesar sus culpas infinitas,
Ignoradas quizás del mismo infierno!
¿Entonces, padre mio, que dirias?
Desde ahora creo ver la urna terrible
De tus trémulas manos ya caida;
Creo verte buscar suplicios nuevos,
Ansiando ser verdugo de tu hija.
¡Ah! perdona, perdona, padre mio.
Persiguió un Dios airado á tu familia:
Conoce su venganza en los furores
Que mi ajitado corazon destrizan.
¡Triste de mí! de un crimen horroroso
La venganza constante me domina,
Y nunca el corazon ha recojido
El fruto de ese crimen que no olvida.

Este incomparable fragmento ofrece una gradacion de sentimientos, y un conocimiento de la tristeza, de las angustias y arrebatos del alma, que nunca conocieron los antiguos. En ellos se encuentran, digámoslo asi, algunos bosquejos de sentimientos, pero rara vez un sentimiento completo: aqui está todo el corazon:

> Aquesta es Vénus, toda enteramente
> A su presa ligada, siempre asida.

Y el grito mas enérjico que jamás hizo oir la razon es aqueste:

> ¡Triste de mi! De un crimen horroroso
> La vergüenza constante me domina,
> Y nunca el corazon ha recojido
> El fruto de ese crimen que no olvida.

En estos versos se halla una mezcla de los sentidos y del alma, de la desesperacion y del furor amoroso, que sobrepuja toda espresion. Esta mujer *que se consolaria en medio de una eternidad de penas*, si hubiera disfrutado *un solo instante de felicidad*, esta mujer no es del carácter antiguo; es la *cristiana reprobada*; es la pecadora que cayó viva en las manos de Dios: sus espresiones son las del réprobo.

CAPITULO IV.

Sobre el mismo asunto.

JULIA DE ETANJE; CLEMENTINA.

Mudemos de colores; el amor apasionado, terrible en la Fedra *cristiana*, solo nos hará oir en la *devota* Julia suspiros melodiosos: esta es una voz turbada que sale de un santuario de paz, y un grito de amor, que prolonga el eco relijioso de los tabernáculos, suavizándole mas y mas.

»La relijion de las ilusiones es la única que merece ser habitada en este mundo; y tal es la nada de las cosas humanas, que fuera del gran Ser que existe por sí mismo, nada sino lo que no existe, puede decirse bello....."

»Una languidez secreta se interna en mi corazon; yo le siento vacío é hinchado, como deciais en otro tiempo que os sucedia con el vuestro: la adhesion que tengo á todo lo que estimo, no basta para ocuparle: le queda una fuerza inútil, que no sabe en que emplear. Esta pena es fantástica, convengo en ello; pero no por eso es menos real. Amigo mio, yo soy sobrado dichosa; me fastidia le felicidad. . . . . .

. . . . . No hallando, pues, mi alma aqui abajo cosa alguna que la satisfaga, busca ansiosa en otra parte con que satisfacerse: elevándose al orijen del sentimiento y del ser, pierde alli su languidez y sequedad: alli renace, se reanima, halla un

nuevo resorte, saca una nueva vida, toma otra existencia que no depende de las pasiones del cuerpo, ó por mejor decir, no está ya en mí misma, sino en el ser inmenso que contempla; y libre de sus trabas por algun momento, se consuela con volver á entrar en ellas por este reconocimiento de un estado mas sublime, el cual espera poseer algun dia. . . . . .

»Pensando en todos los beneficios de la Providencia, me avergüenzo de ser sensible á tan débiles pesares, y olvidar tan grandes mercedes..... Cuando, á pesar mio, me sigue hasta alli la tristeza *(en su oratorio)*, alivian al instante mi corazon algunas lágrimas derramadas delante de aquel que consuela. Ya no son amargas ni dolorosas mis reflexiones, y mi mismo arrepentimiento está libre de sustos; mis delitos me causan menos terror que vergüenza. Tengo pesares y no remordimientos."

»El Dios á quien sirvo es un Dios clemente, un Padre: lo que mueve mas mi corazon es su bondad; esta hace que mis ojos no vean todos los demas atributos suyos; ella sola es la que concibo. Su poder me asombra, su inmensidad me abisma, su justicia..... Crió al hombre flaco: puesto que es justo, es tambien clemente. El Dios vengador es el Dios de los malvados; ni pudiera temerle para mí, ni invocarle contra otros." »¡O Dios de paz, Dios de bondad! A ti es á quien adoro: solo soy obra tuya: yo lo conozco, y espero hallarte en el juicio final tal como hablas á mi corazon mientras vivo."

¡Con cuanto acierto están reunidos en esta pintura el amor y la relijion! De este estilo y de estos sentimientos no se encuentra modelo alguno en la antigüedad (1). Es necesario ser un insensato para rechazar un culto que hace salir del corazon voces tan tiernas, y que ha añadido, digámoslo asi, nuevas cuerdas al alma. ¿Se quiere aun otro ejemplo de este nuevo lenguaje de las pasiones que el politeismo no conociera? Oigamos á Clementina; sus espresiones son quizás mas naturales, mas penetrantes, mas cándidas y sublimes que las de Julia.

»Consiento, señor, de todo mi corazon (con toda sinceridad como lo veis), en que aborrezcais, desprecieis, y aun mireis con horror á la desventurada Clementina; mas por el interes de vuestra alma inmortal os exorto á que os agregueis á la verdadera iglesia, y os hagais católico. ¿Y que, señor? ¿que me respondeis? (siguiendo con su rostro encantador el mio, que aun tenia vuelto del otro lado, pues no me sentia con fuerzas para mirarla de frente.) Respondedme, señor, y decidme que consentís; siempre he creido que vos teniais un corazon tan leal como sensible; decidme que se rinde por fin á la verdad: no es ya en favor ni por ventaja mia que yo os solicito ni ruego, pues que consiento hasta en ser despreciada de vos. Ni menos quisiera se dijese que habiais cedido á las instancias de

(1) Hay sin embargo en este trozo una mezcla muy viciosa de espresiones puramente metafísicas y de lenguaje natural. *Dios*, el *Todopoderoso*, ó el *Señor*, estaria mejor dicho que el *orijen del Ser*, etc.

una mujer: no; vuestra sola conciencia, señor, debe llevarse todo el lauro. No os recataré mis designios. Viviré y permaneceré en una paz profunda (aquí se levantó Clementina con ademan imponente de dignidad, que el espíritu de la relijion parecia aumentar), y cuando el ánjel de la muerte aparezca y me llame, yo le tenderé la mano. Acércate, le diré, ¡ó tú, ministro de paz! Yo te sigo hasta esas playas adonde ansio llegar; voy allí á retener un asiento para el hombre, á quien no se le deseo sino lo mas tarde posible, pero á cuyo lado quiero estar eternamente sentada."

¡Ah! el cristianismo es sobre todo un bálsamo para nuestras heridas, cuando sublevadas súbitamente las pasiones en nuestro interior, comienzan á aquietarse ó con el infortunio, ó con la duracion. Mitiga el dolor; fortifica la resolucion vacilante, y evita las recaidas, destruyendo en una alma apenas curada el peligroso poder de la memoria de lo pasado; él nos cerca de paz y de luz, y restablece en nosotros aquella armonía de cosas celestiales que Pitágoras oia en el silencio de sus pasiones. Como promete siempre una recompensa por un sacrificio, se cree no cederle nada, aunque todo se le ceda: como á cada paso ofrece á nuestros deseos un objeto mas bello, satisface la inconstancia natural de nuestros corazones: siempre estamos con él en los éstasis de un amor inicial, y este amor tiene de inefable el que sus misterios son los de la inocencia y la pureza.

CAPITULO V.

Continuacion de los precedentes.

HELOISA Y ABELARDO.

Desgracias comunes vuelven á Julia á la relijion; permanece en el mundo, y obligada á ocultar una pasion que llega á ser criminal, se refujia en secreto al lado de Dios, segura de hallar en este induljente padre una compasion que no la concederian los hombres: se complace en confesarse en el tribunal supremo, y se promete hallar en él la misericordia tal vez (¡resto involuntario de flaqueza!), porque esto es lo mismo que hablar siempre de su amor.

Si tanto consuelo tenemos en referir nuestros trabajos á algun hombre superior, ó á alguna conciencia tranquila, que nos fortifica y hace participantes de la calma que ella disfruta; ¿que delicia no será atreverse á hablar de pasiones al ser impasible, á quien no pueden turbar nuestras confidencias, y hablar de nuestra flaqueza á un ser omnipotente, que nos puede suministrar algunas de sus fuerzas? Bien se conciben los arrebatos de aquellos hombres santos, que retirados á lo mas alto de las montañas, ponian su vida en las manos de Dios, y á fuerza de amor penetraban las bóvedas de la eternidad, y llegaban hasta la contemplacion de la luz primitiva. Julia sin saberlo se acerca á su fin, y las som-

bras del sepulcro que empieza á descubrir, dejan brillar á su vista un rayo de la escelencia divina. La voz de esta moribunda mujer es dulce y triste; porque es, digámoslo asi, el último ruido del viento que va á desamparar la selva, y los últimos murmullos de un mar que abandona sus riberas.

La voz de Heloisa tiene mas fuerza. Como esposa de Abelardo, vive, y vive para Dios. Sus desgracias han sido tan terribles como imprevistas. Precipitada desde el mundo en el desierto, entró de repente y con toda la vehemencia de la pasion en la frialdad de un monasterio. A un tiempo ejercen su imperio sobre su corazon la relijion y el amor: esta es la naturaleza rebelde sorprendida en vida por la gracia, y que forceja vanamente por sacudir las cadenas del cielo. Dad á Racine por intérprete á Heloisa, y la pintura de sus sufrimientos borrará mil veces la de la desgracia de Dido, por el efecto trájico, por el lugar de la escena, y porque el cristianismo imprime en los objetos en que mezcla su grandeza no sé qué cosa formidable.

¡Ay de mi! este es el sitio dó cautiva,
Mi existencia entre lágrimas arrastro;
Y no obstante, Abelardo, aqui, aqui mismo
De amor en el veneno me embriago.
Mi virtud á tu infausta ausencia debo,
Y aun de aquesa virtud he renegado
Mil y mil veces, porque me es penosa.
. . . . . ; . . . . . , ...
¡Oh, yugo funestísimo y tirano!
Mas ¿cuales son ahora mis deberes?

¿Quien soy en este sitio consagrado?
¡Pérfida! ¿como quieres que te llamen?
¡Tú, la esposa de un Dios, y en fuego insano
Tu corazon se abrasa por un hombre!
¡Oh Dios! la turbacion en que me hallo
Ves, ten de mi piedad, ¡oh Dios terrible!
Sujeta mis sentidos sublevados.
. . . . . .
Tú tan solo, Señor, podrás hacerlo:
Que me libertes de enemigo amado
Mi abatimiento y lágrimas te piden.
Mas lucho entre deseos tan contrarios,
Que aun mas ahora tus bondades temo
Que las llamas del fuego en que me abraso.

Era imposible que la antigüedad nos suministrase una escena semejante, porque no tenia semejante relijion. Podrá tomarse por heroina una vestal griega ó romana; pero jamás se representará aquel combate entre la carne y el espíritu, que forma enteramente lo maravilloso de la posicion de Heloisa, y pertenece al dogma y á la moral del cristianismo. Acordaos de que veis aqui reunida la mas fogosa de las pasiones, y una relijion amenazadora, que jamás transije con los apetitos del cuerpo. Heloisa ama, Heloisa se abrasa; pero por una parte se levantan muros de hielo; por otra se apaga todo bajo los mármoles insensibles, y por otra esperan su ruina ó su triunfo llamas eternas, ó recompensas sin fin. No hay que esperar transaccion alguna; la criatura y el Criador no pueden habitar juntos en una misma alma. Dido solo pierde á un amante ingrato. Pero ¡ah! ¡enteramente diversos son los cui-

dados que ocupan á Heloisa! ¡tiene que elejir entre un Dios y un amante fiel, cuyas desgracias ha causado! No espera poder dedicar secretamente en favor de Abelardo la menor parte de su corazon, porque el Dios de Sínai, es un Dios celoso, y un Dios que quiere la preferencia en el amor; castiga hasta la sombra de un pensamiento, hasta los sueños que se dirijen á otro que no sea él.

Me tomo la licencia de notar aqui un error de Mr. Colardeau, porque proviene del espíritu de su siglo, y puede dar alguna luz en el asunto de que trato. Su carta de Heloisa tiene un carácter filosófico que no existe en el orijinal de Pope. Despues del retazo que hemos citado, se hallan estos versos:

Hermanas, compañeras inocentes
De mi pasion, palomas doloridas
Bajo estos tristes pórticos sagrados,
Dó las virtudes solo se ejercitan
Que dá la relijion....., y yo no tengo,
Vosotras, que entregadas á la vida,
Y á esa lánguida paz del monasterio,
De amor no conoceis la tirania:
Vosotras, que no habeis en fin tenido
Otro amante que Dios, ni otras delicias,
No por pasion amais, sí por costumbre.
¡Cual vuestros corazones de la dicha
Sin duda gozarán, pues que no sienten!
¡Cuan serenos los dias, y tranquilas
Vuestras noches serán sin duda todas!
El curso de esas noches y esos dias,
El grito no turbó de las pasiones.
¡Ah! ¡no sabeis cual los envidia Heloisa!

Estos versos, que por otra parte no carecen de naturalidad y dulzura, no se hallan en el autor ingles. Apenas se descubre alguna vislumbre de ellos en este pasaje que traduzco aqui literalmente.

»¡Dichosa la vírjen sin mancilla que olvida al mundo, y á quien el mundo olvida! La eterna alegría de su alma le anuncia que todas sus oraciones son oidas por Dios, y todos sus votos cumplidos. El trabajo y el descanso ocupan sus dias igualmente. Su sueño fácil cede sin dificultad á los llantos y á las vijilias. Sus deseos son arreglados, sus gustos siempre los mismos, sus hechizos son sus lágrimas, y sus suspiros por el cielo. La gracia esparce alrededor de ella sus mas serenos rayos. Los ánjeles la *infunden* (1) sin sentir los mas hermosos sueños. Para ella prepara el esposo el anillo nupcial; por ella entonan blancas vestales los cánticos del himeneo, y para ella florece la rosa de Eden, que jamás se marchita, y esparcen los serafines los perfumes de sus alas. Muere por último al son de las celestiales arpas, y desaparece entre las brillantes visiones de una eternidad."

Todavía no hemos podido comprender como un poeta se ha engañado hasta el estremo de substituir á esta descripcion, una espresion tan trivial de las *languideces monásticas*. ¡Quien no conoce lo bello y dramático de esta oposicion, que Pope ha querido hacer entre los disgustos y amor de Heloisa, y la paz y tranquilidad de la vida relijiosa?

(1) El ingles, Prompt.

¿quien no concibe cuan agradablemente reposa en esta transicion el alma ajitada por las pasiones, y qué nuevo realce dá despues á los movimientos de aquellas mismas pasiones renacientes? Si la filosofía es buena para alguna cosa, no lo es seguramente para pintar las turbaciones del corazon, pues se ha inventado directamente para aplacarlas. Filosofando Heloisa sobre las *débiles virtudes* de la relijion, no habla segun la verdad, ni segun su siglo, ni segun el corazon de una mujer, ni segun el amor. Solo se ve alli al poeta, y lo que aun es peor, la edad de los sofismas y de la declamacion.

Asi destruye el espíritu irrelijioso la verdad, y desvirtua los movimientos de la naturaleza. Pope que alcanzó mejores tiempos, no cayó en la abominable falta de Mr. Colardeau. Conservaba la buena tradicion del siglo de Luis XIV, del cual no fue mas que una especie de prolongacion y reflejo el de la reina Ana. Volvamos, pues, á las ideas relijiosas, si queremos dar algun valor á las obras del injenio. La relijion es la verdadera filosofía de las bellas artes, porque no separa, como la sabiduría humana, la poesía de la moral, ni la ternura de la virtud.

En cuanto á lo demas, se podrian hacer otras muchas observaciones interesantes sobre Heloisa, con respecto de la casa solitaria, que es el lugar de la escena. Aquellos claustros, aquellas bóvedas, aquellos sepulcros, y aquellas costumbres austeras en contraste con el amor, deben aumentar la fuerza y la melancolía. Una cosa es acabar prontamente la vida sobre una hoguera, como la reina de Cartago,

y otra abrasarse con lentitud como Heloisa sobre el altar de la relijion. Pero como quiera que en adelante hablaré frecuentemente de monasterios, me veo obligado á detenerme aqui, por evitar repeticiones.

CAPITULO VI.

Amor campestre.

EL CÍCLOPE Y GALATEA.

Tomaré por objeto de comparacion en los amores campestres de los antiguos el idilio del Cíclope y Galatea. Este poemita es una de las obras maestras de Teócrito: la *Encantadora* es superior en cuanto al fuego de la pasion, pero es menos pastoril.

Sentado el Cíclope sobre una roca, á orillas del mar de Sicília, canta asi sus pesares, tendiendo la vista por las olas (1).

»Hechicera Galatea, ¿por que desdeñas los cuidados de un amante; tú, cuyo rostro es blanco como la leche prensada en mis canastos de junco; tú, mas tierna que el cordero, mas atractiva que la becerrilla, y mas fresca que el racimo que aun no han reblandecido los calores del dia? Tú corres por estas riberas, cuando el sueño me domina, y huyes cuando el mismo dulce sueño me desampara: me temes como el corderillo al lobo encanecido

(1) Teoc., idil. XI, v. 19 y sig.

por los años. No he cesado de adorarte desde el dia que te vi venir con mi madre á cojer los delicados jacintos de la montaña : yo mismo te enseñaba el camino. Despues de aquel momento, y aun hoy mismo, me es imposible vivir sin ti. Y sin embargo, ¿atiendes á mi cuidado? En nombre de Júpiter te pregunto, ¿haces algun caso de mi pena....? Pero por horrible que yo sea, tengo mil ovejas, cuyas rellenas tetas ordeño con mi mano, y cuya leche bebo aun espumosa. En estío, en otoño y en invierno, vense siempre quesos en mi gruta; mis tarros siempre están llenos. Ningun Cíclope, ó jóven vírjen, podria divertirte con el sonido de la flauta tan bien como yo. Ninguno sabria celebrar todos tus hechizos con tanto arte por la noche, durante las borrascas. Para ti crio once ciervas, que están en dias de parir sus cervatillos. Tambien cuido cuatro ositos, robados á sus madres montaraces: ven, y poseerás todas estas riquezas. Deja que se estrelle el mar locamente en sus playas; tus noches serán mas dichosas, si las pasas á mi lado en mi caverna. Alli susurran altos laureles y cipreses; la negra hiedra y las parras cargadas de racimos, tapizan su profundidad oscura : muy cerca de ella corre un agua fresca, que mana de las nevadas cumbres del Etna blanquecino y de sus contornos cubiertos de sombrios bosques. ¡Que! ¿preferirás aun los mares y sus innumerables ondas? Si mi erizado pecho ofende tu vista, yo tengo madera de encina y algunos restos de fuego escondidos entre la ceniza; abrasa si quieres (que todo me será dulce si viene

de tu mano), abrasa mi único ojo, este ojo que estimo mas que la misma vida..... ¡Ah! ¡que no me haya dado mi madre remos lijeros para cortar las aguas asi como al pez! ¡Ah! ¡como bajaria donde está mi Galatea! ¡Ah! ¡como besaria sus manos si no me concedia sus labios! Sí, yo te llevaria ó lirios blancos, ó tiernas adormideras con hojas de púrpura: los primeros crecen en el estío, y las otras en invierno, y asi no te las podria ofrecer á un mismo tiempo....."

Asi aplicaba Polifemo á la herida de su corazon el inmortal bálsamo de las musas, aliviando con esto su vida mas dulcemente que con todo lo que se compra á peso de oro.

En este idilio respira la pasion. No podia hacer el poeta una eleccion de palabras mas delicadas y armoniosas. El dialecto dórico añade aun á estos versos un tono de sencillez, imposible de trasladar á nuestro idioma. Por medio del juego de una multitud de *Aes*, y de una pronunciacion larga y abierta, parece que se siente la calma de las pinturas de la naturaleza, y que uno oye el hablar sencillo de un pastor (1).

(1) Se puede observar, que la primera vocal del alfabeto se halla en casi todas las palabras que pintan las escenas del campo, como *arado, vaca, caballo, labranza, valle, montaña, árbol, pasto, lacticinio*, etc., y en los adjetivos que acompañan comunmente á estos nombres, como *pesado, campestre, laborioso, agreste, deleitable*, etc. Esta observacion recae con igualdad sobre todos los idiomas conocidos. Habiendo sido la letra A la primera que se descubrió, como que es la primera emision natural de la voz, los hombres, pastores entonces, la emplearon en todas las palabras que componian el pequeño diccionario de su vida. La igualdad de sus costumbres

Nótese en seguida la naturalidad de las quejas del Cíclope. Polifemo habla de corazon, y no piensa ni un solo momento en que sus suspiros son la imitacion de un poeta. ¿Con que apasionada injenuidad hace el desgraciado amante la pintura de su propia fealdad? Aun de aquel espantoso ojo, saca Teócrito un rasgo tierno; tan cierta es la observacion de Aristóteles, tan felizmente aplicada por Despreaux, quien tuvo injenio á fuerza de tener razon:

El arte del pincel logra admirable
Hacer de objeto horrible objeto amable.

Sabido es que los modernos, y los franceses con especialidad, han adelantado poco en el jénero pastoril (1). Sin embargo, nos parece que Bernardino

y la poca variedad de sus ideas, sacadas necesariamente de las imajenes de los campos, debian recordar tambien continuamente los mismos sonidos en el lenguaje. El sonido de la A conviene con la calma de un corazon campesino, y con la paz de los retratos rústicos. El acento de una alma apasionada es agudo, silbador y precipitado: la A es para ella demasiado larga; se necesita una boca pastoril que pueda tomar el tiempo suficiente para pronunciarla con lentitud. Pero de todas maneras hace siempre buen efecto en las quejas y llantos amorosos, y en los sencillos *¡ay de mí!* de un cabrero. Por último, la naturaleza hace tambien oir en sus ruidos esta letra rural, y un oido atento la puede reconocer acentuada distintamente en los susurros de ciertos lugares sombríos, como en el del álamo y la hiedra, en el ondeo trémulo del lago, en el principio ó final del balido de los rebaños, y por la noche en los aullidos del perro montés.

(1) La revolucion nos ha arrebatado un hombre que descubria un raro talento para la égloga: tal era Mr. Andres

de Saint-Pierre ha sobrepujado á todos los bucólicos de Italia y Grecia. Su novela, ó por mejor decir su poema de *Pablo y Virjinia*, es del corto número de aquellos libros que se hacen muy antiguos en pocos años; por lo cual nos atrevemos á citarle, sin temor de aventurar nuestro juicio.

CAPITULO VII.

Continuacion del precedente.

PABLO Y VIRJINIA (1).

Sentado el anciano en la montaña, refiere la historia de las dos familias desterradas. Cuenta las alegrías, los trabajos, los amores, y los cuidados de sus vidas.

»Pablo y Virjinia no tenian relojes, ni almanaques, ni libros de cronolojía, de historia ni de filosofía. Los períodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza. Conocian las horas del dia por

Chenier (*). Hemos visto una pequeña coleccion de idilios suyos manuscritos, en que se hallan cosas dignas de un Teócrito. Esto indica la espresion de este desgraciado jóven sobre el cadalso. Decia dandose palmadas en la frente: *¡morir! y ¡aun me quedaba algo que hacer!* y era que la musa le revelaba su talento al tiempo de la muerte.

(1) Quizás fuera mas exacta la comparacion de *Dafnis y Cloe* con Pablo y Virjinia; pero aquel romance es sobrado libre para que pueda ser citado en una obra como esta. La novelita de *Pablo y Virjinia* está bellamente traducida en castellano por el señor Alea, quien la publicó en 1797.

(*) Véase la nota P, al fin del volúmen.

la sombra de los árboles; las estaciones por los tiempos en que les daban sus flores ó frutos, y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imájenes eran las mayores delicias de sus conversaciones. »Ya es hora de comer, decia Virjinia á la familia; porque las sombras de los plátanos están á sus pies. La noche se acerca, porque los tamarindos cierran las hojas. — »¿Cuando vendrás á vernos:" la preguntaban algunas amigas de la vecindad. — »Para las cañas dulces:" respondia Virjinia. — »Tu visita, replicaban aquellas jóvenes, nos será aun mucho mas dulce y agradable." Cuando le preguntaban su edad y la de Pablo, respondia: »Mi hermano tiene la edad del coco grande de la fuente, y yo la del mas pequeño. Los mangleros han dado doce veces sus frutos, y los naranjos han florecido veinticuatro veces desde que estoy en el mundo." De modo que su vida parecia identificada con la de los árboles, como la de los faunos y driadas. No conocian mas épocas históricas que las de la vida de sus madres, ni otra cronolojía que la de sus verjeles, ni mas filosofía que la de hacer bien á todo el mundo, y resignarse á la voluntad de Dios. . . . . .

. . . Algunas veces, estando solo con ella, decia Pablo á Virjinia al volver de sus trabajos: »Cuando estoy cansado, tu vista me dá aliento; cuando desde lo alto de la montaña te diviso en lo hondo de este valle, me pareces en medio de nuestros jardines un pimpollo..... Aunque te pierda de vista entre los árboles, no tengo necesidad de verte para

volver á hallarte; queda para mí, ya en el aire que cortas, y ya en la yerba que pisas, una cierta cosa tuya que no puedo esplicar. . . . . Dime, pues, ¿con que hechizo me has encantado? ¿ha sido con tu entendimiento? Nuestras madres tienen mas que nosotros dos. ¿Ha sido con tus caricias? Pero tambien me abrazan con mas frecuencia que tú. Yo creo que ha sido por tu bondad. . . . . Mira, querida amiga, toma esta florida rama de limonero que he cortado en la selva. Ponla de noche cerca de tu cama: come este panal de miel, que he cojido para ti en lo alto de un peñasco; pero reposa antes sobre mi seno, y yo descansaré."

Virjinia le respondia: »¡Oh, hermano mio! menos alegría me causan por la mañana los rayos del sol en lo alto de esas peñas, que tu presencia . . . . . Me preguntas, porque me amas. Todo lo que se ha criado junto, se ama. ¿Ves como nuestros pájaros criados en unos mismos nidos, se aman como nosotros, y siempre como nosotros están juntos? Escucha, repara como se llaman unos á otros, y se corresponden desde un árbol á otro. De la misma suerte, cuando el eco me hace oir los tonos que cantas con tu flauta, yo repito las palabras en el fondo de este valle..... Ruego todos los dias á Dios por mi madre, por la tuya, por ti, por nuestros pobres criados; pero cuando pronuncio tu nombre, me parece que se aumenta mi devocion. ¡Con cuantas instancias pido á Dios que no te suceda ningun mal! ¿Por que vas tan lejos y

tan alto á buscar flores y frutas para mí? ¿Acaso no tenemos bastantes en nuestro huerto? ¡Que cansado te hallas! ¡estas bañado en sudor!" Y con su pañuelito blanco le enjugaba la frente y las mejillas, y le daba mil besos.

Lo que nos importa examinar en esta pintura, no es la razon de que sea superior al idilio de Galatea (superioridad muy evidente, que ninguno podrá dejar de conocer), sino el cómo debe su escelencia á la relijion y cuán eminentemente es cristiana esta pintura.

Es muy cierto que todo el encanto de *Pablo* y *Virjinia* consiste en una cierta moral melancólica, que se halla refundida en esta obrita, y que se podria comparar á aquel resplandor uniforme y siempre igual que esparce la luna en una soledad adornada de flores. Ora bien, cualquiera que haya meditado los Evanjelios, convendrá en que sus divinos preceptos tienen precisamente el mismo carácter tierno y triste. Bernardino de Saint-Pierre, que en sus *Estudios de la naturaleza* procuró justificar los designios de Dios y probar la belleza de la relijion, fortificó su injenio con la lectura de los libros santos. Si su égloga nos agrada tanto, es porque representa dos cortas familias cristianas desterradas, viviendo en la presencia del Señor, y contemplando, ya sus palabras en la Biblia, ya sus obras en el desierto. Añadid á esto la indijencia y esos infortunios del alma, de que la relijion es el único remedio, y tendreis todo el asunto del poema. Los personajes son tan sencillos como el plan,

pues son dos hermosos niños, cuya cuna y sepulcro se ven juntos; dos fieles esclavos y dos almas piadosas. Estas buenas jentes tienen un historiador muy digno de su vida; un anciano que ha quedado solo en la montaña, y sobrevivido á cuanto amaba, cuenta á un viajero las desgracias de sus amigos sobre las ruinas de sus cabañas.

Añadamos, que estas bucólicas australes están llenas de recuerdos de las Escrituras. Alli está Ruth, alli Séfora, aqui el Eden y nuestros primeros padres. Aquellos sagrados recuerdos reproducen, digámoslo asi, las costumbres del cuadro, mezclando las del primitivo Oriente. La misa, las oraciones, los sacramentos, las ceremonias de la iglesia, que recuerda el autor á cada paso, aumentan las bellezas relijiosas de su obra. El sueño de Mad. de Latour, ¿no está esencialmente ligado á lo que tienen de mas magnífico y tierno nuestros dogmas? Ademas, se reconoce al cristiano en aquellos preceptos de resignacion á la voluntad de Dios, de obediencia á los padres, de caridad para con los pobres, de exactitud en las obligaciones de la relijion; y en una palabra, en toda aquella dulce teolojía que respira el poema de Bernardino de Saint-Pierre. Aun hay mas: la relijion sola termina en efecto la catástrofe, porque Virjinia muere por conservar una de las primeras y mas recomendables virtudes del cristianismo. Hubiera sido un absurdo haber hecho morir á una griega, por no haberse querido desnudar de sus vestidos. Pero la amante de Pablo es una vírjen *cristiana*, y el desenlace,

que seria ridículo bajo de una creencia menos pura, es aqui sublime.

En fin, esta pastoral no se parece ni á los idilios de Teócrito, ni á las églogas de Virjilio, ni en manera alguna á las grandes escenas rústicas de Hesiodo, de Homero, ó de la Biblia, sino que recuerda una cierta cosa de inefable, como la parábola del *buen Pastor*, y se conoce que solo un cristiano pudo cantar y hacer sentir los evanjélicos amores de Pablo y Virjinia.

Se objetará tal vez, que su talento para pintar la naturaleza y no el hechizo de los libros sagrados, es lo que dá á Bernardino de Saint-Pierre la superioridad sobre Teócrito. Pero á eso responderé, que aun debe al cristianismo ese mismo talento, ó á lo menos el desarrollo de él; porque esta relijion, desterrando las pequeñas divinidades de los bosques y de las aguas, ha permitido pintar los desiertos segun su majestad primitiva. Procuraré probar esto cuando trate de la mitolojía; ahora vamos á nuestro exámen de las pasiones.

CAPITULO VIII.

La relijion cristiana, considerada en sí como pasion.

No contenta la relijion cristiana con aumentar el juego de las pasiones en el drama y en la epopeya, es ella misma una especie de pasion, que tiene su éstasis, sus lágrimas y sus suspiros, sus alegrías, sus amores del mundo y del desierto. No ignoro

que el siglo llama á todo esto *fanatismo*; pero podria responderle con estas palabras de Mr. Rousseau: »El fanatismo, aunque *sanguinario y cruel* (1), es sin embargo una grande y fuerte pasion, que eleva el corazon del hombre y le hace despreciar la muerte; le dá un resorte prodijioso, del cual puede sacar las virtudes mas sublimes con solo manejarle bien; al paso que la *irrelijion*, y en jeneral el espíritu *raciocinador* y *filosófico*, liga á la vida, afemina y envilece las almas, reconcentra todas las pasiones en la bajeza del interes particular, y en la abyeccion del egoismo humano, y mina sordamente los verdaderos intereses de toda la sociedad, porque es tan poco lo que tienen de comun entre sí los particulares, que jamás podrá equilibrar lo que tienen de contrario y opuesto (2)."

Mas no es este todavía el estado de la cuestion; ahora solo se trata de los afectos dramáticos. Ora bien: el cristianismo, considerado en sí mismo como pasion, suministra tesoros inmensos al poeta. Esta pasion relijiosa es tanto mas enérjica, cuanto está en contradiccion con todas las demas, y para subsistir ella, es preciso que las destruya. Como todas las afecciones grandes, tiene cierta gravedad y tristeza; nos arrastra á lo oscuro de los claustros y á las cimas de las montañas: la belleza que el cristiano adora no es perecedera; es aquella belleza eterna por la cual anhelaban los discípulos de Platon dejar la tierra: no se manifiesta aqui á sus

(1) ¿Eslo menos la *filosofia?*
(2) Nota del Emilio, tom. 3, pàj. 193, lib. 4.

amadores sino cubierta con un velo; se envuelve y encubre en los pliegues del universo, como en los de una capa; porque si arrojase directamente sobre el corazon del hombre una sola mirada, no podria este sufrirla, y se abismaria en delicias.

Para llegar al goce de esta beldad suprema, los cristianos siguen un rumbo diverso del que seguian los filósofos de Aténas: permanecen contentos en el mundo, á fin de multiplicar los sacrificios, y hacerse por medio de una larga espiacion mas dignos del objeto de todos sus deseos.

Cualquiera que, segun la espresion de los Santos Padres, tuvo las menores relaciones posibles con su mismo cuerpo, y descendió vírjen al sepulcro, aquel libre de sus temores y dudas, vuela al lugar de la vida, donde en éstasis interminables contempla para siempre lo que es verdadero, lo que es inmutable, y lo que está fuera de toda opinion. ¡O cuantos mártires gloriosos ha producido esta esperanza de poseer á Dios! ¡Que yermo no ha oido los suspiros de tantos ilustres rivales, que se disputaban entre sí el objeto de las adoraciones de los ánjeles y de los serafines! Aqui se ve un Antonio que erije un altar en el desierto, y que durante cuarenta años se inmola desconocido de todos los hombres; y alli un San Jerónimo, que deja á Roma, atraviesa los mares, y va como Elías á buscar una mansion á las orillas del Jordán. Aun alli le persigue el infierno, y la imájen de Roma se le representa con todos sus hechizos en medio de los bosques, para su tormento. Sostiene terribles asal-

tos, combate cuerpo á cuerpo con sus pasiones. Sus armas son las lágrimas, los ayunos, los estudios, las penitencias, y sobre todo, el amor. Se arroja á los pies de la belleza divina, y le pide socorro. Algunas veces carga sus espaldas con un estraordinario peso, como un forzado, para domar una carne rebelde, y apagar con sus sudores los culpables deseos que le arrastran y le inclinan á la criatura.

Pintando Masillon este amor, esclama: »Solo el Señor (1) se le representa bueno, verdadero, fiel y constante en sus promesas, amable en sus condescendencias, magnífico en sus dones, de buena fe en su ternura, induljente aun en su cólera; el Señor solo le parece bastante grande para llenar toda la inmensidad de nuestro corazon; bastante poderoso para satisfacer todos los deseos, y bastante jeneroso para querer dulcificar y aliviar todas nuestras penas; el solo inmortal que ha de amarse por una eternidad, y el único que no nos arrepentimos sino de haber amado harto tarde."

El autor de la *Imitacion de Jesucristo* ha entresacado y copiado de San Agustin y demas Santos Padres, cuanto tiene de mas vehemente y místico el lenguaje del amor divino (2).

»En verdad que el amor es un gran don y un bien admirable, porque solo él vuelve lijero lo que era pesado, y solo él sufre con una tranquilidad

(1) Sermon del jueves de la semana de Pasion. La Pecadora, part. I.

(2) Imitacion de Jesucristo, lib. III, cap. V.

inalterable todos los accidentes de la vida, hasta llevar sin pena lo mas enojoso, y haciendo agradable y dulce lo que es amargo.

»El amor de Dios es jeneroso, él impele las almas á las mas heróicas acciones, y las escita á desear de cuanto hay de mas perfecto.

»El amor aspira siempre á elevarse, y no sufre que le retengan en manera alguna las cosas bajas."

»El amor quiere ser libre y desprendido de toda afeccion terrena por miedo de que se ofusque su luz interior, ya sea que los bienes de este mundo le entorpezcan y embaracen, ó ya que sus males le aflijan y abatan mas de lo justo.

»Nada hay en el cielo ó en la tierra que sea mas dulce, mas fuerte, mas encumbrado, mas estendido, mas agradable, ni mas dulce ó mejor que el amor; porque el amor nace del mismo Dios, y haciéndose superior á todas las criaturas, solo en Dios mismo puede hallar reposo.

»El que ama, vive siempre en la alegría, corre, vuela, y es libre; nada le detiene ni arredra; dá á todos cuanto tiene, al paso que en todos lo posee todo; porque solo se reposa y confia en aquel único y soberano bien, de dó proceden todos los demas bienes, y que tan superior es á todos ellos.

»Jamás se para en los dones que se le hacen, pero sí se remonta y dirije con todo su corazon al soberano Autor que se los dispensa.

»Solo el que ama de todas veras puede comprender aquellas esclamaciones y aquellas palabras de fuego del amor, con que una alma verdaderamen-

te inspirada de Dios, se dirije á él y le dice: »Vos sois para mí mi Dios, todo mi amor, y todo, todo para mí, como yo toda para vos.

»Ensanchad mi corazon, á fin de que os ame mas y mas, y á fin que sepa por un gusto mas espiritual y mas interior, cuán dulce es amaros, cuán dulce el abismarse y perderse, digámoslo asi, en ese océano de amor y de delicias.

»El que ama jeneralmente, añade el autor de la *Imitacion*, permanece firme en las tentaciones, y no se deja sorprender ni corromper por las persuasiones artificiosas de su enemigo."

Esta pasion cristiana, y esta guerra interminable entre los amores terrenos y los del cielo, es la que pinta Corneille en esta famosa escena de Polieucto (1) (porque aquel grande hombre, menos delicado que los injenios del dia, no creyó que el cristianismo fuese inferior á su talento).

POLIEUCTO.

. . . . . .

. . . . . .

Si morir por su rey es suerte ilustre,
¡Cuanto mas por su Dios morir lo fuera!

PAULINA.

¿Que Dios?

POLIEUCTO.

Un Dios muy grande, mi Paulina,
Que escucha con bondad nuestras promesas;

(1) Acto IV, escena III.

No es un Dios baladí cual son los vuestros,
Insensibles y sordos, sin potencia,
De madera, de mármol é de oro,
Como vosotros deseais que sean;
Es Dios de los cristianos, mio, el vuestro,
Y no hay otro en el cielo ni en la tierra.

PAULINA.

Adoradle, y no lo digais nunca.

POLIEUCTO.

¡Podria ser acaso yo sin mengua
Idólatra y cristiano á un tiempo mismo!

PAULINA.

Durar no debe la ficcion aquesta,
Dejad parta Severo, y demos tiempo
A que obre de mi padre la induljencia.

POLIEUCTO.

De mi Dios las bondades son mas dignas
De amor. El del peligro me liberta;
Y no dando lugar á que retorne,
Me corona al entrar en la carrera;
Al puerto me condujo al primer viento,
Del bautismo á la muerte ora me lleva.
¡Ah! ¡si lo poco que la vida vale,
Comprender por fortuna vos pudierais,
Y que delicias siguen á la muerte!
. . . . . .
Quiera vuestra bondad que ella lo aprenda,
Señor; para no ser cristiana, tiene
Virtud sobrada; sí, sobradas prendas
Os plugo darle á vos para que un dia
No llegue en que os conozca y ame tierna,
Para que viva esclava del infierno,
Y en el error en que ha nacido muera.

PAULINA.

¡Infeliz! ¿que es lo que á pedir te atreves?

POLIEUCTO.

Lo que con sangre yo comprar quisiera.

PAULINA.

¡Primero.....!

POLIEUCTO.

En vano luchas, que Dios toca
Del hombre el corazon cuando él no piensa.
Ese instante de dicha no ha llegado;
Mas vendrá, aunque el momento no se sepa.

PAULINA.

Dejad esa ilusion, y amadme.

POLIEUCTO.

Os amo;
Pero menos que á Dios es justo os quiera,
Aunque mas que á mí mismo yo os adoro.

PAULINA.

En nombre de ese amor que mi alma llena,
No me dejeis.

POLIEUCTO.

De aquese amor en nombre,
Dignaos por piedad seguir mis huellas.

PAULINA.

¿Es poco, te parece, abandonarme,
Que tambien seducirme acaso intentas?

POLIEUCTO.

Aun es poco, Paulina, el ir al cielo,
Si hasta alli vuestro amante al fin no os lleva.

PAULINA.

¡Visiones!

POLIEUCTO.

No: ¡verdades celestiales!

PAULINA.

¡Oh estraña ceguedad!

POLIEUCTO.

¡Oh luz eterna!

PAULINA.

¡Tú, pues, prefieres á mi amor la muerte!

POLIEUCTO.

¡Y vos el mundo á la bondad suprema!

En estos diálogos tan propios del estilo de Corneille, la injenuidad de la agudeza, la rapidez de los jiros, y la elevacion de los sentimientos, jamás dejan de arrebatar á los espectadores. ¡Que sublime es Polieucto en esta escena! ¡que grandeza de alma! ¡que entusiasmo tan divino! ¡que dignidad!

Por último, Corneille empleó todo el poder de la pasion cristiana en este *diálogo admirable y digno siempre de ser aplaudido*, como dice Voltaire.

Manda Felix á Polieucto, que sacrifique á los falsos dioses, y este se resiste á hacerlo.

FELIX.

Ya por fin ha cedido la clemencia
A mi justo furor que tú provocas:
Adórales, ó muere.

POLIEUCTO.

Soy cristiano.

FELIX.

Adórales, te digo, ó desde ahora
A tu vivir renuncia.

POLIEUCTO.

Soy cristiano.

FELIX.

¡Que obstinacion! Soldados, sin demora
Mi órden ejecutad en ese impio.

PAULINA.

¿Donde va?

FELIX.

A la muerte.

POLIEUCTO.

No : á la gloria (1).

Esta espresion, *soy cristiano*, repetida dos veces, iguala á las espresiones mas hermosas de los *Horacios*. Corneille, que conocia tan bien el sublime, sintió que el amor á la relijion podia elevarse al último grado de entusiasmo, porque el cristiano ama á Dios como soberana hermosura, y al cielo como su patria.

Pruébese ahora á dar á un idólatra alguna cosa del entusiasmo de Polieucto. ¿Correrá á la muerte por un Dios nefando, ó se apasionará por una impúdica Vénus? Las relijiones que pueden inspirar mas ardor á las almas, son las que se acercan mas ó menos al dogma de la unidad de un Dios; pues el corazon y el espíritu, divididos entre una multitud de divinidades, no pueden amar con enerjía á las unas ni á las otras. No puede ademas haber amor durable si no es conforme á la virtud: la verdad será siempre la pasion dominante del hombre, y asi es que cuando ama el error, es porque cuando cree en él, lo tiene por una cosa verdadera. No porque á cada paso caigamos en la mentira, la amamos; esta flaqueza nos proviene de nuestra degradacion

(1) Acto v, escena III.

orijinal: no hacemos el bien aunque lo deseamos: buscamos aun con nuestro corazon la luz que nuestros débiles ojos no pueden ya soportar.

La relijion cristiana, abriéndonos de nuevo (por medio de la moral y de la sangre del Hijo del Hombre) los brillantes caminos que habia cubierto la muerte con sus sombras, nos ha vuelto á nuestros primitivos amores. El cristiano heredero de las bendiciones de Jacob, se inflama en deseos de entrar en aquella Sion celestial, hácia la cual se dirijen todos sus suspiros. Esta es la grande pasion que pueden cantar nuestros poetas á ejemplo de Corneille: nuevo manantial de bellezas desconocido en los antiguos tiempos, y de que se hubieran sabido aprovechar los Sófocles y los Eurípides.

CAPITULO IX.

Del estado indeterminado de las pasiones.

Resta hablar de un estado del alma, que á nuestro parecer no ha sido aun bien observado; tal es aquel que precede al desarrollo de las grandes pasiones, cuando nuestras facultades, jóvenes aun, activas, con toda su fuerza, pero reconcentradas, solo se han ejercitado sobre sí mismas, sin fin ni objeto. Cuanto mas civilizados se hacen los pueblos, mas se aumenta este estado de pasiones sin objeto determinado; porque sucede entonces una cosa muy triste: el gran número de ejemplos que tenemos á la vista, y la multitud de libros que tratan

del hombre y de sus sentimientos, nos hacen hábiles sin esperiencia. Se halla uno desengañado sin haber gozado de nada, y le quedan deseos sin tener ya ilusiones. La imajinacion es rica, abundante y maravillosa; la existencia pobre, árida y sin atractivos. Vive uno con un corazon lleno, en un mundo vacío, y sin haber usado cosa alguna, nos hallamos desengañados de todo.

Es increible la amargura que derrama en la vida este estado del alma, y cuantas vueltas y revueltas dá el corazon para emplear las fuerzas que conoce, le son ya inútiles. Los antiguos conocieron poco esta inquietud secreta, este desabrimiento de las pasiones mal satisfechas y confusas, y que fermentan todas á un tiempo: una grande existencia política, los juegos del jimnasio y del campo de Marte, los negocios del Foro y de la plaza pública, ocupaban todos sus momentos, y no dejaban lugar alguno al tedio del corazon.

Por otra parte, no eran inclinados á las exajeraciones, á las esperanzas, á los temores sin objeto, á la movilidad de las ideas, y á los sentimientos, ni de la perpétua inconstancia, que es solo un disgusto incesente, disposiciones todas que adquirimos con el trato íntimo de las mujeres. Estas, ademas de la directa pasion que escitan en los pueblos modernos, influyen tambien sobre todos los demas sentimientos. Tienen en su existencia cierto abandono, que hacen pasar á la nuestra; hacen nuestro carácter de hombre menos decidido, y afeminadas nuestras pasiones con la mezcla de las suyas; toman á

un mismo tiempo cierto carácter de incertidumbre y terneza.

Por último, los griegos y los romanos, no dirijiendo casi su vista mas allá de la vida, ni creyendo placeres mas perfectos que los de este mundo, no eran, como nosotros, inclinados á las meditaciones y deseos de un órden superior por el carácter de su culto. La relijion cristiana, formada para alivio de nuestras miserias y necesidades, nos ofrece continuamente el doble cuadro de los pesares de la tierra y de las alegrías celestiales; y de este modo forma en el corazon un manantial de males presentes y de esperanzas lejanas, de donde proceden mil ilusiones inagotables. El cristiano se considera siempre como un viajero que camina aqui abajo por un valle de lágrimas, y descansa solo en el sepulcro. No es el mundo el objeto de sus deseos; porque sabe que el *hombre vive pocos dias*, y que este objeto huirá de él muy en breve.

Las persecuciones que esperimentaron los primeros fieles, aumentaron en ellos el disgusto por las cosas de la vida. La invasion de los bárbaros echó el colmo á aquellas desgracias; y el espíritu humano recibió una impresion de tristeza, y tal vez un grado de misantropía, que aun no se ha borrado del todo. Por todas partes se erijieron conventos, donde se retiraron los miserables engañados por el mundo, ó las almas que mas quisieron ignorar ciertos sentimientos de la vida, que esponerse á verlos cruelmente burlados. Mas en nuestros dias, aun cuando han faltado á estas almas apasionadas y ar-

dientes los monasterios y claustros adonde los condujo la virtud, se han quedado como estrañas en medio de los demas hombres. Disgustadas de su siglo, y espantadas por su relijion, han permanecido en el mundo, sin entregarse á él, y entonces han llegado á ser la presa de mil y mil ilusiones contradictorias; de aqui ha tomado oríjen esa culpable melancolía que se enjendra en el seno mismo de las pasiones, cuando no teniendo objetos, se consumen por sí mismas en un corazon solitario (1).

(1) Aqui se hallaba el episodio de *René* formando el cuarto libro de la segunda parte del *Jenio del Cristianismo*. El autor le ha escluido de esta obra en las últimas ediciones de ella, y circula separado.

NOTAS

É ILUSTRACIONES.

NOTAS
E ILUSTRACIONES.

NOTAS

É ILUSTRACIONES.

Nota A.

La Enciclopedia es una obra pésima. Asi la califica el mismo Voltaire.

»He visto casualmente algunos artículos de personas que se hacen como yo mancebos de esta gran tienda, y la mayor parte son unas disertaciones sin método. Se acaba de imprimir en un diario el artículo *Mujer*, y se la ridiculiza en estremo. No puedo creer que hayais tolerado semejante artículo en una obra tan séria. *Cloe coje por las rodillas á un caballerete, y aja los encajes de otro*; parece que este artículo se haya escrito para el lacayo de Gil Blas.

»He visto *Entusiasmo*, que es mejor; no se necesita un discurso tan largo para saber que el entusiasmo se debe observar por la razon. El lector quiere saber el orijen de esta palabra; el por qué la consagraron los antiguos á la adivinacion, á la poesía, á la elocuencia y al celo de la supersticion; y en seguida dígase enhorabuena, que la razon que preside á todo, debe tambien dirijir este arrebato. Por último, solo quisiera en vuestro *dic-*

cionario verdad y método. Nada me importa que este ó aquel me diga su dictámen particular sobre la *comedia*; quiero que se me diga el orijen y progresos de cada nacion en ella. Esto es lo que agrada y lo que instruye; no se leen las pequeñas declamaciones, en que un autor ofrece solo sus propias ideas, que no son sino materia de disputa." *Correspondencia de Voltaire et d'Alembert*, vol. 1.°, páj. 19, edit. in 8.°, de Beaumarchais. *(Del 13 Noviembre de 1756).*

Páj. 25. »Me animais á esponeros que jeneralmente se quejan de lo largo de las disertaciones vagas y sin método que os suministran varias personas para hacerse lugar: preciso es pensar en la obra y no en sí mismo. ¿Por que no habeis encargado una especie de protoloco á los que os sirven? Etimolojías, definiciones, ejemplos, razones, claridad y brevedad. He visto únicamente una docena de artículos, pero nada de esto encontré en ellos. (22 Diciembre de 1756) . . . . . .

. . . . . .

Páj. 82. »En los artículos que me encargais, procuro decir tan solo lo preciso, y temo no decir lo bastante; por otra parte temo caer en la declamacion.

Me parece que os han dado muchos artículos llenos de este defecto, advierto siempre que se declama demasiado: el lector solo quiere ser instruido, y no lo es en manera alguna con disertaciones vagas y pueriles, que en su mayor parte contienen paradojas, ideas aventuradas, cuya contraria es cierta por lo comun, frases pomposas y esclamaciones, que se silbarian hasta en una academia de provincia." (29 Diciembre de 1757).

D'Alembert, en el discurso que va al frente del tercer volúmen de la *Enciclopedia*, y Diderot, en el quinto tomo, en el artículo *Enciclopedia*, hicieron la mas sangrienta crítica de la obra.

Nota B.

Es en verdad cosa bien curiosa el comparar este trozo de la *Apolojía* de San Justino con la pintura de las costumbres de los cristianos, que se encuentra en la famosa carta de Plinio el jóven al emperador Trajano; carta, en que, así como en la respuesta del emperador, se prueba que nadie dudaba de la inocencia de aquellos, y que su único crímen era la fe que profesaban. Allí se ve tambien la prodijiosa rapidez con que el Evanjelio se propagó; pues desde entonces *los templos de los dioses habian quedado casi desiertos* en una gran parte del imperio: Plinio escribió dicha carta uno ó dos años despues de la muerte de San Juan Evanjelista, y cerca de cuarenta antes que San Justino publicase su Apolojía; y aunque dicha carta sea sobradamente conocida, no hemos creido inoportuno insertala aquí.

Plinio, *proconsul en la Bitinia y en el Ponto, al emperador* Trajano.

»Considero, Señor, como un deber relijioso el esponeros todos mis escrúpulos y mis dudas; porque ¿quien mejor pudiera instruirme y vencer mi indeterminacion? Jamás he asistido á la instruccion ni al juicio del proceso de ningun cristiano; y así es que ignoro en qué se fundan las acusaciones contra ellos, ó hasta dónde deba estenderse su castigo. No menos perplejo estoy á causa de la diferencia en la edad: ¿se debe castigar á todos sin discernir entre los mas jóvenes ó mas ancianos? ¿se ha de perdonar al que se arrepiente, ó es inútil renunciar á esta relijion cuando se ha llegado á profesarla? ¿se castiga en ellos el solo nombre de cristiano, ú otros crímenes afectos á dicho nombre? Entre tanto ved aquí la regla que he seguido en las acusaciones que se han hecho

contra los cristianos. Les he preguntado si lo eran; á los que lo han confesado les he vuelto á preguntar segunda y tercera vez, amenazándoles con el último suplicio, y he condenado á él á los que han sido contumaces en su confesion, porque he creido deber castigar su inobediencia y terquedad. He visto otros pertinaces en la misma locura; pero que siendo ciudadanos romanos, he reservado para enviarlos á la capital. Despues de esto, estendiéndose mas y mas este delito, como sucede de ordinario, se me han presentado casos de muy diversas especies. Se me ha presentado una lista anónima, en que se acusa como á cristianos á muchos sugetos que protestan no haberlo sido jamás. Les he citado á mi presencia, y mandado que ofreciesen incienso y vino á los dioses, y á vuestra imájen, que de propósito habia mandado traer con las estátuas de aquellos, y lo han hecho asi, prorumpiendo aun en imprecaciones contra Jesucristo; cosa, dicen, á que jamás se ha podido obligar á los que son verdaderamente cristianos; y he creido en consecuencia deber absolverlos. Otros acusados por algun delator, han confesado, por el pronto, que eran cristianos; mas al cabo de un momento han dicho que no, añadiendo haberlo sido realmente y haber en seguida abjurado, unos al cabo de tres y mas años, y otros despues de veinte. Todos estos han adórado vuestra imájen y la de los dioses; han blasfemado del Cristo. Aseguraban que todo su error y su culpa se reducian á estos puntos: que se reunian en un dia señalado antes de salir el sol, y alli cantaban en coro ciertos himnos en alabanza de Jesucristo, como si fuera un Dios; que se obligaban con juramento, no á cometer ningun delito, sino muy al contrario, á no cometer ni robos ni adulterios, á no faltar jamás á sus promesas, ni negar un depósito; que despues de esto se separaban ordinariamente, y volvian á reunirse para comer juntos manjares inocentes; pero que se habian abstenido de hacer-

lo despues de mi edicto; por el cual, con arreglo á vuestras órdenes, habia yo prohibido toda clase de reuniones y asambleas. Todo esto me ha hecho juzgar preciso arrancar la verdad por medio del tormento á algunos esclavos, que se me habian supuesto empleados en el ministerio de este culto; pero solo he podido descubrir una mala supersticion llevada al estremo; y por esta razon he mandado suspenderlo todo, esperando vuestras órdenes. Este negocio me ha parecido digno de toda la atencion vuestra, por la multitud de personas que hay comprometidas en este mismo peligro, y aun personas de todas edades, de ambos sexos y de toda categoría que han sido y serán todos los dias acusadas de lo mismo. Este contajio no solo ha inficionado las grandes ciudades, sino que tambien se ha estendido hasta las aldeas y los campos. Creo sin embargo que el mal no es incurable, y que se pudiera atajar. Lo cierto es, que los templos que se veian casi desiertos, están concurridos; que han principiado los sacrificios abandonados mucho tiempo hacia, y que se vende ya por todas partes la carne de las víctimas, de la cual no se encontraban antes compradores. De aqui se puede inferir y juzgar cuantas personas pudieran aun correjirse de sus estravíos, si se concediese indulto al que se arrepienta."

El emperador le respondió lo siguiente:

TRAJANO A PLINIO.

»En la instruccion que os han presentado de los procesos de los cristianos habeis seguido, mi querido Plinio, el camino que debiais; porque en este negocio no pudiera darse una fórmula cierta y jeneral. Cesen ya las investigaciones; pero si se les acusa, y convence, sean castigados. Mas si el acusado niega ser cristiano, y dá pruebas de ello, invocando y sacrificando á los dioses, perdónesele en razon de su arrepentimiento, cualesquiera

que fuesen los indicios anteriores contra él. En cuanto á lo demas, en ningun jénero de delitos se debe proceder por acusaciones anónimas, porque esto es un ejemplo muy pernicioso y contrario á nuestras máximas."

Nota C.

Todavia se observa un resultado mucho mas horroroso en el esceso de poblacion de la China, donde se ven precisados á arrojar, por decirlo asi, los niños recien nacidos á los cerdos. Cuanto mas se profundiza esta cuestion, se conoce mejor que Jesucristo hizo un acto digno de un lejislador universal, invitando, á ejemplo suyo, á ciertos hombres á hacer profesion de castidad. Sin duda el libertinaje ha podido abusar del consejo de S. Pablo, para encubrir los atentados que ultrajan á la sociedad; y no faltarán tampoco talentos superficiales que se prevalgan de este abuso para declamar contra el consejo mismo. Pero ¿de que no ha abusado la corrupcion? ¿Que institucion, por sábia que sea, estará libre de la maledicencia de un entendimiento inferior, que no alcanza á ver bien claro todas sus partes y relaciones? En cuanto á lo demas, á no ser por los solitarios que se dejaron ver en el mundo como unos trecientos años despues del Mesias, ¿quien nos hubiera conservado las letras, las ciencias y las artes? En fin, los economistas modernos, y entre otros Arturo Young, confirman la opinion que yo he aventurado, á saber: que las grandes propiedades son mas favorables á la cultura que las pequeñas, si se esceptua tal vez la de la viña. Por consiguiente, en todo pais poco dado al comercio y esencialmente agricultor, si la poblacion llega á ser escesiva, ó las propiedades se dividirán al infinito, ó se verá espuesto á perpétuas revoluciones, á menos que el campesino sea esclavo, como entre los antiguos, ó siervo, como en Rusia y en una parte de Alemania.

Nota D.

El señor de Ramsay, escocés, pasó de la iglesia anglicana al socinianismo, de allí al deismo puro, y al fin cayó en un pirronismo universal. Con el objeto de conocer la verdad, vino á consultar al señor Fenelon, quien lo convirtió al cristianismo y á la relijion cotólica. El mismo Mr. de Ramsay nos ha conservado las piadosas conferencias que tuvo, y cuyo resultado fue su conversion: citaremos el pasaje en que Fenelon fijó los límites de la *razon* y de la *fe*. Habiale ya demostrado á Mr. de Ramsay la autenticidad de los libros santos, y le hizo ver la belleza de la moral que en ellos se enseña; *pero monseñor*, replicó aquel, y es él mismo quien habla, ¿por que se encuentran en la Biblia, al paso que verdades tan luminosas, dogmas tan oscuros, formando entre sí el mas estraño contraste? Yo quisiera separar las verdades sublimes, de que acabais de hablarme, de lo que los clérigos llaman misterios. »¿Y por que, *me contestó el obispo*, han de rechazarse tantas luces que consuelan el corazon, solo porque están mezcladas con algunas tinieblas que humillan el entendimiento? La verdadera relijion, ¿no debe elevar y abatir al hombre para hacerle conocer mejor su grandeza y su debilidad? Aun no teneis una idea bastante exacta del cristianismo, porque este no es solamente una ley santa que purifica el corazon, es tambien una sabiduría misteriosa que sojuzga el entendimiento; es un sacrificio continuo de todo el hombre, y como un homenaje á la razon soberana; porque practicando su moral, se renuncia á los placeres por amor á la suprema beldad; y creyendo sus misterios, se inmolan las ideas por respeto á la verdad eterna: sin este doble sacrificio de nuestros pensamientos y pasiones, el holocausto es imperfecto, y viciosa nuestra víctima; en vez

de que por él desaparece y se anonada enteramente el hombre ante el Ser de los seres. No se trata aqui de examinar si es necesario que Dios nos revele los misterios para humillar nuestro espíritu; solo se trata de saber si existe ó no esta revelacion; porque si Dios ha hablado á su criatura, el amor y la obediencia son ya inseparables: el cristianismo es un hecho; y pues no dudais ya de las pruebas de este hecho, ya no os toca discernir lo que se ha de creer ó se ha de rechazar. *Todas las objeciones que habeis acumulado, desaparecen en el momento mismo en que el espíritu está libre de la presuncion: en este caso ya no es nada penoso de creer, que hay en la naturaleza divina, como en las miras de su Providencia, una profundidad impenetrable á nuestra débil razon, porque una simple criatura no pudiera comprender un Ser infinito.*

»Por una parte vemos un lejislador, cuya ley es alta»mente divina, y cuya mision se halla confirmada por »infinitos milagros, que no pueden ponerse en duda, por »las razones mismas que existen para creerlas, y por »otra admiramos muchos misterios, que nos sorpren»den á pesar nuestro. ¿Que debemos hacer, pues, entre »estos dos estremos que abrazan una revelacion clara y »una oscuridad incomprensible? Recurrir al sacrificio »del espíritu, que es una parte del culto debido al sobe»rano Ser.

»*¿No son infinitos los conocimientos de Dios, los cuales »no podemos alcanzar?* Cuando penetramos algunos de »ellos por vias naturales, no se debe buscar entonces »el POR QUE, sino la CERTEZA de su relacion. Parécennos »incompatibles, sin que lo sean en realidad; porque »esta aparente incompatibilidad procede de nuestra pe»queñez, que no alcanza á concebir esa relacion que »liga nuestras ideas naturales, con las verdades sobre»naturales."

Nota E.

La Poliglota de Antonio Vitre, Vulgata:
Ego sum Dominus Deus tuus.

El latin del texto caldeo:
Ego Dominus tuus.

La Poliglota de Waltonda.
La Vulgata como arriba.
Latin de la version siriaca:
Ego sum Dominus Deus tuus.

Version latina interlineada sobre el hebreo:
Et e terra Ægypti eduxi te, qui tuus Dominus Deus ego.

Latin del hebreo samaritano:
Ego sum Dominus Deus tuus.

Latin de la version árabe:
Ego sum Dominus Deus tuus.

Nota F.

Hasta entre los salvajes del Nuevo-Mundo, se encuentran las verdades de la Escritura.

»En la fábula de Ataentsich, arrojado del cielo, dice el P. Charlevoix, habeis podido ver algunos indicios de la historia de la primera mujer, desterrada del Paraiso terrenal en castigo de su desobediencia, y la tradicion del diluvio, y el arca en que se salvó Noé con su familia. Esta circunstancia no me permite adherir á la opinion del P. Acosta, que pretende que esta tradicion no es alusiva al diluvio universal, sino á un diluvio parti-

cular de la América. En efecto, los algonquines, y casi todos los pueblos que hablan su idioma, suponiendo la creacion del primer hombre, dicen, que habiendo perecido casi toda su posteridad por una inundacion jeneral, un hombre llamado *Messon*, y por otros dicho *Saketchak*, al ver toda la tierra abismada bajo las aguas por la inundacion de un lago, envió un cuervo al fondo de este abismo para que le trajese tierra de él; que no habiendo desempeñado su comision el cuervo, envió á un raton de almizcle, que tuvo mejor acierto; que con aquel poco de tierra que le habia traido este animal, restituyó al mundo á su primer estado; que disparó flechas contra los troncos de los árboles, que aun se dejaban ver, y que aquellas flechas se convirtieron en ramas; que hizo otras muchas maravillas, y que en reconocimiento del servicio que le habia hecho el raton almizcleño, le casó con una hembra de su especie, de la cual tuvo hijos, que volvieron á poblar el mundo; que él habia comunicado su inmortalidad á cierto salvaje por medio de un pliego, prohibiéndole abrirle, bajo la pena de perder un don tan precioso."

El P. Bouchet, en su carta al obispo de Abranches, habla de mil curiosos pormenores sobre la relacion de las fábulas indianas con las principales verdades de nuestra relijion y tradiciones de la Escritura. Las *Memorias de la Sociedad inglesa* de Calcuta, que se están imprimiendo, confirman todo lo que dice aqui el sábio misionero frances.

»Casi todos los indios aseguran, que el gran número de divinidades que adoran en el dia, no son mas que unos dioses subalternos y sujetos al Ser soberano, que es igualmente el Señor de los dioses y de los hombres. Este gran Dios, dicen, es infinitamente superior á todos los séres, y esta distancia infinita le impide tener comercio alguno con las débiles criaturas. En efecto, con-

tinúan: ¿que proporcion hay entre un Ser infinitamente perfecto, y unos entes criados y llenos como nosotros de imperfecciones y flaquezas? por esta misma razon, segun ellos, *Parabaravastou*, es decir, el *Dios supremo*, crió tres dioses inferiores, á saber: *Bruma*, *Vishnou*, y *Routren*. Al primero dió poder de criar, al segundo el de conservar, y al tercero el derecho de destruir.

»La idea que tienen los indios de un Ser infinitamenmente superior á las otras divinidades, manifiesta á lo menos que sus antiguos no adoraban sino á un Dios, y que el *politeismo* no se introdujo entre ellos, sino del mismo modo que en los demas paises idólatras.

»Los indios, como dejo dicho, creen que *Bruma* es entre los dioses subalternos el que recibió del Dios supremo el poder de criar. Fue, pues, *Bruma* el que crió al primer hombre; pero lo que importa á mi asunto es, que *Bruma* formó al hombre del barro de la tierra que aun estaba toda reciente; le costó, á la verdad, algun trabajo el concluir su obra; la rehizo varias veces, y á la tercera tentativa se hallaron justas sus medidas. La fábula añadió á la verdad esta última circunstancia, y no es estraño que un Dios de segundo órden necesitase aprendizaje para criar al hombre en la perfecta proporcion en que le vemos. Pero si los indios se hubieran atenido á lo que la naturaleza, y probablemente el comercio con los judíos, les habian enseñado acerca de la unidad de Dios, se hubieran contentado con lo que habian aprendido por la misma via acerca de la creacion del hombre; y se hubieran limitado á decir, como lo hacen siguiendo la Escritura, que el hombre fue formado del lodo de la tierra que acababa de salir de las manos del Criador.

»Aun hay mas, monseñor: criado el hombre por *Bruma* con el trabajo que dejo indicado, el nuevo Criador quedó tanto mas prendado de su obra, cuanto mas tra-

bajo le habia costado perfeccionarla. Ahora se trata de colocarla en una habitacion digna de ella.

»Magnífica es la descripcion que la Escritura nos hace del Paraiso terrenal. Los indios no lo son menos en las pinturas que nos trazan de su *Chorcam;* este, segun ellos, es un jardin de delicias, donde se halla con abundancia toda especie de frutas; hay tambien en él un árbol, cuyo fruto comunicaria la inmortalidad, si fuera permitido comerle. Seria bien estraño que unas jentes que jamás hubieran oido hablar del Paraiso terrenal, hubiesen hecho de él, sin saberlo, una pintura tan semejante.

»Los dioses, dicen nuestros indios, ensayaron toda especie de medios para llegar á la inmortalidad. A fuerza de buscar, se les ocurrió recurrir al árbol de la vida que estaba en el *Chorcam.* Acertaron en esto, porque comiendo de cuando en cuando el fruto de este árbol, conservaron el precioso tesoro que tanto les interesaba no perder. Una famosa serpiente llamada *Cheien*, conoció que los dioses de segundo órden habian descubierto el árbol de la vida, y como á lo que parece, se habia fiado á su cuidado la custodia de aquel árbol, se enfureció tanto con esta burla, que esparció al instante una cantidad de veneno, que fue trascendental á toda la tierra; ningun hombre hubiera podido evitar los efectos de su mortal ponzoña; pero el dios *Chivon* tuvo compasion de la naturaleza humana; apareció bajo la forma de un hombre, y tragó sin dificultad todo el veneno con que habia inficionado al universo la maliciosa serpiente.

»Ya veis, monseñor, que cuanto mas avanzamos, mas claras se presentan siempre las cosas. Tened la paciencia de escuchar una nueva fábula que voy á contaros; porque seguramente me engañaria si pretendiera deciros una cosa mas séria; sin dificultad distinguireis en ella la historia del diluvio, y las principales circunstancias que de él nos refiere la Escritura.

»El dios *Routren* (este es el gran destructor de los seres criados) tomó un dia la resolucion de ahogar á todos los hombres, de quienes suponia no estar contento. Su designio no pudo ser tan secreto, que no lo trasluciese el dios *Vishnou*, conservador de las criaturas. Vereis, monseñor, que ellas le quedaron muy obligadas en tal ocasion. Descubió, pues, el dia precisamente en que habia de suceder el diluvio. Su poder no se estendia á suspender la ejecucion de los proyectos del dios *Routren;* pero tambien su calidad de Dios conservador de las cosas criadas, le daba derecho de impedir, si hallaba modo, el efecto mas pernicioso; y he aqui el medio de que se valió.

Apareciose un dia á su gran confidente *Sattiavarti*, y le dijo en secreto que sucederia muy pronto un diluvio universal que inundaria toda la tierra, y que *Routren* nada menos intentaba que acabar con todos los hombres y animales; sin embargo, le aseguró que él no tenia que temer nada, y que á despecho de *Routren*, hallaria medio de conservarle, y de proporcionarse del mismo todo lo demas que fuese necesario para volver á poblar el mundo. Era su intento dejar ver un barco maravilloso cuando menos lo pensase *Routren*, y encerrarse en él una buena provision, á lo menos de ochocientos cuarenta millones de almas, y semillas de los seres. Era tambien preciso que *Sattiavarti* se hallase al tiempo del diluvio encima de una montaña muy alta, que tuvo cuidado de mostrarle. A poco tiempo notó *Sattiavarti*, segun le estaba pronosticado, una gran multitud de nubes que se reunian; vió con tranquilidad formarse la tempestad sobre la cabeza de los hombres culpados, y cayó del cielo la mas horrible lluvia que jamás se vió. Se hincharon los rios, y se estendieron con rapidez por toda la superficie de la tierra; salió el mar de sus limites, y mezclándose con los rios que habian salido de madre,

cubrió en poco tiempo las montañas mas elevadas: árboles, animales, hombres, ciudades y reinos, todo fue sumerjido; todos los seres animados perecieron y fueron destruidos.

»Entre tanto *Sattiavarti*, con algunos penitentes se habia retirado á la montaña, donde esperaba el socorro que le habia ofrecido el Dios, y no dejó de esperimentar algun temor. El agua que cada vez tomaba mayor incremento, y se acercaba insensiblemente á su retiro, le causaba de cuando en cuando terribles espantos; pero cuando se creia perdido, vió aparecerse la barca que debia salvarle; entró en ella al instante con los devotos de su comitiva, y los ochocientos cuarenta millones de almas y las semillas de los seres quedaron encerrados en ella.

»La dificultad estaba en dirijir la nave y sostenerla contra el ímpetu de las ondas, que estaban en una furiosa ajitacion. El dios *Vishnou* proveyó de remedio á ello, porque volviéndose de repente pez, hizo uso de su cola como de un timon para dirijir el navío. El dios pez y piloto maniobró con tanta destreza, que *Sattiavarti* esperó con mucha tranquilidad en su asilo, que las aguas dejasen descubierta la superficie de la tierra.

»La cosa como veis, monseñor, es tan clara, que no se necesita mucha penetracion para conocer en su narracion mezclada de fábulas y de las mas fantásticas imajinaciones, lo que nos enseñan los sagrados libros acerca del diluvio, del arca, y de la conservacion de Noé y su familia.

»No han parado aun aqui nuestros indios, quienes despues de haber desfigurado á Noé bajo el nombre de *Sattiavarti*, podian muy bien haber puesto sobre el cuento de *Bruma* las mas singulares aventuras de la historia de Abrahan. Ved aqui, monseñor, algunos rasgos que me parecen muy semejantes.

»La conformidad del nombre podria por decontado apoyar mis conjeturas, siendo visible que de *Bruma* á Abrahan no hay mucho camino que andar, y seria apetecible que nuestros sábios en materia de etimolojia no hubieran tomado otros menos razonables y mas violentos.

»Este *Bruma*, cuyo nombre es tan parecido al de Abrahan, estaba casado con una mujer que los indios llaman *Sarasvadi*. Vos juzgareis, monseñor, cuanto peso añade á mi primer conjetura el nombre de esta mujer. Las dos última sílabas de la palabra *Sarasvadi*, son en la lengua india una terminacion honorífica; y asi *vadi* es bastante análoga á nuestra palabra francesa *madame (señora* en español). Esta terminacion se halla en muchos nombres de mujeres distinguidas; por ejemplo, en el de *Parvadi*, mujer de *Routren*; es evidente desde luego que las dos primeras sílabas de la palabra *Sarasvadi*, que componen propiamente todo el nombre de la mujer de *Bruma*, se reducen á *Sara*, que es el nombre de la mujer de Abrahan.

»Aun hay en esto otra cosa mas singular: *Bruma* entre los indios, asi como Abrahan entre los hebreos, fue el jefe de muchas *castas* ó tribus diferentes. Los dos pueblos se parecen tambien en el nombre de sus tribus. En *Tichirapoli*, donde se halla al presente el mas famoso templo de la India, se celebra todos los años una fiesta, en la que un venerable viejo lleva delante de sí doce niños que representan, segun los indios, los doce jefes de las principales castas. Es cierto que algunos doctores piensan que aquel viejo hace en esta ceremonia las veces de *Vichnou;* pero no es esta la opinion comun de los sábios ni del pueblo, los cuales dicen comunmente que *Bruma* es el jefe de todas las tribus.

»Sea de esto lo que fuere, monseñor, no creo que para reconocer en la doctrina de los indios la de los an-

tiguos hebreos, sea necesario que se halle todo perfectamente conforme en todas sus partes. Los indios dividen comunmente en diferentes personas lo que la Escritura cuenta de una sola, ó juntan en una sola lo que la Escritura divide en muchas; pero esta diferencia, tan lejos está de destruir nuestras conjeturas, que debe servir en mi concepto para apoyarlas; y aun creo que una semejanza demasiadamente afectada, no serviria sino para hacerlas sospechosas.

»Prosigo, monseñor, lo que han sacado los indios de la historia de Abrahan, sea que lo atribuyan á *Bruma*, ó quieran honrar con ello á algun otro de sus dioses, ó de sus héroes.

»Los indios honran la memoria de uno de sus penitentes, que, como el patriarca Abrahan, consideró como un deber sacrificar á su hijo á uno de los dioses del pais. Este dios le habia pedido esta víctima; pero se contentó con la buena voluntad del padre, sin permitir llegase á la ejecucion. No falta quien diga que mató al hijo, pero que aquel dios le resucitó.

»En una de las castas que hay en las Indias, llamada de *ladrones*, encontré una costumbre que me sorprendió. No creais, monseñor, que porque haya entre estos pueblos una tribu entera de ladrones, todos los que ejercen este honorífico oficio estén reunidos en un cuerpo particular, y tengan un privilejio esclusivo para robar; esto quiere decir solamente, que todos los indios de esta casta roban efectivamente con una estremada licencia. Mas por desgracia no son ellos solos de quienes se debe desconfiar.''

Despues de esta aclaracion que me ha parecido necesaria, vuelvo á mi historia. »Hallé, pues, que en aquella casta se observa la ceremonia de la circuncision; pero no se ejecuta en la infancia, sino á la edad de veinte años; ni aun todos están sujetos á ella, y solo

se someten los principales de la casta. Es muy antiguo este uso, y seria dificil descubrir de donde les ha venido esta costumbre en medio de un pueblo enteramente idólatra.

»Ya habeis visto, monseñor, la historia del diluvio y la de Noé en *Vishnou* y en *Sattiavarti*; la de Abrahan en *Bruma* y en *Vishnou*, ahora vereis con gusto la de Moisés en los mismos dioses, y me persuado que la hallareis aun menos alterada que las precedentes.

»Nada me parece mas semejante á Moisés que el *Vishnou* de los indios trasformado en *Crichnen*, pues por de contado *Crichnen* en lengua india significa *negro*; esto es, para hacer entender que *Crichnen* vino de un pais, cuyos habitantes son de este color. Añaden los indios que uno de los parientes mas cercanos de *Crichnen*, fue espuesto en su infancia en una cunita en un gran rio, donde estuvo á pique de morir; le sacaron de él, y como era un niño hermoso, le llevaron á una grande princesa, que le hizo criar con cuidado, y se encargó despues de su educacion.

»No sé por qué razon los indios aplicaron este suceso á uno de los parientes de *Crichnen*, mas bien que á *Crichnen* mismo. ¿Pero que remedio, monseñor? Es preciso deciros las cosas tales como son; y por hacer mas semejantes las aventuras, no os disfrazaré la verdad. No fue, pues, *Crichnen*, sino uno de sus parientes, el que fue educado en el palacio de una gran princesa; en esto está algo defectuosa la comparacion con Moisés; pero ved aqui como se repara algo este defecto.

»Asi que nació *Crichnen*, se le puso tambien en un gran rio, á fin de sustraerle de la cólera del rey, que esperaba el instante de su nacimiento para hacerle morir; el rio se dividió por respeto, y no quiso incomodar con sus aguas un depósito tan precioso. Sacaron al niño de este peligroso sitio, y se crió entre pastores; casose

despues con las hijas de estos, y guardó por mucho tiempo los rebaños de sus suegros. Bien pronto se distinguió entre todos sus compañeros, quienes le elijieron por su jefe. Hizo entonces maravillas en favor de los rebaños y de los pastores, é hizo dar muerte al rey que le habia declarado una guerra cruel. Fue perseguido de sus enemigos, y como no se hallaba en disposicion de resistirles, se retiró hácia el mar, que le abrió camino por medio de su seno, donde quedaron anegados los que le perseguian, y por este medio se salvó de los tormentos que le preparaban.

»A vista de esto, ¿quien, monseñor, podrá poner en duda que los indios conocieron á Moisés bajo el nombre de *Vishnou* trasformado en *Crichnen*? Pero al conocimiento de este famoso caudillo del pueblo de Dios, han añadido el de muchas costumbres que describió en sus libros, y muchas leyes que publicó, y cuya observancia se ha conservado despues de él.

»Entre las costumbres que los indios no pueden haber tomado sino de los judíos, y que aun hoy perseveran en el pais, cuento los baños frecuentes, las purificaciones, el estremo horror á los cadáveres con cuyo contacto se creen manchados; el órden diferente y la distincion de castas, y la ley inviolable que prohibe los matrimonios fuera de su tribu ó de su casta particular. No acabaria si apurase los pormenores; me limito únicamente á algunas observaciones que no son tan comunes en los libros de los sábios.

»Conocí un *Brama* muy hábil entre los indios, que me contó la historia siguiente, cuyo sentido no comprendia él, mientras permaneció en las tinieblas de la idolatría. Hacen los indios un sacrificio llamado Ekiam (es el mas célebre de todos los indios), en el cual se sacrifican un carnero, y se reza una especie de oracion, en que se dicen en alta voz estas palabras: *¿cuando*

nacerá el Salvador? ¿Cuando aparecerá el Redentor?

»Este sacrificio de un carnero me parece que tiene mucha relacion con el del cordero Pascual; porque es preciso advertir sobre esto, monseñor, que asi como los judíos estaban obligados á comer su parte de la víctima, tambien los bramas, aunque no pueden comer carne, están dispensados de su abstinencia en el dia del sacrificio del *Ekiam*, y obligados por la ley á comer del carnero que se inmola, y que reparten los bramas entre si.

»Muchos indios adoran el fuego; sus mismos dioses han sacrificado víctimas á este elemento; hay entre ellos un precepto particular para el sacrificio de *Oman*, por el cual se manda conservar siempre el fuego sin dejarle apagar; el que asiste al *Ekiam* debe por mañana y tarde echar leña al fuego para mantenerle. Este escrupuloso cuidado corresponde exactamente al precepto señalado en el Levítico, cap. 6, ver. 12 y 13: *Ignis in altare semper ardebit, quem nutriet sacerdos, subjiciens ligna mane per singulos dies.* Los indios hacen aun mas en consideracion al fuego; ellos mismos se precipitan al medio de las llamas. Convendreis conmigo, monseñor, que hubieran hecho mejor en no añadir tan cruel ceremonia á lo que sobre esta materia les habian enseñado los judíos.

»Los indios tienen aun una grande idea de las serpientes; pues creen que estos reptiles tienen algo de divino, y que su vista acarrea la felicidad; de aqui es que algunos de ellos adoran á las serpientes y las tributan sumo respeto; pero estos animales tan poco reconocidos, no dejan por eso de morder cruelmente á sus adoradores. Si la serpiente de metal que mostró Moisés al pueblo de Dios, y que curaba con solo mirarla, hubiera sido tan cruel como las animadas serpientes de los

indios, dudo mucho que los judíos hubieran tenido jamás la tentacion de adorarla.

»Añadamos finalmente, monseñor, la caridad que practican los indios con sus esclavos, á quienes tratan como á sus propios hijos; tienen gran cuidado de educarlos bien, y los proveen de todo con liberalidad; nada les falta, sea para vestir ó para alimentarse; los casan, y casi siempre les dan la libertad. ¿No parece que Moisés dirijió sobre este artículo, tanto á los israelitas como á los indios, los preceptos que leemos en el Levítico?

»¿Que apariencia hay pues, monseñor, de que los indios no hayan tenido en otro tiempo algun conocimiento de la ley de Moisés? Lo que dicen aun de su ley y de *Bruma* su lejislador, destruye á mi modo de ver de una manera evidente cualquiera duda que pudiera aun ofrecerse sobre esta materia.

»*Bruma* dió la ley á los hombres. Este es aquel *Vedam*, ó libro de la ley, que miran los indios como infalible, y es tambien en su concepto la pura palabra de Dios dictada por el *Abadan;* es decir, por el que no puede engañarse, y dice esencialmente la verdad. El *Vedam*, ó la ley de los indios, está dividida en cuatro partes; pero en opinion de muchos indios doctos habia antiguamente una quinta, que ha desaparecido por la injuria de los tiempos, y no ha sido posible recobrar.

»Hacen los indios un indecible aprecio de la ley que recibieron de su *Bruma*. El profundo respeto con que la oyen pronunciar, la escrupulosa eleccion de las personas que la deben leer, las preparaciones que para ello deben llevarse, y otras mil circunstancias semejantes, se conforman con lo que sabemos de los judíos con respecto á la ley santa, y á Moisés que se la anunció.

»La desgracia es, monseñor, que el respeto que tie-

nen los indios á su ley, llega hasta hacernos de ella un misterio impenetrable: sin embargo, he adquirido de algunos doctores bastantes nociones de ella, para haceros ver que los libros de la ley del pretendido *Bruma*, son una imitacion del Pentateuco de Moisés.

»La primera parte del *Vedam*, á que ellos llaman *Irroucouvedam*, trata de la primera causa, y del modo con que fue criado el mundo. Lo mas singular que ellos me han dicho, con respecto á nuestro asunto, es que al principio no habia mas que Dios y agua, y que Dios era llevado sobre las aguas. La semejanza de este rasgo, con el primer capítulo del Jénesis, no es difícil de conocer.

»He sabido tambien de muchos bramas, que en el tercer libro, que ellos llaman *Samavedam*, hay muchos preceptos morales. Esta doctrina me parece tiene mucha relacion con los preceptos morales esparcidos en el Exodo.

»El cuarto libro que llaman *Adarnanvedam*, contiene los diferentes sacrificios que se deben ofrecer, las calidades que se requieren en las víctimas, el modo de edificar los templos, y las diversas fiestas que se deben celebrar. Esto puede ser, sin adivinar mucho, una idea tomada de los libros del Levítico y del Deuteronomio.

»En fin, monseñor, para que nada falte al paralelo, así como recibió Moisés la ley en el famoso monte Sinaí, del mismo modo se halló *Bruma* con el *Vedam* de los indios sobre el célebre monte de *Mahamerou*. Esta montaña de las Indias es la que los griegos llaman *Meros*, donde dicen que nació Baco, y fue la morada de los dioses. Aun en el dia de hoy dicen los indios que esta montaña es el sitio donde están colados sus *Chorchams*, ó los diferentes paraisos que reconocen.

¿No es muy justo, monseñor, que despues de haber hablado largo tiempo de Moisés y de la ley, digamos tambien algo de María, hermana de este gran profeta? O

yo me engaño mucho, ó su historia no ha sido del todo desconocida de nuestros indios.

»La Escritura nos dice de María, que despues del milagroso paso del mar Rojo, juntó las mujeres israelitas, tomó instrumentos músicos, y se puso á bailar con sus compañeras, cantando las alabanzas del Todopoderoso. Ved aqui un pasaje bastante parecido, que cuentan los indios de su famosa *Lakcoumi*. Esta mujer, asi como María, hermana de Moisés, salió del mar por una especie de milagro. Apenas se vió libre del peligro de morir, cuando dispuso un magnífico baile, en el que al son de instrumentos danzaron todos los dioses y diosas.

»Muy facil me seria, monseñor, dejando los libros de Moisés, recorrer los demas libros históricos de la Escritura, y hallar en la tradicion de nuestros indios con qué continuar mi comparacion; pero temo molestaros con una exactitud difusa. Me contentaré, pues, con referiros una ó dos historias, que han llamado principalmente mi atencion, y que conducen mas á mi propósito.

»La primera que se me presenta es la que cuentan los indios bajo el nombre de *Arichandiren*: este es un rey de la India muy antiguo, que por el nombre y algunas otras circunstancias es, entendiéndolo bien, el Job de la Escritura.

»Un dia se juntaron los dioses en el *Chorchan*, ó, por mejor decir, en el paraiso de las delicias. *Devendiren*, que es el dios de la gloria, presidia aquella ilustre asamblea, á la cual asistió tambien una multitud de dioses y diosas, los mas famosos penitentes, y sobre todo los siete anacoretas principales.

»Despues de algunos discursos indiferentes, se propuso esta cuestion: ¿si entre los hombres se hallaría un príncipe sin tacha? Casi todos sostuvieron que no habia ninguno que dejase de estar sujeto á grandes vicios: *Vichouva-moutrem* se puso al frente de este par-

tido; pero el célebre *Vachichten* fue de diferente parecer, y sostuvo con vigor que el rey *Arichandiren*, su discípulo, era un príncipe perfecto. *Vichouva-moutren*, que por su dominante jenio no gusta que le contradigan, se irritó y aseguró á los dioses que si querian permitírselo, sabria hacerles ver los defectos de aquel pretendido perfecto príncipe.

»Aceptó el desafío *Vachichten*, y se convino que el que de los dos quedase vencido, cederia al otro todos los méritos que hubiese podido adquirir durante una larga penitencia. El pobre rey *Arichandiren* fue la víctima de esta disputa. *Vichouva-moutren* le espuso á todas suertes de pruebas; le redujo á la mas estremada pobreza; le despojó de su reino, hizo matar á su hijo único, y le quitó á su mujer *Chandirandi*.

»Sin embargo de tantas desgracias, se mantuvo siempre el príncipe en la práctica de la virtud, con una igualdad de alma de que tal vez no serian capaces los mismos dioses, que le probaban con tan poca atencion, y le recompensaron con la mas grande beneficencia. Le fueron abrazando los dioses uno tras otro, y hasta las mismas diosas le dieron la enhorabuena. Le volvieron su mujer, y resucitaron á su hijo. *Vichouva-moutren* cedió en virtud del contrato todos sus méritos á *Vachichten*, que hizo de ellos un regalo al rey *Arichandiren*, y el vencido fue, aunque muy á pesar suyo, á comenzar de nuevo una larga penitencia, para hacer si podia una buena provision de nuevos méritos.

»La segunda historia que me resta contaros, monseñor, es algo mas funesta, y se parece mas á un pasaje de la historia de Sanson, que la fábula de *Arichandiren* se semeja á la historia de Job.

»Aseguran, pues, los indios que su dios *Ramen* emprendió un dia conquistar á Ceilan, y ved aquí la estratajema de que, no obstante ser dios, tuvo á bien

valerse: formó un ejército de monos, y les dió por jeneral á un mono distinguido, á quien ellos llaman *Anoumam*: hízole cubrir á éste la cola con muchas piezas de tela, sobre las cuales echaron muchos vasos de aceite; se le pegó fuego, y corriendo el mono por los campos en medio de los trigos, bosques, arrabales y ciudades, lo incendió todo: abrasó cuanto halló en el camino, y redujo á cenizas casi toda la isla. Despues de esta espedicion no quedó muy difícil la conquista, ni era tampoco necesario un Dios poderoso para conseguirla.

»Tal vez, monseñor, me habré detenido demasiado en esponer la conformidad que tiene la doctrina de los indios con la del pueblo de Dios; pero me desquitaré abreviando un poco lo que me resta deciros sobre otro punto, que sujeto como el primero á vuestras luces y penetracion: me ceñiré á algunas reflexiones bastante sucintas, que me persuaden que los indios que mas se han internado, han tenido, desde los primeros tiempos de la iglesia, conocimiento de la relijion cristiana, y que tanto ellos como los habitantes de la costa, recibieron las instrucciones de Santo Tomas, y de los primeros discípulos de los apóstoles.

»Doy principio por la idea infusa que aun conservan los indios en la adorable Trinidad, que les fue predicada en otro tiempo. Os hablé, monseñor, de los tres dioses principales de los indios, *Bruma*, *Vishnou* y *Routren*. La mayor parte de los jentiles dicen, á la verdad, que son tres divinidades distintas, y efectivamente separadas. Pero muchos *Nianigneuls*, ú hombres espirituales, aseguran que aquellos tres dioses separados en apariencia, no son realmente sino un solo Dios. Que este Dios se llama *Bruma*, cuando cria y ejerce su omnipotencia; que se llama *Vishnou*, cuando conserva los seres criados y dá muestras de su bondad; y que finalmente toma el nombre de *Routren*, cuando destruye las

ciudades, castiga los culpados, y hace sentir los efectos de su justa cólera.

»No ha muchos años que un brama esplicaba asi lo que concebia de la fabulosa trinidad de los paganos. Es preciso, decia, representarse á Dios y sus tres nombres diferentes, que corresponden á sus tres principales atributos, bajo la idea poco mas ó menos de las pirámides triangulares que se ven levantadas á la puerta de algunos templos.

»Ya discurrireis que yo no pretendo deciros que esta invencion de los indios corresponde exactamente con la verdad que reconocen los cristianos; pero á lo menos ella hace comprender que han tenido otro tiempo luces mas puras, y que se han oscurecido por la dificultad que encierra un misterio tan superior á la débil razon de los hombres.

»Aun tienen mas parte las fábulas, en lo que mira al misterio de la Encarnacion; pero por lo demas todos los indios convienen en que Dios se ha encarnado muchas veces. Casi todos concuerdan en atribuir estas encarnaciones á *Vishnou*, segundo Dios de su Trinidad, y jamás se encarnó este Dios, segun ellos, sino en calidad de salvador y libertador de los hombres.

»Reasumo como veis, monseñor, cuanto me es posible, y paso á lo que mira á nuestros sacramentos. Dicen los indios, que el baño tomado en ciertos rios, borra enteramente los pecados, y que esta agua misteriosa no solo lava los cuerpos, sino que purifica tambien las almas de un modo admirable. ¿No será esto una reliquia de la idea que se les habia dado del santo bautismo?

»Nada habia observado yo acerca de la divina Eucaristía; pero un *brama* convertido me hizo parar la atencion, pocos años hace, en una circunstancia bastante considerable, para dejar de citarse aqui. Los restos de los sacrificios y el arroz que se destribuye en los

templos para comer, conservan entre los indios el nombre de *Prajadam;* nombre indio que significa en nuestra lengua *divina gracia,* que es lo que nosotros espresamos con el término griego *Eucaristía.*

»Aun hay algo mas que considerar sobre la confesion, y creo, monseñor, debo dilatarme un poco mas sobre esto.

»Es una especie de máxima entre los indios, que el que confiesa sus pecados, recibirá el perdon. *Cheira param chounal Tiroum.* Celebran una fiesta todos los años, durante la cual van á confesarse á la orilla de un rio, á fin de que sus pecados sean enteramente borrados. En el famoso sacrificio *Ekiam*, la mujer del que preside está obligada á confesarse, descendiendo á la narracion de las faltas que mas humillan, y á declarar hasta el número de sus pecados."

Nota G.

La cronolojía no es otra cosa que un monton de vejigas llenas de aire; cuantos han creido que caminaban por ellas sobre un terreno sólido, han venido á caer. En el dia tenemos ochenta sistemas, de los animales ninguno es verdadero.

Decian los babilonios; contamos 473000 años de observaciones celestes. Viene un parisiense, y les dice: Vuestro cálculo es exacto; vuestros años eran de un dia solar, que corresponden á 1297 de los nuestros; desde Atlas, rey de Africa, grande astrónomo, hasta la llegada de Alejandro á Babilonia. . . . . .

Solo faltaba que aquel recien venido de Paris dijese á los caldeos: Sois unos exajeradores, y nuestros antepasados unos ignorantes. Están las naciones tan sujetas á revoluciones, que no pueden conservar 4736 siglos de cálculos astronómicos, y en cuanto al rey de los moros, Atlas, nadie sabe en que tiempo vivió. Tanta razon

tenia Pitágoras para suponer que habia sido gallo, como vosotros para lisonjearos del arte de la observacion. (*Voltaire, cuestiones encyclop. t.* 3, *p.* 59, *art.* Cronoloj.)

Nota H.

Es indudable, por muchas razones, que no se pueden atribuir á los actuales salvajes de la América las obras de las orillas del Scioto. Ademas, todas las tribus y hordas cuentan uniformemente, que cuando sus abuelos llegaron al Oeste para establecerse en la soledad, hallaron alli las ruinas tales como hoy las vemos.

¿Serian por ventura monumentos mejicanos? Pero en Méjico no se ha encontrado cosa semejante, ni tampoco en el Perú: aquellos monumentos parece que exijieron el uso del hierro y artes mas adelantadas de lo que estaban en los dos imperios del Nuevo-Mundo; y el imperio de Montezuma no se estendia tan lejos al Oriente; pues cuando los Natchez y los Chicasas dejaron el Nuevo-Méjico, hácia el principio del siglo dieziseis, no encontraron á las orillas de *Meschacebé* (1) sino tribus vagabundas y libres.

Aunque estas especies de fortificaciones se han querido atribuir á Fernando de Soto, no es verosímil que este español, seguido de un corto número de aventureros, y que no estuvo sino tres años en las Floridas, hubiese tenido jamás tiempo ni brazos para construir aquellas obras tan enormes. Por otra parte, la figura de los sepulcros que aun de muchas partes de las ruinas contradicen á las costumbres y artes europeas; y es ademas un hecho constante que el conquistador de la

(1) Padre barbudo de los rios, verdadero nombre del Misisipí ó Mechasipí. Se puede ver sobre esto á Deprat, Charlevoix, etc., y los últimos viajeros de la América, como Bertran, Imley, etc. Hablo tambien con respecto á lo que yo mismo supe en aquellos sitios.

Florida no penetró mas que hasta Chatafallas, poblacion de los Chicasas, sobre uno de los brazos del Mobila. En fin, estos monumentos traen su oríjen de unos tiempos mas remotos que el descubrimiento de la América. Sobre aquellas ruinas hemos visto una encina decrépita, que habia brotado entre los restos de otra encina que estaba caida á su pie, y solo tenia la corteza; esta por su parte se habia criado sobre otra, y esta sobre una cuarta. El sitio de estas dos últimas se manifestaba aun por la interseccion de dos círculos de una corteza roja y petrificada, que se descubria en la superficie de la tierra apartando una espesa capa compuesta de hojas y musgos. Concédase solamente tres siglos de vida á aquellas cuatro encinas sucesivas, y se verá una época de 1200 años, que grabó la naturaleza sobre sus ruinas.

Si continuamos esta disertacion histórica (sin embargo de que nada prueba en favor de la antigüedad de los hombres), hallaremos que no se puede formar ningun sistema razonable sobre el pueblo que erijió aquellos antiguos monumentos. Las crónicas de los Welches hablan de un cierto Madoc, hijo de un príncipe de Gales, que no estando contento en su pais, se embarcó el año de 1470, se hizo á la vela hácia el Oeste, dejando la Irlanda al Norte, descubrió un paraje fértil, y regresó á Inglaterra, de donde volvió á salir con doce navíos, para la tierra que habia encontrado. Se supone que aun existen hácia el oríjen del rio Misouri unos salvajes blancos que hablan el idioma céltico, y son cristianos. Que Madoc y su colonia, suponiendo que llegaron al Nuevo-Mundo, no pudieron construir las inmensas obras del Ohio, es en mi concepto un asunto que no necesita discusion.

A mediados del siglo nono, los dinamarqueses, que eran entonces grandes navegantes, descubrieron la Is-

landia, de donde pasaron á una tierra que está al Oeste, y la llamaron *Vinland* (1), por razon de las muchas vides de que estaban llenos los bosques. Casi no se puede dudar que este era el continente de América, y que los Esquimales del Labrador son los descendientes de los aventureros dinamarqueses. Tambien se supone que los galos arribaron al Nuevo-Mundo; pero ni los escandinavos, ni los celtas de la Armórica ó de la Neustría han dejado monumentos parecidos á aquellos, cuyos fundadores investigamos ahora.

Si de los pueblos modernos se pasa á los antiguos, se dirá quizás que los fenicios ó los cartajineses, en su comercio con la Bética, islas Británicas ó Casitérides, ó á lo largo de la costa oriental del Africa (2), fueron arrojados por los vientos al Nuevo-Mundo. No faltan autores que dicen, que los cartajineses tenian alli colonias regulares, y las abandonaron despues por un efecto de la politica del senado.

Pero si asi las cosas han ocurrido, ¿como es que no se ha encontrado rastro alguno de las costumbres fenicias entre los caribes ó los salvajes de la Guayana, del Paraguay ó de las Floridas? ¿Por que se hallan en lo interior de la América septentrional las ruinas de que se trata, y no en la meridional, en la costa opuesta al Africa?

Otros autores reclaman la preferencia para los judíos, diciendo que el Orfir de las escrituras estaba en las Indias occidentales. Colon llegaba á decir que habia visto las ruinas de los hornillos de Salomon en las minas de Cibao. A esto se podrá añadir, que muchas costumbres de los salvajes manifiestan tener un orijen judaico, como por ejemplo, el no romper los huesos de la víctima en

(1) Mall. *Intr. á la Hist. de Din.*

(2) *Vid.* Ptol. Hann. Perip. d'Anvill, etc., etc.

las comidas sagradas, comer toda la hostia, tener retiros ó *barracas de purificaciones* para las mujeres. Por desgracia estas inducciones importan muy poco, porque se podria preguntar entonces: ¿como es que la lengua y las divinidades huronas parecen mas bien griegas que judías? ¿No es cosa rara que Ares-Koui haya sido el dios de la guerra en la ciudadela de Aténas y en el fuerte del Iroques? En fin, los críticos mas juiciosos no dan luz alguna para hacer pasar á los israelitas á la Luisiana, porque demuestran con harta claridad que Orfir estaba sobre la costa de Africa (1).

Los ejipcios son, pues, el último pueblo cuyos derechos resta examinar (2). Ellos abrieron, cerraron y volvieron á tomar sucesivamente el comercio de la Trapobana por el golfo Pérsico. ¿Conocieron acaso el cuarto continente, y se les podrán atribuir los monumentos del Nuevo-Mundo?

Respondemos que las ruinas de Ohio no son de arquitectura ejipcia; que los huesos que se hallan en las ruinas no están embalsamados; que los esqueletos están echados, y no en pie ni sentados. Ademas, ¿por que incomprendible casualidad no se encuentra ninguna de sus antiguas obras desde la orilla del mar hasta los Alleganys? Y ¿por que todas ellas están escondidas detras de esta cordillera de montañas? Sea cualquiera el pueblo de que se suponga la colonia establecida en América, antes de haber penetrado en un espacio de mas de 400 leguas, hasta los rios en que se ven aquellos monumentos, es preciso convenir en que esta colonia habitó la llanura que se estiende desde el pie de los montes

(1) *Vid.* Saur., d'Anvil.

(2) Si no hablamos de los griegos, y en particular de los habitantes de la isla de Rodas, aunque llegaron á ser navegantes muy hábiles, es porque rara vez salieron del Mediterráneo.

hasta las playas del Atlántico. Sin embargo, pudiera decirse con alguna verosimilitud, que la antigua orilla del Océano estaba al mismo pie de los Apalaches y de los Alleganys; y que la Pensilvania, el Mariland, la Virjinia, la Carolina, la Jeorjia y las Floridas, son playas recientemente abandonadas por las aguas.

Nota I.

Freret hizo otro tanto con respecto á los chinos, y Mr. Bailly redujo igualmente la cronolojía de estos últimos, asi como la de los ejipcios y caldeos, al cálculo de los Sesenta. Estos autores no pueden ser sospechosos de parcialidad en favor de nuestra opinion. (Vid. Bailly, tom. I.)

Nota K.

Queriendo Buffon conciliar su sistema con el Jénesis, atrasa el orijen del mundo, considerando cada uno de los seis dias de Moisés como un largo trascurso de siglos; pero se debe convenir en que sus razonamientos justifican poco sus conjeturas. Es inútil volver á este sistema, que destruyen enteramente las primeras nociones de la física y de la química; y sobre la formacion de la tierra desprendida de la masa del sol por el choque oblicuo de un cometa, y sujeta de repente á las leyes de la gravitacion de los cuerpos celestes; la frialdad gradual de la tierra, que supone en el globo la misma homojenidad que en la bala del cañon que sirvió para la esperiencia; la formacion de las montañas de primer órden, que supone la trasmutacion de la tierra arcillosa en la tierra silicea, &c.

Facil seria aumentar esta lista de sistemas, pero al fin nunca son mas que *sistemas*. Ellos se han destruido recíprocamente, y para un espíritu justo, jamás probaron nada contra la Escritura. (Véase el admirable Co-

mentario del Jénesis por Mr. de Luc, y las cartas del sábio Eulero.)

Nota L.

Daré aqui las pruebas metafísicas de la existencia de Dios, y de la inmortalidad del alma, á fin de completar cuanto dejo dicho acerca de este grande asunto. Todas las pruebas abstractas de la existencia de Dios, se deducen de estos tres principios, la *materia*, el *movimiento* y el *pensamiento*.

LA MATERIA.

PRIMERA PROPOSICION.

Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.

Pruebas. Por la razon de que alguna cosa existe; que esta sea Dios ó materia, poco importa al presente.

SEGUNDA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.* 2. *Y este ser existente es independiente é inmutable.*

Pruebas. En otro caso seria indispensable que hubiese una sucesion infinita de causas y efectos sin causa primera, lo que es contradictorio. Se prueba:

Porque si la serie de seres independientes es UNA y TODA, fuera de sí no puede tener una causa de su existencia sucesiva, pues lo comprende todo. Luego,

Es evidente que cada ser en la cadena progresiva, no tiene dentro de si la causa eficiente de su existencia, pues la ha producido un ser *procedente*. Contradiccion manifiesta.

Objecion. Dícese que la necesidad es la que hace que exista esta cadena de los seres.

Respuesta. Unos seres *independientes* unos de otros pueden *existir* ó *no*. No hay en ello *necesidad*; luego la

causa de esta existencia, está determinada por *nada*. (Esto es un absurdo.) Luego debe haber allí desde toda la eternidad un ser inmutable, causa primera de la jeneracion de los seres.

TERCERA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.* 2. *Este ser existente es independiente é inmutable.* 3. Y NO PUEDE SER LA MATERIA.

Primera prueba. Si esto sucediere, la materia existiria *necesariamente* y por sí misma; la sola suposicion de que ella no existe, seria una contradiccion en los términos. Luego está probado:

Que el modo de su existencia no es de esta naturaleza, pues se puede concebir sin contradiccion que podria no existir la materia, ó ser otra cosa muy diferente de lo que es. En efecto,

Ese guijarro que moveis con el pie no existe *necesariamente*, pues le concebis muy bien ó aniquilando ó de otra especie, sin que por eso suceda mudanza alguna en el universo. Asi de objeto en objeto vereis tan claro como el dia, que la existencia de la materia no es de *necesidad*.

Segunda prueba. Ademas, no es posible figurar la duracion eterna de la materia del mismo modo que se entiende la de Dios: este por la simplicidad ó inestension de su sustancia, se deja concebir al pensamiento como existente á un mismo tiempo en lo pasado, presente y futuro. Pero la duracion de la materia solo puede ser progresiva, pues tiene la estension y las dimensiones de los cuerpos, y se perpetúa por destrucciones y jeneraciones; no existe con respecto al minuto que pasó, y del mismo modo que el hombre, adelanta ella en lo futuro, perdiendo lo pasado.

Siendo sucesiva la eternidad, como lo es demostra-

tivamente en el caso de la materia, ella encierra *siglos infinitos*.

Es asi que *siglos infinitos* no pueden *acabarse*, ó no serian *infinitos*:

Luego siendo sucesiva la eternidad en la materia, esta no podria haber llegado hasta nuestros dias, porque seria preciso oponer que habria pasado por siglos *infinitos*, y que unos siglos infinitos que pudieran pasarse, no serian *infinitos* (1).

Tercera prueba. Si no hay en la naturaleza mas que materia, y esta no existe de *necesidad* (lo que arguye contradiccion), ¿quien es el que hace durar los seres?

Si no hay una potencia *necesaria* que todo lo conserve por sola su virtud ó sola su voluntad, es imposible la cohesion de las partes de los cuerpos. Mi brazo debe reducirse á polvo, si los átomos de que esté formado no están continuamente forzados á mantenerse juntos, ó sino se crean incesantemente (2). Asi es que esta potencia *necesaria* no puede ser la materia, porque la materia no existe por *necesidad*, ni tiene por sí misma la cohesion de partes. Finalmente, esta voluntad conservadora no puede emanar de la materia, porque la materia es un ser puramente pasivo y sin voluntad.

Concluyamos, pues, que el ser primitivo, independiente é inmutable no puede ser la materia.

CUARTA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.* 2. *Este ser existente es independiente é inmutable.* 3 *No puede ser la materia.* 4. ES NECESARIAMENTE UNICO.

Primera prueba. Si dos principios *independientes* existen juntos, se concebirá que el uno no puede igualmen-

(1) Abadia.
(2) Descartes.

te existir solo, porque no es de la *misma naturaleza* que el otro; de aqui resulta que ni uno ni otro de estos principios existen *necesariamente*. ¿A que se reduce, pues, la materia y el ser, cualquiera que fuere, que se ha demostrado existente desde toda la eternidad, por sola la razon de que alguna cosa existe al presente?

Segunda prueba. Si existen juntos dos principios, ¿quien ordenó la materia?

Este no puede ser Dios, porque no conoce el otro *principio*, ni tiene sobre él derecho alguno (1).

Si la materia es increada, Dios no puede moverla ni formar de ella cosa alguna: porque Dios no puede arreglarla sábiamente sin conocerla; no la puede conocer si no la ha criado, porque siendo un principio *independiente* por sí mismo, solo puede sacar sus conocimientos de sí propio; nada puede obrar en él ni ilustrarlo (2).

Asi se desvanece ese espantajo de la escuela de los ateos: *Ex nihilo nihil fit.* Si Dios *existe*, la materia es *eterna*, y la creacion es *obligada*. Si se supone que Dios no *existe*, se vuelve á entrar en el círculo de nuestras proposiciones.

El Ser existente desde toda la eternidad, es pues necesariamente único (3).

QUINTA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.* 2. *Este ser existente es independiente é inmutable.* 3. *No puede*

(1) Bail. art. *Anaxim.*

(2) Malebr.

(3) La única objecion que se me podria hacer aqui se sacaria del espinosismo, que admite la unidad de Dios y de la materia: pero es bien sabido cuan absurda es esta opinion. Se puede ver á Baile, art. *Spinosa.*

ser la materia. 4. *Es necesariamente único.* 5. NO ES UN AJENTE CIEGO, SIN ELECCION Y SIN VOLUNTAD.

Pruebas. Si la causa suprema está sin libertad, una cosa que no existe en el momento actual, no ha podido jamás existir; porque,

Si la potencia de la causa suprema viene del encadenamiento necesario de los seres, todo cuanto existe, existe por una necesidad rigurosa; entonces si esta necesidad es de *rigor*, ¿como se halla un tiempo en que no existia esta cosa?

Si esta necesidad de existencia se refiere á cierta época de la sucesion de los tiempos, será desatinar enteramente; porque en el caso de una existencia de *absoluta* necesidad, no hay sucesion de tiempos. Los tiempos son uno y todo.

Fuera de esto, en el mundo no hay apariencia alguna de una necesidad *absoluta*. Cada uno puede concebir las cosas de otro modo, y en un órden muy diferente de lo que ellas son; pero se nota una necesidad de *conveniencias* relativas á las leyes de la armonía y de la belleza. Esta necesidad de lo *mejor posible* en los seres, es muy digna de una causa intelijente, y muy compatible con su libertad.

Y por otra parte, el ser intelijente prueba aun su libertad por las causas finales. No hay ateo que pretenda sostener al presente, como lo hizo antes Epicuro, que el ojo no fue formado para ver, y la oreja para oir. Bastaria enviar este incrédulo á los anatómicos.

Por último,

Si la causa primera obra por necesidad, ningun *efecto* de esta causa será *finito*. Una naturaleza que obra *necesariamente*, obra con *todo su poder*. Asi es que una naturaleza *infinita*, obrando á un mismo tiempo con todas las partes de todo su poder, jamás puede *completar* un ser, porque iria añadiendo *sin fin* en razon de su in-

finidad. En el universo no habria objeto finito, lo que es visiblemente un absurdo.

Luego la causa primera no es un ajente ciego sin eleccion ni voluntad.

SESTA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.* 2. *Este ser existente es independiente é inmutable.* 3. *No puede ser la materia.* 4. *Es necesariamente único.* 5. *No es un ajente ciego, sin eleccion y sin voluntad.* 6. POSEE UN PODER INFINITO.

Pruebas. Este poder únicamente puede estenderse á dos especies de seres que constituyen todas las cosas, á saber: los seres materiales y los inmateriales.

En cuanto á los primeros, hemos visto que la *causa necesariamente única* debe haber criado la materia, y por consiguiente ser la señora absoluta de ella.

Acerca de los últimos, probaremos en otra parte cuando examinemos la naturaleza del hombre, que solo Dios pudo criarlos.

SEPTIMA Y ULTIMA PROPOSICION.

1. *Alguna cosa ha existido desde toda la eternidad.* 2. *Este ser existente es independiente é inmutable.* 3. *No puede ser la materia.* 4. *Es necesariamente único.* 5. *No es un ajente ciego, sin eleccion y sin voluntad.* 6. *Posee un poder infinito.* 7. Y ES INFINITAMENTE SABIO, BUENO, JUSTO, &c.

Pruebas. Esto se demuestra,

A priori. 1.° Porque un ser perfectamente intelijente, debe conocer sus propias facultades, y siendo infinito en poder, nada puede impedirle que haga lo que sea mejor y mas sábio.

2.° Porque el ser infinito, conociendo todas las conveniencias y relaciones de las cosas, y no pudiendo apartarse nunca de la verdad por las pasiones, la fuerza

y la ignorancia, siempre debe obrar conforme á las propiedades de las cosas.

A posteriori. Las pruebas de la bondad de la sabiduría y la justicia de Dios se deducen de la belleza del universo.

Recapitulemos:

1.° Desde toda la eternidad ha existido alguna cosa.
2.° Esta cosa existente, es inmutable é independiente.
3.° No es la materia.
4.° Es única.
5.° No es un ajente ciego.
6.° Es omnipotente.
7.° Es soberanamente sábia, buena y justa.

Este es Dios.

Del Movimiento.

¿De que proviene el MOVIMIENTO DE LA MATERIA?

Primer silojismo. (Jénero positivo.)

O este movimiento le es esencial, ó le es comunicado.

Si es *esencial* á la materia, es una necesidad para ella que sus partes estén siempre en movimiento; es asi que la esperiencia mas comun nos demuestra que hay cuerpos en quietud; luego le es comunicado.

Segundo silojismo. (Jénero destructivo.)

Si el movimiento es *esencial* á la materia, todas sus partes se deben estender sin cesar, é igualmente por todos lados; es asi que del eterno movimiento resulta el eterno reposo; luego todo está en reposo en el universo. (Absurdo.)

Tercer silojismo. (Jénero demostrativo.)

El movimiento, por su naturaleza conocida, no tiene ninguna regularidad. Se ejercita en todas las dimensiones y en todas las celebridades. Se escapa por la tanjente, se corta por la secante, se sumerje por la perpendicu-

lar, se envuelve por el círculo, se desliza por la elipse y la parábola, se comunica por el choque, y toma nuevas direcciones segun la oposicion ó reflexion de los cuerpos; es asi que las leyes motrices de los astros, del sol y de los planetas, se terminan en una inalterable regularidad jeométrica; luego estas leyes de un movimiento permanente y regular, no pueden ser enjendradas por el movimiento confuso y desordenado de la materia.

De estos tres silojismos se sigue, que el movimiento no es esencial á la materia.

1.° Porque hay cuerpos en quietud; 2.° porque el movimiento universal seria el reposo universal, cosa que se opone á la esperiencia; 3.° porque el movimiento irregular de la materia, nunca puede ser admitido como criador del órden del universo. Una causa no puede producir un efecto, cuyo principio no tiene en si misma, porque entonces habria un efecto sin causa; un compuesto no puede tener virtudes que no hay en los elementos simples. Por último, si el movimiento fuera una calidad residente en la materia ó en la colocacion de sus partes, al cabo de tanto tiempo que los mas injeniosos maquinistas buscan el movimiento continuo, ¿no es mas que probable que hubieran encontrado ya la máquina capaz de ponerle en evidencia? Pero la esperiencia ha mostrado hasta ahora que era necesario un motor estraño.

De estos argumentos debe deducirse, que existe en alguna parte *fuera* de la materia, un móvil universal, primer ajente del movimiento, inmutable, y á un mismo tiempo en un movimiento eterno.

Este es Dios.

Esplicacion de las últimas pruebas relativas al movimiento.

Prestándonos el movimiento de la materia una prueba sin réplica en favor de la existencia de Dios, será conveniente aclararla algo mas.

Para demostrar la imposibilidad de la formacion de los mundos por el movimiento y la casualidad, saca Ciceron de las letras del alfabeto esta objecion tan conocida.

¿No he de admirarme, dice (1), de que haya un hombre que llegue á persuadirse de que ciertos cuerpos sólidos é indivisibles, se mueven por sí mismos en fuerza de un peso natural, y que de su concurso fortuito se hizo un mundo de tan grande hermosura? Cualquiera que creyese ser esto posible, ¿por que no habia de creer que echándose en el suelo una cantidad de caractéres de oro ú otra cualquier materia que representasen las veintiuna letras, pudiesen caer arregladas en tal órden, que formasen de un modo lejible los Anales de Ennio? Dudo que la casualidad formase siquiera un solo verso. Y ¿como aseguran semejantes entes, que unos corpúsculos sin color, sin calidad, sin sentimiento, y que no hacen mas que dar vueltas casuales, han hecho este mundo, ó por mejor decir, hacen á cada momento innumerables mundos, que se reemplazan con otros? ¡Pues que! si el concurso de los átomos puede hacer un mundo, ¿no pudiera hacer cosas mucho mas fáciles, como un pórtico, un templo, una casa, una ciudad?"

Este absurdo que con justo motivo disonaba al orador romano, ha sido tambien tomado en consideracion por Bayle. Gustamos de citar á Bayle á los ateos: »Este dialéctico (habla Leibnitz), pasa con facilidad de lo blan-

(1) De Natur. Deor, II, 27. Traduc. de Olivet.

co á lo negro; se acomoda á cuanto conviene para combatir al adversario que tiene en su mente, sin mas objeto que el de embarazar á los filósofos, y hacer ver la debilidad de nuestra razon. Jamás Arcesilao y Carneades sostuvieron el pro y el contra con mas injenio y *elocuencia.*"

Véase, pues, lo que dice Bayle sobre la necesidad de una causa intelijente (1).

»Pues que, segun la confesion de todas las sectas, las leyes del movimiento no son capaces de producir, no digo un molino ó un reloj, sino el mas tosco instrumento que se ve en el obrador de un cerrajero, ¿como serán capaces de producir el cuerpo de un perro, una rosa ó una granada? Miserable asilo es recurrir á los astros ó á las formas sustanciales. Aqui es necesaria una causa que tenga idèa de su obra, y conozca los medios para construirla; todo esto necesitan los que hacen un reloj ó un navío; con mucha mas razon debe hallarse en el que hace la organizacion de los seres vivientes."

En la nota R, del articulo Demócrito, se esplica asi:

»Apartándose del camino recto que es el sistema de un Dios criador libre del mundo, es preciso caer en la multiplicidad de principios; es necesario reconocer en ellos antipatías y simpatías, suponerlos independientes unos de otros en cuando á la existencia y virtud de obrar, pero capaces no obstante de ofenderse recíprocamente por la accion y reaccion. No pregunteis por qué en ciertos reencuentros el efecto de la reaccion es este y no el otro, pues no es posible dar razon de las propiedades de una cosa, sino cuando ha sido hecha libremente por una causa que ha tenido sus razones y motivos al producirla.

(1) Art. *Sennert.*, nota C.

Crouzas, que cita este pasaje en la seccion octava de su exámen del pirronismo, añade (1):

Aun cuando los átomos se supusieran eternos y en movimiento desde toda la eternidad, se podria deducir muy bien de esto, que en acercándose formarian ciertas moles, y si se quiere, serian estas moles capaces de producir ciertos efectos. Pero de ninguna manera puede inferirse de aqui que estas moles formadas por el concurso fortuito de los átomos, hubiesen tomado una disposicion ú órden regular, y que las propiedades de unos fuesen precisamente tales como se necesitaban para el uso de los otros.

Róllense diez papeles numerados, uno con el guarismo 1, y otro con el 2. ¿Cuantas vueltas y repeticiones serian necesarias para sacarlos sin eleccion, en tal órden que el número 1 viniese precisamente el primero, el número 2 el segundo, y asi de los demas hasta el 10?

Si hubiese veinte, no solamente seria doble difícil el caso, sino mucho mas sin comparacion, como lo demuestran los que han estudiado la doctrina abstracta de las combinaciones. Cinco cosas mezcladas 2 á 2, dan 15 combinaciones; á 3, 35; á 4, 70; á 5, 126; á 6, 210; á 7, 330.

La dificultad de arreglar muchas cosas, sin el ausilio del dicernimiento, en un órden dado y que crece con el número de ellos, se aumenta siempre á proporcion de como van aumentándose. Para arreglar una infinidad de disparates sin el socorro de la intelijencia y de la eleccion, seria preciso vencer dificultades infinitamente infinitas. ¿Que estension de intelijencia no seria necesaria para poner en un gran órden, en un órden esquisito, y en un órden que se sostuviese una infinidad de cosas, cada una de las cuales fuera de su lugar se-

(1) Páj. 426.

ria una causa de desórden? Tómense tantas letras como hay en una línea; colóquese una sola letra, sin verla, en cada uno de los papeles en que están escritas, y apenas se conseguirá arreglarlas una sola vez de modo que se pueda leer aquel renglon, aunque para ello se gaste toda la vida en tentativas. La dificultad aun será mas que dupla, si de este modo se necesita llegar á conseguir el ordenar las espresiones de dos renglones. Pues ¿hasta donde no llegaria la dificultad de arreglarlas sin el socorro del discernimiento en el mismo órden que tienen en toda la pájina? ¿Sus coordinaciones fortuitas llegarian á componer un libro? Solo una causa infinita en perfeccion es la que puede quitar los obstáculos que nacen de una confusion infinita.

Añadiremos aqui un ejemplo facil acerca de la variedad y multiplicidad de las combinaciones. A y B se combinan de dos maneras, ab, ba; abc de seis, ab, ac, ba, be, ca, be, y esto sin estar repetidas; abcd de veinte y cuatro, y he aqui seis de ellas; abed, abdc, acba, acdb, adbc, adcb. Otras tantas habrá si se comienza por b, otras tantas por c, y otras tantas por d.

Una infinidad combinada 2 á 2, llegaria á lo infinito; combinada 3 á 3, llegaria á un infinito, y aun á un infinito mayor; y combinadas todas juntas llegarian á una infinidad de infinitas maneras. ¡Oh cuantos manantiales de confusion! ¡Que infinidad de desarreglos, y á cuantas maneras infinitas no suben los caos y las confusiones posibles! Si esta confusion no se muda de repente en regularidad, subsistirá; porque cualquier lijero principio de regularidad seria destruido bien pronto por los choques de la infinita confusion restante.

Decir que la combinacion regular tuvo al fin su turno en la série infinita de los tiempos, seria suponer una infinita regularidad en la confusion, porque seria suponer que todas las combinaciones diferentes hasta lo

infinito se habrian sucedido por órden, y que por esto la combinacion regular habria aparecido en su lugar, y que le habria tenido señalado en esta sucesion en que se presentaban por órden, como si una intelijencia hubiese hecho en ellas las coordinaciones, los ensayos y revistas.

Tales razonamientos son de una fuerza poderosa, y precisamente segun lo exijen los espíritus positivos; es decir, razonamientos matemáticos. Hay ateos que tienen la sandez de creer, que solo en su secta se demuestra por A+B, y que los pobres cristianos están reducidos á la *imajinacion* sin otro recurso alguno. No obstante, alguna cosa es esta imajinacion, y no falta profano cuya temeridad llega hasta el estremo de creer, que es mas difícil escribir una sola pájina buena de pensamientos morales ó de sentimientos, que compilar volúmenes enteros de abstracciones. Mas sea como quiera, ¿como ignoran esos incrédulos que Leibnitz ha probado á Dios jeométricamente en su Teodicéa? ¿Ignoran acaso que se han tomado de Huygens, de Keil, de Marcalle, y de otros muchos, teoremas rigurosos para establecer la existencia de un ser supremo? Platon llamaba á Dios el *eterno jeómetra*, y el arte de Arquimedes es el que ha presentado la mas bella y mas poderosa imájen de Dios; esto es, el *triángulo inscrito en el círculo.*

Asi sentó Newton el axioma fundamental de la mecánica.

Cuando está un cuerpo en quietud ó en movimiento, nunca cesa de estar en quietud, ó de moverse en línea recta con la misma fuerza, sin que reciba ningun aumento ó diminucion, á no ser que viniendo á obrar sobre él alguna otra fuerza, le cause alguna mudanza.

El médico Nieuwentyt, raciocinando sobre este axioma en su libro de la *Existencia de Dios demostrada por*

las maravillas de la naturaleza, hace esta curiosa observacion (1).

»Cuando un cuerpo pequeño, que no sea por ejemplo tan grande como una bolita del grueso de un granito de arena, despues de haber recibido un papirotazo va á dar contra otro cuerpo, que supondremos tan grueso como todo el globo de la tierra, ó si se quiere mil veces mayor, con tal que ni uno ni otro tenga resorte, se sigue, digo, que este grande cuerpo será arrastrado con el grano de arena en línea recta; y á no ser que alguna fuerza ú obstáculo intervenga ó detenga este movimiento, la fuerza de un papirotazo bastará para hacer que se mueva continuamente en línea recta aquel gran cuerpo y el granito de arena juntamente; y si encuentra en el camino otros cien mil cuerpos, aunque cada uno de ellos sea un millon de veces mayor que la tierra, los arrastrarán á todos con esta pequeña fuerza, sin que pueda ninguno de ellos tomar otra direccion."

»Por muy admirable que esto parezca, es una cosa cuya verdad no podrán negar los matemáticos. ¡Miserables pirrónicos, que esperais eludir las pruebas de la divina Providencia, deduciendo necesariamente una de otra las leyes de la naturaleza! ¡Miserables pirrónicos! repito, mostradnos por vuestros principios, si podeis comprenderlo de algun modo, no que suceda una cosa igual continuamente (porque los matemáticos lo demostrarán), sino ¿como y de que manera obra la fuerza de este granito de arena, que por poco que empuje á aquellos cuerpos prodijiosos, no solamente los pone en movimiento, sino que los conserva en él sin cesar jamás?"

Tal es la observacion de aquel escelente hombre,

(1) Lib. 3, cap. 3, p. 341.

que en la maravillosa máquina de nuestro cuerpo, habia reconocido con Hipócrates y Galeno la mano de una intelijencia divina.

Por último, el doctor Hancock se vale de una admirable comparacion, para hacer conocer la necedad de aquellos que atribuyen el órden del universo á un concurso fortuito de átomos.

»Supongamos, dice (1), que todos los hombres que hay en el mundo fuesen ciegos, y que en tal estado se les mandase ir á las llanuras de la *Mesopotamia*: ¿cuantos siglos necesitarian para hallar este sitio, y reunirse en el lugar de la cita? ¿Lo conseguirian jamás por inmensa que fuese su duracion? Pues no obstante, les seria esto mas facil que á los átomos de Demócrito ejecutar la obra que se les atribuye. Conviniendo no obstante que este concurso tan dichoso no les haya sido imposible, ¿como ha sucedido que no se haya producido nada de nuevo, ó que la misma casualidad que los juntó para formar el universo, no los haya disipado para destruirle? ¿Se dirá que es un principio de *atraccion* y de *gravitacion* el que asi los retiene en su situacion primitiva? Pero este principio de *atraccion* y *gravitacion* es *anterior* ó *posterior* á la formacion del universo. Siendo anterior, ¿como estaba suspendida la actividad? Si posterior, ¿cual es su orijen, y como es que solo proviene de la materia, que por su naturaleza es susceptible de moverse en todos sentidos? Dícese tambien que la *naturaleza* es la que se mantiene por sí misma en este estado permanente; mas únicamente se puede entender por este término en el sistema de *Demócrito* el *concurso fortuito*, y por tanto se conoce que esto tampoco basta para dar razon de la conservacion del mundo, como tampoco para la de su formacion."

(1) Hancock, *on the Exist. of God*, sect. v. trad. franc.

Con el objeto de vencer las insuperables dificultades que resultan de la formacion del mundo por el movimiento de la materia, ha sostenido Espinosa, despues de Estraton, que solo hay en el universo una sola sustancia; que esta es Dios, espíritu y materia á un mismo tiempo, que posee el atributo del pensamiento y de la estension. De este modo mi pie, mi mano, una piedra, todos los accidentes físicos y morales, y todas las suciedades de la naturaleza, son partes de Dios: ¡estraña y admirable Divinidad, sacada toda formada y sin dolor del celebro de un incrédulo! Los paganos unian bastantes dioses á los mas viles objetos de la tierra; pero únicamente estaba reservado á un ateo el deificar en una sola y eterna sustancia, todos los delitos y todas las inmundicias del universo. ¡Cosas muy estrañas pasan en lo interior de aquellos hombres á quienes Dios alejó de sí! Aun las personas mas hábiles hallarán mucha dificultad en esplicar los movimientos del corazon de un ateo. Véase, pues, como Bayle, Clake, Leibnitz, Crouzas &c., han echado por tierra el espinosismo, que aun mismo tiempo es el sistema mas impío y el mas absurdo.

Dominado Anaximandro de otra especie de locura, queria que las *formas* y las *calidades* dimanadas de la materia, hubiesen ordenado el universo.

Por otra parte, los estoicos suponian *formas plásticas*, destituidas de intelijencia, y sin embargo distintas de la materia. Algunos á la verdad las derivan de Dios, y solo las habian imajinado para esplicar la accion de un ser inmortal, sobre los seres materiales.

¿Pero que necesidad hay de escitar el desprecio del lector contra estos delirios filosóficos, cuando ya han sido combatidos por los mismos incrédulos?

Resta únicamente hacer que prevalezca la ley comun de la *necesidad*. Se valen de ella con tanto mas gusto, cuanto no saben lo que es, y que en soltando

esta palabra, se creen dispensados de esplicarla. Pero esta rerrible necesidad, ¿es alguna cosa creada ó increada? Si creada, ¿quien es su criador? Si increada, esta necesidad que lo ordena todo, que todo lo produce en un órden tan bello, que es una, indivisible y sin estension, ¿es otra cosa que Dios?

El pensamiento.

¿DE DONDE DIMANA EL PENSAMIENTO DEL HOMBRE, Y CUAL ES LA NATURALEZA DE ESTE PENSAMIENTO?

El pensamiento solo puede ser *materia*, *movimiento* ó *quietud*; la *cosa* misma, ó los dos *accidentes* de esta *cosa*, pues no hay en el universo sino *materia*, *movimiento* y *quietud*.

El pensamiento mismo está diciendo que no es material.

Que no es el *pensamiento* la *quietud* de la materia está bien probado; porque el *pensamiento* es un *movimiento*.

El *pensamiento* es, pues, un *movimiento*. Y este pensamiento, ¿es un *movimiento material*, ó efecto del *movimiento material*? Examinémoslo:

Si el pensamiento es *efecto* del movimiento; ó el *movimiento* mismo, debe parecerse á este *efecto* del movimiento, ó á este movimiento: Luego,

El *movimiento* rompe, desune y desordena; el *pensamiento* no hace nada de todo esto: toca á los cuerpos sin separarlos y sin moverlos.

El *movimiento* mismo es tambien un desórden. Un cuerpo que se mueve, muda de posicion, ocupa otro lugar, y adquiere otras proporciones. El *pensamiento* no hace nada de todo esto: se mueve sin dejar de estar en reposo y sin abandonar su sitio; no tiene dimension, localidad ni forma.

El *movimiento* tiene su medida y sus grados; el *pen-*

samiento, por el contrario, es *indivisible*. No hay mitad, cuarto ni fraccion de pensamiento; un pensamiento es uno.

El *movimiento* de la materia está limitado, y sus límites le impiden estenderse mas allá de ciertos espacios.

El *pensamiento* no tiene mas campo que lo infinito. ¿Como puede concebirse, pues, que un átomo sacado de mi celebro con la rapidez del pensamiento, llegue en un mismo instante al cielo, sin dejar con todo eso mi celebro? Porque si asi fuera, mi *pensamiento* subsistiria *fuera de mí*, y no seria yo. ¿Quien habria dado á aquel átomo esta inmensa fuerza de un movimiento mucho mas grande sin comparacion que la que arrastra todos los cuerpos celestes? ¿Como un insecto tan mezquino como el hombre podria tener un poder *físico* semejante?

El *movimiento* no puede obrar sino al presente.

Lo pasado y lo futuro son igualmente del resorte del *pensamiento*. La esperanza, por ejemplo, no puede ser sino un movimiento *futuro;* y ¿como un movimiento *futuro* material existe al presente?

El *pensamiento*, pues, no puede ser el movimiento material. ¿Es acaso su efecto?

El pensamiento no puede ser *efecto* del movimiento, porque el efecto no puede ser mas noble que su causa, ni una consecuencia puede ser mas poderosa que un principio. Luego, ¿quien no ve á la primera ojeada que el *pensamiento* es mas noble y mas fuerte que este *movimiento*, pues que el *pensamiento* conoce al *movimiento*, y este movimiento no conoce al pensamiento; porque este en la mas pequeña fraccion de tiempo, recorre espacios que este *movimiento* solo pudiera correr en millares de siglos?

Y si ahora se dijese que no es el *pensamiento* un *efec-*

to de movimiento *interior* en nuestro celebro, sino una conmocion producida por un movimiento *esterior*, esto no seria mas que volver á los términos de la proposicion, porque es quizá mas absurdo imajinar que tal átomo, emanado de la luz de una estrella, baja con la celeridad del *pensamiento* para herir tal parte de mi celebro, en tanto que otros millones de *movimientos* vienen al mismo tiempo á acometerle por todas partes. Por sola la ley de gravedad, un átomo que cayera del sol sobre mi cabeza me reduciria á polvo. Si dijésemos que la gravedad no existe para las partes estremadamente ténues de la materia, seria burlarse de las jentes, queriendo aplicar este principio físico á la teoría del pensamiento. Examinad, pues, un poco lo que sucederia en vuestro entendimiento siempre que pensais, si vuesto *pensamiento* fuera el *movimiento* material ó un efecto de este movimiento. Una porcion de vuestro celebro se desprende y va rodando á tal lado, lo cual os dá tal idea. Este átomo es largo ó redondo, ancho ó estrecho, delgado ó grueso; y veos aquí, en consecuencia de esta figura de la casualidad, precisado á estar triste ó alegre, ó ser loco ó cuerdo. Pero como piensa el hombre en mil cosas á un mismo tiempo, ¡que confusion y que desarreglo habria en su cabeza! Un *pensamiento sublime* bajo la forma de un embrion blanco ó azul, atravesando vuestro entendimiento, encuentra otro pensamiento rojo que le detiene. Otras *ideas* sobrevienen, se encuentran, &c.

Pero no estriba en esto solo toda la dificultad, porque si el *movimiento* es el *pensamiento*, el *movimiento* es un *principio* que *piensa*; y en este caso, el agua que corre, el pie que anda, y la piedra que cae, piensan. Decís que pienso en razon de una conmocion causada en cierta parte de mi celebro; convengo en ello; pero esta parte de mi celebro que se conmueve, no es de una

naturaleza diferente de los elementos del universo. Es de agua, de tierra, de aire ó de fuego, ó si quereis hablar segun la física del dia, es de oxíjeno, de hidrójeno, &c. Combínense como se quiera estos principios, y siempre quedarán cuales son en su esencia. Mas de su mezcla, sea la que fuere, ¿como se hará nacer el *pensamiento*, si el principio de este no se contiene en los elementos que le componen? ¿Acaso no es disparatar el decir que un *compuesto* tiene efectos que no están en los *simples*, y que un accidente puede haber provenido sin causa? Os vereis reducido á creer en otra necedad, diciendo que los elementos de la materia *piensan* en *ciertos casos*. Pues ¿como sucede entonces que estos elementos que se hallan combinados de tantas maneras, no repiten alguna vez, *fuera del hombre*, el efecto del pensamiento?

Digamos, pues, (bajo el concepto de que no puede negarse sin locura) que el *pensamiento*, ni es la *materia* ni el *movimiento*. Si se quiere absolutamente que el *movimiento* haga una de las condiciones del *pensamiento*, tambien es cierto, á lo menos, que este pensamiento no es el movimiento mismo; sino alguna cosa que se *junta* ó *aplica* al movimiento, porque es indudable que hay *movimientos que no piensan*.

Vamos á la grande conclusion:

Si el *pensamiento* es diferente (como lo es en realidad) de la *materia* y del *movimiento* material, ¿que cosa es y de donde viene? ¿como ha sido producido no existiendo en mí antes que yo fuese criado?

Si ha sido producido necesariamente, lo ha sido por alguna cosa *fuera de la materia*, porque dejamos demostrado que la *materia* no tiene el principio que piensa.

Esta cosa puesta fuera de la materia que produjo mi *pensamiento*, solo puede ser una cosa *mas escelente* que mi pensamiento, aunque el pensamiento del hom-

bre sea lo mas hermoso que hay en el universo; porque un principio es mas poderoso que su efecto.

Siendo mi *pensamiento* indivisible, es inmortal por el axioma recibido de todos los filósofos, que una cosa no se disuelve sino por la divisibilidad de sus partes.

Pero la causa que ha producido mi *pensamiento* es indivisible como ella; luego es tambien inmortal como ella.

Pero como esta *causa* existia antes de mi *pensamiento*, *ella* ha sido *producida*, ó *existia desde toda la eternidad.*

Si ha sido producida, ¿donde está su principio? Y si me mostrais este principio, ¿cual es el principio de este principio?

Subiendo sin fin de este modo, llegais al primer anillo; manifiesta Dios su faz en el fondo de las sombras de la eternidad, y nuestra alma es la cadena inmortal que él nos alargó para subir hasta él.

De esta manera el pensamiento del hombre es una prueba irrevocable de la existencia de la divinidad y la inmortalidad del alma; porque Dios no puede existir si es injusto, y el hombre arrojado á la tierra para pasar en ella dias miserables y morir, no podria anunciar sino el capricho de un horrible tirano. Esto debe darnos la mas alta idea de nuestra naturaleza; porque ¿que cosa es un ser de quien Dios es la prueba, y que por su parte es la prueba de Dios? ¿Acaso habló la Escritura con demasiada magnificencia de este ser? *Cuando el universo destruyera al hombre*, dice Pascal, *aun seria el hombre mas grande que el universo; porque sentiria que el universo le destruye, y el universo no lo sentiria.*

Es, pues, forzoso convenir en que si hay un Dios, sus perfecciones prueban que el hombre tiene una alma inmortal, y *vice versa*, de la escelencia del alma humana y de las miserias de este mundo, deducir que Dios existe necesariamente.

Otras pruebas de la inmortalidad del alma.

La ciencia es eterna; luego el asiento donde reside la ciencia, que es el alma, debe ser inmortal.

La razon y el alma son una sola cosa; luego la razon es inmutable y eterna.

La materia no puede dejar de ser sin un acto inmediato de la voluntad de Dios; permanece siempre, nada se crea ni nada se aniquila; luego siendo la vida la esencia del alma, no puede el alma estar privada de ella.

El alma no es la coordinacion de las partes del cuerpo, porque cuanto mas se la desprende de los sentidos, tanto mas facilidad tiene para comprender las cosas(1).

El que comprende se presenta siempre antes de lo comprensible.

Esperimentamos desde luego que existen ideas; comprendemos un objeto sin verle, y de ello nos aseguran luego nuestros sentidos. Las ideas abstractas hacen las abstracciones de las cosas. El movimiento, por ejemplo, no seria movimiento, sin la comparacion que hace el espíritu de lo presente con lo pasado. El alma y sus operaciones se muestran siempre las primeras, y los cuerpos no vienen sino despues. Este hecho de una verdad rigurosa, opuesto á las relaciones de los sentidos, que solo ven la materia, ó pasan de esta al espíritu en lugar de bajar desde el espíritu hasta los cuerpos. Pero si el alma se encuentra por todas partes separada de la materia, tiene una existencia real (2); luego, &c., &c.

De esta prueba de la existencia del alma, y consiguientemente de su inmortalidad, vamos á deducir otra prueba.

(1) San Agustin., *de Immort. Anim.*

(2) *Phedon. de Mos.*

**

El mundo metafísico no existe en la natura-materia.

Los números, segun los considera el pensamiento, están fuera de la naturaleza, donde solo puede haber unidades. Este incomprensible misterio de las posiciones de cifras que producen cantidades abstractas, creciendo ó disminuyendo en las razones dadas; este misterio, digo, no existe en el órden físico.

Pero estando colocado el mundo metafísico fuera de la materia, debe ser ó un mundo intelectual que existe aparte, ó únicamente una modificacion del alma. En ambos casos está probada la inmortalidad de ésta; porque el hombre puramente material, no podria concebir fuera de la materia un mundo metafísico y eterno, y mucho menos tener dentro de sí alguna cosa que contuviese un mundo de pensamientos abstractos y verdades eternas.

»Por el espíritu humano, dice Ciceron, tal cual es, debemos juzgar que hay alguna otra intelijencia superior y divina (1). *Porque ¿de donde le vendria al hombre,* dice Sócrates en Xenofonte, *el entendimiento de que está dotado?* Bien se ve que las partes sólidas de nuestro cuerpo, el calor y la humedad que están esparcidos en él, y el mismo aliento que nos anima, todo lo debemos á un poco de tierra, de agua, de fuego y de aire; pero ¿de donde hemos adquirido lo que es muy superior á todo esto, quiero decir, la razon, y, por espresarlo con mas términos, el espíritu, el juicio, el pensamiento y la prudencia?

»Es imposible hallar sobre la tierra (2) el orijen de nuestras almas; porque no hay en las almas cosa alguna que sea mixta y compuesta; nada que parezca venir de la tierra, del agua, del aire ó del fuego. Todos estos

(1) *De Nat. Deor* II, 7, 6. trad. de d'Olivet.

(2) *Frag. de Consol.*

elementos nada tienen que haga la memoria, la intelijencia y la reflexion; que pueda recordar lo pasado, prever lo futuro, y abrazar lo presente. Jamás se averiguará de donde recibe el hombre estas divinas calidades, á no ser que se suba á un Dios. Por consiguiente, el alma es de una naturaleza singular, que nada tiene de comun con los elementos que conocemos. Cualquiera que sea, pues, la naturaleza de un ser que tiene sentimiento, intelijencia, voluntad y principio de vida, este ser es celestial, es divino, y por consiguiente inmortal.

»Yo creo comprender muy bien (1) de qué y cómo han sido producidas la sangre, la bilis, la pituita, los huesos, los nervios, las venas, y jeneralmente todo nuestro cuerpo segun es. El alma misma, sino fuese en nosotros otra cosa que el principio de la vida, me pareceria un efecto puramente natural, como lo que hace vivir á su modo á la vid y al árbol. Y si el alma humana tuviera únicamente el instinto de dirijirse á lo que la conviene, en nada se distinguiria de las bestias.

»Pero sus propiedades son: primeramente una memoria capaz de contener en sí misma una infinidad de cosas.

»Veamos lo que hace la memoria (2), y de donde procede. No es ciertamente del corazon, ni del celebro de la sangre, ni de los átomos. No sé si nuestra alma es de fuego ó de aire, ni me avergüenzo como otros de confesar que ignoro, lo que ignoro efectivamente. Pero yo juraria que es divina, si en una materia oscura pudiera hablar afirmativamente. Porque en fin, ¿os parece que la memoria es tan solo un cúmulo de partes terrestres, y un monton de aire grosero y nebuloso? Si ignorais lo que ella es, á lo menos veis de lo que es capaz. Y bien:

(1) *Tuscul.* 1, 24 y 25.
(2) *Tuscul.* 1, 24 y 25.

¿diremos que hay en nuestra alma una especie de receptáculo donde se vierten como en un vaso las cosas que la confiamos? Proposicion absurda: porque ¿se puede acaso figurar que sea el alma de una forma capaz de contener un receptáculo tan profundo? ¿Diremos por ventura que las cosas se graban en el alma como sobre la cera, y que la memoria es de este modo la impresion ó hueco de lo que se ha grabado en el alma? Pero ¿pueden dejar señal las palabras y las ideas? ¿Que espacio no seria necesario por otra parte para tantas señales diferentes?

»Y ¿que cosa es esa otra facultad que se dedica á descubrir lo que hay oculto, y se llama intelijencia ó injenio? ¿Juzgais que no entró cosa alguna que no fuese terrestre y corruptible en la composicion de aquel hombre, que impuso el primero su nombre á cada cosa? Pitágoras hallaba en esto una sabiduría infinita, ¿Mirais como amasado de barro al que reunió los hombres y les inspiró la vida social? ¿O á aquel que en un corto número de caractéres encerró todos los sonidos que forma la voz, y cuya diversidad parece inagotable? ¿O á aquel que observó el movimiento de los planetas, que á veces son retrógrados, y otras estacionarios? Los que nos amasaron y civilizaron fueron todos ellos hombres grandes, asi como otros mucho mas antiguos, que enseñaron á alimentarse de trigo, vestirse, hacer habitaciones, ocurrir á las necesidades de la vida, y precaverse de las fieras. De las artes necesarias se pasó en seguida á las bellas artes. Se encontró el modo de encantar el oido por las reglas de la armonía. Se observaron las estrellas, tanto las fijas como las que se llaman errantes, aunque no lo sean. El que descubrió las diversas revoluciones de los astros, nos demostró con esto que su espíritu participaba de aquel que los formó en el cielo."

NOTA M.

Pero si no basta para convencer á un incrédulo todo lo que dejamos dicho relativo á los sentidos, adelantaremos algo mas, y haremos patente que los mismos límites á que se halla reducida la estension del poder de nuestros sentidos esteriores, contribuyen tambien á hacernos mas felices, que si su poder se estendiera mucho mas lejos, como se ha descubierto en estos últimos siglos con el ausilio de ciertos instrumentos.

Supongamos que tienen nuestros ojos el poder de distinguir los objetos que no pudieran verse sin microscopio, ciertamente que nos harian ver un mundo de nuevas criaturas; una gota de agua en la cual se echase pimienta, ó una gota de vinagre ó de materia seminal, nos pareceria como un lago, ó un rio lleno de peces; la espuma de los licores olorosos y corrompidos nos pareceria un campo cubierto de flores y plantas; el queso se nos figuraria un conjunto de arañas grandes y peludas, y lo mismo á proporcion sucederia con otras muchas cosas; pero es tambien fácil descubrir el disgusto que ocasionaria la vista de aquellos insectos hácia muchas cosas, que por otra parte son muy buenas y útiles en sí mismas. He visto á muchas personas reir á carcajadas al ver unos animalillos que se presentan en un pedazo de queso por medio de un microscopio, y retirar con lijereza sus manos cuando alguno de aquellos insectos se desprendia, temiendo que cayese sobre ellas; mas otras hacian reflexiones mas sérias acerca de la sabiduría de Dios, que quiso ocultar estas cosas á los ojos de los ignorantes, y las personas timidas, y manifestarlas á otros por medio de microscopios, con el fin de que no faltasen los medios necesarios á los que procuran penetrar estas maravillas.

Jamás se atreverian los filósofos incrédulos á desear

que tuviesen sus ojos las propiedades de los mejores microscopios, suponiendo que conociesen su naturaleza y fundamentos; ni tampoco se creerian mas felices viendo objetos tan pequeños que se aumentasen hasta aquel punto, mientras que al mismo tiempo todo lo que cayera bajo sus ojos, no ocupase mas espacio que un grano de arena. No sabrian ver distintamente ningun objeto, á no ser que estuviesen á muy corta distancia de la vista; es decir, á una ó dos pulgadas por ejemplo. En cuanto á los otros objetos mas distantes, como los hombres, las bestias, los árboles y las plantas, por no hablar del sol, de la luna, de las estrellas, cuerpos donde brilla la majestad del Ser supremo, les serian enteramente invisibles, ó no los verian sino en una grande confusion, si todo esto se hallara asi, y si nuestros ojos penetraran, y discernieran del mismo modo que con un buen microscopio. Todos cuantos han hecho la esperiencia, convienen en que por su medio se pueden ver cuerpos compuestos de un millar de partes pequeñas; de lo cual se deduce que para ver bien cada cosa, y hasta sus particulas primitivas, debe aun estenderse la vista infinitamente mas lejos de lo que se estiende con el ausilio de los mejores microscopios.

Supongamos por otra parte que nuestros ojos fuesen unos grandes telescopios, semejantes á los que usamos para observar tantas estrellas nuevas en los cielos, y para hacer tantos nuevos descubrimientos en el sol, la luna y las estrellas; aun estarian sujetos al inconveniente de que casi nada nos servirian para ver los objetos que nos rodean, y nos privarian tambien de ver otros objetos que están sobre la tierra; porque veriamos los vapores y las exhalaciones que se levantan continuamente, y como espesas nubes nos ocultarian todos los demas objetos visibles. Todo esto lo conocen muy bien los que usan semejantes instrumentos.

Por la propia razon, si fuese el olfato tan fino y delicado en los hombres, como parece que le tienen ciertos perros de caza, no habria persona ni criatura alguna que pudiese acercarse á nosotros, y nos fuera imposible pasar por los parajes en que ellos hubieran estado sin sentir fuertes impresiones de los corpúsculos que de allí salen: mil distracciones dividirian á pesar nuestro la atencion; y cuando nos viésemos en la precision de aplicarnos á objetos mas elevados, nos veríamos tambien obligados á fijarnos en cosas despreciables.

Si fuese nuestra lengua de un tejido tan delicado que nos hiciese percibir tanto gusto en las cosas, que casi no le tienen, como en las que le tienen tan activo como los guisados y las especias, todos confesarian que solo esto bastaria para hacernos desagradables los alimentos, despues que los hubiésemos comido dos ó tres veces.

¿El oido podria tampoco distinguir todos los sonidos con la misma exactitud que los distingue ahora, cuando por medio de una cerbatana habla alguno quedito en su parte mas ancha, ó se daria mas atencion á un gran número de cosas? sucederia lo mismo que cuando nos hallamos en medio de un ruido confuso y de un gran número de voces, entre el estruendo de los tambores y del cañon. Los que han sido testigos de las incomodidades que sufren los enfermos que tienen el oido muy delicado, sin dificultad quedarán convencidos de esta verdad.

Si en todas las partes de nuestro cuerpo fuese el tacto tan delicado como en los lugares estremadamente sensibles y en las membranas de los ojos, preciso seria confesar que seríamos desgraciados, y sufriríamos grandes dolores, aunque no nos tocase sino una lijera pluma.

En fin, ¿se puede reflexionar sobre todo esto, sin reconocer la bondad de aquel que es su autor, quien no

solamente nos ha dado órganos tan nobles como nuestros sentidos esteriores (sin lo cual no seriamos preferibles á un pedazo de palo), sino que tambien por un efecto de su adorable sabiduría, redujo nuestros sentidos á ciertos límites, sin los cuales no nos podrian servir sino de embarazo, y nos seria imposible examinar muchos objetos de la mayor importancia? (Niewentyt, Exist. de Dios, lib. 1, cap. 3, páj. 131).

Nota N.

»Los verdaderos filósofos no hubieran supuesto como el autor del *Sistema de la naturaleza*, que el jesuita Needhan crió anguilas, y que Dios no pudo criar al hombre. Needhan no les hubiera parecido un filósofo, y el autor del *Sistema de la naturaleza* solo hubiera sido mirado como un charlatan por el emperador Marco Aurelio." *(Quest. Encycl., tom. 6, art. Philosoph).*

En otra parte, impugnando á los ateos, dice acerca de los salvajes á quienes se les creia sin Dios:

»Pero acaso se insistirá y dirá: ellos viven en sociedad y no tienen Dios; luego se puede vivir en sociedad sin relijion.

En este caso responderia yo, que los lobos viven asi, y que no es una sociedad una reunion de bárbaros antropófagos como vos los suponeis; y os preguntaria constantemente, si cuando habeis prestado vuestro dinero á alguno de vuestra sociedad, ¿quisierais que ni vuestro deudor, ni vuestro procurador, ni vuestro escribano, ni vuestro juez creyesen en Dios?" *(Ib., tom. 2, art. Ath.)*

Debe leerse y consultarse todo este artículo sobre el ateismo. En cuanto á lo político, *Voltaire* muestra el mismo desprecio por todas esas vanas teorías que turban el mundo. »Yo no aprecio el gobierno de la canalla, repite él en mil parajes." (Véanse sus cartas al rey de

Prusia). Sus chocarrerías sobre las repúblicas populares, su indignacion contra los escesos de los pueblos, y en fin, todo prueba en sus obras, que aborrecia de buena fe á los charlatanes de la filosofía.

Este es el lugar oportuno para poner á la vista del lector cierto número de pasajes sacados de la correspondencia de Voltaire, los cuales prueban que nada he aventurado cuando he sostenido que aquel filósofo aborrecia en secreto á los sofistas. Si no convencen, á lo menos no podrá menos de convenirse con nosotros, que variando Voltaire sin cesar de sentimientos, y defendiendo con la misma facilidad el *pro* y el *contra*, su voto en materia de moral, de filosofía y de relijion, no es de ninguna importancia.

Año 1776.

»Contra los filósofos y el filosofismo..... *Nada mas tengo de comun con los filósofos modernos*, que aquel horror al fanatismo intolerante." (Corresp. jen. tom. X, páj. 337.)

Año 1741.

»La superioridad que una física árida y abstracta ha usurpado sobre las bellas letras, comienza ya á indignarme. Hace cincuenta años que teníamos mucho mejores físicos y jeómetras que hoy dia, y apenas se hablaba de ellos. Las cosas han cambiado mucho. Yo he estimado la física, mientras esta no pensaba en dominar la poesía; mas al presente que se ha sobrepuesto á todas las demas artes, no la miraré ya sino como un tirano de muy mala compañía. Yo iré á Paris á hacer abjuracion ante vos, porque ya no quiero entregarme á otro estudio, que á aquel que puede hacer mas agradable la sociedad y mas dulce el último periodo de la vida. Ni un solo cuarto de hora puede hablarse de física y enten-

derse entre sí; pero se habla todo un dia de poesía, música, historia, literatura, &c." (Corresp. jen., tomo III, páj. 170.)

»Las matemáticas son hermosas; pero esceptuando como unos veinte teoremas útiles á la mecánica y á la astronomía, lo demas no es otra cosa que una bien penosa curiosidad." (Tom. IX, páj. 484.)

A Damilaville.

»Yo entiendo por pueblo el populacho cuya subsistencia depende únicamente del trabajo de sus brazos, sin tener otros recursos. Dudo que este órden de ciudadanos pueda tener jamás ni capacidad ni tiempo para instruirse: se moririan de hambre antes de llegar á ser filósofos. Paréceme de toda necesidad el que haya pobres ignorantes. Si á imitacion mia hicieseis trabajar una hacienda, y tuvieseis arados, pensariais como yo. (Tom. X, páj. 396.)

»He leido alguna cosa de una cierta *antigüedad sin velo*, ó por mejor decir, cubierta con un doble velo. El autor principia por el diluvio y acaba con el caos; yo estimo en mas, mi querido compañero, uno solo de vuestros cuentos, que todo ese fárrago." (Tom. X, paj. 409.)

Año 1766.

»Me incomodaria conmigo mismo, si le hubiese compuesto *(El cristianismo sin máscara)*, no solo como académico, sino tambien como filósofo, y aun mas como ciudadano: es enteramente contrario á mis principios, porque es un libro que conduce al ateismo, que yo detesto. Siempre he mirado el ateismo como el mayor estravío de la razon, porque tan ridículo es suponer que el órden del mundo no prueba un artífice supremo, co-

mo seria impertinente decir que la máquina de un reloj no prueba un relojero.

Tampoco apruebo este libro como ciudadano, porque el autor se muestra enemigo del gobierno; los hombres que pensáran como él escitarian á la anarquía.

Tengo la costumbre de escribir al márjen de mis libros lo que pienso acerca de ellos: cuando os dignareis venir á Ferney, vereis mis observaciones al márjen del *Cristianismo sin máscara*, y ellas os convencerán de que el autor se ha engañado en los hechos mas esenciales." (Corresp. jen., tom. XI, paj. 143.)

Año 1762. *A Damilaville.*

»Los hermanos deben siempre respetar la moral y el trono. La primera está muy ofendida en el libro de Helvecio, y el segundo muy poco respetado en un libro dedicado precisamente á él. *(El Despotismo oriental.)* Hablando mas arriba de la misma obra, dice Voltaire: »Se diria que el autor no quiere que seamos gobernados ni por Dios ni por los hombres." (Tom. VIII, páj. 148.)

Año 1768. *A Mr. de Villevielle.*

»Mi querido marques, en el ateismo no hay nada de bueno; este sistema es muy malo con respecto á lo físico y á la moral. Un hombre honrado puede levantarse contra la supersticion y el fanatismo, y detestar la persecucion, y aun hace un servicio al jénero humano estendiendo los principios de la tolerancia. Mas ¿que servicio puede hacer predicando el ateismo? ¿Serán los hombres mas virtuosos no reconociendo á un Dios que ordena y manda la virtud? No sin duda. Yo quiero que los reyes y los ministros reconozcan un Dios, y aun un Dios que castiga y recompensa. Sin este freno, yo los miraria como unos animales feroces, que no me devorarán por cierto al salir de sus largos banquetes, y mientras

rodeados de sus queridas y recostados sobre un sofá hacen su dijestion; pero si me devorarán, si cuando están hambrientos llego á caer en sus garras; y aun despues de haberlo hecho, no creerán haber cometido una mala accion." (Tom. XII, páj. 349.)

Año 1749.

No apruebo en manera alguna la opinion de Sanderson, que niega un Dios, porque nació ciego. Tal vez yo me engaño; pero en su lugar yo hubiera reconocido un ser soberanamente intelijente, que me habia otorgado tantos medios de suplir á mi vista; y distinguiendo con el pensamiento las infinitas relaciones de todas las cosas, hubiera adivinado un artífice infinitamente hábil. Es muy impertinente el querer adivinar qué cosa es, y por qué ha hecho todo lo que existe; pero no es menos atrevido el negar que existe." (Corresp. jen., tom. IV, páj. 14.)

Año 1753.

»Me parece un absurdo el hacer depender la existencia de Dios de *a* mas *b* dividido por *z*; ¡Pobre jénero humano, si para conocer un Ser supremo hubiese de estudiarse la dinámica y la astronomia! El que nos ha criado á todos, debe ser conocido de todos; y las pruebas mas comunes y vulgares de su existencia son las mejores, por la misma razon de que son las mas conocidas de todos: para ver el dia bastan los ojos, y no hay necesidad de áljebra." (Corresp. jen. tom. IV, páj. 463.)

»Mil principios se esconden y ocultan á nuestras investigaciones, porque no se hicieron para nosotros todos los secretos del Criador. No falta quien haya imajinado y dicho, que la naturaleza toma siempre para obrar el camino mas corto, y que en el uso de su fuerza, como en todo lo demas, emplea siempre la mayor

economía posible. Pero ¿que responderian los partidarios de esta opinion, al que les hiciera ver que nuestros brazos, para levantar un peso de una sola libra, ejercen una fuerza como de cincuenta libras, y una inmensa el corazon para esprimir una gota de sangre; que una carpa pone millares de huevos para producir una ó dos de ellas; y que una encina da innumerables bellotas, que acaso producirán una sola encina? Yo soy de parecer, como ya os lo dije hace mucho tiempo, que en la naturaleza hay mucha mas profusion que economía." (Tom. IV, páj. 463.)

NOTA O.

Como la filosofía del dia alaba al politeismo precisamente por haber hecho esta separacion, y vitupera que el cristianismo haya unido las fuerzas morales á las relijiosas, yo no creia que pudiera ser contrarrestada esta proposicion. Pero no obstante, parece que ha dudado de este aserto un hombre de mucho talento y gusto, y á quien se debe toda deferencia. Me ha objetado la personificacion de los seres morales como la sabiduría de Minerva, &c.

Me parece, salvo error, que las personificaciones no prueban que la moral estuviese unida á la relijion en el politeismo. Sin duda adorando todos los vicios divinizados, se adoraban tambien las virtudes; pero ¿enseñaba el sacerdote la moral en el templo y entre los pobres? ¿se reducia su ministerio á consolar á los desgraciados con la esperanza de otra vida, á convidar al pobre á la virtud y al rico á la caridad? Aun suponiendo que hubiese unida alguna moral al culto de la diosa de la *Justicia* ó de la *Sabiduría*, ¿no estaba casi enteramente abolida esta moral, sobre todo para el pueblo, con el culto de las divinidades mas infames? Lo único que se podria decir, es que tenian grabadas algunas sentencias sobre

el frontispicio y paredes de los templos, y que el sacerdote y el lejislador recomendaban al pueblo el temor de los dioses. Pero esto no es suficiente para probar que la *profesion de la moral* estuviese esencialmente unida al politeismo, cuando por el contrario está todo demostrando que estaba separada.

Las moralidades que se hallan en Homero son casi siempre independientes de la accion celeste; es solo una mera reflexion que hace el poeta sobre el suceso que refiere, ó la catástrofe que describe. Si personifica los remordimientos, la cólera divina, &c., y si pinta al culpable en el Tártaro, y al justo en los campos Eliseos, estas cosas son á la verdad unas bellas ficciones, pero no constituyen un código moral unido al politeismo, como lo está el Evanjelio á la relijion cristiana. Quitad á Jesucristo el Evanjelio y no existe el cristianismo; quitad á los antiguos la alegoría de Minerva, Témis y Némesis, y aun permanece el politeismo. Por otra parte es cierto que un culto que solo admite un Dios, debe unirse íntimamente á la moral, porque está unido á la verdad, en tanto que un culto que reconoce la pluralidad de dioses, necesariamente se separa de la moral acercándose al error.

Los que atribuyen como un delito al cristianismo el haber añadido la fuerza moral á la fuerza relijiosa, hallarán mi respuesta en el último capítulo de esta obra, donde muestro, que á falta de esclavitud antigua, los pueblos modernos debian tener un freno poderoso en su relijion.

Nota P.

He aquí algunos fragmentos que hemos retenido en la memoria, y que parece hayan salido á la pluma de un poeta griego: tan llenos están del gusto de la antigüedad.

Ven, jóven Cromis, te amo y soy hermosa,
Cual Diana blanca soy, y soy lijera
Tambien como ella, y alta y desdeñosa;
Y los zagales siempre que me observan
Por la tarde pasar con ojos bajos,
Si soy ó no mortal ellos no aciertan,
Y me siguen con ojos amorosos
Diciendo á mis oidos, ¡oh que bella!
Nereida no querrá fiarte á las olas,
De miedo no seas diosa tú cual ella,
Y que invoque en tormenta el marinero
A la blanca Nereida y Galatea.

Omitimos por demasiado largo otro idilio, intitulado *El Enfermo*, lleno de las mas admirables bellezas. El fragmento que sigue es de otro jénero diferente, pues la melancolía que respira, cualquiera dirá que Andres Chenier tenia ya, al componerle, algun presentimiento de su fatal destino.

De esclavitud cansado muchas veces,
Y de beber los posos de ese vaso
Amargo siempre, que se llama vida;
Del fiero menosprecio tambien harto
Con que los necios tratan la pobreza,
Miro el sepulcro, asilo deseado.
Ya sonrio á la muerte voluntaria
Que se acerca, y le pido con mi llanto,
Que mis cadenas á romper se atreva.
Ya distinguen los ojos ajitados
El hierro que abrirá mi triste seno,
Y le siento temblar dentro en la mano.
. . . . . .
Mas luego el corazon se muestra débil.

A mis deudos y amigos recordando,
El porvenir, mi juventud florida,
Y tambien mis escritos no acabados:
Porque á sus ojos ocultarse sabe
El hombre alguna vez con velo falso.
Por negra y triste que su suerte sea,
Quiere abarcar la vida con los brazos,
Movido por impulso irresistible,
Y mas bien que morir, busca lejano
Para vivir y padecer pretesto.
Habrá sufrido y sufre, y sin embargo
Débil se arrastra, de esperanza loco,
De pena en pena hasta el sepulcro helado;
Y la muerte, fin dulce á nuestros males,
Le parece un mal nuevo, el mas amargo.

Los escritos de este jóven, sus varios conocimientos, su valor, su noble proposicion á Mr. de Malesherbes, sus desgracias y su muerte, todo escita el interes mas vivo hácia su memoria. Es digno de notar que la Francia haya perdido á últimos del siglo pasado, tres talentos escelentes en su aurora: Malfilatre, Gilbert y Andres Chenier; los dos primeros han muerto de miseria, y el tercero en el cadalso.

Fin del tomo primero.

INDICE.

PAJ.

Prefacion v

PRIMERA PARTE.

DOGMAS Y DOGTRINA.

LIBRO PRIMERO.

MISTERIOS Y SACRAMENTOS.

CAP. I. *Introduccion* 1
CAP. II. *De la naturaleza del misterio* 12
CAP. III. *De los misterios cristianos.* = *De la Trinidad* 15
CAP. IV. *De la Redencion* 23
CAP. V. *De la Encarnacion.* 33
CAP. VI. *De los sacramentos.* = *El Bautismo y la Confesion.* 36
CAP. VII. *De la Comunion* 42
CAP. VIII. *La Confirmacion, el Orden y el Matrimonio.* = *Exámen del voto de castidad bajo sus relaciones morales* 48
CAP. IX. *Continuacion del precedente, acerca del Sacramento del Orden* 59
CAP. X. *Continuacion de los precedentes.* = *El Matrimonio* 64
CAP. XI. *La Estrema-Uncion.* 73

**

LIBRO SEGUNDO.

VIRTUDES Y LEYES MORALES.

CAP. I. *Vicios y virtudes segun la relijion* . . 75
CAP. II. *De la Fe* 78
CAP. III. *De la Esperanza y de la Caridad.* . 81
CAP. IV. *Leyes morales ó del Decálogo.* . . . 84

LIBRO TERCERO.

VERDADES DE LA ESCRITURA Y CAIDA DEL HOMBRE.

CAP. I. *Superioridad de la tradicion de Moisés sobre todas las demas cosmogonías* 96
CAP. II. *Caida del hombre: la serpiente y una palabra hebrea* 102
CAP. III. *Constitucion primitiva del hombre, y nueva prueba del pecado orijinal* 107

LIBRO CUARTO.

CONTINUACION DE LAS VERDADES DE LA ESCRITURA. OBJECIONES CONTRA EL SISTEMA DE MOISES.

CAP. I. *Cronolojía* 114
CAP. II. *Logografía y hechos históricos.* . . . 118
CAP. III. *Astronomía.* 128
CAP. IV. *Continuacion del precedente.* = *Historia natural; diluvio* 136
CAP. V. *Juventud y vejez de la tierra* 140

LIBRO QUINTO.

EXISTENCIA DE DIOS PROBADA POR LAS MARAVILLAS DE LA NATURALEZA.

CAP. I. *Asunto de este libro.* 143
CAP. II. *Espectáculo jeneral del universo.* . . . 145
CAP. III. *Organizacion de los animales y de las plantas.* 148
CAP. IV. *Instinto de los animales* 154
CAP. V. *Canto de las aves; se hizo para recreo del hombre. Ley relativa á los gritos de los animales* 157
CAP. VI. *Nidos de las aves* 161
CAP. VII. *Emigraciones de las aves.* = *Aves acuáticas: sus costumbres. Bondad de la Providencia.* 164
CAP. VIII. *Aves marítimas: cómo son útiles al hombre. Las emigraciones de las aves servian antiguamente de calendario á los labradores* 170
CAP. IX. *Continuacion de las emigraciones.* = *Cuadrúpedos* 177
CAP. X. *Anfibios y reptiles* 182
CAP. XI. *De las plantas y sus emigraciones.* . 188
CAP. XII. *Dos perspectivas de la naturaleza* . 192
CAP. XIII. *El hombre físico* 197
CAP. XIV. *Instinto de la patria.* 201

LIBRO SEXTO.

INMORTALIDAD DEL ALMA, PROBADA POR LA MORAL Y EL SENTIMIENTO.

CAP. I. *Deseo de la felicidad en el hombre* . . 211
CAP. II. *Del remordimiento y de la conciencia.* 216
CAP. III. *No hay moral sino hay otra vida.*= *Presuncion en favor del alma, sacada del respeto que tiene el hombre á los sepulcros* . 220
CAP. IV. *De algunas objeciones* 222
CAP. V. *Peligro é inutilidad del ateismo* . . . 229
CAP. VI. *Fin de los dogmas del cristianismo. Estado de las penas y recompensas en la otra vida. Eliseo antiguo, &c.* 238
CAP. VII. *Juicio final* 242
CAP. VIII. *Felicidad de los justos* 245

SEGUNDA PARTE.

POETICA DEL CRISTIANISMO.

LIBRO PRIMERO.

CONSIDERACION JENERAL DE LAS EPOPEYAS CRISTIANAS.

CAP. I. *La poética del cristianismo se divide en tres partes: poesía, bellas artes y literatura: los seis libros de esta segunda parte tratan con especialidad de la poesia* 249
CAP. II. *Exámen jeneral de los poemas, donde*

lo maravilloso del cristianismo ocupa el lugar de la mitolojía. El Infierno del Dante; la Jerusalen libertada 251
CAP. III. *Paraiso perdido* 256
CAP. IV. *De algunos poemas franceses y estranjeros* 265
CAP. V. *La Henriada* 271

LIBRO SEGUNDO.

POESIA CON RELACION A LOS HOMBRES.

CAP. I. *Caractéres naturales* 279
CAP. II. *Continuacion de los esposos.* = *Ulises y Penelope* 281
CAP. III. *Sobre el mismo asunto.* = *Adan y Eva* 287
CAP. IV. *El padre.* = *Príamo* 297
CAP. V. *Continuacion del padre.* = *Lusiñan.* 300
CAP. VI. *La madre.* = *Andrómaca* 304
CAP. VII. *El hijo.* = *Guzman* 308
CAP. VIII. *La hija.* = *Ifijenia y Zaira* . . . 313
CAP. IX. *Caracterés sociales.* = *El Sacerdote.* 317
CAP. X. *Continuacion del Sacerdote.* = *La Sibila, Joad.* = *Paralelo de Virjilio y de Racine* 319
CAP. XI. *El Guerrero.* = *Definicion de lo bello ideal.* 328
CAP. XII. *Continuacion del Guerrero* 333

LIBRO TERCERO.

CONTINUACION DE LA POESIA EN SUS RELACIONES CON LOS HOMBRES.

CAP. I. *El cristianismo ha mudado las relaciones de las pasiones, mudando las bases del vicio y de la virtud.* 338
CAP. II. *Amor apasionado.* = *Dido.* 342
CAP. III. *Continuacion del precedente.* = *La Fedra de Racine* 347
CAP. IV. *Sobre el mismo asunto.* = *Julia de Etanje*; *Clementina* 351
CAP. V. *Continuacion de los precedentes.* = *Heloisa y Abelardo.* 355
CAP. VI. *Amor campestre.* = *El Cíclope y Galatea.* 361
CAP. VII. *Continuacion del precedente.* = *Pablo y Virjinia.* 365
CAP. VIII. *La relijion cristiana considerada en sí como pasion* 370
CAP. IX. *Del estado indeterminado de las pasiones.* 380
Notas é ilustraciones 387

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU
CEU
15057921

Recivi de D.ª Nicolasa Sesenta y siete r.s y medio importe de la renta de la Abitacion q.e ocupa en casa y a razon de dos r.s y cuartillo por dia correspondiente al Mes de Julio, y para q.e conste lo firmo dia 12 del mismo mes y año de 1845 en Burgos,,

Gavina Viana de Brabo

DE H.LO
MAXIMO RIDAURA
ALCOY.

Legitimo papel de hilo
que no se corre

FABRICA
de Máximo Ridaura
ALCOY Nº 70

Legitimo papel de hilo

AVISO.

AVISO.

narca del DOS DE MAYO es pro-
ad de Máximo Ridaura, con-
da por el Gobierno de S. M.

Obras que se hallan venales en la misma librería.

ARTE

DE

CULTIVAR EL OLIVO.

Método teórico y práctico y económicamente rural de dar las labores con la debida intelijencia, siguiendo en todo paso á paso la marcha de la naturaleza.

—=—

Faltábales á los cosecheros un tratado especial de este precioso árbol, y el señor Rojo, propietario de Andalucía, despues de esquisitas observaciones sobre su naturaleza y enfermedades á que se halla espuesto, prueba tambien que por los sistemas absurdos que siguen en algunas provincias en su cultivo, pierden anualmente una cuarta parte del fruto que debiera cojerse. En fin, el tratado del olivo que ofrecemos al público, ha sido considerado como de una necesidad agrícola por los mas acreditados agricultores españoles, á quienes se ha consultado, entre los cuales tenemos el honor de contar al Excmo. Sr. Alvarez Guerra. = Un vol. en 4.° á 22 rs. vn. en rústica.

—=—

Mejoras de los actuales molinos de aceite, y método nuevo de sacarlo con el aumento de él y disminucion grande de gastos; aplicable á la estraccion del mosto, almidon y otros objetos: obra escrita por el Dr. D. Andres Miguel y Ortega. = Un vol. en 4.° á 28 rs. vn. en rústica. Baeza, 1842.

Recomendamos á los cosecheros este utilísimo tratado, que puede considerarse como el segundo tomo del *Tratado del olivo* del Sr. Rojo y Payo, que tan provechosos resultados ha dado á cuantos han puesto en práctica sus lecciones.